

Kobo Abe  
EL MAPA CALCINADO



Lectulandia

Un detective sin nombre es contratado para buscar a alguien que ha desaparecido. Obsesivo, metódico, desconfiado, lleva sus averiguaciones hasta extremos inusitados, analizando cada supuesta prueba hasta reducirla al absurdo. Pronto la investigación se transforma en un laberinto infinito de hipótesis, especulaciones y mentiras. Inevitablemente, está condenado a extraviarse y la esposa del desaparecido, una mujer de inquietante belleza y compleja personalidad, será su único asidero en ese camino.

Un relato extraordinario en el que el trasfondo policial le permite a Abe examinar las imprecisas aristas de lo verdadero y lo falso, lo aparente y lo real, lo vivido y lo soñado. Una incursión en los vericuetos de la psiquis humana, que toca sin compasión algunos de los temas predilectos del autor: la identidad, la alienación, la búsqueda del yo, el pánico, la locura, la desolación, la perversión, la sexualidad, con esa sensibilidad refinada y ese nihilismo desconsolador que hacen recordar a Samuel Beckett, una de sus mayores influencias junto con Kafka.

Otra muestra de la genialidad de uno de los más grandes narradores japoneses del siglo xx.

Lectulandia

Kōbō Abe

# El mapa calcinado

ePub r1.0

Titivillus 07.07.16

Título original: *Moetzkita Chizu*  
Kōbō Abe, 1967  
Traducción: Ryukichi Terao  
Retoque de cubierta: Harishka

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Prólogo

## Kōbō Abe y la sombra luminosa de Samuel Beckett

1.

Durante veintiún días seguidos, en sesiones de cuatro a siete horas, estuve inmerso en la lectura línea por línea y frase a frase de la traducción que Ryukichi Terao hizo de la magnífica novela de Kōbō Abe *El mapa calcinado* (*Moetzukita chizu*), intentando dar a la versión de Terao, vertida desde su lengua materna, el japonés, el equivalente en la lengua de Borges y Cervantes que se correspondiera con el exuberante, opaco, denso, analítico, complejo y rizomático estilo del genial narrador Kōbō Abe. A medida que me iba adentrando en compañía del detective sin nombre —narrador-protagonista del relato, contratado en extrañas circunstancias para la búsqueda de un desaparecido— en los vericuetos de una investigación que se ramificaba como una diabólica y enrevesada red y que parecía no tener fin, confirmaba la sospecha que venía rumiando desde diciembre de 1976 cuando Kazuya Sakai en la ciudad de México me regaló un ejemplar recién salido del horno de *La mujer de la arena* (*Sunna no ona*) de Kōbō Abe, en la insuperable traducción al español del mismo Sakai, sospecha, digo, de que el autor de ese inquietante e inolvidable relato era uno de los más grandes narradores japoneses del siglo xx.

2.

En el frío invierno parisino de finales de 1989, en la famosa librería La Une, hoy desaparecida, encontré *La face d'un autre* (*Tanin no kao*), también de Kōbō Abe, que devoré con el fervor de un auténtico fanático. Años más tarde leería la versión en español titulada *El rostro ajeno*, que, cosa curiosa, se me antojó como una historia totalmente distinta de la que mi mente conservaba con nitidez. Tuvieron que pasar más de veinte años hasta que en 2010 la editorial Candaya de Barcelona nos ofreciera en una cuidadosa edición esa pequeña joya que es *Idéntico al ser humano* (*Ningen sokkuri*), en traducción de Ryukichi Terao, y con un esclarecedor prólogo de Gregory Zambrano. A partir de ese momento, de la mano de Terao y con la colaboración de Zambrano, han aparecido, editadas por Eterna Cadencia, sendas recopilaciones de relatos de nuestro autor: *Los cuentos siniestros* (2011) e *Historia de las pulgas que viajaron a la Luna* (2013) y la novela *Encuentros secretos* (*Mikkai*), 2014, así como la novela *El hombre caja* (*Hako otoko*), 2012, editada en España. La aparición de estos cinco libros en un plazo relativamente breve, así como la edición de *El mapa calcinado*, constituyen un proyecto loable y orgánico de dar a conocer en el ámbito de la lengua castellana la obra de un autor fundamental e imprescindible de la

literatura japonesa.

### 3.

Si al dar inicio a este breve escrito de presentación acudo a mi propia experiencia de lector (considero que por lo general los prólogos están de más, y cuando no hay remedio, recomiendo leerlos al final), es porque he leído a Kōbō Abe desde mi perspectiva de narrador, alejado lo más que he podido de una visión académica, y haciendo caso omiso de la información biobibliográfica acerca del autor, asumiendo que un “lector hipócrita” y ansioso podrá acudir al consultorio del doctor Google cada vez que su curiosidad lo requiera.

### 4.

Durante los veintiún días de forzosa convivencia con el detective de El mapa calcinado, apenas tuve tiempo para mis caminatas matutinas alrededor de la laguna de San Javier del Valle, y, tarde en la noche o ya de madrugada, para la relectura minuciosa de *Molloy* de Samuel Beckett, lectura deliberada, por supuesto, y emblemática, ya que entre los varios autores que se asocian con Kōbō Abe como posibles influencias o afinidades electivas (Kafka, Dostoievski, Camus, Melville, H. G. Wells, Lewis Carroll), estoy convencido de que aquel que mejor se ajusta a su refinada sensibilidad, a su nihilismo desconsolador y a la visión “existencialista” del ser humano es el genial irlandés. No sé si por casualidad, pues no pretendo hacer un paralelismo forzado, acabé la revisión y lectura de ambas novelas, la de Kōbō Abe y la de Beckett, al mismo tiempo. Y no resisto la tentación de citar sus líneas finales. Escribe Beckett en la última línea de *Molloy*: “Entonces entré en casa y escribí, es medianoche. La lluvia azota los cristales. No era medianoche. No llovía”. Creo encontrar en esta breve y lapidaria propuesta una de las más extraordinarias definiciones de lo que es literatura. Escribe Kōbō Abe en el último párrafo de su novela: “Me llama la atención un curioso remanso formado en medio del flujo de vehículos y, al observarlo con atención me doy cuenta de que los coches, incluyendo un camión grande, tratan de esquivar el cadáver de un gato atropellado, aplastado como un papel. Sin querer intento ponerle nombre al gato aplastado y por primera vez en mucho tiempo mi rostro se ilumina con una sonrisa encantadora que impregna de calor mis mejillas”. Yo también sonrío al recordar la famosa anécdota del maestro zen Sozan, un monje chino del siglo VII, que al ser requerido por uno de sus alumnos que quería saber qué es lo más valioso en el mundo, le respondió que la cabeza de un gato muerto. Y es de suponer que Kōbō Abe, al elegir este final para su novela sabía que lo más valioso de su narración era la cabeza aplastada del gato, pues no había forma ni manera de asignarle un determinado valor.

## 5.

Se alude a la obra de Kōbō Abe casi como si se estuvieran siguiendo las instrucciones de un manual, en términos de alienación, pérdida de identidad, búsqueda del yo, pánico, locura, coqueteos con el suicidio, soledad, desolación, perversión e incluso exacerbada sexualidad. Estos y muchos otros elementos posibilitan una visión de conjunto de la obra de nuestro autor; sin embargo, desde mi perspectiva de lector sostengo la idea de que aquello que mejor define su singular estilo es la densidad a veces obsesiva y sofocante de su prosa, sostenida en una estructura analítica en la cual todos los elementos están correlacionados entre sí. Asociamos lo analítico con las ciencias exactas, física, matemáticas, cuando podemos ubicar su origen en los diálogos platónicos, donde se indaga a fondo en el tema objeto de estudio sometiéndolo a las más diversas interpretaciones. Tal como sucede con el maniático detective de *El mapa calcinado*, que lleva sus pesquisas hasta extremos inusitados, diseccionando cada supuesta prueba hasta la extenuación y finalmente reduciéndola al absurdo.

## 6.

Inmerso en la revisión de la novela de Kōbō Abe, surgieron del fondo de mi memoria, a la manera de tesoros olvidados que vamos desenterrando por casualidad, escenas enteras de *La mujer de la arena* —supongo que algunas reinventadas y deformadas—, en las cuales el trabajo de Sísifo que realiza el personaje que ha caído en la trampa de las dunas, al igual que un ratón dentro de una ratonera, en un ambiente sofocante y en un escenario propio de una pesadilla (iba a escribir dantesca, pero no hace falta), se han convertido, como los sueños que llegamos a confundir con la realidad, en experiencias propias, íntimas, asociadas a nuestra psiquis deteriorada, fenómeno este que a fin de cuentas nos informa del inmenso poder de la literatura.

De igual manera, y quizá con una intensidad aún mayor, recordé el tema central, el meollo, pues, de *El rostro ajeno*, es decir el drama del protagonista que ha perdido su rostro, no de forma metafórica o simbólica, sino cruda y real al ser despellejado por efecto de la explosión de un ácido durante un experimento en un laboratorio. Su condición de eminente científico lo lleva a construirse un nuevo rostro, a manera de máscara perfecta. De ahí deriva su pretensión, que es un drama, que es una de las más refinadas maneras de perversión que se pueden imaginar, y que habría hecho rabiar de envidia al Marqués de Sade o al Pierre Choderlos de Laclos de *Las relaciones peligrosas*, la pretensión de seducir y luego poseer a su propia mujer, de la que se ha alejado después del accidente, haciéndose pasar por otro.

Y vía Platón y la hermenéutica, volví a las escenas desopilantes de *Idéntico al ser humano*, cuando un inoportuno y fastidioso hasta extremos inimaginables visitante intenta convencer a un atribulado periodista experto en el tema de los marcianos de

que él, el visitante, es un marciano, alienígena o lo que sea no humano, idéntico a un ser humano. El lector familiarizado con la obra de Kōbō Abe podrá imaginarse lo demás.

Ah, lo había olvidado, en la mítica librería La Une encontré en 1992 la versión francesa de *El hombre caja* (*L'homme-boîte*), que leí al nomás regresar a Mérida, y que años más tarde, en 2012, en esta ocasión en Tokio, leí de nuevo en la traducción de Terao, y aquí sí que mi amado Beckett, a quien tuve la inmensa fortuna de conocer, para envidia de mi amigo César Aira, en una *épicerie* de París, frente al edificio donde vivía su amigo Cioran, en agosto de 1978, aquí sí que la poderosa figura del irlandés errante se hace presente como una sombra luminosa. Más allá del secreto homenaje de Kōbō Abe a su admirado autor, iba a escribir mentor, en *El hombre caja* hay una escena inolvidable para mí, que me recuerda Ubu rey de Alfred Jarry, y que por carambola remite a Beckett, en la cual el hombre-caja, que se ha comprometido para casarse, y carente de recursos para alquilar una carreta es transportado en un precario carromato tirado por su padre disfrazado de caballo, atendiendo una tradición según la cual la novia debe ser requerida por el novio montado en una carreta.

Y para cerrar este “ciclo” de las novelas de Kōbō Abe traducidas al español, me detengo en la última, *Encuentros secretos*, que puede ser leída como un alegato contra las prácticas médicas, es decir contra la mafia de la medicina, pero también como una obra poliédrica, surreal, hilarante y grotesca, que nos muestra de nuevo el fecundo talento de su autor y los inagotables poderes de la ficción. Como en *El mapa calcinado*, también aquí hay un desaparecido —en este caso se trata de la esposa del protagonista que es secuestrada por los paramédicos de un hospital—, y como en *El hombre caja*, también hay un caballo, en este caso un caballo de verdad que habla y se prepara para participar en una importante competencia, y que resulta ser el mismísimo vicepresidente de la empresa donde trabaja el protagonista. El hospital se convierte en un inmenso y sorprendente teatro del absurdo donde ocurren una serie de episodios cada vez más bizarros, jocosos y burlescos, como aquel del médico que ha inventado un aparato para masturbarse con fines crematísticos y que al quedar en coma víctima de un ridículo accidente sufre una erección permanente para regocijo de las enfermeras que lo atienden.

## 7.

Todas esas y muchas otras escenas de las novelas de Kōbō Abe, algunas, imagino, mezcladas con fragmentos de las adaptaciones cinematográficas de *La mujer de la arena* y *El rostro ajeno*, se entrecruzaban en mi mente al tiempo que el detective de *El mapa calcinado* continuaba sus pesquisas. Obsesivo, maniático, metódico, desconfiado, analítico hasta la necedad, el detective emprende la búsqueda del desaparecido, y de antemano presentimos que en aquel laberinto de hipótesis,

conjeturas, especulaciones, mentiras y verdades a medias donde se aventura desde el primer momento como un insomne cazador, está condenado a extraviarse.

Muy pronto se van definiendo los rasgos de los cuatro personajes que actúan como coprotagonistas y que de alguna manera constituyen los puntos de inflexión del relato, además de servir como puntales de la narración. En primer lugar, el desaparecido, cuyos atributos, manías, debilidades y demás yerbas aromáticas van surgiendo a medida que se desarrolla el relato y avanza, sin llegar a ningún lugar, la investigación. Sin embargo, no hay nada relevante que destacar en este enigmático ser limitado por la ausencia y la distancia. Luego aparece la esposa del desaparecido, una mujer de inquietante belleza, sensual, sumisa, seductora, distraída, desquiciada, que va revelando a cada paso las distintas facetas de su compleja personalidad. En su frutal cuerpo de hembra madura, en su cuello esbelto con reflejos de oro y terciopelo, se centra la mirada del detective, es decir el territorio de su perdición. Le toca el turno al supuesto hermano de la mujer, un sujeto vanidoso, vil, repelente, el típico villano de los films clase B, que envuelve al detective en una maraña de engaños e imposturas. Y cierra el desfile el tímido y apocado Hiroshi, especie de aprendiz de Uriah Heep, confidente accidental y mentiroso compulsivo, que en su afán de llamar la atención conduce al detective a los bajos fondos de una ciudad caótica y gris.

Pero este no es más que un esquema casi escolar, como si pretendiéramos hacer de ellos, los personajes, el borrador para el guión de un pésimo film. El relato de Kōbō Abe va mucho más allá de los contornos de unos atormentados personajes: constituye una poderosa incursión en los laberintos de la psiquis humana, una indagación en los anhelos, sueños, recuerdos, pensamientos, reflexiones, dudas e incertidumbres de unos personajes extraviados en los territorios de su propia y desolada mente, unos seres que buscan a tientas, como ciegos, su lugar en el mundo.

## 8.

El argumento de *El mapa calcinado*, que por comodidad o pereza podríamos ubicar dentro del género policial, en todo caso un policial impostado, no es más que una excusa que le permite al narrador examinar las complejas e imprecisas aristas de lo verdadero y lo falso, lo aparente y lo real, lo vivido y lo soñado, sin que se llegue necesariamente a una conclusión, pues nunca nada es lo que parece. Y así el detective (el narrador), que siempre sabía que caminaba sobre hielo delgado, en un instante de rara lucidez, refiriéndose al desaparecido, dice: “He trazado mi propio mapa, creyendo trazar el suyo, y he seguido mis pistas, creyendo seguir las tuyas, hasta quedar petrificado de frío, sin conciencia alguna”.

Magnífico relato este de Kōbō Abe, que ahonda sin compasión alguna, como si se adentrara en el territorio de la narración armado de un escalpelo, en uno de sus temas predilectos: la identidad. Nuestra conflictiva relación con lo que somos y lo que creemos ser, nuestra actitud frente a los demás, el extrañamiento y el sinsentido de la

existencia, y al mismo tiempo la sensación de plenitud al reconocer, en medio de la precariedad y el abandono, nuestra condición de seres vivos, pues siempre habrá una segunda oportunidad: la posibilidad de desaparecer para inventar un mundo a la medida de nuestros sueños. Y en esta búsqueda incesante reconocemos un reclamo de la metafísica o de la filosofía, y encontramos, para nuestro regocijo y satisfacción, que la literatura (la inagotable novela) es quizá el recipiente más dúctil y eficaz para contenerlo y darle forma.

EDNODIO QUINTERO, Mérida, Venezuela,  
1 de septiembre de 2015

NOTA BENE: La traducción y edición de El mapa calcinado ha contado con el generoso apoyo de la Fundación Japón, en su afán de difusión de las expresiones de la cultura japonesa en el mundo. Desde estas líneas, en nombre de la editorial Eterna Cadencia, del traductor doctor Ryukichi Terao de la Universidad de Ferris (Japón) y del mío propio, expresamos a los directivos y personal de dicha fundación nuestro más profundo agradecimiento.

La urbe: el infinito cerrado;  
el laberinto donde nadie se pierde;  
el mapa exclusivamente tuyo  
en el cual todas las cuadras  
están numeradas de la misma manera.  
Por lo tanto, no te puedes perder  
aun cuando te extravíes por el camino.

[Solicitud de investigación]

Al señor jefe de investigaciones personales de la Agencia de Detectives T.

2 de febrero de 1967

Por medio de la presente estoy solicitando de la agencia que usted dirige la apertura de una investigación acerca del paradero de mi esposo Hiroshi Nemuro, de 34 años de edad, jefe de promoción y ventas de la Comercial Dainen, desaparecido desde hace seis meses sin dejar rastro alguno. Dejaré en sus manos todo cuanto tenga que ver con la búsqueda de información, y estoy dispuesta a ofrecer lo que sea necesario para llevarla a cabo.

Adjunto el dinero equivalente a la tarifa inicial para que usted pueda emprender cuanto antes su pesquisa. De paso, le puedo asegurar que guardaré la más absoluta reserva en lo que se refiere a los informes entregados, y me comprometo a no divulgar ni abusar de los secretos que tales informes puedan revelar.

Nombre del solicitante: Haru Nemuro

Piso el embrague y cambio la marcha a menor velocidad. Es una pendiente demasiado empinada para este pequeño coche de 20 caballos.

La vía no ha sido asfaltada sino pavimentada con concreto áspero, estriado a intervalos de diez centímetros, quizá como prevención de los deslizamientos. Este recurso no tendrá ninguna utilidad para los peatones, ya que la superficie lisa debido al polvo acumulado y a los desechos de neumáticos dificultará el paso de los que caminen bajo la lluvia con zapatos viejos de suela de goma. Claro, se trata de un invento destinado a los coches. Las estrías con intervalos de diez centímetros pueden ser de alguna utilidad para los automóviles. Quizá se conviertan en conductos para llevar agua hacia las cunetas en los momentos cuando la carretera esté cubierta por nieve medio derretida.

Pese a estas consideraciones pensadas para favorecer a los conductores, son escasos los vehículos que pasan por aquí. La vía, desprovista de aceras, está ocupada a todo lo ancho por unas cinco mujeres que se disputan la palabra con sendas canastas de compra en las manos. Me abro paso entre ellas con un breve toque de bocina. Enseguida, casi sin darme cuenta, como si me dejara llevar por un presentimiento, freno el coche de repente. Desde el fondo de la curva ha irrumpido de improviso un niño que patina acurrucado sobre las ruedas, lanzando silbatazos como de policía.

A la izquierda se yergue una muralla alta de cemento armado inclinada fuertemente, y a la derecha se deja ver un barranco casi vertical detrás de una barrera de seguridad inservible y una cuneta estrecha. Me fijo en la cara pálida y rígida del niño que yace de costado, como abrazando la barrera. El corazón se me sale por la boca. Pienso en abrir la ventana para amonestar al niño, pero me contengo ante las miradas de las mujeres que me lanzan un reproche unánime. Lo mejor será seguir de largo. No me conviene provocar a esas mujeres, que en caso extremo serán capaces de responsabilizarme por lo que le pudo ocurrir al niño. No hay nada más terrible que un falso testimonio colectivo. Teniendo en cuenta mi situación, debo pasar inadvertido en los próximos tramos...

Piso el acelerador. El coche arranca a duras penas, emitiendo un olor a quemado. Enseguida abordo la curva. El espejo retrovisor me devuelve la imagen colorida de las mujeres que actuando con teatralidad rodean al niño que se ha salvado por un pelo, sin herida ni fractura alguna, y como contraste delante de mí aparece un cielo blanco como la pantalla de un televisor recién apagado. El camino se nivela y luego bordea una terminal de autobuses, instalada en la falda de una colina. Dentro de la terminal no solo hay bancos techados y teléfonos públicos, sino también una fuente de agua al lado de un kiosco de ladrillos que en verano se convertirá en una especie de jardín. Justo antes de abordar otro tramo corto de pendiente empinada, me enfrento a un gran cartel, pintado de amarillo a modo de señal de tráfico, que dice: "Prohibido entrar a la urbanización con vehículos no autorizados". Ignorando este rechazo contundente, manifestado mediante aquella firme armazón en letras llamativas trazadas por un profesional, sigo cuesta arriba para ganar el tramo de una vez.

De pronto, el paisaje cambia drásticamente. Una avenida blanca, de unos diez metros de ancho según mis cálculos, se abre recta hacia adelante como si buscara confundirse con el cielo de una blancura turbia. A ambos lados de la avenida, entre los carriles y las aceras, se ven franjas de grama reseca bordeadas por vallas hasta la altura de una rodilla. La disparidad en la sequedad de la grama parece resaltar la perspectiva, agigantando los seis edificios de cuatro niveles, con seis apartamentos por planta, alineados a ambos lados de la vía, a tal punto que me siento atrapado en medio de aquel infinito creado en miniatura. Quizás el contraste de colores entre el blanco de las fachadas que dan a la avenida y el verde oscuro que los bordea tenga que ver también con el carácter notablemente geométrico del paisaje. Con esta avenida como eje, la urbanización despliega sus dos alas con toda comodidad. A pesar de que, según me parece, se trata de un conjunto más largo que ancho, la vista a ambos lados está obstruida por completo por las fachadas blancas pues los edificios, con seguridad para recibir mejor la luz del sol, no están distribuidos en líneas rectas.

Dentro de un cochecito, sin compañía de adultos, un bebé cubierto de pies a cabeza por una manta llora a moco tendido. Un niño montando una bicicleta liviana de aluminio, equipada con una caja de velocidades plateada, pasa al lado del cochecito con el rostro enrojecido por el frío, lanzando una carcajada teatral. Me doy cuenta de que las aceras están bastante concurridas, pero aquellos seres humanos se convierten en imágenes ilusorias en medio de este paisaje que pareciera estar siempre enfocado desde la lejanía. Claro, debe resultar todo al revés para los residentes, que se han acostumbrado a esta perspectiva: el paisaje se volverá lejano hasta disiparse en una transparencia casi inexistente mientras uno mismo se destaca como si se tratara de la imagen extraída de un negativo. Bastaría entonces con diferenciarse del resto. Por más que se alinearan por centenares, los casilleros idénticos no dejan de ser marcos con láminas de cristal que rodean los retratos de sus propios familiares...

12-3-Este: “Este” quiere decir el lado derecho de la avenida, “3” el tercer edificio sobre la misma y “12” el apartamento del segundo piso al cual se llega por la escalera de la izquierda. Cada vez que se corta la franja de césped aparecen carteles que dicen: “Prohibido entrar” o “Prohibido estacionar”, pero dejo el coche al frente del edificio en cuestión, haciendo caso omiso de las advertencias. Lo único que llevo a mano es un maletín negro, de 55 centímetros de largo, 40 de ancho y 20 de profundidad, repleto de los instrumentos de mi trabajo. Se trata de un producto ordinario de superficie lisa y dura que se convierte en un escritorio portátil en cualquier momento, pero está equipado en un extremo de la manija con un micrófono escondido que se acciona a control remoto. No es nada llamativo el cuero artificial, áspero por el evidente desgaste, ni las hebillas demasiado grandes, incrustadas a posteriori en las cuatro esquinas. Esta apariencia banal, que sugiere su uso por parte de un comerciante ambulante, me favorece y desfavorece según el caso.

De repente, una ráfaga de viento como polvo de hielo me golpea el rostro. Cambio el maletín de mano y, luego de atravesar la acera, me adentro en una

penumbra rectangular protegida tan solo por un estrecho alero. Mis pisadas rebotan escaleras arriba, repercutiendo con un ruido como de latas que se arrastran. Ocho buzones divididos en dos filas horizontales... En un pedazo de papel pegado con cinta adhesiva debajo del número 12 pintado en blanco, logro divisar las letras pequeñas, escritas a mano, que dicen “Nemuro”... Me prepararé mentalmente a medida que suba con calma la escalera... Debo captar cuanto antes los deseos de mi interlocutora y actuar según sus expectativas... En nuestro oficio, a pesar de que pareciera lo contrario, no hay fórmulas hechas.

Puerta blanca de acero con marco verde oscuro. Botón del timbre con cobertura de plástico deteriorada. La tela que tapa la mirilla tamaño tarjeta postal, calada en el centro de la puerta, a la altura del rostro, se levanta en diagonal y, tras el sonido producido por la cadena al zafarse, el pomo gira para mover la puerta que parece pesar una tonelada. Un leve olor a aceite quemado. Seguro que acaban de encender una estufa de querosén en preparación de mi visita. La mujer abre la puerta en dos etapas, primero veinte grados, luego sesenta, y retrocede un paso con las manos juntas sobre sus senos. No logro distinguirla bien a contraluz, pero es mucho más joven de lo que imaginaba. Pese a su corta estatura, parece espigada a causa de su cuello largo, y podría pasar como una niña en una penumbra más densa.

Me identifico mediante mi tarjeta de presentación, al estilo de un banquero. A decir verdad, nunca he visto a un banquero presentarse, pero quiero decir que me presento con ese aplomo confiado, único y exclusivo de las personas ajenas por completo a los remordimientos. No se trata de un gesto teatral para tranquilizar al interlocutor, ya que he venido a instancias de la mujer, sin intención de vender algún producto a la fuerza, sino del método más eficaz para tomar cierta distancia. Nuestro oficio suele infundir desconfianza. No hay que actuar como serpiente delante de las personas que les tienen fobia a las serpientes.

La mujer comienza a hablar en susurros, con voz ronca, que no deja percibir nerviosismo alguno. Me tranquiliza su particular forma de hablar, como si estuviera relamiendo un caramelo; tal vez se deba al hecho de que posee una lengua corta. Buen comienzo para mi oscuro trabajo en este zaguán que permanece en penumbras.

Apenas entro en el pasillo, a mano izquierda observo una cocina-comedor estrecha. Al fondo se ubica la sala de estar, delimitada por unas gruesas cortinas. El dormitorio debe estar en el pasillo, a mano derecha.

La estufa de querosén, en forma de tubo, está instalada en la sala, al lado del comedor, llameando con un fuego azul. En el centro hay una mesa redonda, cubierta con un mantel de vinilo cuyos bordes llegan hasta el piso. La pared de la izquierda está dividida en dos: estantes de libros y ventanas. En la pared del frente cuelga un grabado de Picasso, seguramente recortado de alguna revista, en el cual una mujer mira simultáneamente hacia arriba y hacia la izquierda. El hecho de estar enmarcado indica que el cuadro merece cierto aprecio. A su lado un plano en perspectiva de un

bólido de la Fórmula Uno, tres veces más grande que el dibujo de Picasso, con una parte del motor subrayada y apuntes al margen hechos con un bolígrafo. Una mesita triangular para sostener el teléfono junto a la ventana de la izquierda. Un equipo de sonido, sin duda hecho a mano, contra la pared que limita con la otra habitación. Arriba se ven dos parlantes sujetos en ángulo recto a la pared, con una distancia entre ellos de unos tres metros. Me pregunto si colocados en aquella posición no se anulan entre sí, neutralizando el efecto de estereofonía. La mujer me invita a sentarme en una silla, de espaldas al equipo de sonido. Excusándose por la soledad de su existencia, separa las cortinas para entrar a la cocina, seguro que con el propósito de preparar té. La leve brisa originada por el movimiento de las cortinas disipa el olor a aceite, y en su lugar permanece flotando el aroma de cosméticos dejado por la mujer.

Cuando la mujer desaparece tras las cortinas, su imagen comienza a desdibujarse de repente en fragmentos ambiguos. Soy meticuloso en mi trabajo. Respiro despacio para cerciorarme de que no se percibe ningún olor a cigarrillo ni a transpiración masculina, y enciendo un cigarrillo. Levanto el mantel de la mesa para verificar que no haya ningún objeto sospechoso escondido en esta parte del piso. ¡Qué historia tan extraña! Si bien es cierto que atardece temprano en invierno, y el cristal de las ventanas ha empezado a oscurecerse, todavía hay suficiente luz del sol como para prescindir de la iluminación artificial. Con un poco de atención distingo la pequeña tapa de un bolígrafo o de una pluma abandonada bajo la mesita del teléfono. Estoy seguro de haber observado bien a la mujer... Sí, la vi de frente a menos de dos metros de distancia cuando me ofreció la silla desde el otro lado de la mesa... No me explico por qué su imagen se borra tan rápido. Llevo cuatro años en este oficio. Tengo automatizado el proceso de captar en un instante todo cuanto veo, guardar luego las imágenes de las personas en mi mente y extraerlas como fieles reproducciones cuando sea necesario. El niño que patinaba en la carretera, por ejemplo... Abrigo de paño índigo con solapas y cuello amplio... Bufanda de lana gris... Sandalias blancas... Ojos rasgados hacia abajo, cabello ralo y tieso, frente bien delimitada, una mancha roja bajo la nariz. Por suerte, logré frenar a tiempo pues subía con esfuerzo la empinada cuesta; si la pendiente hubiera sido menor o el coche más potente, no habría podido maniobrar como lo hice para evitar la colisión: el cuerpo del niño se torcería hacia la izquierda para esquivar el coche, estirando la pierna derecha, que se metería bajo la rueda; lo de menos hubiera sido la fractura de la rodilla; el cuerpo del chico arrastrado por las ruedas saldría disparado contra el coche y, al rebotar, su cabeza impactaría con la barrera de seguridad; quizá se libraría de una fractura de cráneo pero al menos su cuello se habría dislocado... Ojos convulsos, sangre fresca y brillante brotando burbujeante de su boca y de sus oídos... Desde luego, yo no estaría aquí...

Sonido de un vaso detrás de las cortinas... No es de porcelana sino de cristal... ¿Bebida fría en invierno?... ¿O será algún licor con alcohol?... No puede ser... Sin

lugar a dudas, está a punto de montar una escena trágica, aburrida para mí, lágrimas más, lágrimas menos... Debe estar demasiado impaciente, ni siquiera preparará una taza de té verde... Presencia silenciosa de la mujer... Ruido monótono de agua saliendo del grifo sin parar... Por lo general, los clientes no pierden ni un minuto para lanzarse a contar sus historias, aunque sea a través de las cortinas, y no me queda más remedio que asumir el odioso papel de aguafiestas, interrumpiéndolos con asuntos banales como tarifas y costos, a sabiendas de que se trata de enfermos mentales que buscan consuelo en el solo hecho de ser escuchados...

Mujer que no puedo recordar... Mujer que ha borrado su rostro con una sola sacudida de las cortinas como si fuera una hábil prestidigitadora... ¿Una mujer carente de atributos?... Pero me acuerdo perfectamente de su vestido, acerca del cual sería capaz de enumerar más de cien detalles. No me será difícil imaginar su silueta a través del vestido. Cuerpo elástico y bien balanceado, sin llegar a ser delgado. Probablemente piel tersa, no tan blanca, con vellos en la espalda. La línea de la columna vertebral, profunda y recta. Resultó ser mucho más femenina y madura que cuando la vi a contraluz, y el cuerpo ligeramente masculino y joven para su edad está bien rematado, con senos de tamaño ideal, ni muy grandes ni muy pequeños. Le sentará bien el baile de última moda con vaivenes y contorsiones de sus músculos flexibles. Con esta avalancha de imaginación, no me debe costar mucho trabajo bosquejar un rostro apropiado para semejante cuerpo...

La imaginación me induce a dibujar un rostro expresivo y bien perfilado con gestos variados... Pero no puedo seguir avanzando por más que me esfuerce... Lo único que veo son manchas difusas, como las de una pared, que pueden ser pecas... Sin embargo, recuerdo con nitidez su corte de cabello... Largo, negro y delicado, quizá difícil de peinar, con mechones lacios que cubren el hemisferio izquierdo de su frente clara... El brillo metálico que flotaba sobre su cabeza bajo la luz de la ventana probablemente se deba al hecho de que no utiliza aceite... Frente clara... Sí, una frente amplia y brillante... Pero no entiendo por qué no puedo ir más adelante y agregar un nuevo rasgo valiéndome de mi imaginación... ¿Sería que la mujer evitaba adrede revelar sus gestos delante de mí?... ¿O revelaba simultáneamente más de cinco gestos diferentes en un breve lapso de tiempo?... Alguna intención oculta... Puede ser que me esté enfrentando a un trabajo arduo, lleno de trampas... Han pasado tres minutos desde que se retiró rumbo a la cocina... Irritado de repente, extraigo el segundo cigarrillo... Mientras lo enciendo, me levanto y rodeo la mesa para colocarme frente a la ventana.

Son varios cristales pequeños encajados en el marco de aluminio, que ofrecen una vista muy buena. Al otro lado de la vía de unos diez metros de ancho, pavimentada con losas de concreto, se yergue la pared norte, oscura y desabrida, del edificio 2-Este, que, salvo la escalera de emergencia, no tiene tan siquiera una ventana. A la izquierda se extiende hacia la lejanía la avenida por donde he llegado. Apoyando mi cabeza en la ventana, distingo mi coche estacionado. De pie en el extremo izquierdo

de la ventana, al lado de los estantes con libros, alcanzo a ver allá abajo el inicio de la cuesta al otro lado de la avenida. El edificio vecino, levantado en un ángulo de treinta grados en relación con la avenida, oculta el resto de la vía.

En el punto medio entre mi mirada oblicua y mi coche estacionado parpadea de repente, como con desgana, un farol de mercurio. Quizá haya alguna falla en el sistema automático del encendido que lo hace titilar a causa de una sensibilidad exagerada. Claro, ya es bastante tarde. La acera se puede ver mucho más concurrida que antes, y ahora se destacan las figuras de empleados camino a sus hogares entre las amas de casa que han terminado de hacer sus compras. Quizá haya llegado un autobús. Oteando desde una posición elevada, me doy cuenta de que los hombres son animales andantes. Más que andar, me da la impresión de que transportan diligentemente pesadas bolsas de carne con las entrañas dentro, en contra de la gravedad. Todos regresan. Retornan al sitio de donde han salido. Salen para retornar, como si el único objetivo de la salida consistiera en el retorno. Salen para reforzar aún más la pared gruesa de sus casas, salen para conseguir los materiales necesarios.

Sin embargo, algunos salen y no regresan nunca...

—Ahora, ¿no me puede dar alguna pista?... Por favor, dígame todo lo que se le ocurra.

—No, no puedo. No se me ocurre nada en absoluto.

—Cualquier cosa que se le ocurra. No hace falta prueba ni motivo.

—Bueno... Entonces, una caja de fósforos...

—¿Cómo?

—Sí, una caja de fósforos... A medio usar... Encontré en el bolsillo de su impermeable una caja de fósforos de alguna cafetería, junto con un periódico deportivo...

—A ver... —Mientras observo de nuevo el rostro de mi interlocutora, del cual de repente se han borrado todos sus gestos, confirmo, un tanto perplejo, que me sigue disgustando. Esa cara difusa, a la cual le sentaría bien una sonrisa ambigua, revela una placidez extrema, como si hubiera logrado convertir la desaparición de su esposo en una fuente de placer. O quizá se ha sumido en el fondo de la confusión a fuerza de haber intentado resignarse, con los resortes de su voluntad flácidos e inútiles, al cabo de medio año de lamentos y desesperación. Los rasgos de aquel rostro, que quizá haya sido hermoso, también se ven desenfocados, como si los estuviera observando a través de unos lentes deformantes—. ¿Cree que esa caja de fósforos me puede servir de pista?...

—No sé... La encontré en el bolsillo del impermeable...

—Mire, basta con que usted firme esta solicitud y enseguida emprenderé la indagación que me encarga. Como ya le he explicado, el anticipo que le estoy cobrando equivale a mi sueldo de una semana, y no le voy a devolver esos treinta mil yenes, aun cuando no logre ubicar a su esposo. Desde luego, no le reclamaré el resto

de los honorarios, pero le tengo que cobrar otros treinta mil yenes si quiere que continúe la investigación. Por otra parte, usted misma tiene que costear todo cuanto haga falta para llevarla a cabo...

—Firmo aquí, ¿verdad?

—Pero no puedo hacer nada con esas pistas tan ambiguas. No me puedo quejar si me paga la tarifa establecida, pero será como tirar dinero a la basura.

—Qué lío...

—Tiene que haber más pistas. Alguna persona a la que debo seguir, algún lugar donde debo hacer alguna averiguación...

—Ojalá hubiera algo... —Mi interlocutora sacude un poco la cabeza y luego continúa, al tiempo que bebe a pequeños sorbos del vaso de cerveza, que he rechazado pues debo conducir de vuelta—. Cómo es posible que me suceda algo tan increíble... Mi esposo ha tenido buenas oportunidades... Nadie se lo explicaría.

—¿Oportunidades?

—Sí, laborales...

—Usted ha realizado ciertas investigaciones por su cuenta, ¿verdad? Ya ha pasado medio año...

—Sí, mi hermano menor...

—Ah, el que atendió mi llamada. Creí que se trataba de su representante, tal vez sea mejor que hable directamente con él para ahorrar tiempo.

—Es que no sé dónde está...

—¡Qué dice! ¿Cómo es posible que quien busque a un desaparecido también desaparezca?

—Mi hermano no ha desaparecido. Me llama cada tres días, al menos... Si tan siquiera mi marido me llamara, podría tomar algunas medidas y no estaría tan asustada... Me aterroriza el estado inestable y precario en que ahora me encuentro, sin saber nada de nada.

—Pero no parece usted tan asustada.

—Qué extraño... ¿Será que me he ido acostumbrando a la ansiedad...?

—Usted misma no ha hecho nada, ¿ha dejado el asunto en manos de su hermano?

—Estuve esperando, día tras día...

—¿Solo esperando?

—Mi hermano se opuso a que yo interviniera. Además, no quería salir de casa...

—¿Por qué?

—Por si a mi esposo se le hubiera ocurrido pasar por aquí durante mi ausencia... No me parecía del todo improbable...

—Le pregunto por las razones de la oposición de su hermano.

—Ah, claro... —A medida que su rostro se vuelve aún más ambiguo y lejano, le sientan bien las pecas que rodean sus ojeras como un velo que la envolviera mientras duerme—. Mi hermano tenía su propio punto de vista... Pero sus esfuerzos no dieron ningún resultado... Y yo no pude esperar más... Al fin mi hermano cedió y decidí

recurrir a su agencia...

—¿Usted bebe mucho, señora?

La mujer detiene en el aire la botella de cerveza que ha agarrado de forma automática para servirse de nuevo y asiente sin dirigirse a nadie en particular:

—Desde que me abandonó mi marido... Mientras espero sola, a veces sueño despierta... Un sueño extraño en que lo persigo... De repente aparece detrás de mí y me hace cosquillas... Aunque sé que se trata de un sueño, siento sus manos de verdad y me río sin parar, a punto de volverme loca... Qué sueño tan extraño...

—Creo que sí debo ver a su hermano.

—Se lo diré cuando me llame... Pero quién sabe... Sospecho que él no quiere verlo a usted...

—¿Por qué?

—No sé cómo explicarle... Es mi impresión, aunque no sé expresarla con palabras.

—Oiga, señora, necesito información. ¿Me entiende? No tengo la menor intención de meterme en la vida de su hermano. Lo único que quiero es que me aporte algún tipo de información. Además, sería absurdo de mi parte repetir lo que él ya haya hecho. Ahora, si es eso lo que usted desea, por mí no hay ningún problema.

—Le diré todo lo que sepa, pero ¿qué tengo que decir?

—Algo que me sirva de pista, le estoy diciendo.

—Ay, qué embrollo. Es que no tengo ninguna pista...

—Bueno, está bien —no me quedó más remedio que resignarme—. A ver, entonces explíqueme en orden cómo fue que desapareció su marido.

—Todo fue demasiado sencillo, tan sencillo que no deja de sorprenderme... Venga. —Se levanta con agilidad para acercarse a la ventana y con un movimiento de su mano me invita a seguirla—. Ahí... Como a diez pasos de ese farol... ¿ve una pequeña boca de alcantarilla entre la acera y el césped?... Ahí en ese punto se esfumó sin dejar rastro... No sé por qué... En un lugar tan ordinario... No me explico con qué necesidad...

Un camino oscuro... Un camino demasiado oscuro... Lo que hasta hace poco era un camino blanquecino, mezclado con el color lechoso del cielo, se ha convertido en un sendero allá en el fondo del valle, sumergido en las profundidades del cielo iluminado por las luces de la ciudad... Avanzo diez pasos desde el farol de mercurio y hurgo la boca de la alcantarilla con la punta de mis zapatos... El punto donde presuntamente “él” se esfumó sin dejar rastro...

Una hora, a medias abandonada y oculta, en la que las amas de casa que hacían sus compras, el cochecito rojo y los niños que andaban en bicicleta se han borrado por completo con un brochazo de la oscuridad, mientras los empleados que regresaban directo a casa se han acomodado en sus casilleros, una hora demasiado temprana para que vuelvan los que todavía se están entreteniendo en algún lugar...

Me detengo... El punto donde presuntamente “él” se esfumó sin dejar rastro...

El viento corre entre los edificios. La corriente de aire helado repercute contra las esquinas agudas de las construcciones, dando origen a rugidos bajos, inaudibles. Aunque mis oídos no los perciban, esos rugidos como de un órgano de tubos penetran mi piel. Enseguida se me encogen los poros de todo el cuerpo y la sangre se me congela. La sangre endurecida alcanza mi corazón, convirtiéndolo en una roja bolsa de hielo. La acera de asfalto pisoteado. Una mancha blanca en el césped resulta ser una pelota de goma, rota y abandonada. El farol de mercurio, que pone un brillo plateado en mis zapatos cubiertos de polvo, no logra avivar la avenida cadavérica, deteriorada por todas partes. Este lugar no conduce a ningún lado.

Por supuesto, hace ya medio año, es decir, en agosto, todavía hacía un calor veraniego. El asfalto estaría pegajoso y el farol atraería miles de insectos. El césped sería como un riachuelo verde, remecido apenas por la brisa, que se traga la pelota rota hacia el fondo. Si alguien se hubiera detenido en este punto no habría sido porque se sintiera congelado sino a causa de la bandada de mosquitos que sale de la boca de la alcantarilla... Si “él” se detuvo aquí... No, “él” atravesó este sitio por última vez muy temprano en la mañana... a esas horas señaladas cuando los faroles habrían cerrado los ojos, los insectos se habrían refugiado en las raíces de los árboles y el valle negro se habría despojado de la ropa de luto para devolver a la ciudad blanca de la colina su condición original, mezclándola de nuevo con el cielo —bueno, es posible que se tratara de una de esas escasas mañanas de cielo azul que se despeja gracias al fuerte viento del suroeste—; con la señal del primer latigazo del corazón de la ciudad, centenares de casilleros se abrirían al unísono, acaso con menos de cinco minutos de diferencia, para dar paso a una multitud de empleados, indistinguibles entre sí, que de un momento a otro ocuparían todo lo ancho de las calles como la avalancha de agua desbordada de una presa con la compuerta recién abierta.

—Sí, efectivamente, parece una manada de ratones embrujados... ¿No se acuerda de algún cuento infantil en que aparecen ratones embrujados? —La mujer abre los brazos al máximo como si quisiera abarcar el ancho de la avenida, con lágrimas en los ojos derivadas con seguridad de la cerveza que ha estado consumiendo sin parar. Mientras se observa alternativamente ambos brazos, dice en un susurro temeroso que ya está muy oscuro y enciende la luz de la sala antes de retirarse de nuevo a la cocina, pero ahora mantiene el mismo tono de antes—. No solo se llenan las aceras sino también los carriles... Para colmo, todos se apresuran a fin de no perder el autobús... Paulatinamente se van concentrando hacia el centro de la avenida...

—Pero a esas horas pico jamás se respeta el horario de los autobuses.

—Por supuesto. —Vuelve con otra botella de cerveza en la mano—. La gente se apura cada vez más justamente porque no saben cuándo llegará el autobús.

La mujer coloca la botella de cerveza sobre la mesa y enseguida se vuelve hacia la ventana. La luz eléctrica me indica que afuera ya es de noche. El grabado de

Picasso se refleja en el cristal. La mujer, como asustada de repente, corre la cortina con brusquedad y el color limón que cubre la mitad de la pared introduce de golpe un cambio en el ambiente de la habitación. No se trata del color limón fresco sino de limón marchito, abandonado en un rincón de la frutería. La moribunda habitación, deshabitada por su dueño, ha resucitado de improviso gracias al color limón, como si lo que le faltaba no hubiese sido aquel desaparecido sino este color. Sin previo aviso, aparece un gato de peluche sobre el estante de los libros. Bajo el dibujo en perspectiva del auto de la Fórmula Uno surge, como salido de la pared, un estante decorativo que contiene un guante de encaje a medio coser. A esta habitación le sienta bien el color limón. A la mujer también. El aposento de la mujer. El aposento delimitado a la medida de su vida, hecho para ella. Me siento confundido. Mi sexto cigarrillo. Su segunda cerveza. Algo no me cuadra.

A unos diez pasos del farol de mercurio. Cerca de la boca de la alcantarilla ubicada al final del césped. La mujer dice que “él” caminaba despacio por la orilla de la acera, taciturno y pensativo, como evitando la multitud de empleados que se apresuraban bajo alguna inconfesable presión... Aun admitiendo que fuera verdad que un vecino resultó ser el último que lo vio antes de que desapareciera, ¿qué sentido puede tener ese hecho?

—En lugar de correr para alcanzar el dudoso autobús, ¿no le parece que hubiera sido mejor que caminara tranquilo cuesta abajo hacia la entrada del metro? Para ir directamente a la oficina le convenía tomar el autobús, pero, según me dijo usted, ese día tenía una cita en la estación S...

—Dejó plantado al susodicho.

—Usted habla como si su esposo lo hubiera hecho adrede, según su propia voluntad.

—No, no es esa mi intención. Mejor dicho... No sé cómo decirlo...

—¿Tres días antes iba en coche a su oficina, fue eso lo que me dijo?

—Sí, el coche sufrió un percance y tuvo que mandarlo al taller.

—¿Y dónde está el coche ahora?

—Pues, verá... No sé... —Como sorprendida, abre los ojos que no traslucen otra cosa que candor—. Creo que mi hermano debe saberlo...

—Otra vez su hermano. Por desgracia, usted dice que no lo puedo ver...

—No importa... Mi hermano... Fue por iniciativa suya que me puse en contacto con usted... Créame, mi hermano tiene sus puntos de vista... —De repente su voz se vuelve alegre—. Claro, no fue a propósito... Estoy segura... Hasta tengo la prueba... Sí, ya me acordé... Él salió esa mañana y regresó enseguida... Creo que fue por algo importante... Apenas bajaba la escalera cuando dio marcha atrás en menos de un minuto... Un clip... Sí, se dio cuenta de que había apartado con un clip algunos de los documentos que iba a entregar en la estación S...

—Sí, usted ya me lo ha contado.

—Ah, ¿sí? —La mujer muestra sus dientes con naturalidad entre los labios un

tanto distendidos, pero sus ojos no logran ocultar una inquietud temerosa—. Es que siempre estoy hablando sola, conmigo misma, quiero decir... Discúlpeme... Me he enviciado... Nadie me lo reprocha mientras se trate de monólogos, ¿no es cierto?... Qué estúpida, un clip... Pero no dejo de pensar... Que volviera por un clip es la mejor prueba de que iba a acudir a la cita, ¿no cree?... Me he acostumbrado a repetirlo porque todos me han preguntado lo mismo...

—¿Todos?

—Sí, todos. Quiero decir, los interlocutores de mis soliloquios... Un clip, qué humillación... Aunque un clip sirve para marcar papeles, me molesta que también señale la única y la más importante de mis esperanzas... Ya sé...

Camino despacio, me detengo y me doy vuelta para empezar de nuevo... La acera de asfalto deteriorado... Treinta y dos pasos a ritmo normal desde la esquina del edificio número 3... Levanto la cabeza y observo cómo los faroles de mercurio, en forma de falsos ojos incapaces de parpadear, parecen lanzar conjuros convocando un desfile que jamás llegará, mientras las luces rectangulares de las ventanas, encendidas como de espaldas, hace años que renunciaron a la esperanza de su llegada... El viento golpea mis mejillas con la fuerza de un trapo mojado, alzo el cuello de mi abrigo para seguir caminando...

Si creo al pie de la letra lo que me contó como un soliloquio esperanzador, alguna extraña e insólita amenaza estaba al acecho de su esposo en esos treinta y tantos pasos... Y luego dio la espalda, no solo a su cita en la estación S, sino a toda la sociedad humana, adentrándose con temeridad en un abismo que no le permitiría la vuelta atrás...

—De acuerdo. Vamos a tratar de imaginar un poco. Por ejemplo... No lo tome a mal, por favor... Algún chantajista que conocía los puntos débiles de su marido... Digamos, una de sus exnovias que se vio en la necesidad de dar a luz a escondidas... Son cosas que suceden... No es nada raro que algún error cometido en la juventud salga a relucir años después como un fantasma... Además, fue en agosto, temporada ideal para la aparición de los espectros. Claro, no necesariamente tiene que tratarse de una mujer. Otro candidato posible podría ser algún compañero del pasado, cómplice de una estafa cometida por ambos años atrás, que ha caído de repente en la miseria. O algún conocido recién salido de la cárcel, que le hace una visita de cortesía... ¿No se le ocurre algún criminal obstinado que haya sido detenido por una denuncia de su esposo? Desde luego puede ser que se trate de una trampa tendida por unos tipos completamente desconocidos. En estos días han aparecido criminales intelectuales muy habilidosos. Me han dicho que está de moda un procedimiento salvaje que consiste en hacer un seguro a nombre de una persona desconocida y luego atropellarla con un coche. Obviamente, este no puede ser el caso de su esposo, ya que el truco no funciona si no descubren el cadáver para identificarlo. Claro, como la

policía no le ha informado nada, debemos descartar la posibilidad de accidentes o de casos que podrían ser tomados como accidentes. Si se tratara de un asesinato, estaría en el fondo del mar, embutido con cemento dentro de un barril... En tal caso, el asunto se complica... Pues se habría comprometido con algún grupo criminal... digamos, contrabandistas, mafiosos o falsificadores de moneda...

La mujer ha dejado de beber aunque todavía resta la mitad del vaso. Permanece inmóvil, observando cómo las burbujas se deshacen una tras otra, dejando tan solo el líquido descolorido. No alcanzo a saber si está pensativa, irritada o distraída. El labio inferior un tanto pronunciado, como el de una niña que no ha sido destetada por completo. En contraste, la nariz denota cierta insolencia, a pesar de que su dueña se mantiene cabizbaja no logra ocultar las fosas nasales.

—No, por el contrario, los signos triviales, como colillas tiradas en las calles, pueden ser aún peores que las organizaciones criminales. Eso es lo que solemos llamar: “tentaciones del demonio”. Ponga atención, le voy a contar una anécdota verdadera. Le sucedió al director de una sucursal bancaria, el más serio y formal entre el personal de aquel banco. Justo el mismo día en que se jubiló de su trabajo, acudió a un local de striptease y se enamoró de una de las chicas. En realidad, se trataba de una persona irrelevante, tenía la manía de morderse las uñas, y, por su inmadurez o distracción, también se las mordía mientras cumplía su rutina en el espectáculo. Sin embargo, el director se excitaba al verla morderse las uñas. Acudió tres días seguidos al espectáculo y luego le envió una carta en la que le declaraba su amor; al cuarto día logró invitarla a cenar. Tras este breve proceso de seducción, al quinto día se suicidaron juntos en el apartamento de la chica. Al igual que ocurre con las maquinillas de afeitar, lo más duro puede volverse frágil.

No detecto el más leve cambio en el rostro de la mujer. Las burbujas totalmente desdibujadas en el vaso. Vista desde un costado, la superficie de las burbujas me hace recordar la foto de una selva tomada desde un avión. ¿Qué estará viendo la mujer? Se nota, quizá por los cambios en la iluminación, un ligero brillo como de esmalte en sus párpados inferiores... ¿Lágrimas?... Me asusto... No quería hacerla llorar...

—Ahora, a mi modo de ver, el clip... Bien podría ser la prueba de que tomaba en serio los documentos, como usted me ha dicho... Pero es un asunto muy distinto si de verdad los iba a llevar a la estación S en cumplimiento de su promesa. En fin, depende mucho del carácter de esos documentos...

—Nadie sabe nada —me devuelve esta respuesta con la habilidad de una tenista para el rebote, pero su tono de voz no revela ningún cambio después de aquel largo silencio.

—Pero eran de su trabajo, ¿verdad?

—A lo mejor no se trataba de algo importante.

—No me hace falta su apreciación, necesito hechos concretos. Ahora, en lo que a los documentos se refiere, mañana mismo lo averiguaré en la oficina donde trabajaba su marido... Pero todavía no me explico... Que usted no me pueda ofrecer ninguna

pista no me extraña, ya que sus impresiones no dejan de ser subjetivas, pero no logro comprender por qué su esposo, quien, según usted me ha dicho, es una persona bastante meticulosa, no ha dejado pista alguna, un diario, tarjetas de presentación, una agenda, nada de nada... Por lo que veo, señora, usted está empeñada en creer que la desaparición de su esposo fue algo imprevisto por el hecho de no haber dejado ningún rastro, pero ahora me inclino a creer que fue todo lo contrario. ¿No le parece más bien que fue un plan preparado con suficiente anticipación?

—Pero tengo la prueba del clip. Además, no ha sacado ni un centavo de la cuenta bancaria...

—Clip, clip, clip... A ver, señora, déjeme preguntarle, entonces, con qué argumento podría usted refutar la hipótesis de que el clip también formaba parte del plan premeditado de su esposo. ¿Ve?... A lo mejor quería despedirse por última vez de una forma simbólica...

—¿Cómo?... Mi marido limpiaba sus zapatos, silbando una melodía extraña, mientras yo buscaba el clip...

—¿Una melodía extraña?

—Sí, tal vez era el estribillo de un comercial de la tele...

—Dejémoslo. No me importa que usted trate de convencerse a sí misma, pero de nada sirve que trate de convencerme a mí.

—Puede ser que hubiera algo... La libreta de apuntes del teléfono...

Desconcertada por primera vez, la mujer se vuelve hacia el rincón de la habitación donde se encuentra el teléfono, y acto seguido cierra la mano para esconder el pulgar cuya uña iba a morderse, apoyándola contra los labios. Su intento de disimular no tiene éxito. No se le escapa la cicatriz blanca al borde de la gruesa capa de esmalte que se ha aplicado para ocultar su manía... La mujer sonrío de una manera forzada.

—¿Había una libreta de apuntes?

—Me parece que sí... La que se abre cuando se ajustan los botones a las iniciales... Esmaltada de negro... De este tamaño... Creo que siempre estaba ahí, en ese estante...

—¿Desapareció junto con su esposo?

—No, se la habrá llevado mi hermano. Él es incapaz de quedarse esperando sin hacer nada. Seguro que no halló nada relevante por más que la examinara de cabo a rabo y entonces se la llevó consigo. Yo tampoco me habría quedado quieta si tuviera esa libreta todo el tiempo ante mis ojos. Mi hermano se opuso a que yo corriera algún riesgo...

—¿Riesgo?

—Su consigna es: “En la vida no hace falta más que un mapa”... Como el mundo es una selva o un espeso matorral lleno de fieras y alimañas, solo debemos atravesar aquellas zonas absolutamente seguras, transitadas por mucha gente...

—Es como decir que hay que desinfectar el jabón antes de lavarse las manos.

—Efectivamente... Mi hermano es así... Cuando viene, arma un alboroto y se demora para lavarse las manos y enjuagarse la boca...

—Le pido, por favor, que lo llame enseguida.

De repente una sombra gris cruza el rostro de la mujer. O puede ser que el velo que la ocultaba se haya descorrido para dejar al descubierto la piel original. Su mirada se enfoca por primera vez. Tanteando tranquila el borde de la mesa con la punta de los dedos de ambas manos, se levanta sin hacer ruido y se coloca detrás de la silla estrecha para hacerse un hueco en la cortina color limón. A la mujer le sienta bien el color negro... La estrecha cintura que resiste la gravedad... Levanta el auricular, disca de memoria sin consultar el directorio y toma un pliegue de la cortina con el mismo dedo con que acaba de marcar... El dedo delgado parece no tener articulaciones... Será que ha adquirido la manía de agarrar todo con los dedos... Habría adoptado esa nueva manía para evitar la original de morderse las uñas... El suave vaivén de la cortina indica que la mujer está un poco ebria... La combinación de negro y amarillo puede ser señal de: “Cuidado, hay peligro”...

—Tiene toda la razón... —la mujer habla en un susurro bajo y ronco, como si se dirigiera a alguien metido dentro de sus ojos—. Me he acostumbrado demasiado a hablar siempre en soliloquios... No hay nada mejor que hacerlo directamente con la persona indicada... Yo tampoco me lo creí de inmediato... Justo después de que estuviera silbando de una manera tan relajada... Dice que lo vio como si anduviera asustado por algo... Qué extraño, no me contestan... ¿Para dónde se habrá ido?...

—¿A quién está llamando?

—A un vecino que vive aquí atrás...

—¿El último testigo del que me ha hablado? No insista, ya debe estar fastidiado de sus llamadas, señora. Además, no le estoy pidiendo que llame a esa persona.

La mujer devuelve el auricular con un sobresalto como si hubiera rozado a un gusano por error.

—¿A quién, entonces?

—Obvio, a su hermano.

—No puedo, porque...

—Mire, a mí me hacen falta diez, veinte mapas. ¿Qué quiere que haga solo con este retrato y una vieja caja de fósforos? Mi oficio, a diferencia del suyo, consiste en escudriñar cualquier cosa que resulte sospechosa. La planilla que usted ha firmado dice que debe estar dispuesta a suministrar toda la información que sea necesaria. No le estoy exigiendo nada difícil.

—Mi hermano ha realizado las investigaciones a su manera... y dice que no hay nada que sirva.

—Qué tipo tan seguro de sí mismo. Entonces, ¿por qué acude a mí?

—Porque no puedo esperar más.

Ella tiene razón, es angustioso esperar, pero yo aún permanezco a la espera.

Camino despacio, me detengo y me vuelvo antes de ponerme en marcha de nuevo... De vez en cuando llegan autobuses y se escuchan pasos dispersos, pero no se percibe ni siquiera una silueta... No solo no se observa ninguna sino que tampoco se detecta un mínimo rastro de huella, falla, círculo mágico o entrada a un camino secreto subterráneo... Lo único que persiste es una perspectiva oscura e incierta, como cansada de esperar... y el hiriente viento nocturno de febrero...

Para colmo, son las siete y media de la mañana, la hora más lívida del día... una hora parecida al agua destilada, ajena por completo a misterio alguno... ¿Qué clase de extravagancia le podría acontecer a un modesto jefe de promoción y ventas de una distribuidora de combustible?... ¿Se tratará de una burla o del tonto reclamo de una mujer despistada? Da lo mismo, de todas maneras, lo invisible no se ve. Ni está a la vista, ni lo quiero ver.

Ya veo lo que quiero ver. No despego la vista de ese punto: la tenue luz rectangular de la ventana color limón... de la cual me alejé hace apenas unos minutos. La cortina color limón protege a la mujer de la incursión de las tinieblas, y al mismo tiempo parece burlarse de este sujeto que tiembla de frío en la oscuridad. Sin embargo, serás tú la que acabe traicionando a la mujer. Ya lo verás. Me mantendré a la espera hasta ese momento.

Desvío la mirada de la ventana color limón al percibir la cercanía de unos pasos apresurados que parecen avanzar solo con los talones. Pasos de mujer arrepentida, zapatos de tacón alto, bolsa de papel bajo el brazo... La oscuridad no alcanza a ocultar un abrigo blanco con piel en los puños y el cuello... Pretende no darse cuenta de mi presencia, pero a mí no me engaña, pues ya me he dado cuenta de la rigidez como de armadura en su costado... ¿Qué tal si la arrojara de golpe sobre el césped?... Se haría la desmayada luego de haberse quedado sin palabras, como una estatua de piedra... Le cubriría el cuerpo con grama reseca para que el abrigo blanco no se deje ver... Una mujer inmóvil, cubierta por grama reseca... Se desnudaría sin ofrecer ninguna resistencia, abriendo sus largas piernas desnudas... Soplaría un viento que descubriría su rostro... Resultaría que es la misma mujer que está detrás de la cortina color limón... El viento arreciaría para dispersar el resto de la grama reseca... En lugar del cuerpo desnudo aparecería un oscuro vacío... Bajo la lámpara de mercurio, la silueta de la mujer envuelta en el abrigo blanco da una vuelta y se agranda hasta disolverse en la oscuridad... Se esfuman las largas piernas, dejando un vacío como de pozo sin fondo...

En vez de zapatos, pareciera estar calzándose unas escamas de pescado congelado. Aguardaré treinta minutos más. Si acierto en mi pronóstico... que bien puedo fallar... pronto se verá a través de la cortina la silueta de la mujer agachada, que no tiene nada que ver con la mujer oculta bajo la grama reseca. Es ella quien elige, no yo.

Me he cerciorado de que no le queda más remedio que inclinarse un poco para hacer una llamada telefónica, pues de otra manera le estorbaría la silla. De perfil en

dirección a la ventana, quizá se le recorte el extremo del cráneo, dependiendo del ángulo de la luz. Aunque la tela de la cortina es bastante gruesa, el tejido rugoso y traslúcido permitirá al menos vislumbrar una vaga silueta. Tras una larga espera bajo el frío, me conformaré con verificar mi sospecha. Solo puede estar llamando... sin lugar a dudas... a ese supuesto hermano menor, un tipo extraño, amable y listo, tan abnegado y prudente que no se le puede ubicar en ningún sitio... Ese apoderado, que habiendo sido quien hizo la solicitud, desaparece en el momento preciso para dejar toda la responsabilidad en manos de su hermana, que, a punto de volverse alcohólica, sueña con los ojos abiertos, monologando con intermitencia y riéndose de los recuerdos graciosos de su espectral marido...

No importa. No tengo la mínima intención de cuestionar la veracidad de lo que me ha contado la mujer. Me dejaré guiar con todo gusto por cualquier mentira a condición de que me paguen lo que es debido, puesto que eso también forma parte de mi oficio. Pero, a medida que me vaya enterando del conjunto de la trama, lo mejor será que me haga el tonto, aunque el papel de tonto siempre conlleva ciertas dificultades. Por otro lado no soy ajeno del todo al amor propio. No me importa hacerme el tonto, lo que no soporto es que me traten como un tonto sin remedio. Al fin y al cabo, tengo derecho a negarme a realizar cualquier acción fuera del límite estipulado en el pago de los treinta mil yenes.

Permanezco de pie, con un ojo en mi maletín colocado en el suelo, pendiente de la cortina color limón, las manos en los bolsillos del sobretodo, frotándomelas contra los costados. Por la cuesta viene subiendo un taxi acompañado por el chirriar estridente de una rueda, que se precipita hacia el fondo del conjunto residencial como si intentara dispersar la oscuridad. Esperaré, al menos, hasta que regrese. ¿Qué tal si a estas alturas no apareciera la esperada silueta?... Imposible... No me convence la existencia de ese supuesto hermano... Es mucho más fácil y divertido trabar anillas mágicas para devolverlas a su estado original que destrabarlas.

En la lejanía repercute el ruido de una puerta al cerrarse con brusquedad, y aquel sonido, que parece transmitirse de un tubo de acero a otro, hace vibrar los tímpanos como si se tratara de un gemido de la tierra. Un débil ladrido, como un sollozo, atraviesa sin dejar huella el centro de la bóveda celeste. Tengo ganas de orinar. Ajeno a la voluntad, siento cómo me tiembla el cuerpo anunciando que mi vejiga ya no aguanta más. He creído distinguir trozos de nieve, pero no ha sido más que el efecto de una ilusión óptica, tal vez como consecuencia de los excesivos esfuerzos de mis pupilas en medio de la oscuridad. Cierro los ojos y sigue nevando en mi retina. Pero algo aún más increíble que esta nieve...

Vuelve el taxi, ahora con la señal de que está desocupado. ¿Qué cosa es increíble? ... Existen tantas cosas increíbles que ya no sé de cuáles debo dudar... Parece que mi cerebro se ha congelado... No hay indicios de cambio en la ventana color limón... Me he tragado una bolita de vidrio pensando que era un caramelo... Menos mal que no me apresuré a morderla... Con el cuerpo tembloroso orino de pie y recojo mi

maletín para dirigirme al coche... El motor ruge con descaro... Estos efectos acústicos que de haber acertado mi pronóstico le habrían caído a la mujer como una puñalada, suenan odiosos y deprimentes... En fin, tendré que creer en la veracidad de su relato, ya que la mujer ha puesto tanto empeño en hacerse escuchar.

Una caja de fósforos, a medio usar, con un anuncio comercial, y una foto. Se trata de un mapa con demasiadas zonas en blanco, que no estoy obligado a llenar haciendo esfuerzos estériles, pues no soy el guardián de la ley.

#### **Informe:**

**12 de febrero, a las 9:40:** Visita al lugar de origen de la caja de fósforos, que se encuentra a unos veinte minutos de la casa de la solicitante. Tras bordear el costado izquierdo de la estación del metro, ubicada al pie de la cuesta que atraviesa el conjunto residencial, sigo por la avenida principal rumbo a la estación S, y, a la altura de un estacionamiento al aire libre, a mano izquierda, aparece en diagonal un letrero que dice "Tsubaki" con las mismas letras de la caja de fósforos. Una cafetería común y corriente, con un total de unos dieciocho asientos. Aparte del dueño, una camarera como de veintidós años, gorda y de baja estatura, cara redonda y pecosa, de ojos pequeños. Calza medias estampadas y viste ropa llamativa, pero no es para nada bonita. La descarto como objeto de investigación. Al fijarme en el anuncio, pegado en la puerta, que dice "Se necesita una camarera", se me ocurre pensar que hace poco ha renunciado algún empleado, y al respecto le pregunto, como de paso, al dueño, que me contesta que nadie ha renunciado y que solo necesita una nueva camarera. Ninguno de los dos revela una reacción notable ante la foto del desaparecido y mis explicaciones, y ambos afirman que no ha sido un cliente asiduo. (Nota: Café, 80 yenes).

Hoy he amanecido con una leve resaca y, a decir verdad, me tomé dos cafés, pero solo anoto uno en la cuenta de gastos para no parecer un abusador.

Igual, registro todo cuanto está a mi alcance para hacer el informe sobre la cafetería Tsubaki. La caja deteriorada de fósforos, las letras semiborradas, la ubicación poco conveniente de la cafetería, pese a su cercanía: todo concuerda con las palabras del dueño que afirma que "él" no era un cliente asiduo. Ya no podría agregar nada relevante a este pasaje.

La pared desgastada con evidentes huellas de la remodelación de los estantes. La foto a color de una plantación de café, quizá de algún país sudamericano, pegada a la pared; las esquinas desprendidas con polvo acumulado son una prueba elocuente de que ya nadie, ni siquiera la persona que la colocó, recuerda que la foto está ahí. Mientras en la foto los peones lucen sombreros de ala ancha para protegerse del ardiente sol, la cafetería solo ofrece desechos del blanquecino sol de febrero filtrado por la cortina a cuadros, y la llama roja de una estufa de querosén que humea bajo un arbolito de caucho descolorido. Para colmo, ni el dueño ni la camarera se han preocupado por el único cliente, que soy yo: esta, cejijunta, permanece inclinada junto al mostrador con la vista clavada en una revista y aquel, desanimado, recorre perezoso el espacio con un trapo en la mano, levantando los ojos hacia el exterior con un suspiro rencoroso cada vez que termina de limpiar una mesa. Lo único que podría agregar al informe sería el letrero "Sin salida". Tratar de imaginar más detalles sería tan absurdo como explorar con lupa la foto de la plantación de café. Todos, incluyéndolo a "él", recordarán con satisfacción que tienen un lugar propio adonde regresar apenas se sienten a la mesa de esta cafetería. De todas maneras, no he puesto

ningún dato falso en el informe.

Al ver que el dueño aborda la mesa contigua, cierro mi maletín y me levanto. Como el interior de la cafetería es muy estrecho, paralelo a la calle, el dueño tiene que esperar con el cuerpo doblado entre una mesa y otra para dejarme pasar. A cada paso se cuele aceite negro de las tablas del piso. Entrego doscientos yenes a la camarera que levanta con desgana la cabeza y, mientras espero el cambio, me digo que no volveré otra vez por este inmundo lugar, tal como he venido persuadiéndome de diversas maneras hasta ahora. Pero ¿qué tal si averiguo un poco sobre el supuesto hermano? Al menos algo sobre su persona. Desde luego, no haré ningún informe, ya que de momento ambos parecen estar de acuerdo, pero no se puede descartar la posibilidad de futuras discordias entre ellos cuando tengan que enfrentarse por alguna circunstancia imprevista. No tengo necesidad de guardar fidelidad al hermano, que no es el solicitante formal.

Un teléfono público, rojo, mugriento hasta los orificios del disco. Marco el número de la oficina para que me comuniquen con la sección de datos, y encargo una investigación sobre el registro del hermano en el distrito natal de la solicitante, que, según recuerdo, era un barrio suburbano. Al hacerlo, hago resaltar adrede y en voz alta el apellido actual y el anterior del hermano para observar las posibles reacciones del dueño y de la camarera. Es lógico no advertir ninguna reacción, pues, aun en el caso de que mi hipótesis haya sido acertada, es muy probable que el sujeto haya ocultado su verdadera identidad.

El dueño limpia mi mesa mientras soporta un ataque de tos. Salgo de aquel antro escuchando a mis espaldas la voz de la camarera con toques del acento del Kanto, y allá afuera me enfrento al cielo deslumbrante a pesar de la lechosa turbulencia que lo empaña ligeramente. Mientras dos autobuses gigantes se cruzan en la estrecha callejuela paralizando momentáneamente el tráfico, me encamino hacia el otro lado para luego enfilarse en dirección al estacionamiento. Veo tres anuncios comerciales colgados en los alambres de púas que rodean el sitio:

“Estacionamiento: 70 yenes por hora, plazas para contratos permanentes”.

“Al lado”, apuntando con un dedo que mide casi un metro para indicar la dirección de una posada.

“Estación de taxi privado Hanawa”, cubriendo por entero la caseta de vigilancia instalada a la entrada.

Cancelo setenta yenes al anciano vigilante con un ojo inyectado en sangre, sentado al lado de un brasero, y me guardo la factura sellada en mi billetera, pensando que la necesitaré para anexarla al informe. Al volverme, me doy cuenta de que las ventanas del Tsubaki, cubiertas por una cortina de tela negra, cuyo reverso observé desde el interior, reflejan la colorida fachada de la farmacia que queda justo al frente. Sobre el alero de la planta alta se asoma un gato, gordo como un cerdo, que comienza a desplazarse con lentitud antes de desaparecer, a unos cinco pasos. En el

extremo del alero se eleva la chimenea de un baño público, que arroja un hilillo de humo semitransparente, como el ala de una de esas mariposas diminutas llamadas efímeras. Sin querer busco la cámara, como de costumbre, pero enseguida me doy cuenta de que no hace falta, de nada servirá el testimonio de un sitio al cual nunca pienso volver.

Mi coche es el tercero de la fila izquierda. Oculto por el coche contiguo, no está a la vista. Cuando al fin distingo la punta de la nariz del coche, se me acerca un hombre que viene caminando desde la caseta de vigilancia a pasos apresurados sobre el camino de guijarros.

¿Será que viene a cobrarme algún extra?...

Con el rostro sonriente en extremo, recorre mi cuerpo de pies a cabeza con su mirada de descaró. Ojos desagradables. De sus hombros anchos, desproporcionados para su tronco enjuto, cuelga un sobretodo negro que pierde su forma a la altura de los bolsillos, repletos vaya a saber de qué. Aquella sonrisa se ve perjudicada por una sombra irritante que seguramente tiene su origen en las patillas demasiado largas. Tiene una manera peculiar de caminar, como si quisiera hacer resaltar los muslos de las piernas. Su aparente agresividad quizá se deba a que tiene los ojos demasiado juntos.

—Oye... ¿tú no eres de la agencia de detectives?

Una voz conocida. Entonación turbia pero no balbuciente, procedente de aquella boca llena de saliva. Claro. La misma voz que hizo por teléfono la solicitud de la investigación a nombre de la mujer. El sujeto mantiene su rostro sonriente, pero no logro responderle enseguida por causa del desconcierto y de la sensación de derrota que me acometen.

A decir verdad, ya casi no guardaba ninguna esperanza de encontrarme con él, luego del largo y estéril acecho de anoche. Dudaba no solo de que fuera su verdadero hermano sino incluso de su propia existencia, pues hubiera sido fácil contratar a alguien para que hiciera la llamada en su lugar. Aun cuando exista de verdad, la situación no mejora de ninguna manera. Este sujeto sigue siendo tan invisible como el desaparecido, y el hecho de que colaborara en una estratagema así de ingenua revela el remordimiento que lo atormenta. Una acción teatral que lo convierte en cómplice. Casi resignado me digo para mis adentros: estoy destinado a comprometerme sin querer en un acto criminal.

Además, esa caja de fósforos, ajena a la cafetería Tsubaki, me genera dudas. La caja a medio usar contiene dos tipos de fósforos distintos: unos con cabeza blanca y otros con cabeza negra...

Presiento el peligro de que un exceso de precaución me atrape en un vacío del mapa, pero poseo la experiencia suficiente como para saber que no debo expresar mi inquietud delante de este desconocido. Al lado del objetivo primordial de proteger a mi cliente, que ya me ha adelantado una suma considerable, creo que no vale la pena

hacer demasiados esfuerzos por aclarar la verdad.

Ya había perdido toda esperanza. Resignado, tomé mucho café para disipar la resaca y ahora me enfrento a este sujeto. ¿Cómo no habría de desconcertarme en estas circunstancias?

Indiferente a mi incapacidad de respuesta, el individuo me acosa con más preguntas y, señalando con la barbilla en dirección a la cafetería, dice:

—¿Has conseguido algo? Pero qué coincidencia... Creo que nos vamos a llevar bien.

—¿Coincidencia? —le replico en un tono dubitativo.

—Claro, ¿acaso no te parece una coincidencia? —Rodea el coche hasta llegar justo al frente y se vuelve para continuar—. O ¿crees que te he venido siguiendo hasta aquí? Oye, no soy ningún detective.

—Y ¿cómo es que has podido reconocerme?

El tipo baja un instante la mirada hacia mi maletín y responde de buen humor:

—Tú también me reconociste enseguida. Es lo mismo.

Hombre, te reconocí por esa voz tuya tan peculiar. Y para colmo, una combinación demasiado perfecta en la hora y sitio. ¿Este supuesto hermano tendrá algo en común con la hermana? Cuello demasiado delgado para sus hombros anchos, que a lo mejor parecen más sólidos por el corte del sobretodo y los rellenos. Voz opaca, como si proviniera de unas cuerdas vocales hinchadas. Piel morena. Puedo detectar algunas semejanzas, pero al fin y al cabo todos los seres humanos se parecen hasta cierto punto. Ahora, el rostro como enlodado de resentimiento, alejado de cualquier forma de sonrisa, y los ojos secos y sin brillo, ajenos por completo al sueño. Y esa forma de hablar afectada y cortés, que resulta totalmente impostada. No se parece en nada a su hermana, al menos en lo que se refiere a la apariencia. No tengo ni la menor intención de estar en desacuerdo con el colaborador de mi cliente... pero se equivoca si piensa que puede granjearse la simpatía de un detective con solo treinta mil yenes...

—Pensaba que te iba a conocer anoche. Eso de tener que andar buscando a dos personas a la vez me ha dejado totalmente desconcertado.

El sujeto escudriña mi rostro mientras arranca algunas basuritas del limpiaparabrisas de mi coche con la punta de su mano enguantada.

—Qué envidia, cómo te crece de tupida la barba. A mí solo me salen unos pelitos como de carpa. Será cuestión de hormonas.

—Tuve muchas dificultades con ella... Es tu hermana, ¿verdad?... Insistió todo el tiempo en que no había ninguna pista ni rastro alguno... Cualquier asunto de importancia, que se lo pregunte a su hermano... Y ¿dónde está su hermano?... No sabe... Y no se cansa de beber cerveza. Era como si deseara conservar el enigma de la desaparición de su marido...

—Bueno, pareces una persona bastante inteligente, estoy seguro. Y eres rápido para comprender la situación.

Con una ligera sonrisa en la comisura de los labios, el tipo de marras desabotona la parte superior del sobretodo y desplaza hacia un lado la bufanda blanca para mostrar el reverso de las solapas de su traje. Un distintivo grueso, del tamaño de la yema del pulgar, en forma triangular pero con las puntas redondeadas, bordeado por un polvillo como de oro y plata. Al centro se deja ver en relieve plateado la letra S en una fuente rara, que prestaría a interpretarse como la imitación de un rayo. O ¿acaso es un rayo de verdad en lugar de la letra S?

Se trata de una insignia que no he visto antes, pero comprendo de inmediato que apunta a surtir un especial efecto de amenaza. Prefiero callarme al darme cuenta de la aviesa intención de aquel sujeto.

—Comprendes... —El tipo se abotona el sobretodo con agilidad—. No deseaba que me vieras con prejuicios. El marido de mi hermana es de verdad un hombre serio... y no lo que se presume de él, ¿cómo decirlo?, un vagabundo... Me gustaría que lo comprendieras de una buena vez...

—Lo que no entiendo es por qué no me ofrecieron todas las pistas sin ocultar ninguna.

—Ocultar no me parece la palabra más adecuada en este caso. —Lanza una risotada corta como un hipo—. ¿Mi hermana te dijo algo exagerado?

—Es imposible borrar por completo los rastros de la vida de una persona, a menos que se trate de una desaparición planeada con tiempo.

—Puede que se trate de una desaparición planeada... —El hombre baja de repente la voz y, ladeando la cabeza, golpea la llanta del coche con la punta del zapato—. A propósito, no estoy de acuerdo con mi hermana, que al fin y al cabo es una mujer. No soportaría la idea de ser arrojada como un trapo sucio, y necesita explicárselo de otra manera. Sí, es una mujer ordinaria, que precisa de un motivo inexplicable, digamos, como una fábula... Claro, tú sabes, no hay manera de explicar lo inexplicable... Mi hermana está pidiendo algo que está fuera de nuestro alcance, aunque la comprendo muy bien...

—Puede haber sido a causa de la amnesia.

El tipo, impasible, golpea de nuevo la llanta y camina despacio hacia la parte trasera del coche, como si tratara de estimar su valor.

—Claro... A mí también se me ocurrió. Consulté también con el médico, según él...

—¿Qué te parece si volvemos al Tsubaki a tomarnos un café?

—¿Para qué?

—Cómo que para qué, ¿no ves que hace mucho frío aquí afuera?...

—¿Te parece? —Atraviesa de costado el espacio estrecho formado entre el coche y la valla de madera, y se me acerca aún más despacio—. Es que se me recalienta la cabeza con facilidad... ¿Necesitas averiguar algo en la cafetería?

—No, allí no encontré ninguna pista.

—Según ese médico... —Adelanta las dos manos juntas y las mueve de repente

como si estuviera manoseando una bola de arcilla—. Hay dos formas de amnesia... Una que daña solo la memoria del pasado y que deja, ¿cómo decirlo?, intacto el presente...

—Se conserva el juicio...

Retrocedo sin querer, con la sensación, tal vez ilusoria, de haber sido atacado por el tufo que sale de su boca. Entretanto, el hombre escudriña el interior del coche con el cuerpo levemente inclinado.

—Eso es... el juicio... Y la otra que perjudica ese mismo juicio... hasta volvernos locos o idiotas. En el primer caso, el paciente será capaz de vivir en una comunidad ajena como una persona distinta, pero en general recuperará la memoria en dos o tres meses. Lo peor es la segunda posibilidad, ya que en este caso el paciente no tardará mucho en ser detenido por la policía... ¿no te parece?... Es posible que lo identifiquen en un breve espacio de tiempo, cotejándolo con el registro de desaparecidos. Además, el marido de mi hermana, a diferencia de nosotros, siempre llevaba alguna identificación, como el carnet de conducir...

—Es decir, tú crees que fue algo planeado.

—No me atrevería a afirmarlo con absoluta certeza, pero me parece poco probable que alguien desaparezca sin motivo alguno...

—Claro, si se tratara de una desaparición premeditada no dejaría ninguna pista. Pero, hasta donde alcanzo a saber, todavía no hay nada que confirme esa sospecha... Por cierto, tú tienes esa libreta de apuntes con botones, ¿verdad?

Deseaba tomarlo por sorpresa, pero el hombre responde sin inmutarse:

—Por supuesto, incluso dispongo de más cosas: diarios, tarjetas de presentación guardadas en el escritorio de la oficina... —Mientras levanta la vista hacia el cielo como embobado, se le inflan los músculos tallados alrededor de la nuez de Adán, similares a los del cuello de un pollo asado—. Pero, mira, ya han pasado más de seis meses. En ese lapso no he desperdiciado ningún esfuerzo para encontrar alguna pista, buscándolas por todos lados... Quizá me consideres como un inútil... pero si supieras cuánto tiempo y dinero he gastado... A propósito, te lo puedo ofrecer cuando quieras, pero, a decir verdad, no quiero que pierdas el tiempo con esas porquerías. Frustrado por mi propio fracaso, te suplico que te olvides de todo esto y que te dediques a abrirte paso en un terreno virgen.

—Pero avanzar solo con una foto y una caja de fósforos es como pretender hallar una casa en una ciudad sin ningún tipo de numeración para las viviendas.

—No es para tanto. —El hombre se quita los guantes con aplomo y se aprieta con fuerza el rabillo del ojo derecho con la yema del dedo medio, quizá para limpiarse alguna basurita—. Yo también sé que esa cafetería no ofrece ninguna pista. Pero, qué curioso, al imaginar la escena en la que vas explorando ese sitio... se me ocurrió que la caja de fósforos tenía más que ver con este estacionamiento que con la cafetería... Me olí algo, por así decirlo... El marido de mi hermana, siempre hábil con las manos, tiene licencia de mecánico para el mantenimiento de coches... Los obtenía

destartalados a precio de ganga y con sus manos diestras los reparaba, dejándolos listos para su uso personal. Parece que era un excelente negocio, pues luego los vendía a buen precio obteniendo pingües ganancias. ¿No te parece que esta información te proporciona alguna pista? Quizá negociaba los coches aquí mismo...

—Esa es la clase de datos que necesito. —Recordé enseguida que había revistas sobre el mantenimiento de coches en los estantes, repletos principalmente de libros prácticos de diversa índole, instalados al lado de la cortina color limón, y me enfrenté a mi propia torpeza cuando por añadidura se me vino a la cabeza el plano en perspectiva del bólido de la Fórmula Uno—. Lo referente a la licencia de mecánico es una característica relevante. Sabes, cuando hablo de rasgos distintivos no solo me estoy refiriendo a la ubicación de lunares o a las huellas de operaciones quirúrgicas. Fíjate, tu hermana no me habló nada de eso.

—Qué pena. —Ríe adelantando los labios delgados y estira con celeridad los dedos hasta mantenerlos en vilo justo antes de rozarme las costillas—. Quizá mi hermana te sacó provecho como compañero de tragos.

—Y ¿qué sucedió al fin?

—Que no dio ningún resultado... —Se vuelve apenas hacia la caseta de vigilancia, y saca la punta de la lengua blanquecina para lanzar un escupitajo, que hace un arco en el aire antes de caer sobre el techo del coche contiguo—. El viejo vigilante ha trabajado solo en los últimos seis meses. Hablando con él, me he dado cuenta de que es bastante listo y mañoso y que, con esos podridos ojos rojizos, ha estado pendiente de muchas cosas. A propósito, es interesante tratar de ver con los ojos de los demás, pues te permiten enfocar aquello que jamás habrías reconocido...

Debido a un posible cambio en la velocidad del viento, una avalancha de polvo se desliza desde un callejón contiguo al estacionamiento y se arrastra entre los coches, levantando una tolvanera. A continuación se oye una caja de música... no, es la música emitida por un camión de la basura... El hombre se sujeta con brusquedad la bufanda y su rostro se pone rígido a causa de la irritación.

—Se acerca algo muy desagradable.

—¿Te refieres al camión de la basura?

—Esa combinación de basura y música me resulta por demás repugnante. Oye, ¿qué te parece si nos acercamos a la cafetería para descansar un rato?

Ante el tono inseguro con el cual aquel tipo me invita a tomar café, siento al fin que estoy pisando firme y que puedo calcular mi propia posición.

—Mira, de las cosas que has guardado, me gustaría sobre todo ver el diario.

—¿Diario?... Cómo no... pero no se trata de un diario propiamente dicho... y acabarás por decepcionarte... —Avanza un paso, como apurándome—. Ahora, ¿qué te parece mi hermana? Como mujer, quiero decir... Me gustaría saber tu opinión sincera...

Entre los dos coches apenas hay espacio para una persona, y el hombre no puede avanzar mientras yo siga bloqueando el paso. Como permanezco sin moverme, el

otro se ve forzado a mantenerse en una postura extraña e insegura.

—Sí, me gustaría saber que piensas de ella. Aparte de tu trabajo, quiero decir, desde el punto de vista masculino... Después de todo lo que te he contado luego de que nos conocimos, eso es lo que más deseo saber.

—Entonces, ¿no había sido por casualidad que nos encontráramos aquí?

Una enorme caja de acero en forma de camión blindado, sin ningún tipo de abertura, pasa al otro lado de la alambrada, emitiendo una melodía dulce y sonora.

—Claro que fue una coincidencia. —Las mejillas se le endurecen en una risa helada—. Ya veo que eres muy inteligente. Podemos confiar en tu trabajo...

—¿Cuándo me prestas el diario?

Intuyo un odio profundo en aquellos ojos que se fijan en mí. Doy un paso hacia atrás para despejarle el camino. Al darse cuenta de que no lo voy a acompañar, resignado afloja los hombros, y las pupilas dejan de brillar con aquel hiriente resplandor, como si de repente hubiera perdido el interés por todo.

—Cuando quieras... Mañana... A ver, antes del mediodía lo dejaré con mi hermana.

La hermana como mujer... Ya no eran meras palabras sino un cuchillo y una aguja salidos de los pliegues de la cortina color limón... Agujereado, me quedo clavado en una pared invisible como el espécimen de un insecto... Un trozo de papel sujeto al extremo de la cortina con un alfiler... Pero ¿qué es lo que me está pasando? ... De nuevo no puedo recordar el rostro de la mujer... Los hombros amplios como una pared del hombre que se aleja con el cuerpo inclinado... Un agujero negro que representa la única pieza que le falta al rompecabezas...

**A las 11:05:** Visita a la Comercial Dainen. Solicito una entrevista con el gerente a cargo del departamento de ventas para averiguar los detalles del documento que el desaparecido iba a entregar a un subalterno suyo en la estación S la mañana en cuestión.

Ya veo, ha pasado medio año desde... Un cenicero de porcelana en forma de brasero en miniatura, con letras doradas que dicen “Comercial Dainen” —seguro que se trata de una de esas baratijas que se ofrecen como regalos de verano—, dos ceniceros más formados con un par de pequeñas figuras multicolores de *manekinekos* de porcelana estilo Kutani, colgados de la pared con una argolla incrustada en el lomo, ambos gatos sonrían mostrando ligeramente los dientes; el dueño de la empresa debe ser algún próspero hacendado, pero al parecer le ha ido muy bien con el negocio puesto que han colocado muebles finos —seguramente costosos, como sillas y mesas armadas con tubos de acero inoxidable— en esta sala de visitas, separada por paneles coloridos de la buhardilla de techo inclinado que ocupa la mitad del tercer piso de un edificio antiguo y desolado, las tres paredes sin ventanas cubiertas en su totalidad por tres enormes mapas, dibujados a mano, que corresponden respectivamente al sector norte, noroeste y oeste de las afueras de la ciudad, los tres colores combinados, rojo, azul y verde forman figuras complicadas, marañas de lana en algunas partes y redes

deshilachadas en otras, produciendo una sensación de vitalidad como la de los atlas anatómicos del cuerpo humano; arriba se puede ver una bandera triangular color crema, sujeta por un alfiler, y allá afuera la línea principal de los trenes nacionales y la circunvalación rodean el barrio marginal donde se ubica este edificio desgastado, el primer piso ocupado por una tienda de bicicletas y el segundo por una sala de *mah-jong*; en este ambiente deprimente el espíritu que ansía y emite dinero en efectivo y letras de cambio se encuentra en un estado de salud envidiable, reflejo de su carácter imponente... Medio año, cómo no, todavía el verano estaba en su plenitud... El gerente, que había sido el jefe directo del desaparecido, se soba el cráneo totalmente calvo, salpicado por gotas de sudor como polvo de mica, quizá a causa de la excesiva calefacción, y parece estar a punto de brincar de alegría, rebotando contra el espaldar de la silla de cuero negro. Claro, para un hombre que se sabe libre de responsabilidades, no hay nada más interesante que los destinos extravagantes de los demás. Por otra parte, la curiosidad por las desgracias ajenas es la prueba más fehaciente de su inocencia. Yo también sintonizo con él, dándole una mayor importancia a la calma interior... Y ¿qué ha sucedido después?, ¿ninguna novedad?, ¿alguna pista que se le hubiera ocurrido?... No, nada en absoluto, sacude sus carnosas manos con exageración, bueno, a decir verdad, por aquellos días se me clavó en el pecho una duda angustiada y me preparé para enfrentar la catástrofe originada por una traición... Pero no hubo ninguna traición... Y al final salí completamente ileso... O sea que en realidad no hubo daño alguno, pero había corrido el riesgo de sufrir una pérdida significativa... Hombre, no podía confiar a ciegas pues había dejado un negocio muy grande en manos de Nemuro, que al estar bien enterado de nuestros procedimientos hubiera podido sacar provecho de su posición... Quiere decir entonces que usted había estado observando desde antes alguna conducta que le hacía sospechar de él, ¿no es cierto?... No, qué va, para nada, oiga, ¿será un incendio?... Creo que es la sirena de alguna ambulancia... Nemuro era un hombre, cómo decirlo, diligente y honesto, incapaz de mentir, y en un negocio tan competitivo como el nuestro, que depende mucho de la capacidad de seducción, los tipos hábiles suelen ser unos pillos desvergonzados incapaces de infundir confianza, pero Nemuro era un hombre excepcional, con una seriedad que bordeaba la ingenuidad, que podría servir por sí mismo como caja de seguridad... ¿Quiere decir que era tímido?... Bueno, tímido no, creo que esa no es la palabra adecuada para definirlo... ¿Me lo puede decir con una sola palabra?... A ver, era laborioso y fidedigno, incapaz de hacer alguna jugada vistosa o atrevida, pero aun así en algunos asuntos se volvía tan terco como un sapo irritado... Ahora, ¿ese comportamiento no propiciaría alguna forma de rencor?... ¿Rencor? Bueno, en un negocio tan sórdido como el nuestro, lleno de trampas y mentiras, no es raro que alguien te guarde rencor, pero sería una pérdida de tiempo y energía comenzar a preocuparse por los sentimientos ajenos... Sí, claro, sin embargo... ¿no le parece posible que Nemuro se hubiera enterado de algún acto delictivo de sus colegas? Bueno, eso de que

desaparezcas o que te desaparezcan puede ser un punto de vista válido, entiendo que personas dedicadas a un oficio como el suyo hayan tenido experiencias interesantes, ya que no les han faltado las oportunidades de husmear sin pena alguna el lado oculto de la vida privada de sus semejantes... Tampoco es para tanto, en fin, pero... Cómo no, cualquier ser humano orina y caga... A propósito, ¿usted no percibió en el señor Nemuro algún indicio de descontento hacia la empresa?... Imposible, apenas un mes antes de su desaparición había sido ascendido de subjefe a jefe de ventas... Sí, eso ya me lo han contado... Como ve, esta no es una empresa de grandes dimensiones, pero no me parece correcto que la evalúe solo por algún aspecto banal, digamos por cuestiones laborales, siempre le hemos dado mayor importancia a nuestra relación con las afueras, sabe, cuando algún distrito nuevo comienza a desarrollarse y crecer, naturalmente aumenta la demanda de gas propano surtido en forma de garrafas, pero el negocio desaparece cuando se suministra ese gas a través de la recién establecida red de tuberías urbanas, de modo que tenemos que explotar aquellos mercados intactos, enviando constantemente grupos de vendedores a los barrios en vías de desarrollo, que ofrecen extraordinarias perspectivas hacia el futuro, solicitando información en las oficinas municipales y gubernamentales, convenciendo a los dueños de tiendas pequeñas; realmente se trata de campañas exhaustivas, comprende, las semillas brotan de inmediato y los retoños crecen con rapidez a medida que los barrios suburbanos prosperan a un ritmo acelerado, pero no tardan mucho en marchitarse, como si envejecieran con rapidez. Sí, se trata de una batalla permanente que implica un terrible desgaste de nervios, los empleados no tienen ni siquiera tiempo para quejarse pues deben estar atentos a sus avances, y la empresa no les molesta por ninguna circunstancia, fíjese que nuestra compañía ocupa el sexto lugar en ganancias en las industrias similares, y cuenta con amplios créditos bancarios... Entiendo, quiere decir entonces que la pista solo puede estar en el documento... ¿Documento?... Sí, el que el señor Nemuro iba a entregar a un empleado joven en la estación S... Ah, Tashiro, sí, puede que él sepa algo, enseguida lo llamo...

Sin siquiera darme tiempo de interrumpirlo, el gerente, tras levantarse con energía, se apoya con la mano y empuja de un puntapié la puerta de contrachapado mal encajada en la pared, al tiempo que lanza un grito estridente en dirección a la polvorienta oficina dividida por paneles enrevesados. ¡Tashiro! ¡Tashiro!, preséntate enseguida, por favor... ¿Hasta dónde será posible creer en el rostro con una sonrisa exagerada de ese sujeto que se limpia con la palma de la mano el cráneo pelado como una bola de billar cubierto de sudor y que luego se la frota por la cintura contra los pantalones mientras se vuelve en mi dirección?... Ahí viene el joven empleado talentoso, pregúntele lo que quiera con toda confianza...

El presunto joven talentoso, que se asoma con timidez a la sala de visitas, resulta ser un insignificante enano, con el rostro exageradamente pálido en comparación con el rubicundo del gerente, y los ojos un tanto inestables detrás de unos gruesos anteojos, vestido con unos pantalones demasiado holgados y botas altas de goma. No

se le nota ninguna perturbación, sin embargo tampoco es que se lo vea muy tranquilo y sin nervios, sino que su rostro parece revelar un desconcierto permanente, original. Se sienta a mi lado, en el extremo del sofá cercano a la puerta y, levantando con insistencia sus anteojos por encima de la nariz, comienza su relato en un tono alto y gangoso, con inesperada fluidez.

No, no sé nada. Seguramente me señaló la estación S como punto de encuentro para no perder tiempo viniendo primero a la oficina, lo cual quizá indica que se trataba de un asunto urgente... Aun así, ¿no se le ocurre de qué se trataba?... En absoluto... Pero seguro que usted sabía adónde tenía que llevarlo... No, porque el señor Nemuro me iba a dar un plano con las señas del destinatario cuando nos encontráramos... Pero al menos podría formular alguna hipótesis basada en los trabajos y las circunstancias acaecidas durante aquellos días... Bueno, ya me han hecho esa misma pregunta y lo he estado pensando con intensidad, pero...

Y usted, ¿qué opina, señor gerente?, me dirijo de repente al jefe, usted, que estaba en posición de supervisar todo el equipo de trabajo, podía estar más enterado que el señor Nemuro... De ninguna manera, enciende un cigarrillo y, manoteando el primer hilillo de humo que le hace lagrimear, mantiene el mismo tono de voz, estoy convencido de que los jefes no debemos intervenir de forma innecesaria en las actividades creativas de los subalternos, y siempre les digo que no quiero más que informes sobre los resultados finales y no me quejo de nada mientras muestren buenos rendimientos, ¿no es cierto, Tashiro?

De todas maneras, digo, con la mirada puesta sobre el par de *manekinekos*, sin dirigirme a ninguno en particular, me parece indudable que se trataba de un documento altamente confidencial... ¿Por qué?, reacciona enseguida el gerente... Claro, porque habría podido enviarlo por correo si hubiera sido algo insignificante... Es por eso que le dije, interviene con presteza el joven en apoyo de su jefe, que era tan solo cuestión de tiempo, pues desde la periferia el correo tarda al menos un día en llegar, aun cuando se utilice el servicio especial... No me parece que hubiera sido solo cuestión de tiempo, ya que más rápido sería hacer una llamada telefónica... Con la llamada telefónica apenas habría podido darme indicaciones orales, quizá quería entregarme algún documento firmado y sellado o uno que requiriera la firma de alguien en particular...

Joven bastante listo y astuto. Giro noventa grados para escrutar su perfil, pero el tipo permanece inmóvil, salvo un chirrido que se escapa del sofá, con el cuerpo un tanto inclinado para seguir mirando al frente.

Claro, tienes razón. Ahora, ¿me podrías hacer un dibujo escueto del sitio donde se iban a encontrar ese día? El empleado joven asiente sin demasiado entusiasmo y, luego de una venia dirigida al gerente, se retira de la sala con pasos sigilosos como si quisiera evitar el ruido de sus zapatos con suelas de goma. La concavidad dejada por el trasero del joven en el extremo del sofá va perdiendo su forma paulatinamente. Las ventanas sucias obstaculizan la vista del cielo, también sucio. Una luz rojiza que no

produce ninguna sombra. De repente el gerente acerca el cigarrillo hacia uno de los *manekinos* para apagarlo contra su rostro y comienza a reírse entre dientes... Lo siento, tenía la esperanza de que un detective profesional lograra sacarle algo, pero, como ve, es un chico avisado, a pesar de su apariencia... A ver, señor gerente, ¿usted también sospecha algo?... No, nada de eso, sino que de pronto he sentido deseos de enorgullecerme de mi subalterno, qué gusto, gracias a usted se ha disipado al fin mi resquemor, sabe, desde luego que no abrigaba ninguna sospecha, pero en varias oportunidades me he despertado con cierta desazón. El hecho de que la esposa de Nemuro lo empleara a usted es la mejor prueba de que ella tampoco sabe nada acerca del paradero de su marido, qué alivio, bueno, en fin, por supuesto que me compadezco de los familiares y lo lamento de verdad, pero ahora me doy cuenta de que hasta hoy no me había podido librar de la sospecha de que Nemuro me había traicionado fugándose con la ayuda de su mujer... ¿Tiene algún fundamento para sospecharlo?... Por favor, no me acose de esa manera, que me hace sentir temor de seguir hablando, en cualquier momento puede surgir un malentendido, sabe, soy bastante neurótico a pesar de todo... Lanza un largo suspiro y enlaza a la altura del vientre sus gruesos y anchos dedos... Así que desapareció dejando a su familia, ese Nemuro, qué extraño, jamás lo hubiera creído capaz de semejante osadía... ¿Osadía, dice?... Claro, yo sería del todo incapaz, aun en el supuesto caso de que aquello me produjera un alivio infinito, no, por favor, aquí me quedo anclado hasta la muerte, a menos que me expulsaran a la fuerza, sabe, uno no gana nada moviéndose de su hogar, sabe, donde come y caga, claro, y no sufrirá de estreñimiento mientras cague en el mismo inodoro...

Alguien me sigue. Mantengo el mismo ritmo de mis pasos sin preocuparme.

Al salir de la Comercial Dainen avanzo dos cuadras hacia el sur a lo largo de la avenida principal y giro a la derecha para subir una cuesta empinada hasta un paso a nivel del tren, a cuyo costado se encuentra la única calle con espacios para estacionar vehículos en este barrio. Desde allí hasta la esquina de otra avenida se extiende una tupida fila de coches. La mayoría de los vehículos estacionados son pequeños camiones de carga, debido quizá a la concentración de fábricas manufactureras en esta zona. Las calles se ven rojizas por el orín de la vía férrea esparcido por los trenes que pasan con frecuencia.

Mi coche está estacionado casi al extremo de la calle. Al volverme, me doy cuenta de que ya no me están siguiendo, pero no tengo que preocuparme, pues pronto aparecerá de nuevo mi perseguidor. Luego de entrar en el coche me acomodo, con el asiento retirado al máximo, y preparo —sobre el maletín sostenido por las rodillas— dos cuartillas con papel carbónico para el informe, antes de encender un cigarrillo. Ordenar los datos cuanto antes es, junto con las técnicas de seguimiento encubierto y las entrevistas, uno de los hábitos que debe adquirir un detective profesional. Sin embargo, me enfrento al hecho de que no tengo nada que agregar a los primeros

renglones reglamentarios. “Sin resultados”, asiento esta frase miserable solo para establecer una coartada... Por fortuna, el mapa de la estación S, un dibujo como el plano de un plomero, realizado por el joven empleado Tashiro, me servirá al menos para llenar los anexos... En momentos como este me siento terriblemente impotente. Quizá carezca de vocación. Nunca he sido hábil en este oficio. Solo me creo poderoso en los momentos en que percibo que se me suelta la lengua para extender aquella frase de “sin resultados” hasta treinta renglones... A decir verdad, casi nunca tomo conciencia de mi incapacidad, porque me convenzo a mí mismo de que no necesito poseer ninguna destreza.

Con un trozo de cinta adhesiva fijo en el lado izquierdo de la cuartilla el plano de la estación S.

Una larga fila de vagones de carga, cubiertos por una nevada que con seguridad acumularon al atravesar la zona montañosa, pasa a una lentitud exasperante, retorciendo y golpeando la vía férrea. En el espejo retrovisor aparece mi perseguidor, que, como esperaba, resulta ser el mismo joven Tashiro. Luego de entrar por un instante en un ángulo muerto, la persona sustituye a la imagen reflejada en el espejo y se coloca al lado de la ventana. Le indico con el dedo que pase al otro lado y le abro la puerta del asiento del copiloto. La repentina presión de aire, causada por el paso del tren, produce un ruido estrepitoso que pone a vibrar las ventanas del coche y hace volar con violencia los papeles puestos sobre el maletín. Cuando el joven se deja caer en el asiento, su sobretodo despidе un olor agrio como el de un viejo refrigerador, que me produce un raro picor en la nariz.

Durante los minutos —o segundos— que tarda el tren en desaparecer, las pupilas del joven se empequeñecen como si se hundieran hacia el fondo de los anteojos, y el cuello se le sumerge cada vez más entre las solapas del sobretodo, al mismo tiempo que su cuerpo encogido tiembla como una fina lámina de acero al ritmo del vaivén de los vagones. ¿Qué tipo de confianza me habrá de hacer este joven? A lo mejor ha venido con la intención de desorientarme en lugar de confiarme algún secreto. Joven empleado talentoso... Bueno, el desaparecido también había sido, según la opinión del gerente, un empleado insustituible...

—Qué clima tan desagradable.

Al escuchar la frase, el joven afloja las tiasas rodillas y se vuelve ligeramente en mi dirección, como si de repente la película se hubiese puesto en marcha. Mientras arrojо la colilla por la ventana, el joven, a su vez, enciende un cigarrillo, alzando los anteojos que le resbalan sin cesar por la nariz.

—Discúlpeme... Vine a confesarle que le dije unas cuantas mentiras... Lo siento... Para colmo, le he mentido sin ninguna necesidad...

—Te sentías incómodo delante del gerente.

—¿Le parece?... No, no lo creo... Se trata de un asunto del cual el gerente también se habrá enterado... y se hizo el tonto sin corregir mi omisión... Ahora me siento mal, me remuerde la conciencia... Sin querer me he convertido en cómplice

con el propósito de desacreditar al señor Nemuro...

—No te preocupes, no tiene ninguna importancia si al final resulta que puedes ofrecer tu ayuda al señor Nemuro.

—No, no servirá de ayuda. Sé de antemano que no es un dato útil. Le mentí justamente porque sabía que no sirve de nada...

—Si sirve o no, eso lo decido yo.

—Mire, con respecto al destinatario de ese documento...

—¿Tú lo sabías?

—Aquí... —Saca una tarjeta de presentación y la sacude con un ademán teatral—. Recuerdo que el señor Nemuro hizo una llamada para avisarle que le haría llegar algún documento. Creo que fue dos días antes...

—Ah, un miembro del concejo municipal... Pero es un pueblo que a mí no me suena.

—Sí, es un pueblo nuevo, formado por la fusión de otros más pequeños. Será en vano que lo visite... Nosotros no hemos escatimado ningún esfuerzo para encontrar alguna pista...

Esa frase me resulta familiar. Claro, es idéntica a la que pronunció el presunto hermano en el estacionamiento... Se apoderó de mí una rabia incontenible.

—Oye, ahora que estamos a solas, ¿por qué no me cuentas todo de una buena vez?

—¿Qué quiere decir?

Eso mismo me gustaría saber. Enciendo la radio, indiferente al rostro almidonado del joven. Una voz complaciente y aniñada comienza a cantar acompañada por una guitarra:

*Eso es todo,  
eso es todo.  
Soñé contigo,  
eso es todo.*

El joven Tashiro respira hondo alzando los hombros y limpia el cristal empañado con la palma de su mano, pero es evidente que quiere decir algo. El cielo sombrío, cargado de humedad, se deja ver como un muro vertical justo detrás de la vía férrea. El interior del coche, de donde no podría escapar por más que se esforzara... Siento como si escuchara los latidos del corazón del otro en mi propio cuerpo... En aquel silencio ominoso me mantengo a la espera...

—Bueno, pues, se lo contaré todo. —Sin saber qué hacer, se acomoda con las manos en el asiento en una posición como si quisiera mirar hacia lo lejos—. Por favor, apague la radio.

—Mejor para ti. Mira, soy un profesional y jamás haré nada que perjudique a mis informantes...

Dos trenes que vienen en direcciones opuestas se cruzan a alta velocidad, golpeando mi coche con latigazos de fierro. Ante un chirrido como de estática que sale de la radio, me apresuro a apagarla. Sin querer, evoco los aparatos del dentista. Hace año y medio que se me dañó una muela y todavía no me la han arreglado. La boca me sabe a sangre cuando sorbo con fuerza.

—Sí, ya se lo voy a contar. Admito que no he sido honesto del todo... Estaba dispuesto a colaborar... claro que sí... Yo también soy uno de los afectados por la desaparición de mi jefe... Además, tengo un miedo horrible, sobre todo cuando me pongo a pensar en eso durante las noches... Me espanta la idea de desaparecer así de repente como si nada... Pero no encontraba la forma de confesarlo, me sofrenaba... porque no quería dañar la imagen de una persona...

—Tranquilo, sé guardar los más íntimos secretos.

—Es que mi jefe... tenía un lado desconocido... era, por así decirlo, un maniático... Un fotógrafo aficionado... de mujeres desnudas...

—¿Cómo? ¿Coleccionaba fotos?

—No, le encantaba hacerlas. Parece que frecuentaba un estudio. Creo que soy el único que lo sabía. Una vez le pasé los datos de un estudio de revelado de fotos, administrado por un amigo mío...

—¿Tenía alguna modelo en particular?

—A ver... no sé si se trataba de alguien particular para él... —Ahora que empieza a soltar la lengua, su rostro se vuelve viscoso como la suela de goma de una sandalia vieja—. Pero, ciertamente, parece que había una que le gustaba bastante...

—¿Tiene algún dato de esa chica?

—Sé dónde queda el estudio. También le puedo mostrar las fotografías que me ha dejado. No dejan de ser las fotos de un aficionado, pero tienen cierto encanto pueril. Las repartía entre sus clientes, y a muchos les fascinaban.

—¿Puedo pasar ahora mismo por tu casa a recogerlas?

—Imposible, logré escaparme a duras penas pretextando que era la hora del almuerzo... Pero todavía no me convence... ¿Fugarse con esa chica?... No lo puedo creer... El señor Nemuro era un hombre sensato... Mejor dicho, era un misántropo, en las poquísimas ocasiones en que me invitó a tomar unas copas podía mantenerse en el más absoluto silencio durante diez, veinte minutos, sin inquietarse para nada. No se puede imaginar cuánto sufría...

De repente percibo un golpe blando como de una esponja mojada en la puerta del asiento del conductor. Abro la ventana y me doy cuenta de que un niño de ojos almendrados, desbordante de lágrimas, me está observando desde abajo. Tendrá unos diez años, viste un traje demasiado apretado, y luce una notable calvicie en el lado izquierdo de su cráneo. Me asomo a medias a la ventana y el chico balbucea asustado, señalando bajo el coche, disculpe, señor, es que la pelota se ha metido debajo de su coche. ¿Quieres que lo mueva? No es necesario, si me permite que la busque. Búscala, no hay problema. Sin que lo hubiera percibido antes, la llovizna casi

invisible ha cambiado el color de la calle de rojizo a alquitranado. Seguro que el niño también se va a teñir los codos y las rodillas con ese mismo color. Pronto sale con la pelota en la mano y me pregunta: ¿cuánta es la velocidad máxima de este coche? Cien kilómetros por hora. Luego de soltar una risita burlona, seguida de un ah, pues, se aleja deslizándose por la pendiente hacia el otro lado de la vía férrea. Yo también me río sin querer, y el joven a mi lado me responde con otra risa, produciéndose entre ambos una suerte de alivio inexplicable. Quizá con el tiempo logre entablar algún tipo de amistad con Tashiro.

Cierro la ventana y enseguida enciendo el motor para activar la calefacción. El motor de dos cilindros que permanecía frío comienza a producir un sonido que recuerda el alboroto de una banda de baterías desafinadas.

—¿Bebes?

—Bueno, solo tres o cuatro copas de whisky...

—Entonces, te invito a unos tragos mañana en la noche si me traes las fotos del señor Nemuro... A ver, ¿cómo hacemos?... Bueno, te llamo mañana para indicarte el sitio y la hora...

Mi jefe se amolda con holgura, a la manera de un globo inflado con agua, ocupando todo lo ancho de la silla, que luce a sus espaldas un diagrama gigantesco con la lista de los detectives a la izquierda en líneas verticales, y las respectivas fechas y días de sus actividades en varias líneas horizontales. Se podría pensar que está dormido, a no ser por los movimientos de sus dedos enlazados sobre la barriga. La barbilla flácida, surcada por arrugas profundas como hilos aplastados, los poros cicatrizados de su rostro se alinean al igual que las protuberancias de la piel de los pepinos.

En esta posición de dormido, el jefe entorna sus diminutos ojos y deja escapar una risilla irónica antes de hablar con voz ronca de perro resfriado:

—Oye, has tomado ese asunto demasiado en serio.

—No, qué va, no lo he tomado en serio de ninguna manera.

—¿Y qué?, ¿has encontrado alguna pista?

—Ninguna.

—¿Ninguna? Te recomiendo que no te inmiscuyas demasiado.

—Se trata de un disparo en la oscuridad.

—Eso no es negocio para nosotros.

—Le aseguro que el asunto no pasa de esta semana, pues una familia normal no es capaz de seguir pagando treinta mil yenes semanales.

—Oye, me han dicho que tu cliente es una mujer muy guapa...

—Por desgracia, un tipo siniestro que afirma ser su hermano anda husmeando todo el tiempo.

—Por cierto, de la sección de archivos te han enviado algo.

—Ya lo tengo. Mandé averiguar en el registro civil datos de la mujer.

—¿Y?

—He podido confirmar que tiene un hermano menor con su mismo apellido... Pero eso no niega la posibilidad de que el tipo sea un impostor, ya que el registro no lleva foto...

Me arrepiento al revelar esta información, pues no era esa mi intención, pero ya es tarde. El globo de agua se incorpora de repente haciendo chirriar la silla y escudriña mi rostro con una mirada descarada como de papel de lija.

—Impostor... Un sustituto nada menos que de su propio hermano no es poca cosa... Una farsante abusiva esa mujer.

—Bueno, hay que tener en cuenta todas las posibilidades...

—¿Cuál es el motivo de tu sospecha?

—Más que un motivo... lo que me preocupa es la falta de motivo, la ambigüedad...

—El motivo es clarísimo —me interrumpe en un tono fuerte—. La desaparición de su marido, ¿no es cierto?

—Por supuesto que sí.

—A ver, tú sabes muy bien que en nuestro oficio jamás debemos indagar en torno al cliente. No te metas en asuntos que luego no puedas poner en el informe. Si no consigues cumplir con este requisito, vete de una vez y dedícate al chantaje o a pedir limosna.

Estaba a punto de hablarle de la caja de fósforos. La única prueba material que puedo tocar con las manos y mirar con los ojos. El único lente en que se pueden concentrar varias hipótesis, y mediante un enfoque apropiado quizá logre concretar algo. De los innumerables planos que se me ofrecen como simulacros de la verdad, solo el que refleja esta caja de fósforos se puede convertir en una foto multicolor y tridimensional. Apenas me faltan algunas palabras de la mujer que me sirvan de testimonio... tan solo algunas... y ¿qué?... Me burlo de mí mismo y me reprocho mi idiotez... Sabía de antemano lo que me iba a decir el jefe. Me sermonea tan solo porque he estado averiguando en el registro datos del supuesto hermano. Y, lo que es peor, quizá el jefe tenga razón.

Esta mañana, en el estacionamiento frente a la cafetería Tsubaki, él —el supuesto hermano de mi cliente— improvisó una evasiva ingeniosa y me salvó mediante una advertencia oportuna al ver que avanzaba sin fijarme en el letrero de “Prohibido el paso”.

Ciertamente, los detectives solo estamos autorizados a cazar dentro de la zona señalada por el cliente. Como muy bien se especifica en la solicitud de investigación, mi cliente decidió acudir a los servicios de un detective con motivo de la desaparición de su marido, y lo único que debo hacer es seguir la pista del desaparecido, sin preocuparme por el resultado ni por las razones de mis esfuerzos. Debo callarme aun cuando mi cliente eluda mis preguntas o manipule la información.

Todo esto lo sabía de antemano, y por ello considero que el sermón de mi jefe ha sido totalmente redundante. Aun cuando sepamos que nos aprovechan para encubrir un acto criminal, no tenemos ningún derecho a oponernos, ya que nuestro oficio consiste, en mayor o menor grado, en el drenaje de la información.

Por ejemplo, el argumento demasiado elaborado acerca de aquel encuentro supuestamente fortuito me volvió más suspicaz en varios sentidos, y a la vez me sirvió de freno para no desviarme de mi deber como detective privado. En caso de que el desaparecido hubiera sido un experto en mecánica automotriz, no se podría descartar la posibilidad —quizá se trata de una mera asociación realizada a partir del artículo que acabo de leer en un diario acerca de la captura de una banda especializada en una amplia gama de hurtos— de que tuviera contacto, aunque solo fuera de manera marginal, con algún grupo criminal dedicado al robo de coches.

Incluso, se podría pensar en un caso más común, como aquel en que el desaparecido se ocupara, ya sea por su propia voluntad o a la fuerza, de ocultar un daño para encubrir un atropello o de falsificar la placa del auto implicado en el accidente. Bien pudiera ser también que “él” mismo haya sido el culpable del atropello...

Pero el caso se envuelve en el misterio gracias a su destreza mecánica, circunstancia que lo coloca en un estado de mayor congoja... y al no poderlo soportar, emprende la fuga con el propósito de ocultarse... La mujer, que a posteriori solicita la investigación, ha estado enterada de todo aquel entramado e intenta a toda costa ayudarlo en su precipitada fuga... De haber sido así, no me quedaría nada por hacer.

Solo abrigo un presentimiento inquietante... una esperanza a la que no estoy dispuesto a renunciar... Esa luz tenue en la ventana color limón que me mantuvo clavado como un pescado congelado en medio de aquella terrible nevada... Me siento tentado a tomarla como la señal que me autoriza a irrumpir sin hacerle caso al letrero de “Prohibido el paso”... Carezco de fundamento alguno, desde luego... Pero esta desazón que corroe mi interior... la pequeña sospecha de que las señas de identidad de mi cliente no coinciden del todo con las de su supuesto hermano... Por supuesto que esta situación me irrita... No dejo de percibir en ese sujeto de marras algo extraño que se me hace insoportable... Es por eso que quiero permanecer al acecho como un perro de caza oculto en un agujero de la empalizada, dispuesto a saltar en cualquier momento.

Agujero de la empalizada... Caja de fósforos...

No hay ninguna falsedad en los datos que registré en el informe sobre la cafetería Tsubaki. Es coherente y veraz. No he podido detectar ningún signo que me permita vincular la cafetería con el desaparecido, siempre y cuando permanezca fuera de la caja de fósforos. En su interior... fósforos con cabezas de distintos colores... nueve cabezas blancas en medio de veintiséis negras... Un hecho molesto que no encaja en la visión oficial, por más que lo acaricie y lo sortee. Hombre, claro, ya está, esta

mañana me dieron en el Tsubaki una caja que contenía exclusivamente fósforos con cabezas blancas, lo cual significa que los veintiséis con cabezas negras fueron renovados después. ¿Qué clase de persona seguiría usando hoy día la misma caja, regalada en una cafetería, sustituyendo los fósforos gastados por nuevos? Fósforos y agua siguen siendo gratuitos adonde vayas, por más que suba el costo de la vida.

Sin embargo, mi informe omite este punto. De otra manera, habría traspasado la barrera de lo prohibido. Me encantaría hacerlo, pero todavía no me atrevo...

Fue anoche cuando me di cuenta de la diferencia de los tipos de fósforos. Luego de que fuera rechazado por la ventana color limón, nomás abordar el coche encendí la calefacción, que apenas dejó pasar el aire helado al interior, y me sentí indispuerto para conducir debido al incontenible temblor de mi cuerpo, multiplicado por la frustración. Sin poder soportar el tráfico cada vez más pesado, un poco antes de llegar a la estación S decidí dejar el coche en un estacionamiento.

Al doblar en la esquina donde hay un cine, entro en un callejón ruidoso, flanqueado por paredes desniveladas, y plagado de fragmentos de asfalto levantados y baches oscuros. A pesar de que se escuchan algunos ruidos, apenas se observa a un sujeto acurrucado a la sombra de un poste de electricidad envuelto en anuncios comerciales. Me apresuro a orinar de pie y entro en el bar de la esquina, alumbrado con luces mortecinas e impersonales, empujando el batiente izquierdo. La cantidad de clientes no llega siquiera a la mitad de lo ordinario, tal vez porque ya es tarde, y el sitio luce desierto. En la ventanilla de cambio, instalada a la entrada, entrego cuatro monedas de cien yenes y recibo cuarenta de diez. En la pared de enfrente se alinean en total ocho cubos blancos, con bordes color bermellón, que parecerían estaciones de gasolina de no ser por las marcas inscritas en sus bordes a modo de cinturón. Atravieso el espacio abierto entre las cinco mesas largas ubicadas en paralelo y me coloco delante de la máquina de autoservicio del extremo izquierdo, que de momento está libre. Un peculiar olor estimulante... Pasadas las diez de la noche, la áspera fragancia de lo urbano viene en reflujo a medida que se reduce la cantidad de aguas residuales... Introduzco monedas de diez yenes a través de la ranura enmarcada en latón, señalada por una flecha roja en la esquina superior del lado derecho... Cada vez que cae una moneda, resuena una cuerda de piano y a la octava se enciende una lucecita roja... Coloco un vaso de papel en el sitio apropiado y, al girar a la derecha la manivela de acero inoxidable, la máquina vierte justo 0.18 litros de un líquido color caramelo, a medias caliente. Retiro el vaso con las dos manos como para conservar su calor y saboreo el primer trago, consumiendo la tercera parte del contenido. Mientras me desplazo hacia la máquina de mi marca favorita, doy unos cinco sorbos hasta acabarlo por completo.

Hay un cliente delante de mi máquina predilecta. Viste ropa de faena, descolorida por los múltiples lavados, y bajo aquella indumentaria se ve una bufanda con un diseño llamativo, pero al parecer anda sin sobretodo. Hombre fornido y musculoso, probablemente trabaja como deshollinador de algún edificio cercano. Se le notan las

uñas ennegrecidas por el aceite en las recias manos que sostienen el vaso. Entre las ocho y las nueve de la noche, la hora pico de este sitio, la mayoría de los clientes son empleados que visten trajes, pero a estas horas se observa una mayor variedad. El hombre me cede la máquina y se vuelve para decirme: orinar en pequeñas cantidades es un síntoma de diabetes, eso me han dicho. Sacando un poco la lengua entre sus dientes, en evidente estado de embriaguez avanzada, apenas se mantiene en pie balanceando el peso de su cuerpo entre el talón y la punta de sus dedos, pues no hay sillas en este sitio. Mientras toma sake a sorbos ruidosos, observa mis manos con atención: ya veo, a ti también te gusta esta marca, qué sorpresa. Luego baja la voz: oye, regálame una moneda de diez yenes, yo soy un cliente asiduo de este antro y no te voy a estafar, si quieres te firmo un documento, aquí nadie te roba siquiera diez yenes...

La ventaja de este sitio consiste en que rara vez se da la posibilidad de un intercambio de palabras entre los clientes. Además, mi estómago, al fin, ante la buena perspectiva que ofrece el lugar, está reclamando lo suyo. Sin pensarlo dos veces le entrego una moneda, que me arrebató al vuelo sin siquiera darme las gracias, enfilando luego hacia la ventanilla de venta de potajes, el único rincón donde no hay máquinas.

Sobre las mesas se ubican en fila pequeños aparatos que expenden más de treinta artículos diferentes, como maníes, guisantes salados, piñones, almejas secas e incluso billetes de la fortuna. También hay una máquina, dicen que única en todo el país, con forma de un robot sin brazos ni piernas, que ofrece tofu caliente; en condiciones normales, con su rugido como de aspiradora, atiende a una larga cola de clientes, pero a esta hora permanece en silencio, quizá porque ya se le agotaron los suministros. Para empezar introduzco diez yenes... y recibo un puñado de piñones en la palma de la mano, que devoro enseguida... Bueno, no son más que veinte granos. Hacia la mitad del segundo vaso de sake, los mocos me obstruyen la nariz. Luego compro pequeños trozos de carne de ballena, envueltos en una bolsa triangular. Mi embriaguez de hoy parece comenzar desde la frente hasta bajar a la barbilla, haciendo un ruido como el de un techo de zinc pisado por un gato. Al servirme el tercer vaso, regreso a la mesa en un estado en que ya no percibo mi propio peso.

Por casualidad, ocupo un sitio justo frente a la máquina de los billetes de la fortuna. Bien sea porque me he relajado a una velocidad excesiva o porque no tengo que proteger mi vaso de papel con los codos alzados en medio del gentío que colma este bar, me abandono al vórtice de la embriaguez, que gira cada vez más rápido, y de repente me doy cuenta no solo de que la superficie de la mesa es una capa de resina sintética con vetas impresas, toda manchada por las quemaduras de los cigarrillos — que parecen pecas—, sino también de que algunas de esas pecas, que se mueven de un lado a otro no son tales, sino larvas de cucarachas... Pronto me siento poseído por el irrefrenable impulso de detener, a como dé lugar y en este mismo instante, el transcurrir del tiempo y encerrar el universo entero en el paisaje recortado por mi

vista.

A pesar de que los ceniceros de aluminio, tan grandes que resultan un estorbo, se han colocado en varios lugares de la mesa, a pesar de que hay basureros de lata, muy feos por cierto, entre las mesas, los clientes aplastan los cigarrillos sobre los tableros y tiran los vasos de papel, platos plásticos y palitos desechables en el piso, sin preocuparse por cuestiones higiénicas. Como casi nunca he venido a horas de poca actividad como ahora no me había fijado en esos detalles, pero quizá gran parte del descuido que se observa en este sitio se deba a la particular sensación que se experimenta a través de las suelas de los zapatos al pisar los desperdicios acumulados. La mayor ventaja del sistema de máquinas de autoservicio consiste en la fidelidad y la obediencia. Uno se puede inflar como un rey sin renunciar a su soledad. Por eso los clientes se desahogan aplastando colillas en el amplio mesón en lugar de apagarlas en el cenicero, y lanzando basura al espacioso piso de falsos azulejos sin utilizar el basurero. Me dan ganas de hablar de platillos voladores con algún desconocido, pero el respeto al prójimo es la ley implícita de este bar, algo que no me desagrada de ninguna manera. No me queda más remedio entonces que donar una moneda de diez yenes a la máquina de los billetes de la fortuna, que está al alcance de mi mano.

“Suerte - Señales de nubes de la fortuna hacia el sur. Promesa de que se abrirá la puerta a pesar de los pasos lentos del caballo. Actitud positiva en torno a la autorregeneración, y mente abierta frente a los asuntos amorosos. Cuidado con los agujeros de la billetera y con el clima lluvioso. Objetos buscados, cerca de los pies. Lluvia primaveral bajo paraguas. Hace falta una radiografía”.

La desventaja de los vasos de papel es que nos mojamos los dedos por más cuidado que tengamos. Quizá a causa de mis dedos mojados es que al intentar encender un fósforo durante un buen rato no he podido hacerlo, y me ha dado rabia. Estoy a punto de frotar dos fósforos al mismo tiempo... y es ahí cuando me doy cuenta de que hay dos cabezas con colores distintos. A pesar de que me encuentro a la deriva dentro de la espiral de mi embriaguez, una zona lúcida de mi cerebro se apresura a formar una cadena de asociaciones. Se me ocurre que la caja de fósforos que tengo en mis manos es, sin que me haya dado cuenta antes, un objeto testimonial de importancia que me acaba de entregar mi cliente, y la envuelvo en un pañuelo para guardarla en el bolsillo interior de mi saco.

Pero antes se ha disparado un flash, imprimiendo con fuerza en mi conciencia dos fósforos diferentes.

Cabeza blanca

y

Cabeza negra

Mi mente avanza en línea recta hacia un desenlace, penetrando como rayos equis

los más variados eventos y condiciones. El hecho de que el desaparecido no fuera un cliente asiduo del Tsubaki se podía deducir del estado de deterioro de la caja y la etiqueta, pues si lo hubiera sido de verdad habría conseguido una nueva en cualquier momento. Por otro lado, la existencia de dos fósforos diferentes no permite refutar del todo la posibilidad de que “él” no fuera tan solo un cliente casual, pues la manía de reponer fósforos diferentes en la misma caja se puede tomar como prueba de que tenía cierto vínculo con la cafetería, tanto o más fuerte que el que pudiera tener un cliente habitual. Al consumir la mitad del tercer vaso, enciendo un fósforo —no de la caja que he guardado, desde luego— para dar fuego a la punta del papel del billete de la fortuna y empiezo a acosar a las larvas de cucaracha, que se ponen en fuga en todas las direcciones, mientras mi mente sigue avanzando en línea recta. Una caja de fósforos, adquirida en la cafetería que visita de manera esporádica... ¿Qué clase de interés puede tener?... ¿El diseño de la etiqueta?... Absurdo... ¿El número de teléfono?... Claro, puede ser el número de teléfono... Quizá en el Tsubaki trabajaba una chica cándida e inocente que atraía al desaparecido con un cartel colgado de su cuello que decía “Me ofrezco en adopción”, una chica que hacía valer sus encantos fingiendo interesarse por las indirectas que “él” le enviaba de vez en cuando a través del teléfono...

Enseguida mis reflexiones dan un giro brusco e inesperado, y lanzo nuevas ideas al azar. ¡Qué disparate! Si acaso hubiera existido de verdad, no se le habría pasado inadvertida una chica semejante a ese hermano meticuloso. La habría olido desde mucho antes y me habría indicado desde el primer momento que me dedicara a perseguirla. No, no es probable que exista tal muchacha. (De hecho no existió). Dando crédito a las palabras de la mujer, según las cuales la caja de fósforos se encontraba en el bolsillo del impermeable... No, ya basta de estas hipótesis con tantas ramificaciones... Además, habrá que revisar el periódico viejo que estaba junto a la caja. Será mejor pensar de nuevo luego de confirmar algunos puntos con la mujer para así eliminar los datos superfluos.

Me hablan desde el otro lado de la mesa: mira, ¿eso te lo piensas comer para acompañar el sake? Es el individuo que me birló los diez yenes hace un rato. Parece venenoso, aunque puede ser nutritivo por la grasa que contiene. Al escucharlo, me doy cuenta de que ya he gastado más de diez fósforos y que he matado más de veinte larvas, amontonadas en un rincón. Claro, te fortalece el cuerpo, porque se trata de bichos que se alimentan de sake derramado. Tienes razón, los voy a probar. Permanezco en silencio, tomándolo como una broma, pero de repente el tipo alarga el brazo y agarra un montón de aquellos bichos y sin titubear se los zampa en la boca. Sin darme tiempo para impedirselo, un joven con apariencia de dependiente se me acerca, me da un empujón y arroja las larvas muertas al piso, y luego se larga cabizbajo diciendo en un tono agresivo: Vamos, hombre, deja ya de burlarte... El borracho, que se ha tragado las larvas quemadas, abstraído se queda mirando el aire con los ojos inquietos, y habla insertando la lengua entre sus dientes delanteros rotos:

están saladas... Y pastosas como papel... Bueno, pueden pasar como algas secas de mala calidad...

Sí, hay que hablar con franqueza. El único significado que puede tener esa caja de fósforos es el número de teléfono que aparece en la etiqueta. A lo mejor quien necesitaba de verdad ese número no era el desaparecido sino su mujer, o el presunto hermano de la mujer. Incluso, quizá sea más apropiado decirlo en presente, “necesita”, en lugar del pasado, “necesitaba”. Puede ser que se trate de una maniobra para distraerme: temiendo que descubra el significado de ese número telefónico, intentarían alejarme del Tsubaki atrayéndome con una pista falsa para que yo mismo comprobara que el número era ajeno al desaparecido.

Quizá con la intención de ir cerrando el bar, una mujer con el cabello recogido ha comenzado a amontonar la basura en el fondo del local. Solo quedan unos quince clientes que a simple vista se entiende que no tienen adonde regresar. Bueno, muy bien, hablaré con la mayor franqueza posible, pues no creo que se trate de un disparate descomunal. La mujer que se hace la abandonada por su marido... o pudiera ser, por el contrario, su hermano, el más grande de los criminales, que a la final resulta ser el asesino... No tengo ningún fundamento para probarlo... pero si por alguna casualidad logro liberarme de mi profesión de detective... O en el caso de que pueda asegurarme, como ya lo he presentado, de que existen algunas desavenencias entre la mujer y su hermano con respecto a la solicitud de la investigación, y que acosar a su hermano no significa necesariamente acosarla a ella... Sería una presa fácil, que no puedo dejar de perseguir. No soy un tipo ingenuo. Quizá no sacaría ningún provecho económico al acusarlo, pero el asesino se puede convertir en una fuente de dinero, que se sometería a un chantaje sin rechistar. Por favor, no me inquieten sin necesidad.

Mi jefe ha vuelto a su estado de globo inflado con agua. Murmura con voz de globo inflado:

—Por cierto, me acaban de decir que el tipo ha vuelto al manicomio...

Entre nosotros no hacen falta explicaciones más detalladas. El tipo es el tipo, el peor de los detectives de nuestra oficina. El detective de la peor calaña, el más arraigado en nuestra memoria, el que fuera poseído por un sueño extravagante que lo impulsó a lanzarse desde la azotea de un edificio colgando de un paraguas abierto, en caída vertical que no logró causarle un daño mayor, con la intención desesperada de librarse de su mala fama.

En un caso que le encargaron, el tipo acabó induciendo a su cliente al suicidio. Desde mucho antes, traicionaba sin vacilación alguna a sus clientes, de forma tan descarada que llegó a chantajear al sujeto que investigaba a cambio de la delación, ufanándose de lo que, según él, constituía un castigo justo para ambos, el cliente y el delator. Pero era un sujeto listo, que sabía mantener las apariencias, obediente a ciertas reglas, que jamás había sido acusado de traición y que no provocaba rencores

de ninguna naturaleza. A decir verdad, había logrado tales destrezas porque no todos sus clientes eran víctimas inocentes. Desde luego, se colocaban en posición de víctimas por causa de algún daño que habían sufrido, pero investigaciones más detalladas revelaban que al mismo tiempo la mayoría ostentaba un alto índice de agresividad. En casos extremos, los mismos clientes eran ciento por ciento agresores. Conozco el caso de un cliente que al conocer el informe que luego de una serie de investigaciones se había realizado acerca de una persona, se aprovechó de él para chantajearla después...

Sin embargo, el cliente que se suicidó por culpa del tipo era, cosa rara, ciento por ciento inocente. Se trataba de una mujer joven, caprichosa y solitaria, que, luego de haber sido criada por su madre soltera, sin conocer nunca a su padre, llegó a tener un pequeño salón de belleza, situado en los bajos de un edificio. Un buen día se apareció un hombre mayor, a todas luces alcohólico, que sin recato alguno se presentó como su padre. Astuta por naturaleza, la joven no se lo creyó de inmediato, pero a medida que conversaban, el viejo iba revelando detalles específicos que solo podían haber sido conocidos por su padre: la pequeña cicatriz detrás de la oreja, oculta por el cabello, de la madre difunta... la horquilla de coral heredada de la abuela..., el puente colgante del pueblo natal de la madre, que la joven solo había visto en fotos... Cuando el viejo acertó al decirle que tenía una mancha en el hombro derecho y el tipo de sangre, la joven ya no podía dejar de pensar que ciertamente había semejanzas entre ellos, en las formas de las orejas y la nariz.

Ese día lo despidió sin dejar nada en claro, y ofreciéndole un billete de mil yenes, pero el viejo regresó tres días después, afirmando entre los vahos de su borrachera que solo quería verla durante un segundo, y le birló otro billete de mil yenes... De ahí en adelante comenzó a visitarla cada tres días, luego cada dos, hasta que se acostumbró a buscarla a diario. Entre tanto la mujer se volvía cada vez más nerviosa, preocupada y molesta, pensando que no debería abandonarlo si de verdad se trataba de su padre. Al fin se decidió y vino a nuestra oficina dejando la investigación sobre su supuesto padre en manos del tipo.

El tipo habría podido evitar la tragedia si se hubiera preguntado cuál era el resultado que deseaba obtener la mujer, y en ese caso habría procurado satisfacerla sin preocuparse por la verdad. A lo mejor fue obra del demonio... En contra de su naturaleza, el tipo asumió el papel de ángel protector y, para colmo, descubrió la verdad con una facilidad inesperada.

A la mujer no la convenció el informe y solicitó una nueva investigación, pero el tipo no supo captar su verdadero deseo. Mucho menos daño le habría hecho si, recuperando la normalidad, hubiera intentando encontrar alguna confidencia. Se hallaba tan absorto en el papel de ángel guardián, que se empeñó en enfrentarla a la verdad, como una niñera que insiste en imponerle la dieta a un niño rebelde. Ya no recuerdo si el viejo era su padre auténtico o falso —lo puedo averiguar con cualquier colega, pero ese es un detalle sin importancia—, pero igual, la mujer se suicidó al

reconocer que no le quedaba más remedio que aceptar la conclusión final. Enterado de aquel percance, el tipo se volvió neurótico y tuvieron que internarlo en un manicomio durante medio año. Me informaron que al fin le dieron de alta en diciembre del año pasado, pero...

Mi jefe repite en un tono melancólico:

—... Que el tipo ha vuelto al manicomio. Mira, qué grotesco, dice que con cualquier descuido de los enfermeros, corta la respiración hasta desmayarse. Quién sabe cómo lo hace... Se ha vuelto loco de verdad...

**A las 2:05:** Parto de la oficina para dirigirme al pueblo F con la intención de contactar al señor M, miembro del concejo municipal a quien T iba a entregar el documento el día del suceso. Tenga en cuenta, por favor, que debo mantener en secreto la fuente de información acerca del señor M. (Vía avenida Koshu).

**A las 4:20:** Paso por una gasolinera para llenar el tanque del coche (catorce litros, recibo adjunto). Para asegurarme, pregunto la dirección del señor M a un dependiente. Me informa que la zona oeste, que se extiende al otro lado de la avenida, es el Sector Tres del pueblo F. No existe tal división de sectores en mi mapa (publicado el año pasado), que tampoco registra correctamente la ubicación actual de las calles y avenidas. Me entero de que han decidido instalar cerca de aquí un empalme con la autopista que está en proceso de construcción y que, en consecuencia, se ha disparado la compraventa de terrenos. A la vez, el movimiento a favor de la unión de varios municipios dio frutos hace poco, formándose un pueblo extenso, el F actual. Por cierto, con frecuencia pasan grandes camiones cargados con tierra de las excavaciones. Me han explicado que la dirección del señor M, del antiguo pueblo F, corresponde al actual Sector Uno, que queda al oeste de la colina arbolada, ubicada a la derecha de la avenida. Adjunto un bosquejo del plano del pueblo F.

**A las 4:28:** Me marchó de la gasolinera y doblo a la derecha en la segunda parada de autobús. Me detengo un rato al lado de la siguiente parada, Oficina de correos del Sector Uno, para preguntar la dirección en una tabaquería de la esquina, y me informan que el señor M vive en la casa situada al lado derecho de la oficina de correos, que observo desde aquí en diagonal. Largo muro de cemento. Jardín con muchos árboles. Casa común y corriente. Garaje sencillo con un techo improvisado al lado del portón.

Luego de haber estacionado el coche enfrente de la tabaquería, decido entrar a la oficina de correos a través de la puerta de cristal de dos hojas, con un pomo de latón, instalada entre una maceta vacía y un buzón rojo. Piso de concreto, un pequeño banco a la derecha y una cabina telefónica a la izquierda. Al frente alcanzo a ver dos ventanillas, de las cuales una, la de “Giros, ahorros, seguros”, está cerrada por una cortina sucia de algodón con una placa triangular que dice: “Fuera de servicio”. La otra, la de “Estampillas, paquetes, llamadas”, permanece abierta, y un señor mayor — el administrador de la oficina, sin duda—, que está limpiando o reparando una almohadilla, levanta la mirada y se me queda mirando. Olor fuerte de una estufa de querosén con combustión incompleta. Un camión de carga de diez toneladas que viene retumbando allá afuera reduce la velocidad y cambia la marcha, tal vez para sortear mi coche. Con naturalidad pido diez estampillas de cinco yenes y pregunto: Oiga usted, ¿es verdad que el señor M ha comprado un nuevo coche? El viejo truco de hacerse pasar como vendedor de coches a domicilio.

—¿Coche? —con lentitud el administrador desplaza la mirada desde mi rostro hacia la sombra de la ventanilla contigua cubierta por la cortina—. Nunca he oído

hablar de eso, para nada...

—No puede ser... —detrás de la sombra de la cortina se deja escuchar de repente la voz de una mujer madura. Como suele suceder en este tipo de oficinas, y bien parece que en esta también, la administración corre por cuenta de un matrimonio—. El señor, que hasta se muestra orgulloso de sus despertadores nuevos, no permanecería callado si hubiera comprado un coche nuevo.

—Me alivia saberlo... Es que ha corrido el rumor de que el señor M anda en un coche rojo...

—Qué va, su coche es celeste —dice el administrador.

—Un color totalmente ordinario. No es mala persona, pero... —interviene la señora.

—Por cierto, ¿ustedes no estarían interesados en comprar un coche?... Con un coche podrán disfrutar mejor de la vida. Les garantizo que es mucho más rentable que un seguro de vida.

—Somos demasiado viejos para aprender a conducir. Son cincuenta yenes, señor...

—Por favor, me podría dar el cambio en sencillo... —entrego un billete de cien yenes—. Parece que el señor M anda muy bien en términos económicos...

—Eso que antes no era más que un simple vendedor de carbón —agrega la señora con ironía y mala leche.

—Con el creciente aumento del número de viviendas, pasó de ser un mugriento vendedor de carbón a un agente de distribución de gas propano... Cómo cambia la vida... —el administrador frunce los labios delgados mientras me devuelve cinco monedas de diez yenes.

¡Agente de distribución de gas propano! Enseguida me salta el corazón: es decir, la distribuidora de combustible ubicada frente a la casa del señor M es de su propiedad. El motocarro que daba vueltas, echando humo polvoriento y cargado con garrafas de gas propano, pertenece al negocio del señor M. Todo adquiere sentido al suponer que el señor M no es solo miembro del concejo municipal sino dueño de una distribuidora de combustible. La conducta del desaparecido aquel aciago día... la relación entre la Comercial Dainen y el señor M... Comienza a despejarse el enigma en torno a este asunto.

—Pero, quién sabe... —dice la señora como si cantara en un tono liviano, impropio según el contenido de sus palabras— cuánto durará esta injusticia...

Al volverme de nuevo para lanzar una mirada a través de la puerta de cristal, distingo a dos jóvenes que transportan unas garrafas de gas por la acera en dirección al depósito, haciéndolas rodar bajo el alero de zinc ondulado, típico de las distribuidoras de combustible. No alcanzo a distinguir el fondo del depósito, ya sumergido en la oscuridad. Parece que en este pueblo del valle, rodeado por colinas al este y el oeste, comienza a oscurecer más temprano que en otras zonas. La señora hace el ademán de levantarse, tosiendo un par de veces. Enseguida se enciende la luz

de la oficina. Saco un cigarrillo para ganar unos segundos, que, como esperaba, sirven de acicate para alentar a la vieja chismosa y lenguaraz.

—Usted sabe, señor, cuando terminen de construir las obras del Sector Dos estará garantizada la instalación de gas urbano... A medida que este pueblo continúe creciendo hasta convertirse en una ciudad dormitorio, se irá hinchando la billetera del agente de distribución de gas propano, pero tarde o temprano instalarán por todas partes la red de gas urbano, y ¡crack!... El señor aquel ha ampliado su tienda, ha multiplicado el número de teléfonos, ha empleado más gente de manera forzada, y parece que ya tiene diez motocarros, incluyendo los de las sucursales...

—Son nueve —apunta el administrador.

—Bueno, de todas maneras, crack, se acabó lo que se daba.

—Una vez vino hasta aquí para pedirnos que firmáramos una petición contra la instalación de gas urbano... diciendo que el gas propano es tan higiénico que ni siquiera se presta a los suicidios...

—Tonterías. A quién se le ocurriría a nuestra edad. Lo que cuenta es nuestra propia conveniencia. Ah, y no tenemos tiempo para andar escuchando los alegatos de un agente quejumbroso.

El Sector Uno del pueblo F... La avenida principal del antiguo pueblo F, que se extiende desde la oficina de correos... Una cuesta suave de unos cuatrocientos metros hasta las escalinatas de piedra al frente del edificio municipal... Entre las tiendas comerciales con techos de tejas destacan algunas casas campesinas altas con puertas enrejadas, donde parece que en el pasado criaban gusanos de seda... En los amplios jardines se estacionan coches pequeños, adquiridos sin duda con el dinero de la venta de las moreras... Vemos una tienda iluminada en exceso, que resulta ser, como suele suceder en cualquier sitio, una venta de aparatos electrodomésticos... Aunque se observan edificios destartalados, como un negocio de bandejas y recipientes similares, todavía se conservan en general restos de la época dorada del pueblo... Sin embargo, la escasez de faroles parece pronosticar un destino precario para este pueblo antiguo, que a la larga caerá en el olvido y el abandono... La zona residencial del valle ya permanece en la oscuridad, a pesar de que hay suficiente luz en el cielo como para poder distinguir cada una de las ramas de los árboles que crecen sobre la cumbre de la colina del lado oeste... Avanzo despacio por la avenida asfaltada, deteriorada por los numerosos baches, conduciendo con precaución para no derrapar en alguna cuneta...

Un poco antes de llegar al edificio municipal, un viejo cedro rugoso se levanta bloqueando la tercera parte de la vía, a modo de señal de entrada a un santuario shintoísta. Más adelante se distingue un terreno baldío donde se estacionan algunos coches. Busco uno celeste, aunque sea descolorido... De los seis que contabilizo, cuatro son de un color azulenco, lo que no me permite aclarar nada. Las ventanas del edificio municipal están todas iluminadas, salvo una sección del segundo piso. A lo

mejor los funcionarios están ocupados, en previsión del balance fiscal. Giro el coche en redondo y desando sin prisa la ruta.

No sé muy bien cómo funcionan las distribuidoras de combustible, pero sin lugar a dudas el negocio del carbón crece y prospera gracias al gas propano, a medida que aumenta la población, y las zonas residenciales se desarrollan hacia las afueras... hasta que al fin llegue el gas urbano para apoderarse de todas las ganancias, al igual que sucedió con los mamíferos que se quedaron con lo mejor, desplazando a los grandes reptiles cuya población había crecido en exceso. Negocio irónico este, que nace con el crecimiento urbano y muere con un mayor crecimiento urbano... Destino trágico de aquel que llega al apogeo de su existencia al mismo tiempo que recibe una condena de muerte... Oficio apesadumbrado en el cual se sirve un banquete de lujo sobre la mesa de la guillotina... Debe de ser angustioso y agobiador.

Sin embargo, el resultado de semejante juego es obvio desde antes del comienzo de la partida, por más desesperante que parezca, pues el gas urbano, invicto y vencedor, no deja ningún espacio para la negociación. La disparidad de fuerzas entre el gas propano y el urbano es tan abismal como incapaz de permitir un percance inesperado. No me parece probable que “él” se viera forzado por algún motivo a desaparecer, más allá de los motivos que tuviera para utilizar a Tashiro como mensajero aquella mañana. Quizá debo creer al pie de la letra la declaración del gerente responsable de ventas, quien negó de forma contundente la posibilidad de la intervención de algún acto criminal, así como la frase negligente con que Tashiro me advirtió de lo estéril que resultaría hacer una visita a este pueblo. Lo que pudiera ofrecer el mayorista de la Comercial Dainen a un pobre y angustiado vendedor de combustible no iría más allá de una ayuda para la eutanasia o para la compra de una lápida.

Detengo el coche antes de llegar a la distribuidora de combustible M.

No se observa ningún cambio, salvo una lámpara encendida en el extremo del alero que alumbra la entrada hacia el fondo. Los dos hombres siguen transportando las garrafas rumbo al depósito. Uno de ellos es delgado y raquítico, como si sufriera de alguna dolencia estomacal, de unos veinte años, y el otro, un treintañero de piel rugosa similar a una roca erosionada, con una toalla enrollada en el cuello de toro. Trabajan con desánimo frente a la cantidad exorbitante de garrafas.

—Oigan, ¿no ha llegado el viejo?

—¿El viejo? —el menor levanta la mirada dubitativa, las manos aferradas a una garrafa, poniendo cara de haber escuchado una voz que no le resulta familiar. La garrafa, parecida a una antigua bomba, muestra en el centro un logo blanco con forma de hoja de árbol.

¿Será que le disgustó el trato de “el viejo”? Quizá debí haberlo llamado “el señor”, tomando en cuenta que se trata de un miembro del concejo municipal, además de ser el dueño de una distribuidora de combustible. Falsa alarma. El joven señala con la punta de la barbilla hacia la casa del susodicho, al otro lado de la avenida.

—Rara vez se asoma por la tienda... Tampoco debe haber llegado a su casa, porque no se ve el coche...

—Mira, vengo de la Comercial Dainen...

No estoy diciendo ninguna mentira, pues he pasado por la Comercial Dainen antes de reportarme en mi oficina. Podré atribuir la culpa a la mala interpretación de este joven en el caso de que llegaran a llamarme la atención.

El joven deja la garrafa para ladear la cabeza y cruzar una mirada con el otro empleado que viene desde el fondo, revelando una pequeña reacción que no deja de ser significativa. Seguro que el nombre Dainen les resulta familiar... Esto quiere decir que la distribuidora de combustible M sigue manteniendo negocios con la Comercial Dainen luego de la desaparición de “él”, y que no hay esperanza alguna de encontrar una pista en este sitio, donde apenas se podrá detectar una relación normal entre las dos empresas.

Como ya lo había previsto, no me resulta del todo decepcionante, pero hubiera preferido disfrutar por partes de este pequeño dato obtenido con cierta dificultad. Bien sea que se trate de estafas o engaños, rodeos innecesarios o labores superfluas, me habría dado por satisfecho si hubiera podido contar con abundante material para adornar el informe. Con este magro resultado, este viaje de dos horas y media solo me servirá de farsa ridícula, como si simulara haber estado de pesca en una piscina.

Para colmo, a medida que se desmorona una hipótesis tras otra, se intensifican los impacientes forcejeos de un gusano gigantesco, color carne, enterrado bajo el músculo pectoral, aguardando la ruptura de la crisálida que anunciará la inminente eclosión. Apenas liberada, la polilla, todavía con manchas de sangre, vuela directo y sin vacilación alguna rumbo a esa ventana color limón... Tras penetrar de un solo empujón el cristal y la cortina, enfila en dirección a la silueta masculina que permanece de pie —desde luego, hablamos de la espalda como una negra pared del supuesto hermano menor— para clavarle un colmillo en el corazón. Aguarda, aguarda, una polilla no tiene colmillos. No importa, antes puede visitar a un dentista para que le haga una dentadura postiza especial... Por cierto, tengo que ir al dentista cuanto antes, porque la punta de mi lengua sabe cada vez más a sangre cuando la rozo con mi muela cariada.

—¿De la sede central de Dainen, quiere decir?

El menor se suena la nariz, y sopla con empeño las puntas de sus dedos aceitosos, que asoman desde los desgastados guantes de faena. ¿Se tragará los mocos? Al ver que asiento con la cabeza, dice con la cara inclinada:

—Qué extraño, “el viejo” salió antes del mediodía, diciendo que iba a pasar por la sede central de Dainen...

—Quién sabe —dice el mayor con un acento dialectal difícil de entender mientras introduce el extremo de la toalla que rodea su cuello en la solapa de la ropa de faena—. Siempre inventa pretextos para salir y anda de vago todo el tiempo, vaya a saber dónde...

Sin perder tiempo, respondo con una sonrisa sigilosa, de cómplice:

—Claro, con el coche ya no le cuesta viajar hasta la zona rosa de la ciudad.

—Peor todavía —el menor, con las manos bajo las axilas, hace un movimiento extraño— porque la zona rosa la han trasladado hasta acá desde que inauguraron las casetas de los obreros de la construcción en el Sector Dos... A su vuelta pase a verlas a orillas del río si quiere cerciorarse... Fondas y posadas en la otra orilla... mientras en la de acá se estacionan esos vehículos que llaman micros, sabe, esos pequeños autobuses que transportan niños del kinder... Todas las noches aparece una hilera como de diez micros con lámparas rojas que ofrecen ramen, perros calientes, aguardiente, lo que quieras...

—Claro, no te engañes, no sirven perros calientes o lo que sea solo para saciar el hambre —el mayor escupe una flema del tamaño de un huevo haciendo crujir la garganta—. La mayor atracción está en el fondo... ¿Te imaginas lo que se esconde tras un biombo?... Nada menos que un cojín mullido con un agujero, mira qué truco tan ingenioso.

—¿Sabes por qué tiene que ser un cojín con un agujero? —el menor emite una risa nerviosa y se agacha como para defecar. La sombra negra que bajo la luz del alero se proyecta sobre el terreno negruzco se encoge de repente, enrollándose bajo las nalgas, que parecen absorberla—. El espacio es tan estrecho que no te puedes acostar. De ahí el cojín con un agujero en lugar de una cama.

—Así que terminas gastando tu dinero en un agujero que no te deja mover con comodidad.

Al lanzar esta última frase a modo de escupitajo, el mayor hace un gesto como si pretendiera volver a su trabajo, mientras el menor retoma el tono negligente, sacudiendo con los guantes vueltos al revés una masa como de caucho viejo manchado de lodo y aceite:

—De modo que quién sabe a qué horas volverá. Ahora mismo, otro cliente, tan terco como una mula, lleva ya una hora esperando ahí dentro...

—Un tipo sinvergüenza, que anda de un lado para otro, haciendo cualquier cantidad de llamadas como si estuviera en su propia casa...

Los dos lanzan, como siguiendo un acuerdo previo, una mirada pétrea hacia el fondo del edificio, donde imagino que está la oficina, haciendo notar que se trata de la desagradable visita de un acreedor. Esos tipos pueden ser una buena fuente de información. Saco la cajetilla de cigarrillos y le ofrezco uno a cada uno.

—¿Puedo hacerles un par de preguntas?...

—¡Prohibido el fuego!

El mayor me interrumpe con su voz ronca, mientras el menor, indiferente, blande un encendedor con unos dos centímetros de llama y me acerca el fuego a la nariz después de encender su cigarrillo.

—No importa, hoy sopla el viento del oeste.

—¿Qué dices tú, experto en el manejo de explosivos?

—¿Acaso crees que tu vida sirve de algo? —al ver que el menor no se inmuta mientras sostiene el fuego en su mano estirada, decido encender también mi cigarrillo, pensando que la brasa hará menos daño—. Si hasta ahora no se ha escuchado ninguna explosión, estamos a salvo. Además, el dueño quizá se alegre con un incendio, pues toda la propiedad está asegurada.

¿El dueño?... Qué gracioso... Claro, no hay nada de asombroso en la proliferación de “dueños”, ya que en las afueras de una ciudad en pleno crecimiento puede surgir de la noche a la mañana una calle bulliciosa en medio del campo de cultivo.

—Cállate, mocososo.

—Más mocos salen de tu fea nariz, viejo.

—¡Qué insolencia! —se cubre la nariz, que se le ha puesto morada, ya sea por el intenso frío o por el exceso de alcohol y la hace sonar de nuevo, y sus ojos se desbordan por las comisuras de secreciones que no se sabe si son lágrimas o legañas.

El menor salta la cuneta para colocarse en la orilla de la avenida, donde están alineadas las garrafas, y dice en un tono extrañamente dulce y compasivo:

—Mira, este viejo se volvió comunista cuando le robaron en un velódromo parte del dinero, unos doscientos mil yenes, que había ganado con la venta de un terreno, y además dejó olvidada la suma de trescientos mil sobre la rejilla de un tren.

—Déjate ya de pendejadas —responde el mayor con manifiesta ambigüedad al tiempo que se vuelve sin prisa hacia la hilera de garrafas—. Apúrate, hombre, que pronto llega la próxima carga.

—Permítanme unas preguntas... —salto la cuneta sin perder tiempo para colocarme entre los dos trabajadores, cuyos gestos ya no se pueden descifrar debido a la intensa oscuridad que reina fuera del foco de luz del alero, y enciendo la grabadora, simulando ajustar la posición del maletín bajo el brazo—. ¿Cuánto tiempo llevan trabajando aquí?

—Yo, un año y pico —dice el menor, continuando su labor y sin prestarme demasiada atención—. Y tú, ¿como tres meses, viejo?

—Hoy estoy cumpliendo tres meses con diez días. Qué barbaridad...

—Entonces, deben estar enterados —dirijo el micrófono hacia el menor—... del señor Nemuro, el jefe de ventas de la sede central... Creo que ha pasado por aquí un par de veces...

—No nos enteramos de nada... —coloca con destreza la garrafa inclinada sobre la tabla de unos treinta centímetros de ancho que cubre la cuneta, la hace girar con fuerza, la deja que rueda siguiendo la pendiente y ajustando la dirección con las muñecas y las caderas—. Incluso, nos tomaron por sorpresa cuando el dueño suspendió el contrato con el mayorista anterior para iniciar una nueva relación con Dainen... Y todo, sin aviso previo...

—Claro, claro, fue eso... —un ataque de tos me sirve para disimular la tensión que me produce la noticia y que me pone rígidas las cuerdas vocales—. ¿Te acuerdas

cuándo fue?...

—El verano pasado... Sí, me dieron un día libre por el cambio y fui a nadar al río.  
Fue cuando se ahogó un niño...

En su respuesta directa no se detecta ningún indicio de vacilación.

—Julio... o agosto... ¿verdad?

—Creo que fue en julio.

A la altura de julio, “él”, recién ascendido a jefe de ventas, estaría trabajando con empeño para persuadir al señor M de que cambiara de distribuidor. O lo ascendieron como consecuencia del éxito de su gestión. En todo caso, este negocio se convirtió en cliente de la Comercial Dainen gracias a los esfuerzos del desaparecido. Habría sido más fácil vincular el asunto con la desaparición si, por el contrario, el susodicho no hubiera obtenido ningún resultado positivo con su misión. Otra vez desperdiicé la batería de la grabadora en vano.

En la lejanía se deja escuchar un estallido metálico cuyo eco repercute en las colinas. A lo mejor se trata de la explosión accidental de un motor grande. Apago la grabadora y sigo a los trabajadores que continúan haciendo rodar con su habitual destreza las garrafas.

—¿En la oficina no habrá empleados enterados de esos asuntos?

—Quién sabe... —el menor no cesa de laborar—. Hay una empleada joven... pero es nueva... no creo que le sirva de nada pues cuando la vi estaba sollozando a causa de los malos tratos de un individuo desagradable.

—¿Un individuo desagradable?

—Debe ser un vago sin oficio... Parece que es un cliente habitual de los micros con lámparas rojas de la ribera...

Ya estamos frente a la bodega, ubicada en el extremo de la casa. El mayor se acerca para ayudar al joven a subir las garrafas encima de las tres filas amontonadas. El sonido grave, producido por el choque de aquellos artefactos de acero, indica que son bastante pesadas.

—A ver, me asomaré un rato hasta el fondo...

—Como quiera. Esta noche va a estar muy fría...

El mayor, indiferente, encorva la espalda y se retira hacia la calle con pasos tambaleantes, como si se dispusiera a dar inicio a una extraña danza.

—Ve por ese pasaje y cruza a mano izquierda —haciendo sonar la nariz, el menor señala con la barbilla alzada el espacio entre el depósito y la casa, y levanta la mirada hacia el cielo alquitranado al tiempo que sigue al mayor, tomando los guantes por las puntas desgastadas.

Siguiendo las instrucciones del menor, atravieso el estrecho pasaje y giro a la izquierda... Una puerta de cedro mal encajada, cuya ventana rota ha sido reparada con cinta adhesiva. Olor a mugre de las aguas de drenaje mezcladas con gasolina... Más bien olor a insecticida mezclado con orina de ganado. El chirrido producido por la puerta corrediza sobre el riel torcido. A duras penas me abro paso hasta llegar al interior, y enseguida siento que se adhiere a la piel de mi rostro un sudor pegajoso, como un pañuelo mojado, característico de las distribuidoras de combustible.

Al frente se observa un bastidor que llega hasta el techo, y obstaculiza la visión. Un horario de autobuses a dos colores, sujeto por dos chinches. Desplazo la mirada

hacia la izquierda a lo largo del bastidor y descubro un escritorio al estilo tradicional, instalado a modo de garita para vigilar la entrada. Detrás del escritorio, la cabeza de una chica con el cabello cortado al estilo paje y, por debajo, las rodillas blancas y carnosas, apretadas con fuerza.

—Buenas tardes —le hablo con voz que suena en exceso cordial, sin mirar su rostro, a propósito, mientras me froto los hombros y los brazos en un intento por conservar el calor de mi cuerpo.

—Buenas tardes...

Me quedo paralizado por un instante. La voz que me responde suena como masculina. En realidad, es una voz masculina. Parece que proviene del otro lado del panel y no de labios de la chica. Una voz amenazadora. Debe ser del tipo desagradable del que me hablaron. A medida que avanzo, voy barriendo con la mirada una serie de objetos según la secuencia siguiente: un gabinete de acero... antes, una flor de plástico que no sabría identificar... un televisor... una mesa redonda cubierta con vinilo plateado... encima, el cenicero que ya hemos visto antes, con el par de *manekinekos*... más allá, a modo de telón de fondo, un sujeto que me resulta conocido, sosteniendo su rostro con la palma de la mano...

Es el “tipo”.

El tipo... sin lugar a duda... el supuesto hermano menor... En mangas de camisa, con la corbata aflojada, frente llena de sudor y barbilla alzada, sonrío con una mueca de cinismo... Como me lo imaginaba, sus hombros descubiertos lucen estrechos y desproporcionados, sin nada que resaltar... ¿Cómo es posible que ande por aquí?... Un juego sin ninguna gracia... A pesar de que he venido practicando el método del cazador de perros callejeros, que consiste en simular que ando absorto en asuntos totalmente ajenos a la cacería... de un lugar totalmente inesperado sale pitando este maldito perro callejero, moviendo la puta cola con indiferencia...

—Hoy es un día plagado de coincidencias... Qué sorpresa... —dice, sin mostrarse para nada sorprendido—. Qué susto me diste... Pensaba que tarde o temprano ibas a descubrir este sitio... Bueno, toma asiento para que te relajes un poco...

—¿Cómo fue que no me dijiste nada, teniendo una pista tan clara?... —enciendo con prontitud la grabadora—. La solicitud de investigación te comprometía a ofrecerme cualquier información que tenga que ver con el asunto...

—Pero no estoy obligado a darte información sin valor —y se dirige sin recato a la chica—: Señorita, ¿le puedes servir una taza de té?

La chica se levanta en silencio. La falda arrugada se le adhiere con electricidad estática a las caderas haciendo resaltar la forma de las nalgas.

—De cualquier manera, deberías habérmela suministrado, advirtiéndome con algún argumento racional que carecía de valor.

—Qué chica tan antipática... —dice, ignorándome por completo, mientras cruza

de nuevo las piernas en un ángulo oblicuo—. Qué fastidio, como lo estás viendo, me odian dondequiera que vaya... Cosa curiosa, me han detestado de tantas y tantas maneras que ya me he ido acostumbrando...

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Adivina.

—Bueno, debe ser de nuevo una casualidad. Andabas por ahí sin nada que hacer y de repente me encuentro...

—Qué ingenioso eres —ríe divertido al tiempo que hace sonar sus dedos—. Hablando en serio, por supuesto que tienes toda la razón para mostrarte suspicaz. Hay varios hilos que se enredan de manera complicada.

—¿Por qué no me lo explicas un poco?

—Hubiera preferido hacerme el tonto... Deja esa cara de espanto, que ya te lo voy a explicar... Parece que no me queda más remedio que contártelo todo... A decir verdad, he venido hasta aquí a chantajear.

—¿A chantajear?

—¿Verdad que sí, señorita?

La chica toma la tetera colocada sobre la estufa de querosén, delante del gabinete, y vierte el agua caliente en un tazón de barro. Con el cuerpo rígido, ni siquiera intenta bosquejar una respuesta, pero su silencio resulta por demás elocuente. El supuesto hermano retoma la palabra con serenidad:

—A pesar de que he venido con aviso previo para que me hagan entrega de un cheque... Quién sabe dónde se habrá metido el viejo, y esta señorita insiste en no saber nada... Pero es inútil que te hagas la desentendida pues cada día que pasa se van incrementando los intereses, sabes. Debes recordárselo con pelos y señales al viejo. Dile que estaré viniendo cada día, pues dispongo de todo el tiempo.

La muchacha vuelve a su asiento en silencio, con una serenidad increíble, luego de dejar sobre la mesa dos tazas ordinarias llenas de té aguado. Parece que es mucho más terca de lo que imaginaba.

—Qué chica tan odiosa. ¿Qué te has creído? Sé que soy un canalla, pero el chantajeado puede resultar aún más canalla que el chantajista, ¿sabes?

A pesar de que este segundo encuentro me ha tomado por sorpresa... el tipo afirma sin titubeos, casi con descaro, que ha venido a chantajear... Qué sinvergüenza... Aunque desde el principio desconfié de él, esta jugada inesperada, tan atrevida, me hace sentir como una mosca ahogada en un pote de pegamento. Si bien es cierto que deseaba en secreto desenmascararlo en cuanto pudiera, nunca llegué a imaginar que esa oportunidad se me presentara así de pronto. Me estoy enfrentando al aliado de mi cliente, que no tendría por qué exponerse de esta manera. ¿Acaso estará montando un teatro?... ¿Para qué? ¿Será un exhibicionista?... Qué forma tan extravagante de tratarme.

—No soporto trabajar con una persona como tú —digo a sabiendas de que no gano nada revelando mis sentimientos—. Ya comienzo a dudar de la sinceridad de la

solicitud.

—¿Por qué?

—Ustedes me han ocultado demasiadas cosas. Mira, no abrigaba ninguna ilusión de encontrar una pista en la distribuidora de combustible de un pueblo tan ordinario como este, que desde cualquier ángulo que se lo mire resulta ser un sórdido escenario.

—Pero intervienen otros factores como el chantaje y la extorsión...

—Para colmo, de parte de un pariente del desaparecido...

Con la mirada levantada, fija en algún punto del techo, mi interlocutor acerca los labios a la taza y se bebe el té de un sorbo.

—He acertado al suponer que eres un tipo listo. Pero, sabes, hasta un mono puede caerse de un árbol, y no desearía que me cayeras encima con todo tu peso. A ver, ¿qué quieres que te explique primero? ¿El objetivo, para empezar? ¿Quieres saber por qué y para qué estoy tramando un chantaje?...

De repente nos interrumpe un bocinazo escandaloso. El ruido jadeante del motor tiene que ser de un viejo motocarro. Parece que mi coche está estorbando la descarga. Se escucha una voz desde el exterior. Perdona, ¿puedes mover un poco el coche? Me dispongo a salir rumbo a la puerta, el tipo se levanta y me sigue a toda prisa poniéndose el saco, bueno, basta por hoy, yo también me voy... Ya con el saco puesto se convierte de nuevo en un muro oscuro... En el momento de pasar al lado de la chica, el tipo estira el brazo con la intención de pellizcarle la nariz, pero la chica salta empujando la silla y se aparta sin siquiera protestar. Le das el recado al viejo sin falta, por favor. Toma el sobretodo que estaba en un extremo del panel y se lo cuelga en el brazo, dígame que le cobraré los intereses del tiempo que tarde en pagarme.

Ha comenzado a soplar un viento helado. El cielo flamea como una oscura bandera. Tras intercambiar a manera de despedida algunas palabras sin significado con los trabajadores, abordo el coche, y el supuesto hermano, con toda naturalidad, se coloca al lado de la puerta del copiloto, con la mano apoyada en el pomo, a la espera. Cuando el tipo se sienta a mi lado enciendo el motor y piso el acelerador a fondo, pero el motor, que aún no se ha calentado, reacciona indeciso con pequeñas sacudidas, como si se hubiera paralizado.

El tipo continúa sin inmutarse:

—No, no... Lo que cuenta no es el objetivo sino el método... ¿Por qué chantajear? Porque necesito dinero... ¿No crees?... Solo para pagarte la investigación, treinta mil yenes a la semana... Con la indemnización que ha cobrado mi hermana no alcanza para nada... Treinta mil a la semana... Ciento veinte mil al mes... No podemos cancelar esa suma con trabajos ordinarios...

—¿Al mes?... ¿Quieren seguir con la investigación?

—Por supuesto. Perdí medio año sin resultado. ¿Confías tanto en tus habilidades como para pensar que puedes despachar el asunto en una semana? Conseguiré ese dinero a como dé lugar. Estoy preparado para aguantar hasta un año... No me daré

por vencido...

El tipo emite una risita sigilosa que me desconcierta. Seguir con la investigación... Ya de por sí mi estómago ha acusado diversas alteraciones... Cabezas negras y cabezas blancas en la caja de fósforos... Encuentro fortuito, demasiado teatral en el estacionamiento frente a la cafetería Tsubaki... Otro encuentro aún más rocambolesco en la distribuidora de combustible M... Declaración de chantaje... Sujeto sospechoso que, en lugar de permanecer en la sombra, aparece de frente para volverse aún más sospechoso... Fumaré un cigarrillo... Investigación ilimitada... Ruidos desaparejos del motor, enciendo y apago la calefacción... ¿Será que he comprendido mal?... ¿Qué sucedería si los solicitantes de la investigación desearan en serio conocer la verdad, en lugar de conformarse con simples explicaciones coherentes?... De todas maneras, debo volver a ver a la mujer con la mente despejada y confirmar los límites del mapa... Sí, para reanudar la investigación necesito verificar, ante todo, que aquello que espera la mujer en cuerpo y alma, sentada delante de los estantes de libros, acariciándolos con la punta de sus dedos transparentes que dejan ver las venas llenas de sangre, coincide con lo que busca el supuesto hermano.

Mi interlocutor deja escapar otra risita cautelosa y dice en un tono lúgubre con toques de burla, como si estuviera leyendo mi pensamiento:

—No los voy a perdonar... No soporto esa clase de arbitrariedades... Hasta los mafiosos necesitan cortarse el meñique para volver a la vida normal... No me resignaré sin antes cobrarles lo justo... Que mi hermana sea una mediocre o que su marido sea un maricón, eso a mí me tiene sin cuidado... ¿no te parece?... pero ellos tienen que pagar lo que me deben... Hay que dar con su paradero, como sea, para que vean... Mi hermana tampoco se conformará... Mierda... ¿Me entiendes?

Lo lamento, pero no entiendo un carajo... Freno sin conciencia al cruzarme con un camión que viene con las luces altas... ¿Qué es lo que van a ver?... ¿Qué sucederá cuando lo encuentren y se lo entreguen a la mujer?... ¿Será que este tipo no se da cuenta de que esa forma de pensar puede hierla aún más?... El polvo levantado al paso del camión obstaculiza la visión del carril... Bueno, hay quien afirma que el ladrón más inteligente es aquel que simula que lo han robado a él...

—En fin, que tú eres mi única esperanza... Me responsabilizo del pago... Seré capaz de embarcarme rumbo a Vietnam... Me han dicho que podría ganar más de doscientos mil yenes en un viaje si lograra reunir unas treinta personas... Ahora, tienes tiempo para acompañarme un poco, ¿verdad?

—Usted está borracho, ¿verdad? —dice con voz suave sin quitar la cadena de la puerta. Será demasiado evidente que estoy borracho.

—Me surgió un asunto inesperado que quisiera consultar con usted cuanto antes... Lo necesito para una averiguación que debo realizar mañana...

La mujer quita con vacilación la cadena y, dejándome en la entrada a la espera, se

da la vuelta para retirarse hasta el fondo, mientras con una mano sujeta el sobretodo que lleva puesto sobre el pijama, y con la otra se alisa el cabello enredado sobre la nuca. Como un acto reflejo barro con la mirada el piso de la entrada en busca de zapatos masculinos. Al mismo tiempo agudizo el oído, atento a los ruidos que llegan del interior... ¿Qué estoy sospechando?... Al hacerme la pregunta, me doy cuenta de que estoy imaginando una ridiculez... La presencia o ausencia de “él”... Se hace el desaparecido y, en realidad, está escondido aquí mismo...

Esta sospecha, que no deja de ser una ilusión, tiene cierto fundamento. Me parece absurda la forma de endosarme, casi a medianoche, a manera de saludo, esa frase más bien ofensiva: “usted está borracho, ¿verdad?”, en lugar de preguntarme, como haría cualquier otra persona interesada en la investigación que ha encargado, preguntar, digo, por las novedades.

No, es una mentira, una evasiva. Con un simple vistazo a mi actitud embarazosa, la mujer debe haber intuido que no traigo ninguna información valiosa. Además, si la hubiera tenido y si de verdad se tratara de algo que me urgía comunicarle, bueno o malo, habría acudido a una comodidad de la vida moderna llamada teléfono...

Salvo el cabello, que lo lleva peinado como siempre, la mujer, vestida con unos pantalones azules y una rebeca de lana espesa color zorro, regresa con una apariencia totalmente cambiada, en particular por su rostro que luce más pecoso bajo los ojos, y por su actitud rígida y un tanto reseca, imagino que a causa de cierta incomodidad ante mi presencia inesperada. Suelto la lengua trabada y comienzo a hablar en un tono de excusa:

—Mire, con respecto a la caja de fósforos que me entregó anoche... Como lo he detallado en el informe, llegué a la conclusión de que no se podía hallar ninguna pista en la cafetería Tsubaki. Sin embargo, hay un punto que... Oiga, me ha dicho usted que la caja estaba junto a un periódico viejo, ¿no es cierto? ¿Lo tiene todavía a mano? Me sería de gran ayuda...

—Creo que sí...

Retengo a la mujer, que se ha puesto en movimiento para ir a buscar el periódico, y con la sensación paradójica de quien inventa una excusa solo para excusarse le digo:

—Mire, lo primero que me interesa saber es la fecha del periódico... a ver si se puede establecer alguna relación entre la caja de fósforos y el periódico... Me inclino a pensar que no, pero... dependiendo de la fecha puede surgir algún imprevisto... Me inquieta... Como no encontré ninguna pista en la cafetería, no dejo de preguntarme por qué la caja se encuentra tan deteriorada... Tengo varias hipótesis... pero todas resultan contradictorias... Apuntan en distintas direcciones como una brújula estropeada... y no me queda más remedio que echar mano de esa brújula por más estropeada que esté... Si se hallara alguna pista, sería posible que apuntara en una dirección fija...

—Enseguida lo busco —adelanta sus manos juntas con las palmas abiertas como

para cortar mi relato, que pareciera no acabar nunca, y asiente con un leve movimiento de la cabeza, luego de revelar un mínimo titubeo que pasaría inadvertido a unos ojos poco experimentados—. ¿Me aguarda adentro, por favor?

Me siento de nuevo en la misma silla de la otra noche, en la misma habitación color limón, y junto mis manos con toda la fuerza de que soy capaz. Se palpan en el aire los resquicios del calor, junto con el olor a querosén, de la estufa recién apagada, mientras mi mente se enfría de pronto sin explicación aparente. Estoy totalmente decepcionado de mí mismo. Desde el momento en que me senté, me arrebató una irrefrenable sensación de frío. La sensación de que al sentarme estaba rechazando algo... algo ligero y muy suave, afligido como la triste sombra de un árbol en medio de la neblina... la extraña impresión de que pudo haber sido “él”... Por primera vez “él” roza el fondo de mi corazón con extrema sensatez... Aunque, sumiso, me concede el asiento, volviendo enseguida a su condición de figura sin ninguna clase de espesor, y me quedo con una extraña sensación de animadversión que se extiende en forma de capa viscosa como si se tratara de una gota de tinta negra vertida en agua...

Poseído por una avalancha de dudas, comienzo a repasar lo que vi la otra noche. El cenicero sobre la mesa, completamente seco, que no retiene ninguna huella de uso reciente. Aspiro el aire de la habitación a todo pulmón. Leve olor a cosméticos, mezclado con el del querosén... Nada de olor a cigarrillos. Solo la penumbra transparente bajo el mantel. Mi mirada se desplaza desde la cortina hasta los estantes de libros y de estos al teléfono. En medio del trayecto tropieza con el pedacito de papel, sujeto con un alfiler a la cortina, que me llama la atención... Afinando el oído, rodeo la mesa en puntillas para averiguar... Siete cifras anotadas con un bolígrafo... menudas y exactas, peculiares, escritas con una mano femenina... Número telefónico que he visto en algún lado... Claro, es el mismo número impreso en la etiqueta de la caja de fósforos del Tsubaki. Curiosamente, este descubrimiento no me toma por sorpresa. En cambio, se me hiela el corazón aún más. Al fin y al cabo, era lo que desde el comienzo me había parecido más probable, a pesar de que intentaba negarlo con temor. Resulta que ella tampoco es una víctima inocente.

De repente me ganan la arrogancia y la resignación. Tengo derecho, me digo. Ya nadie me puede sacar de aquí. A modo de comodín, guardo entre mis manos los fósforos con cabezas de diferentes colores. La mujer es cómplice del chantaje... Pero, qué frío hace en este lugar... Seguro que usted está borracho... Siente frío porque se le está pasando la borrachera... Y ¿qué quiere?... A ver, déjeme recordar... Hasta hace unos minutos tenía un montón de asuntos pendientes que no cabían en mi cabeza... El instante en que me pregunté lleno de dudas, con la mirada fija en la ventana color limón, si debía o no apearme del coche estacionado en la calle de allá abajo... Risa solitaria, como si hubiera sido esbozada frente a mi propia imagen reflejada en el espejo, con la cual tomé la decisión de apagar el motor... Escalera de concreto que subí con pasos cautelosos... Blanco y negro del descanso formado con rectángulos combinados, como los de un altar, bajo la luz del farol... Ahora mis

manos están vacías como si hubiera sido asaltado por una pandilla de delincuentes.

Usted está borracho... ¡Qué va!, eso es lo que imagina. Durante dos horas permanecí con la calefacción encendida, exponiendo mi rostro al viento nocturno que me hería con sus agujones de hielo... Además, no tengo la culpa de haber tomado tanto sake y de que usted me lo reproche, pues quien me invitó a beber fue nada menos que su apreciado cómplice, tan amable él y tan prudente, por si acaso quiere echarle la culpa a alguien...

¿Qué suena? Parece que el ruido proviene de la cocina, justo detrás de la cortina. Tintineos apagados de vasos de cristal, que se escuchan inevitablemente en este ambiente silencioso y abrumador... Fricción particular de aire y líquido... No sabía que la cerveza fuera capaz de causar sollozos tan lúgubres.

—¿Qué te cuesta aceptar una cerveza?

No es que me dejara arrastrar por su invitación. Me tentó la idea de pasar por los micros de la ribera, porque tenía hambre. Me di cuenta de que solo había comido un tazón de soba desde la mañana. Había otros sitios para comer, incluyendo una fonda tradicional, hoy día una rareza, sobre la avenida principal del Sector Tres, pero preferí los micros, impulsado por el apetito y por la esperanza de descubrir la verdadera identidad del supuesto hermano.

—Parece que eres un cliente habitual de estos bares ambulantes con lámparas rojas.

—Estás muy enterado.

Ríe satisfecho mostrando su orgullo, ajeno por completo a cualquier remordimiento de conciencia.

—En la prueba que me hicieron al solicitar empleo, obtuve una calificación excelente, muy por encima de los demás aspirantes... ¿Te causa risa?... Por supuesto que pasé la prueba... Incluso tuve que dar una vuelta por el local con un inspector, que luego me preguntaba, por ejemplo, cuántas mujeres vestían falda roja o cuál era el color de los zapatos que llevaba el dependiente de la sección de corbatas... Pero el examen de la entrevista era un poco diferente... Dadas ciertas condiciones, tienes que responder sí o no según cómo se formulen las preguntas: a quién, qué y cómo... Yo contesté no en todos los casos... Entonces me dijeron, ¿qué te has creído tú?, y respondí... que es más difícil hacerse el sordo que entrevistar a alguien con el objetivo de sacarle información...

El camino, tan negro y oscuro que da la sensación de que olvidé encender las luces, se interna entre un barranco y una plantación de peras... Cuando alcanzo la cima de la colina, de repente un ventarrón me hace perder por un instante el control y desemboco en una cuesta muy empinada. Trego entonces bordeando la ribera y puedo ver allá abajo, al otro lado del río, un conjunto de luces. A diferencia de lo que imaginaba, los micros no se acomodaban en línea recta ni estaban conectados entre sí por un sistema de iluminación, y además carecían de música y de ambiente festivo.

Entre las luces mortecinas que oscilan bajo el viento helado, varios microbuses desparramados al azar, con las puertas abiertas, pálidas y hoscas, se disponían en un semicírculo desordenado en una esquina seca de la amplia playa.

El paisaje que me impresiona de verdad es aquel que se extiende del lado opuesto de la ribera, en la zona más elevada. Durante el trayecto había permanecido oculto detrás de la plantación de peras, pero ahora me enfrento a un inmenso terreno baldío, cultivos, casas y árboles arrancados de cuajo, e iluminado al modo de un escenario teatral por tres reflectores gigantescos de un metro de diámetro. Hacia la derecha, a unos cien metros, se encuentra la oficina de la constructora y algunos pabellones, tan fuertemente iluminados que semejan bloques de pura luz, y animados como la maqueta de alguna metrópolis. Tractores, excavadoras y palas mecánicas royendo la colina de enfrente... Intrincadas estrías con el logo de alguna compañía impresas en el suelo por las orugas de las enormes máquinas... Un sendero para las carretillas, que comunica la avenida con el terreno en construcción... De repente suena una sirena, callan las máquinas y los motores que rugían haciendo vibrar el oscuro cielo del anochecer. Tres camiones se ponen en marcha desde los pabellones hacia el terreno en construcción. Repletos de obreros, seguramente del turno siguiente, y las luces que permanecen encendidas parecen indicar que la obra se mantiene sin descanso día y noche, mediante la utilización de tres turnos alternos. Pronto esto se llenará de gente, dice el supuesto hermano cuando llegamos a la orilla.

Desde cerca, la zona luce más animada de lo que se podía suponer al verla desde la ribera alta. Han colocado tablas de madera encima de la puerta corrediza del fondo para protegerse de la lluvia, y también sobre el piso que conduce a la barra donde se puede estar de pie para beber sake o paladear alguna comida como ramen, soba, perros calientes, unas alas de pollo o lo que se te antoje. Hay una estufa de gas detrás de la barra, y un hombre con un delantal blanco de cocinero sentado en cuclillas sobre un cojín grueso. Tiene que permanecer con el cuerpo doblado en aquella incómoda posición porque la barra está apenas a la altura de diez centímetros del piso.

En total se observan seis microbuses con las mismas instalaciones (no sé si los empleados de la distribuidora M me mintieron o sencillamente esta noche hay menos de lo normal), de los cuales tres ya cuentan con algunos clientes. En mitad del semicírculo de microbuses dos mujeres y tres hombres rodean una hoguera... La vestimenta de los hombres, que consiste en botines negros, casaca rústica a rayas forrada en algodón y cinturón de piel de camello, es el indicio elocuente de su oficio. Las mujeres se envuelven hasta las orejas en el grueso sobretodo, dejando al descubierto tan solo el cabello descuidado, que al reflejar las llamas lanzadas desde la hoguera parece merecer el nombre de cojín con agujero. Desde el río se les acerca saltando sobre las rocas un hombre con un par de pesadas vasijas en ambas manos, seguro para traer agua. Parece que el sake sería más apropiado para desinfectar los guisos de este local. El supuesto hermano se encamina en línea recta rumbo al

microbús estacionado en el extremo derecho del semicírculo, que, extrañamente, no ha atraído todavía a ningún cliente ni encendido la luz roja.

Al parecer, los empleados de la distribuidora M tenían razón al afirmar que el tipo era cliente asiduo de esta zona. Bajo la luz pálida, un individuo barbudo, con una hinchazón amarillenta en los pómulos, logra esbozar una sonrisa falsa, entornando los ojos y torciendo el labio inferior, mientras se seca las manos con el delantal.

—Qué frío, ¿verdad...?

—¿Quieres un sake caliente?

Me niego a la invitación silenciosa formulada por el supuesto hermano.

—Ramen para mí, por favor. Tengo que conducir.

No es por dárme las de serio o testarudo, sino para protegerme, evitando algún lío innecesario con los policías, que quizá por algunas semejanzas de su oficio con el nuestro tienden a odiarnos de una forma especial. Claro, me habría gustado tomarme unas copas, pero luego tendría que dejar el coche en este sitio. Otro gallo cantaría si tuviera alguna garantía de obtener una información valiosa a cambio del fastidioso viaje que tendría que hacer hasta aquí para recuperar el coche, digamos, un testimonio decisivo del señor M, a quien no sé si podría localizar al volver mañana...

El barbudo con los pómulos hinchados, hábil cocinero, enrolla la pasta alrededor de los palitos y la vierte con delicadeza para no desparramarla, haciendo círculos en la olla de agua hirviente. Me estimula la nariz el particular olor dulzón de la harina mezclada con mantequilla.

—Mira, si tienes frío te puedo conseguir una bufanda —y dirigiéndose al barbudo —: ¿Tendrás una?

Rechazo el ofrecimiento antes de que el barbudo comience a hurgar en los estantes del fondo, y el supuesto hermano, oye, regálale aunque sea un huevo. Lo dice de manera precipitada y luego se marcha a toda prisa en dirección a la hoguera donde los hombres lo reciben con un saludo convencional, inclinando un poco la cabeza sin mover los hombros, con los brazos estirados y las piernas ligeramente abiertas, mientras el tipo les devuelve el saludo apenas con una venia casi imperceptible, quizá para destacar su superioridad de rango. Las mujeres solo mueven las manos con desgano. Parece que no es un cliente cualquiera. Por cierto, los empleados de la distribuidora de combustible lo calificaron de vago. Quizá este supuesto hermano...

—¿Usted pertenece a la misma banda que él?

—No, solo soy su amigo.

El barbudo se queda mirando una de sus manos y creo percibir una sonrisa cínica en su rostro. Con la otra mano se rasca repetidas veces la entrepierna. De repente, pierdo el apetito, pero digo que será mejor hacer la vista gorda, ya que es solo a través del pantalón que se está rascando, y además los platos han sido lavados con agua hirviente.

Todo indica que mi instinto no me ha fallado al juzgar a ese supuesto hermano...

No vale la pena tratar de sacarle información veraz... Bueno, según su opinión, chantajea para poder seguir costeadando la investigación... Si el objetivo de la investigación —mejor dicho, el fracaso de la investigación— consiste en inventarse una coartada para así poder cometer un acto criminal, resultará entonces que en su particular manera de elaborar su argumento, como una serpiente que se muerde la cola, no existe ninguna mentira. Lo mejor que puedo hacer es callarme. No me importa de dónde provenga el dinero para el pago de mis servicios, a menos que se trate de billetes falsos o de cheques sin fondo.

El supuesto hermano y los hombres discuten alrededor de la hoguera, mientras las mujeres permanecen impasibles. Creo haber visto una escena idéntica, vaya a saber cuándo y dónde. Los agujeros de ventilación perforados en la superficie del emparrillado de la hoguera resplandecen con reflejos verdosos. Rojas lenguas de fuego se elevan en dirección al cielo negro, lanzando chispas al aire nocturno. El frío se cuela a través de mis zapatos. Aplacado quizá por la colina alta, el viento disminuye su furia e intensidad, pero el cielo no cesa de gemir por encima de nuestras cabezas, como una radio mal sintonizada que siguiera emitiendo ruidos estridentes a todo volumen. Miles de dedos resacos rasguñan las copas y las ramas de los árboles de la colina. Por encima del rostro barbudo, me fijo en la posición de la puerta baja que conduce hacia el interior del microbús. Está un poco más cerca del asiento del conductor que de la parte posterior. Claro, habrá suficiente espacio como para colocar un cojín. Hago traquear los dedos de mis pies para estimular la circulación de la sangre.

—¿La diversión tiene lugar detrás de esa puerta?

—No, no ofrezco ese servicio... —el barbudo introduce con destreza el colador metálico en la olla para sacar la pasta cocida y la sacude en diagonal con fuerza haciendo que escurra el agua, al tiempo que me mira de reojo, como sondeándome—. No te lo recomiendo... Las mujeres que llegan a un sitio tan miserable son de la peor ralea...

—Entonces ¿dedicas ese espacio a otra clase de diversión?

—Solo lo estoy alquilando. De momento se hospeda el camarada... Por desgracia, me da asco tan solo de ver una gata... Me han diagnosticado diabetes... Cuando veo una gata en celo siento deseos de matar... Claro, si se trata de un ser humano debo sofrenar mi instinto criminal... Qué risa... Mejor hubiera sido diabético desde joven... Ya era tarde cuando presté mi apellido a mi mujer... Este es un huevo crudo, y ese, cocido... Sabes, aunque les diera espacio a esas pobres chicas, no obtendría ninguna ganancia pues luego vendría algún miembro de la banda para cobrar la comisión, y le aseguro que sería altísima.

—De todas maneras, me parece un negocio interesante.

Rompo el huevo y me caliento las manos tomando el tazón caliente.

—¿Interesante, lo crees así? Quién sabe... Ojalá pueda terminar de pagar mis deudas antes de que terminen la obra.

—¿O sea que es tu propio vehículo?

—No me ha resultado de mucho provecho. ¿Sabes lo que es la ley de tránsito? Bueno, para ser más exacto, la ley del control del tránsito... Esa cosa no permite estacionar el vehículo en cualquier sitio para montar un negocio.

—¿Tienes pimienta?

—Sitios como este o playas desiertas no abundan en cualquier parte, son escasos los lugares donde puedas montar un negocio sin preocuparte por la ley de tránsito... Además, sucede que nunca falta algún pillo que ocupe el sitio antes que nadie, y a menos que le pagues una comisión no te deja abrir una tienda.

—Y no te queda más remedio que vincularte con alguna banda. Las llaman mafias, ¿verdad?

—Comes o te comen, nadie te deja en paz. Bueno, no lo digo porque se trate de tu amigo... pues el camarada no es un tipo malo... Parece que no explota a nadie y, como prometió al comienzo, vive y deja vivir... En fin, si logro liquidar los créditos y no se me daña el vehículo, podré ir a alguna playa en verano para ganarme la vida...

El supuesto hermano me ha dicho que no vale la pena hacer averiguaciones por estos lares. Tanto el gerente como el joven Tashiro de la Comercial Dainen han insistido en el mismo punto. Y ahora... luego de haber visto la distribuidora de combustible M con mis propios ojos y recorrido el pueblo F... me inclino a darles la razón. El único vínculo que podría existir entre el pueblo F y el desaparecido es esa tienda M. Y no deja de ser una relación normal de distribuidor y tienda especializada. Claro, de tan ordinaria esa relación, resulta por demás sospechosa la presencia del supuesto hermano... ¿Cómo es posible que el cuñado del desaparecido, un personaje totalmente ajeno a las labores de la Comercial Dainen, se aparezca en este mismo pueblo para cerrar el círculo? ¿Será una de esas coincidencias que tanto le agradan?

Desde luego, sería lícito pensar que el vínculo entre F y el desaparecido no tiene nada que ver con el que existe entre F y el supuesto hermano... Pero no me parece una idea sensata... Al menos, los dos vínculos tienen en común un punto indiscutible: mi cliente, la esposa del desaparecido y hermana de ese sujeto. Por otro lado, me parece desaconsejable hacer coincidir los dos vínculos como si fueran uno solo... En tal caso, podríamos llegar a otra conclusión: también el gerente y el joven Tashiro son cómplices, confabulados de antemano con el supuesto hermano, y ocultos en un refugio seguro, totalmente fuera de mi alcance. Ya no me quedaría más remedio que resignarme, siguiendo el consejo de mi jefe de cobrar sin hacer nada, tapándome los oídos en lugar de escuchar, cerrando los ojos en lugar de ver y durmiendo la siesta en lugar de avisarme y actuar...

La segunda sirena comienza a aullar como un ternero aterrado. Sin poder contener su ira el supuesto hermano se muerde el labio inferior y se aleja de la hoguera pisando con fuerza el suelo guijarroso. Sin pérdida de tiempo le arrebató al barbudo el vaso humeante que le ofrece al llegar.

—Mierda, solo hay dos mujeres. ¿Qué estarán tramando?

—Parece que se está propagando la gripe... —el barbudo agita varias veces la cabeza, a un lado y a otro, levanta la jarra azul de peltre y vierte abundante sake en el vaso colocado sobre la barra.

—¿Gripe? —el tipo se vuelve hacia mí después de haber emitido una risita convulsa—. No hay nada que hacer con esos casos perdidos. Qué fastidio. Putas de mierda, quieren que les ceda un espacio a cambio de una miserable comisión, ¿para qué? Que se vayan al mismo carajo con sus pingües ganancias, son tan feas que ni los chulos les prestan atención...

De repente se siente un temblor de tierra que retumba en la oscuridad. La obra se ha puesto en marcha. Detrás de la franja de luz que se extiende a lo largo de la ribera se observan algunas siluetas que se acercan a toda prisa con pasos menudos de bailarines. Deben ser los obreros del turno anterior que, luego de haberse duchado, vienen a beber sake.

—Solo dos mujeres... ¿Qué piensan hacer?...

Se inclina y acerca los labios al vaso de sake, le da dos sorbos antes de tomarlo con las manos. Una lucecita guardada en el fondo del vaso brilla con intensidad dibujando un arco como de luna menguante en la barbilla del supuesto hermano.

—¿O sea que te dedicas a este negocio?

—¿Negocio? —muestra una sonrisa más bien tímida y se suena con suavidad la nariz—. Claro, no es como robar o asaltar... El asunto se complica si quieres disponer de un local permanente... pero no tanto cuando se trata de vehículos ambulantes... Qué curiosa es la legislación... dicen que se basa en el principio humanitario de proteger a las personas del peligro de las crecidas...

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Creo que desde julio del año pasado, cuando acababan de comenzar la obra.

¿Julio del año pasado?... Hay algo que me suena... Claro, fue cuando la distribuidora M se asoció con la Comercial Dainen... Otro punto en común... Pero ¿se trata de verdad de dos vínculos distintos?... Quizá acaben por ser uno solo... Y en agosto... La desaparición de "él"... Debería atreverme a preguntarle con qué motivo está chantajeando al dueño de la distribuidora de combustible... Mejor no, porque ya me lo habría aclarado si estuviera dispuesto a responder... Entonces, ¿será que me fijo únicamente en este tipo como objeto de mi investigación?... ¿Qué tal si incluyo a la mujer del desaparecido?... ¿En qué clase de círculo vicioso, tan complejo y enredado, me he metido?...

—Bueno, he decidido acompañarte a unas copas. Puedo dejar el coche por ahí sin ningún problema, ¿verdad? Hace un frío terrible.

—Eres dueño de una sensatez admirable —se me queda viendo con su típica mirada protectora—. En lo que se refiere a esta zona, puedes confiar plenamente en mí. Te aseguro el cuerpo entero si así lo deseas. Este lado del río, aunque no esté techado, es como si fuera de mi propiedad.

—Eso espero... —dice el barbudo en un murmullo, deslizando un vaso delante de

mí.

—¿Qué quieres decir? —le pregunta el supuesto hermano en un tono de reproche—. Dime qué es lo que te molesta.

—No estoy diciendo que algo me moleste. —Se sacude el cuerpo con pereza—. No me malinterpretes.

—A ver, vamos, háblame con claridad. Todo el mundo anda raro esta noche.

El barbudo continúa sacudiéndose el cuerpo como un mono aburrido.

—Mira, parece que esta noche ha llegado mucha gente... más bien en exceso...

—No me parece mal, todo lo contrario.

—Oye, ¿de verdad no te han dicho nada?

—¿Qué es lo que no me han dicho? ¡Desembucha!

—Bueno... —preocupado por primera vez, levanta su rostro abotargado—. Se ha corrido la voz de que esta noche puede haber líos... pues está ausente el capataz de los obreros...

—Vamos, continúa sin rodeos.

—Bueno, no sé, solo se trata de un rumor infundado. Yo me siento a salvo pues no tengo nada que ver con las mujeres, pero no me agrada que sean solo las mujeres quienes han faltado esta noche. Tú estarías desprotegido si llegara a suceder lo que se dice por ahí, pues apenas he visto a tres de los jóvenes de tu banda.

—Te estoy preguntando qué es lo que se rumorea. ¿Entiendes?

—Todo el mundo debería estar enterado... Yo confiaba en que ya habías tomado las medidas necesarias... pero ni siquiera estás al tanto...

Estamos en el único microbús sin clientes. Durante los escasos minutos en que me distraje saboreando mi sake se han estado agrupando, como si hubieran brotado de la espesa oscuridad, unas cinco, quizá ocho personas alrededor de los demás microbuses. Pero no se percibe ninguna señal de alarma. Todos beben sake y degustan sus platillos con los cuerpos inclinados. Quizá no distingo nada raro por mi desconocimiento del estado normal. Lo único que podría ser inquietante es el hecho de que algunos vienen con sus cascos puestos a pesar de que ya no están de turno, lo que se explicaría con naturalidad por el frío... Alrededor de la hoguera permanecen cautelosas y en la misma posición las cinco siluetas... Parece que todavía nadie se ha acercado a molestar a las mujeres...

De repente una tensa sombra recorre el cuello del supuesto hermano. Adelanta un poco la cabeza como un pájaro que se aprestara para un ataque inminente, y balanceando en una mano el vaso a medio tomar se dirige a toda prisa hacia la hoguera. Camina en puntillas para no enredarse con los guijarros, y su espalda ya no parece una pared en medio de la densa oscuridad.

—¿Qué es lo que va a comenzar?

—No es mala persona —el barbudo sostiene un cigarrillo entre los labios y de nuevo sacude la cabeza—. No es mala persona, pero lo detestan. Las cosas empeoran cuando se pasa de listo. No hizo bien cuando comenzó a fiarles las bebidas a los

obreros. Luego sobornó al administrador de la empresa para que descontara las deudas del sueldo de los obreros sin su autorización.

—Ya veo...

—Sabes, vienen desde muy lejos a trabajar en este sitio tan aburrido. Beben sin freno si les fían la bebida, a sabiendas de que luego se van a arrepentir.

—Me extraña entonces que se pongan violentos solo por esa causa.

—Pasado mañana, quince... es el día de pago... ¿Quieres otro?

—Bueno, sí, pero lo pago en efectivo.

El barbudo ríe con su risita de rata mientras aplasta el cigarrillo contra una esquina de la estufa. Al seguir su furtiva mirada en dirección al recuadro de la cabina, me doy cuenta de que allí ha instalado un espejo retrovisor de forma rectangular que le permite tener una visión panorámica de la ribera sin moverse del sitio. Las cinco siluetas plantadas alrededor de la hoguera se inclinan hacia las llamas, inmóviles como las figuras dibujadas en un cuadro. El barbudo continúa su monólogo:

—... Por supuesto, no es mala persona... Esas mujeres son unas bichas que espantan a cualquiera, dejándolo tendido con el pene flácido, a menos que se trate de tipos desesperados, capaces de meterlo en cualquier agujero... Pero, fíjate, la más atrevida, que se puede quedar dormida y roncando en pleno acto, según dicen ha ganado millones de yenes atendiendo a varios hombres cada noche con su vagina de yegua...

—¿Tendrá algún enemigo a muerte?

—Mira —baja la voz—. ¿Ves ese grupo extraño que se está congregando en aquella esquina?... ¿No te parece peligroso?... No me agrada para nada... Ese que está arriba de la ribera parece ser el vigilante.

—Pueden ser imaginaciones tuyas.

—Beben como si se estuvieran bañando en sake. Se han propuesto vaciar, uno tras otro, todos los micros. Pronto llegarán hasta aquí.

—¿Tendrán algún líder que los esté guiando?

—Qué sé yo...

—¿Algún tipo influyente de este pueblo, digamos, un miembro importante del concejo municipal?...

—Oye, ¿tienes algún distintivo?... Quítatelo si por casualidad lo escondes en el reverso de la solapa...

No creo que sea para tanto. Un hostigamiento o, cuando mucho, una manifestación. En fin, quizá pueda hallar una señal que demuestre la existencia de un enemigo del hermano. Lo esencial en estos casos consiste en detectar el menor síntoma de enemistad y así aprovechar la oportunidad. Un círculo tiene siempre un comienzo y un final... Cualquier laberinto dispone de una entrada y una salida... Que hagan todo el ruido que se les antoje, pues al fin...

El sake no me ha afectado para nada, quizá a causa del frío y la tensión. A lo mejor no he bebido tanto como creía, ya que el cristal del vaso es tan grueso que en

realidad lo que contiene es una mínima cantidad. Pido otro; si mal no recuerdo será el cuarto.

Tres obreros abrazados, borrachos como una cuba, llegan por fin a nuestro micro. Se tambalean, los de los costados sostienen al del centro que está a punto de colapsar. El gigante de la izquierda, con su barbilla pronunciada, lanza una mirada fugaz a mi rostro y a mi pecho, sin hacer ningún comentario. Seguro que anda buscando mi credencial. El otro, que lleva puesta una chaqueta de algodón, grita ¡sake!, ¡sake!, sin dejar de gimotear a viva voz y con la garganta congestionada. Sabes, figuro en la lista oficial de los desaparecidos, mi mujer lo reportó y me andan buscando... No te preocupes, le dice el enano semicalvo y campechano de la derecha, mientras le soba la espalda, de nada sirve preocuparse... ¡Sake!, ¡sake!, continúa gritando entre sollozos el de la chaqueta. Qué desaparecido ni qué niño muerto, con que le escriba una carta se enteran de que estoy trabajando y enseguida nos cortan la ayuda social. Le dije a mi mujercita, aguanta dos años en silencio, aguanta, haz de cuenta que tu marido ha muerto de verdad, aguanta, arréglate con la pensión que te asigna la seguridad social... El gigante habla en un tono conciliador pero inesperadamente sonoro, no te preocupes, no es culpa de tu mujer, los que se equivocaron fueron los funcionarios de la municipalidad, es un truco de los burócratas... El maldito jefe me ha amenazado con una serie de documentos, ¿es que no ves todo esto?, me dice, si quieres los entrego a la municipalidad, o ¿prefieres enviarlos tú mismo?... No te preocupes, somos testigos de tu existencia, ¿no ves que tienes manos y piernas? Desaparecido, qué ridículo, estás aquí sano y salvo... Claro que sí, aquí estoy... El gigante y el enano repiten a coro, sí, sí, estás aquí... Sake, carajo, ¿será que le debo escribir a mi mujer?... No te preocupes, solo es una maniobra de los burócratas... Qué tristeza, llevo una vida miserable, sin siquiera poder jugar al pachinko, solo para que me traten de desaparecido, el sake es mi único consuelo... ¡Sake!, ¡sake!

El barbudo levanta el pulgar para llamarme la atención... Me fijo en el espejo retrovisor y me doy cuenta de que el hermano, de pie en la oscuridad, a medio camino entre la hoguera y el micro, me hace señas con insistencia... Me alejo en silencio para que los tres borrachos no se percaten de mi ausencia... Camino con dificultad sobre los típicos guijarros de la ribera... O ¿acaso será que ya estoy borracho?...

El hermano me toma por el brazo y me conduce en diagonal hacia una zona más oscura. Luego habla jadeando:

—Algo raro está pasando. Mejor te vas enseguida.

—¿Algo raro como qué?

—No sé... —mira inquieto alrededor—. Algo están tramando esos idiotas.

—Acabo de ver a un borracho gracioso. Afirma lloriqueando que figura en la lista de desaparecidos...

—Qué tipos tan imbéciles.

—¿Crees que el viejo de la distribuidora de combustible tiene algo que ver?

El hermano me suelta el brazo y se detiene un instante para observarme, como si estuviera delante de algo que no alcanza a comprender.

—Deja esas imaginaciones absurdas. Te estoy diciendo que es una pérdida de tiempo que andes husmeando por estos rumbos. Treinta mil yenes semanales no es poca cosa, aunque me los gane chantajeando. Vete, por favor, te lo suplico.

—Pero he estado bebiendo sake. No me siento muy bien.

—Te vas a arrepentir si se ponen violentos.

Casi al mismo tiempo, un grupo de unos siete u ocho tipos, que merodeaban con discreción cerca del fuego, entre los micros, de golpe cambian de dirección y rodean la hoguera. No se sabe quién ha comenzado la reyerta, pero enseguida se ve una serie de siluetas oscuras que luchan cuerpo a cuerpo. Las dos mujeres huyen a toda velocidad, gritando y pidiendo auxilio, pero no tardan en ser atrapadas por sus perseguidores. Pronto llegan otros agresores y se las llevan cargadas como costales de verdura hacia la zona más oscura, más allá del semicírculo de micros. Insultos, chillidos y gritos de socorro por parte de las mujeres se apagan en un instante. Luego se deja escuchar, desde el micro estacionado cerca de la ribera, una explosión de rugidos iracundos y golpes secos, como si a propósito quisieran silenciar las voces femeninas. Sonidos de cristales rotos, pedradas que vuelan por encima de los micros hasta llegar a mis pies. Alrededor de la hoguera se ha invertido la marcha de los acontecimientos: los tres hombres que cuidaban de las mujeres realizan un fuerte contraataque. Un obrero es arrastrado entre los tres, y golpeado sin compasión alguna, en la cabeza, los hombros y los pies, cae y rueda por el suelo retorciéndose de dolor, al parecer le han roto un brazo de una patada. Por otro lado, varios obreros derriban a patadas el tambor de la hoguera, y armados con palos encendidos arremeten contra los micros estacionados. Los tres hombres, que se mueven con una presteza admirable, parecen disponer de armas eficientes y rechazan a sus contrincantes sin dificultad. Por su parte, los obreros, aprovechando el fuego que portan en sus manos, blandiendo las teas humeantes las van lanzando hacia el interior de los micros a través de los cristales rotos. Luego se reúnen y les caen a pedradas a los tres hombres que se defienden como pueden, también arrojando piedras, pero pronto se ven rebasados por los atacantes que los doblan en número, y retroceden sin parar. A estas alturas del partido, todos los micros están siendo saqueados... Estufas levantadas... tambores encendidos... platos rotos... Sin embargo, la potencia destructiva de los agresores no se manifiesta por completo, quizá porque su furia se ha ido atenuando debido a la tentación del abundante sake y otras bebidas estimulantes que están a su alcance, ah, y también por la presencia de las dos mujeres arrastradas hasta el fondo de la ribera.

—Voy a reportarlo a la oficina —anuncia el hermano antes de salir a toda carrera en medio de la confusión, pero al tiempo que atraviesa el semicírculo de los micros es alcanzado por un par de obreros que lo derriban por tierra.

Entre tanto, permanezco inmóvil, imperturbable. No siento pena ni

remordimiento alguno al observar con serenidad, incapaz de ofrecerle ayuda, a aquella oscura silueta desesperada.

Sin embargo, como salido de la nada aparece un micro que lo rescata. El vehículo había permanecido estacionado en un sitio escondido, y abastecido de buena cantidad de sake, suficiente para distraer a los obreros, se había salvado de la destrucción general. De repente se enciende el motor y el micro se pone en marcha, chirriando sobre los guijarros, con las puertas traseras abiertas, sin preocuparse por las provisiones ni por los obreros que estaban a bordo, que salen disparados en todas las direcciones.

Naturalmente, las miradas de los presentes se concentran en el micro. Lo persiguen lanzándole piedras y algunos intentan colgarse de las ventanas. El pequeño vehículo, de baja cilindrada, apenas unos 1000 cc, continúa avanzando con toda su fuerza, produciendo un ruido parecido al de una sierra de cortar árboles, hasta que al fin alcanza a superar la ribera alta, logrando despistar a sus perseguidores.

Este episodio temerario ha posibilitado la fuga del hermano, contribuyendo además al escape del resto de los micros. Mientras los obreros persiguen furiosos al primer micro, descuidando la zona ocupada, el resto de los micros encienden al unísono sus motores, dispersándose enseguida por los cuatro costados de la ribera con el acelerador a fondo.

Observando por el rabillo del ojo al hermano que, ya libre de sus perseguidores, se agacha con el propósito de ocultarse dentro de un matorral reseco que crece en la falda de la ribera alta, decido enfilarme mis pasos hacia mi coche, que todavía está a salvo... De repente me acuerdo de algo importante... El diario del desaparecido... Debo confirmar si de verdad lo dejó en manos de su hermana... pero ya no lo distingo en la espesa oscuridad, seguro que ha logrado fugarse... Vuelan algunas pedradas como si quisieran aprovechar un momento de descuido... Con la cabeza baja, salgo corriendo y enseguida percibo el golpe de una piedra contra mi espalda, pero no siento ningún dolor. En cambio, me quedo sin aliento, como si me estuvieran estrangulando. El sake ha surtido su efecto. Pero estoy inesperadamente lúcido y, tras encontrar la llave del coche con facilidad, logro encender el motor con una sola maniobra. La mayoría de los agresores se han congregado metiendo bulla allá por el camino empinado que atraviesa la ribera alta, la única ruta transitable para los vehículos. Dos micros que se habían demorado irrumpen por la vía intentando hacerse paso, con las luces altas y haciendo sonar sus bocinas. Uno logra seguir adelante, pero el otro, tal vez por un error en el cambio de marcha, disminuye la velocidad en mitad de la pendiente y cae de costado empujado por los atacantes, y ahí se queda volcado al pie de la cuesta. La luz de los faros alumbra una franja de unos veinte metros a lo largo de la pendiente. En medio de la hierba seca se eleva en vertical un poste blanco, cuyo significado no alcanzo a descifrar. Allá, en el fondo de la ribera alta, unas siluetas espectrales y oscuras comienzan a asaltar al micro cuyas llantas continúan girando en el vacío sin propósito alguno. Ahí puede estar un

agitador. Si acaso logro distinguir sus señales físicas, me servirán luego para identificarlo —en el caso de que exista en realidad— como el enemigo mortal del hermano... Aullidos crecientes... Vidrios rotos... El motor y el farol apagados... Los palos con ascuas alrededor del sitio donde se levantaba la hoguera lucen desparramados de forma irregular... Todos borrachos o malheridos, algunos inmóviles sobre el suelo, otros se arrastran a gatas o caminan tambaleándose como sonámbulos en dirección a la orilla... En fin, para mí ha sido una suerte que el micro se haya volcado, pues así se despejó la vía. Claro, mientras conduzco un coche con una cilindrada inferior a la del micro, corro el riesgo de repetir su mismo destino si acaso llego a tener alguna falla en mi estrategia.

Con las luces apagadas, doy un gran rodeo por la ribera. En un punto cercano al lugar donde se encontraba la hoguera, los tres jóvenes de la banda se acercan en procura de auxilio, pero pronto son alcanzados por los asaltantes que los tumban con violencia por tierra. Quizá ya en lugar de tres quedaban solo dos.

Paso de largo, despreocupado. Conduzco a baja velocidad, pero el coche recibe una andanada de fuertes sacudones como si lo sometieran a una prueba de resistencia, y siento que de un momento a otro se desmoronará por completo. Estaré perdido sin remedio si caigo en una zanja o si choco con alguna roca grande. Pronto desemboco en un claro abierto delante de un bosquecillo de sauces... y me encuentro, como esperaba, con otro grupo bullicioso formado por los mismos tipos que se habían llevado a las mujeres. Disminuyo aún más la velocidad, atento al movimiento de mis perseguidores, y cuando ya están cerca de la escena doy un giro preciso al volante con el acelerador a fondo y salgo disparado cuesta arriba hacia la ribera alta. Durante todo el trayecto me acosa un ruido obsesivo, como el martilleo inclemente del motor...

Al fin logro escapar. La mayoría de los perseguidores se detuvieron a presenciar el rito que se desarrollaba alrededor de las dos mujeres. No tengo la menor idea de cómo lo organizaban, pues conducía con las luces apagadas. Se me cruza por la mente la imagen de un gran trozo de carne, pelado y cortado, que cuelga de un gancho en el frigorífico de una carnicería. A pesar de la ausencia de una hoguera, alrededor del enorme candelabro colocado frente al pedazo de carne cruda reina un ambiente de solemnidad. He podido pasar desapercibido gracias a ese rito. Después de alcanzar la cumbre de la ribera alta enciendo las luces. El cuerpo se me endurece, mis extremidades comienzan a temblar y mis ojos se apagan aún más que cuando conducía en plena oscuridad. A pesar de que programo la marcha a la máxima velocidad y de que al mismo tiempo hundo a fondo el acelerador, el coche avanza con la lentitud de una carretilla, y un miedo cerval se instala en mi nuca. Huele a quemado. Se me ha olvidado soltar el freno de mano. Enciendo la calefacción y abro la ventana de par en par, sintiendo por primera vez el peso de la embriaguez entre ceja y ceja.

Sin embargo, no percibo ningún indicio de embriaguez en el rostro de la mujer. Empuja con el hombro la cortina que separa la sala de la cocina y entra con un impermeable masculino y un periódico viejo sobre el brazo izquierdo, sujetándolos con su mano derecha, y avanza a un ritmo ligero como una niña que sostuviera su peso de puntillas...

Al fijarme en su cutis terso, sin brillo, me doy cuenta de que se ha maquillado con rapidez, las pecas han recobrado su limpidez original bajo el cabello recién cepillado. No sé si debo atribuirlo a la conciencia femenina de ser observada o, por el contrario, a la precaución de no revelar su verdadero rostro... Bueno, en este último caso, el maquillaje no ha resultado muy eficiente... pues en lugar de ocultar el interior, lo revela aún más frente a las miradas ajenas. Un pueblo distante e ilusorio envuelto en la neblina... un pueblo lejano, ahogado por la savia de innumerables árboles, donde recuerdo haber pasado algunos días con el corazón pleno de anhelos, antes de llegar a ser el que ahora soy... Pero quizá se me aparece como un paisaje solo porque está dentro de un marco, al igual que me parece transparente porque lo veo convencido de que se trata de un paisaje... Despojado de su marco, apenas quedaría la neblina... Aunque carece de naturalidad, es igual de opaca que una pared de concreto... No me dejaré engañar... No tengo ninguna prueba de que la mujer no sea cómplice... De repente, sin ningún preámbulo, los quejidos débiles de las mujeres que escuché en la ribera retumban en mis oídos, a la vez que en mi mente empañada por la neblina aparece la imagen de una luna diminuta, un trozo de carne descuartizada del que mana un líquido negro...

Camina delante de los estantes de libros y, después de colocar el impermeable en una esquina de la mesa y deslizar el periódico en mi dirección, se sienta en la misma silla de la otra noche, ubicada en un sitio ligeramente diferente, por lo que la oreja de la mujer se sitúa en el límite entre los estantes de libros y la cortina color limón. Oreja tan frágil que al parece se rompería como fina porcelana con cualquier toque brusco... Algunos hombres querrán protegerla, mientras otros se sentirán impulsados a romperla... ¿Qué habría sentido el desaparecido?...

—Este es el periódico...

Es un periódico deportivo, doblado una vez a lo ancho y otra a lo largo. Maltratado y desgastado, aunque no tanto como la caja de fósforos. A simple vista resalta en letras rojas un titular que dice: “Furiosa arma letal derriba al asesino”. Un ensayo sobre la lucha libre.

—Tiene fecha del cuatro de junio... Lo había conservado por suficiente tiempo...

Al hojearlo, aparece un artículo con los pronósticos de los partidos de béisbol. Abajo, un anuncio comercial bastante destacado de medicinas para la gripe. La tercera página está dividida entre el retrato de un nuevo cantante, que muestra una amplia sonrisa, que ocupa la parte superior, y una crónica ligera sobre su presunto romance, quedando un margen para los anuncios comerciales, que cuestan mil yenes

por renglón: empleos, guías hoteleras, información financiera, apartamentos... y entre los asuntos misceláneos, salvo uno sobre la venta de un perro, aparecen los de las clínicas de enfermedades venéreas y cirugías de adelgazamiento o de esterilización. En la última página salen los pronósticos y resultados de las carreras de caballos y de bicicletas, junto con las carteleras de la radio, la televisión y el cine, sin dejar fuera las tres columnas de ofertas de trabajo. Encuentro el caso de una persona extraviada, que no tiene nada que ver con “él”.

—¿Estaba así de estropeado desde el principio o fue usted la que lo estropeó?

—Bueno, yo también lo estuve manoseando... —levanta la mirada candorosa que se ha detenido en mis manos—, pero estaba así desde el principio.

—A ver, por casualidad... ¿se acuerda cuándo fue la última vez que su marido se puso el impermeable?

—Es que era tan perezoso, o más bien cauteloso, que casi siempre lo dejaba en el coche, diciendo que podía llover en cualquier momento... Si no hubiera sido por la persona que le compró el coche a mi marido, que amablemente me lo devolvió, no me hubiera acordado siquiera de que existía este impermeable.

—¿El coche? ¿Vendió el coche? ¿Cuándo?

Sin querer me precipito a formular una pregunta tras otra en un tono compulsivo, pero mi interlocutora, sin inmutarse para nada, continúa acariciando el borde de la mesa y se muestra indecisa.

—Un día o dos antes de aquello... pero creo que el impermeable me lo devolvieron como a la siguiente semana... Lo encontraron olvidado en el baúl del auto...

—Pero usted había dicho algo completamente distinto la otra noche.

—¿Sí?... Qué extraño...

—Me dijo que el coche estaba en un taller.

—Quizá lo que quise decir fue que mi marido me lo había dicho.

—¿Con qué necesidad se inventó una mentira tan elaborada al decir que su hermano debería saber el paradero del coche?

¿Me estoy poniendo demasiado rudo con esta mujer? He arrinconado a mi cliente en un callejón sin salida... Bueno, ella se lo buscó... No le he tendido ninguna trampa... Sin embargo, resulta que la jaula en que creí haberla encerrado no le estorba en lo absoluto... Una vaga sonrisa tímida...

—Creo que tengo la manía de decir las cosas sin querer... Quizá me dejo llevar por una serie de prejuicios... También hoy perdí toda la mañana revisando la casa como un agente policial... desde el interior del armario hasta detrás de los estantes de libros... con la sospecha infundada de que mi marido se había convertido en un bicho... Incluso, he puesto un papel con miel bajo la cama...

Empieza a jadear con los labios tensos. Me asalta el temor de que comience a lloriquear.

—No ganamos nada ocultando información, sabe. No solo pierdo mi tiempo, sino

que usted también pierde dinero. A ver, ¿quién le compró el coche a su marido?

—Es una muy buena persona... —me devuelve la mirada con resolución como si volviera en sí—. No es que le haya ocultado información... De haber sido alguien que tuviera que ver con la desaparición de mi marido, ya me lo habría informado o, por el contrario, se habría esfumado sin dejar rastros... No me habría acordado siquiera de él si no hubiéramos tocado el tema del coche...

—¿A qué se dedica?

—Es taxista.

—¿Cuánto pagó por el coche?

—Unos ciento sesenta mil yenes, creo...

—¿Los había cancelado en su totalidad?

—Sí, lo verifiqué con el recibo.

—¿Sería que su marido preparó la fuga con ese dinero?

—No puede ser. No lo creo —de repente su rostro, hasta ahora blando como la cera, se vuelve severo y rasposo como cubierto por arena, con una franja de arrugas blancas que rodea sus labios tensos como pezones, mientras se muerde con fuerza la uña del pulgar—. No diga disparates sin ninguna prueba.

—Pero, usted sabe que la prueba forma parte del hecho. Mire, el asunto se complica porque usted no tiene ningún interés en el hecho mismo...

—Es que todavía no lo puedo creer... Claro, el hecho consiste en la desaparición de mi marido... pero no sé el motivo de su fuga... No necesariamente por causa mía... No lo creo... Seguro que se fugó por algún otro motivo...

De repente me invade el desaliento. Coloco mi maletín sobre las rodillas y lo abro.

—Bueno, le voy a mostrar el informe, que, como dije, solo contiene nimiedades.

Ahora la mujer se sienta de nuevo y, después de darle una ojeada rápida y nerviosa, lo lee con más detenimiento, moviendo los ojos como si estuviera atravesando un puente colgante...

—Los hechos son como una valva, pues mientras más la manosees, más se cierra sin permitir que nada penetre en su interior... pero tampoco debes intentar abrirla a la fuerza, porque, una vez que la valva muere, todo se echa a perder... Hay que esperar con paciencia hasta que se abra sola... Este periódico... quizá esconda alguna clave que en el futuro nos lleve a aclarar el misterio... pero de momento no nos ofrece ninguna pista... ¿Por qué estaba con la caja de fósforos?... Algo importante se puede encontrar ahí, pero el hecho es el hecho, justo porque no se encuentra donde se pueda encontrar...

La mujer levanta la cabeza del informe. A pesar de que ya le he visto varios gestos diferentes, ahora me enfrento con un gesto desconocido. Su forma dificultosa de respirar, entre temerosa y anhelante, como impedida de exhalar, hace que se le sonrojen los bordes de los párpados, y no logra formular la primera frase hasta que recobra el aliento.

—Espero que no me malinterprete, pero sí tiene algo que ver...

—Con las carreras de caballos o de bicicletas... ¿no es cierto?

—No, con el número de teléfono.

—¿Número de teléfono?

—No tenía ni la mínima intención de ocultárselo, pero...

—¿A qué número de teléfono se refiere?

—Al mismo que sale en la caja de fósforos... A ver, ¿dónde lo habría visto?...

Su dedo inquieto se mueve sin orden sobre las columnas de los anuncios de la cuarta página, como una hormiga descabezada. Dedo delgado y elástico, desarticulado como el de una muñeca... Dedo artificial que sale ileso aun cuando esté mintiendo...

—¿Uno de “se busca empleada”?

—No, uno de “se busca chofer”... Este.

Su dedo, que al fin se ha detenido, señala:

SE BUSCA CHOFER: BUEN SUELDO  
CUALQUIER EDAD - ENVIAR O TRAER CURRICULUM

Y el número de teléfono, que aparece al pie izquierdo, ciertamente corresponde al de la cafetería Tsubaki.

—Se lo juro —dice en un tono de súplica mientras sacude la cabeza con ansiedad.

—No sé por qué no se lo había dicho antes. Por supuesto, puede ser que haya tenido temor de enfrentarme al hecho...

—No tiene por qué tratar de justificarse. No soy juez ni fiscal, sino un detective empleado a sueldo por usted misma. Además, antes que la verdad, debo defender los intereses personales de mi cliente. Por favor, infórmeme sin titubear de los temores que la atormenten. Estoy obligado a protegerla de cualquier amenaza. Dígame qué aspecto del hecho le provoca miedo.

—No tengo miedo, porque ese asunto ya está resuelto... —baja la mirada y mueve levemente las caderas—. ¿No quiere una cerveza?

—Bueno, la puedo acompañar...

¿Para qué me voy a preocupar por su salud a estas alturas? No podría vivir sin cerveza. A mí también me conviene que beba. Ya basta de tonterías innecesarias. Se precipita hacia el otro lado de la cortina de la cocina.

—Sí... se puede decir que ya está resuelto... Yo misma fui un día hasta la cafetería para averiguar y me dijeron que ese anuncio lo habían publicado a instancias de un conocido que necesitaba un chofer privado... Desde luego, ya lo habían conseguido... claro, lo habían publicado hacía ya un mes...

La mujer regresa con una botella de cerveza en la mano, el borde de sus labios salpicados de espuma.

—A lo mejor hacen esa clase de mediaciones con frecuencia.

—Me explicaron que lo habían ayudado porque se trataba de un conocido de

ellos, un provinciano que necesitaba un chofer con buen dominio de la topografía de Tokio. Que no se habrían involucrado si no se hubiera tratado de un caso excepcional.

—Bueno, me parece una explicación lógica.

Mientras sirve la cerveza en dos vasos con extrema cautela, me sonrío como si solicitara mi aprobación y se sienta de nuevo.

—Sobre este tema ya no nos queda nada por decir.

—Y ¿ese número de teléfono, el que está pegado en el extremo de la cortina?

—Sí, ese número también...

—¿Para qué lo tiene ahí?

—Bueno... —da un sorbo a la tercera parte de la cerveza—. No tengo que darle ninguna explicación... no entiendo por qué se empeña en algo tan trivial.

—Usted es la que más se empeña. Mostró un gran desconcierto cuando se refirió al anuncio del periódico.

—Tiene razón... Yo tampoco me lo explico... —sostiene el vaso con ambas manos a modo de ofrenda y hace vagar la mirada como si se acordara de algo que pasó hace diez años—. No sé por qué... Parece que siempre acabo contradiciéndome... Pero tampoco se puede confiar demasiado en un hecho verídico, ¿no le parece?... No importa que sepamos dónde está o qué hace mi marido en este momento... Lo único que importa es que no está aquí... Ese es el único hecho que cuenta... Y tenemos que aclararlo... tenemos que dilucidar por qué desapareció... Sí...

—Pero no podemos aclarar nada sin el apoyo de los hechos.

—A mí me bastará con la explicación.

—Su marido es la única persona que se lo puede aclarar. Lo único que está en mi poder es averiguar su paradero.

—Qué modestia.

—¿Modestia?

—¿Cómo eligió su oficio?

—No creo que sea necesario explicárselo.

—A mí me interesa... ¿Qué hace uno cuando elige algo?...

—No es algo relevante. Pocas veces existen motivos o razones profundas... En general, apenas son hallados, los desaparecidos regresan a sus casas con tranquilidad, satisfechos como si hubieran estado poseídos y al fin lograran liberarse.

—¿Ha manejado casos de desaparecidos?

—Por supuesto... pero la mayoría de las veces he contado desde el comienzo con alguna pista determinante... casi siempre hay una amante furtiva enredada en el asunto... Bastan tres o cuatro días de investigación y vigilancia para ubicarlos... Considerando el nivel de gastos que supone, pocas personas acuden a los detectives privados sin antes haber delimitado al máximo el ámbito de la investigación...

—Bueno, así será...

—¿Su marido era nervioso?

—Más bien era un hombre sereno. Su vestimenta, por ejemplo...

—¿Era activo?

—Creo que era una persona cautelosa.

—No sea contradictoria. Hay que diferenciar bien las dos clases de desapariciones, la positiva y la negativa.

—Era entusiasta hasta el punto de volverse fastidioso...

—¿Con qué se entusiasmaba?

—Con cualquier cosa... como un niño...

—¿Con coches, cámaras fotográficas...?

—Sí, tenía licencia de mecánico experto en arreglar coches...

—Y ¿con las apuestas?...

—Solo se entusiasmaba con las licencias. Era un maniático de las licencias... Además de la que le permitía conducir vehículos grandes, tenía las de telegrafista, soldador, manipulador de explosivos...

—¿Cree que esa licencia de manipulador de explosivos tiene algo que ver con su empleo en la Comercial Dainen?

—Supongo que sí.

—Asombroso, era una persona sumamente práctica.

Empiezo a comprender el significado de su biblioteca, que hasta ahora no me había quedado claro. Una inmensa variedad de áreas, en apariencia incoherentes, que abarca electricidad, telegrafía, mecánica, derecho, estadística e idiomas, entre otras, con folletos introductorios y cuadernos de ejercicios para preparar los exámenes públicos, desprovista de estudios avanzados, organizada de forma coherente en torno a un eje central: la manía por las licencias.

—La de operador cinematográfico, y la de maestro de secundaria también...

—Qué tipo tan peculiar...

—Terco, quizá.

—¿Con qué se había entusiasmado últimamente?

—A ver... déjeme pensar... Recuerdo que estaba empeñado en obtener el grado dos de telegrafista, se la pasaba tecleando todo el tiempo...

—Grado dos de telegrafista...

—Decía, siempre especulando, que con ese grado podría enrolarse en los grandes barcos comerciales y aspirar a ganar tres veces más...

—Permítame una pregunta indiscreta, ¿cuánto ganaba en la Comercial Dainen?

—Un poco más de cincuenta mil yenes al mes.

—Esa suma la ganaría cualquier taxista.

—Pero era más hábil como mecánico, y algunas veces se dedicaba a intermediar en la compraventa de coches usados...

—Sí, su hermano me lo contó.

—¿Mi hermano? ¿Lo ha visto?

—Por extrañas coincidencias me he encontrado con él en varios sitios. A decir

verdad, estaba compartiendo unas copas de sake con él justo antes de venir hasta aquí.

—¡Qué rara casualidad!

—Es un tipo muy divertido. Creo que a este ritmo nos vamos a estar viendo al menos diez veces al día. Ah, antes que se me olvide... Me prometió que mañana le trae el diario de su marido...

—¿Diario?

—Sí, me ha dicho que no tiene ninguna importancia.

Desde el instante en que puse sobre el tapete el tema de su hermano, la he estado observando con atención para que no se me escape ningún cambio en sus gestos, por mínimo que sea. Las cejas un tanto fruncidas, los labios distendidos... Algún signo de desconcierto, perplejidad o duda ante la referencia a su hermano, que la haya tomado por sorpresa... Pero solo se muerde el labio inferior, mostrando una sonrisa traviesa.

—Nunca ha dejado de sorprendernos. No ha cambiado desde pequeño...

—Al leer el diario, quizá se pueda saber más o menos con qué soñaba su marido.

—¿Soñar, dice?...

—Sí, con algún viaje al mar, por ejemplo...

—Mi marido era más práctico. Se alegró mucho cuando lo ascendieron a jefe de ventas, dijo que ya había superado unos cuantos peldaños en esta vida llena de cuevas empinadas...

—Pero luego se esfumó.

—No a causa de sus sueños. Acostumbraba decir que las licencias eran las anclas de la vida.

—Un pequeño barco con tantas anclas no es más que el producto de un iluso que no quiere andar a la deriva...

La mujer coloca despacio sobre la mesa el vaso que estaba a punto de acercar a sus labios y se queda callada, en un estado de total abstracción. De pronto tuerce la nariz, y las cuencas de sus ojos se hunden como flores marchitas fotografiadas a baja velocidad, mientras su cutis, antes terso, va perdiendo su frescura hasta quedar como un cuero curtido, y entre sus labios se forman manchas negras como si hubiera estado comiendo moras. Al fin, comienzo a arrepentirme de todo corazón. Un médico no tiene derecho a aplicar la eutanasia a ningún paciente, por más que se lo supliquen, y en este mundo solo los soldados en guerra y los verdugos están autorizados para cometer homicidios legales.

El reloj de la pared da la una.

#### **Informe:**

**13 de febrero, a las 10:20 de la mañana:** Paso por la biblioteca para consultar los periódicos antiguos. Los días lluviosos antes del 4 de agosto, cuando desapareció el sujeto en cuestión, fueron el 28 y el 29 de julio. En cuanto al 29, el pronóstico del día anterior había sido de “nublado” y solo cayó un chubasco pasajero en la tarde, y por esta razón se puede suponer que el último día en que el desaparecido usó el

impermeable fue el 29...

En este punto interrumpo la escritura para frotarme las manos y cierro los ojos ante una insoportable sensación de fatiga. Me gustaría cerrar, no solo los ojos, sino todos mis sentidos, todos mis nervios, todo mi ser. En la sala de consulta de la biblioteca reina un silencio absoluto, a pesar de que casi todos los asientos están ocupados... Hacer sonar la nariz, hojear un libro, caminar de puntillas... La capa de cera gruesa y pegajosa, sin lugar a dudas de mala calidad, que cubre el piso, hace picar la nariz con su fuerte olor a petróleo...

Todo se vuelve color limón dentro de mis ojos cerrados. Los contornos de las orejas de la mujer brillan con color limón bajo la luz reflejada por la cortina color limón... Un aroma a color limón... Qué absurdo, ¿por qué no decir pecas color banana o color calabaza?...

Por supuesto, no estoy en un campo de batalla ni delante de la guillotina. No tengo derecho a causarle la más ínfima herida, ni siquiera como la de la aguja de una jeringuilla. Lo único que puedo hacer es seguir redactando el informe. Los clientes siempre tienen la razón. Sé que cualquier mentira se convierte en verdad cuando el cliente afirma que es verdad, pero no es posible satisfacerlo cuando me pide que le explique el motivo de un hecho sin que le importe el hecho en sí. No me quedará más remedio que esperar, indagando en un hecho tras otro hasta que me desilusione y me dé por vencido. Para colmo, tendré que estar rondando alrededor de un conjunto de hechos insignificantes que solo sirven para explicar lo inexplicable...

De repente me doy cuenta de que una estudiante situada a mi izquierda, inclinada como si quisiera introducir su cuerpo entre los tabiques del escritorio, está recortando una foto con una navaja. Yo también ladeo mi cabeza entre los tabiques para seguir redactando el informe en una postura similar, infundida también por el remordimiento.

... de julio, pero no hay ninguna garantía de que haya sido de esa manera. Del 29 en adelante se mantiene el buen clima, con temperaturas relativamente altas durante una semana entera, hasta el día de la desaparición, en el cual es muy probable que el desaparecido no haya tenido necesidad de ponerse el impermeable. Será lícito suponer que a esas alturas ya había hecho uso del periódico y la caja de fósforos (o del número de teléfono). Todo esto nos lleva a la siguiente conclusión: no se puede negar del todo la posibilidad de que la desaparición del sujeto no haya sido un evento imprevisto, sino premeditado con el debido tiempo.

La estudiante a mi lado termina de recortar la página de la foto. Arranco un pedazo, de unos tres centímetros de ancho, de la última página del informe y escribo una nota escueta: "Te descubrí. Sígueme si no quieres que te delate. Para responderme con el sí, devuélveme este papel hecho una bolita".

Le deslizo el pedazo doblado en dos por debajo del codo. La estudiante me mira con el cuerpo encogido por la sorpresa; sin embargo, comienzo a empacar mis pertenencias con total indiferencia. Un tanto desconcertada, abre el papel para leer el mensaje y las mejillas se le tiñen de morado alrededor de su chata nariz. Se paraliza

con tal perfección que pareciera que se hubiera quedado sin respiración... Me mantengo a la espera de su respuesta, saboreando unos instantes de placer como si paladeara especias picantes...

Enseguida la chica me lanza una mirada enigmática. Luego de suspirar, en un intento por mantener la calma, enrolla el papel con torpeza y me lo tira dándole un golpecito con el dedo índice. Su mala puntería lo hace caer sobre el piso y, al agacharme para recogerlo, noto sin querer que los zapatos negros sin tacones, agrietados por debajo de los tobillos, casi no pueden con el peso del cuerpo. Solo los hoyuelos formados en las corvas conservan una forma limpia, propia de una chica joven. Atraviesa una edad desnivelada, como de fiebre ligera, ante el inminente final de la adolescencia. Sin duda, atenta a mi mirada, los músculos de las pantorrillas se le tensan como cables.

Luego de introducir el papel enrollado en el bolsillo, cierro el periódico, guardo los papeles y la pluma en el maletín, y me levanto con calma inalterable. Me dirijo al mostrador sin volverme, caminando a una velocidad adecuada a la situación, sobre el piso encerado en exceso de la biblioteca. Al devolver el periódico, le echo una ojeada a la muchacha, que todavía sentada me observa asomándose por el extremo del tabique. Levanto el brazo a manera de señal y me siento en el banco del pequeño espacio de fumadores y enciendo un cigarrillo. Cuando he fumado una cuarta parte, la estudiante pasa por el mostrador de préstamos con pasos tambaleantes. Me busca con los ojos inquietos, pero no logra localizarme. Al terminar el trámite, retira su sobretodo del guardarropas, y al reconocermelo, justo cuando enfila sus pasos a toda prisa rumbo a la salida, pierde el equilibrio. Me levanto sin pérdida de tiempo y me pongo en marcha en la misma dirección. La muchacha me sigue con pasos un poco más lentos que los míos, sin revelar la intención de huir.

Busco mi coche en el estacionamiento y al salir veo que la chica está de pie en mitad de la escalera, con el cuerpo envuelto en el sobretodo hasta la punta de la nariz. Acerco el coche y abro la ventana del lado del asiento del copiloto mientras la muchacha, tras ajustar la posición de su bolso, viene bajando en línea recta, con pasos extrañamente enérgicos. La nariz pálida, como aplastada entre hojas de cristal. El rostro lastimero brilla con una luz siniestra por causa del rubor y el frío. La bufanda verde, sobresaliendo del sobretodo, resulta demasiado llamativa, y hace notar la presión interna alojada en su cuerpo femenino. Entorno la puerta y le digo:

—¿Adónde quiere que la lleve, señorita?

—¿Adónde? —dice en un tono inesperadamente sereno y provocativo—. Estoy segura de que mi opinión no cuenta para nada.

Sin querer, le muestro una sonrisa irónica, y la chica hace un extraño gesto con su rostro, como si me devolviera el reflejo de mi imagen.

—Parece que estás decidida, ¿no?

—¡Qué canalla eres!

Sin pensarlo dos veces, le cierro la puerta con violencia en las narices. Piso el

acelerador y el extremo del coche ligero salta como un bote encaramado en una ola, con las llantas esparciendo guijarros. La estudiante abandonada permanece de pie, pasmada por completo, con el rostro inexpresivo como de pescado congelado...

Me quedo petrificado. Totalmente petrificado sin conciencia del paso del tiempo frente al teléfono instalado al lado del mostrador de la cafetería Tsubaki.

—¿Cómo que murió?

—Parece que lo mataron a golpes —el auricular rebota la voz excitada, poco común para mi jefe—. ¿Qué pasa? No me digas que no tienes alguna coartada.

—Claro que no.

—Por favor, contacta enseguida a tu cliente. Ya me ha llamado tres veces para presionarme.

—¿De dónde proviene la noticia?

—De tu cliente, no puede existir otra fuente —de repente cambia de tono—. ¿Acaso se te ocurre alguna otra?

—No, ninguna. Bien, enseguida la llamo.

—Te reitero que eres el único responsable del enredo en que estás metido.

—Lo sé. De todas maneras pasaré por la oficina hacia el mediodía...

Me quedo de una sola pieza. ¡Murió el tipo! ¡Lo mataron! Cuelgo el teléfono y permanezco inmóvil.

La policía ya habrá comenzado la investigación. ¿Llegarán a sospechar de mí? Si la pesquisa cubre a la distribuidora M de combustible... El sujeto a bordo de un coche pequeño... que dice venir de la Comercial Dainen... a quien interrogarán acerca del tipo... de nuevo a bordo de un coche pequeño... Claro que me alcanzarán. Pero esto no significa que tenga que meterme necesariamente en un lío. No tengo ningún motivo para matarlo. Además, abundan los sospechosos. Pero preferiría evitar el interrogatorio.

Quizá sea una falsa alarma. Por más meticulosa que pueda ser, la policía no sería capaz de inventar tal disparate como el de establecer algún vínculo entre aquel tipo atrevido y vistoso y la distribuidora M de combustible... Ahora, de lo único que me arrepiento es de no haberlo sondeado lo suficiente para saber con qué motivo chantajeaba...

Otro cambio radical que me traerá la muerte del tipo... consiste en el hecho palpable de que al cortarse la fuente de los fondos que costeaban mi trabajo, la precaria investigación que adelantaba se cerrará esta misma semana a pesar de los anhelos de mi cliente.

Pero ¿a qué se debe esta extraña decepción? Al regresar al asiento para revolver mi café, ya tibio, comienzo a sentirme invadido por una nostalgia turbia, imposible de apaciguar. ¿Se trata de alguna forma de pesar ante la muerte del tipo? No, no puede ser. El estacionamiento a la intemperie, que se divisa a través de la cortina negra a cuadros... Ayer, a esta misma hora, el tipo, apostado cerca de esa segunda columna,

me dirigió la palabra despidiendo un olor grasiento como de guiso de algas a través de las solapas de su sobretodo, embutido dentro de sus hombros pronunciados... Me dejó una especie de comezón, sobre todo en las zonas que percibieron su presencia, y hasta ahora no he hallado ningún alivio.

Si algo ha cambiado, aunque sea en lo más mínimo... es la impresión que conservo de su conducta arrogante e imprudente. Por supuesto, sé muy bien que se trataba del individuo que me empleó a sueldo. Pero nuestros clientes, en general, se comportan como perros rastrosos o muestran sus sonrisas humildes y un tanto retorcidas. En esos casos les respondemos con la misma sonrisa vulgar y cínica, como diciéndoles que la vida es así, y simulamos pisar junto con ellos las mismas inmundicias para que aflojen sus tensiones. Así podemos mantener nuestro amor propio, conservando las expectativas en lo referente a la vida terrenal, pues, a decir verdad, guardamos en secreto la convicción de que los seres humanos somos unos canallas. Sin embargo, el tipo no reveló ni siquiera una pizca de humildad: a pesar de que no trató de ocultar desde el principio que vivía entre las miasmas, jamás me permitió asomarme a ellas, menos aún tocarlas. En una palabra, era de una calaña radicalmente distinta a la de mis otros clientes. Si bien es cierto que era un bicho raro, tampoco puedo negar que lo traté con prejuicios. Al reflexionar de esta manera, creo detectar de forma ambigua su otra cara, que se me había escapado hasta ahora o, mejor dicho, que he tratado de ignorar a propósito. Por ejemplo, el rostro de fugaz seriedad que mostró cuando me preguntó qué opinaba de su hermana “como mujer”... O el detalle atento cuando le pidió un huevo extra al cocinero en el micro ambulante... Si no me hubiera dejado llevar por mis prejuicios... Si me hubiera mantenido a su altura, sin haber decidido de antemano que se trataba de un muro que me obstaculizaba la visión... quizá habría podido convertir ese muro en una puerta que me permitiera el acceso a su interior.

De todas maneras, ya ni siquiera existe tal muro. Y, junto con el muro, se me ha cerrado también la posibilidad de tener acceso a una puerta.

Ya es tarde para todo. El tipo se esfumó dejando tras de sí esa imagen fugaz como de un paraguas negro retorcido que se abrió paso entre el matorral reseco, llevándose consigo todo cuanto hubiera querido decir, todo lo que quería ocultar. Los anillos mágicos rotos a la fuerza pierden su poder.

Miro mi reloj de pulsera... Las once y ocho... Trato de poner la hora en el informe, pero no encuentro nada que decir... Aunque pase una hora, o tres, o diez, no tendré ninguna esperanza de encontrar algo relevante que registrar... A toda prisa, me tomo el resto del café y me levanto... sin saber qué hacer... ¿Qué debo hacer?... ¿Hay algo que se pueda hacer?... De nuevo estoy paralizado... al igual que la estudiante que se quedó abandonada al pie de las escalinatas de la biblioteca... Si nos sentimos furiosos cuando nos privan de nuestra libertad y nos arrastran de aquí para allá, resulta aún más humillante si nos dejan abandonados a mitad de camino sin explicaciones ni consideración alguna...

El dueño de la cafetería está leyendo un periódico que le cubre el cuerpo hasta el cuello. La camarera de rostro iracundo observa distraída el paisaje exterior con los codos sobre la repisa de la caja registradora, pegando el oído a una radio portátil que suena a bajo volumen. Con la mirada flotante, esboza una sonrisa burlona que no se sabe bien si está dirigida a algo que ha escuchado en la radio, a mi aspecto perplejo y turbado o a otra cosa que no tiene nada que ver... Al seguir la dirección de su mirada, me sobresalta la serie de escenas desoladas que se desarrollan allá en el exterior. Un trío de oficinistas, con idénticos bolsos bajo el brazo, pasan discutiendo quién sabe qué con rostros de pocos amigos... Más allá, filas de coches que fluyen sin parar... Al otro lado, el estacionamiento... Siento que algún estímulo excita mi memoria como un pedazo de muela rota... Número... Las siete cifras debajo del letrero del estacionamiento... ¡Ese mismo número!

La etiqueta de la caja de fósforos... La cafetería Tsubaki... Un anuncio en el periódico viejo... Y el trozo de papel sujeto al extremo de la cortina color limón... Ese número se me ha aparecido repetidas veces...

Recupero al fin el sentido del tiempo, y comienzo a recordar poco a poco la existencia del mapa. Hablo a gritos a la mujer que continúa con la radio pegada al oído, girando la manivela de la caja registradora.

—Oye, ¿puedo preguntarte sobre el anuncio de ese estacionamiento?

En lugar de responderme, la chica mira de reojo al dueño del bar. El periódico se esconde bajo el mostrador y en su lugar aparece el rostro del dueño, que se levanta con los ojos alerta. Al cruzar su mirada con la mía, parpadea con insistencia, y con voz chillona, que no se corresponde con las evidentes huellas de una espesa barba recién afeitada, dice lacónicamente:

—Lamento decirle que ya no hay ningún empleo disponible.

Y, huraño, baja la cabeza en dirección al periódico, cerrando la conversación.

—Qué gente tan apática la de esta cafetería...

—¿Qué quiere decir?

La muchacha aparta la radio portátil de su oído y reacciona de manera exagerada, con voz áspera, como si me hubiera mofado de ella. Desconcertado, me dejo llevar por una fantasía inesperada. Pienso que una ducha caliente me limpiará de los gérmenes del malhumor, y me posee el impulso liberador que me incita a lanzar al aire sonoras y estrepitosas carcajadas. A lo mejor ya se me ha escapado una risita. Con los ojos clavados en el rostro de la muchacha, rodeo la caja registradora para tomar el teléfono. Marco el número de la Comercial Dainen y pido que me comuniquen con el joven Tashiro.

—¿Eres tú, Tashiro? ¿Cómo estás?... —Cuando me identifico, Tashiro lanza un gritito de desconcierto, lo que me hace sospechar que ya se ha enterado de la muerte del tipo, pero pronto descubro que no es así. Al recordarle la promesa de compartir unas copas, cambia de inmediato el tono de su voz y pasa a entablar una conversación franca y amistosa, lo que puede ser un indicio de que ha tenido pocas experiencias de

intercambiar asuntos íntimos con los demás. Con la mirada detenida en el espeso mechón de cabello que cubre la oreja de la muchacha, le digo que nos podemos encontrar en la estación S, justo en el sitio que dibujaste ayer en el mapa, por supuesto, en el punto donde te ibas a encontrar con el señor Nemuro... A mí también me gustaría verlo con mis propios ojos... A las siete... ¿te parece?... Ah, por favor, que no se te olvide lo más importante, las fotos de las chicas desnudas... La muchacha se apresura a colocar de nuevo la radio portátil cerca de su oído, pero no se anima a encenderla... Sí, fotos de chicas desnudas, le reitero para asegurarme de que me ha entendido y continúo, me encantaría conocer a las modelos en persona... Este diálogo resultaría en extremo descarado para aquellos que no escuchan las respuestas de mi interlocutor, que de repente comienza a hablar en un tono burocrático. De paso, bajo la voz... mejor dicho, quizá eso era de verdad lo que quería comunicarte... Ah, y también quería preguntarte algo, ¿qué métodos se te ocurren para chantajear al dueño de una distribuidora de combustible? Una tienda ordinaria, de venta de combustible... Me gustaría conocer tu opinión al respecto cuando nos veamos...

Esto serviría al menos para lanzar un inofensivo proyectil a la nariz de la muchacha —quizá también a la del dueño—. Bueno, no alcanzo a ver la nariz de la muchacha, oculta por el brazo que sostiene la radio. Por su parte, el dueño no muestra ni siquiera un asomo de desconcierto, con la cabeza agachada sobre el periódico. Por encima de aquel cráneo cuadrado veo el cartel de la plantación de café, con la lejana sierra dorada, que hace suponer de manera ridícula que el sol está tostando a los obreros y a las matas de café, con el resplandor de la lámpara descolorida por la mugre. Alguien camina en la planta alta. Los pasos se acercan y, tras detenerse un instante sobre mi cabeza, desandan el mismo tramo a igual velocidad. Ya no estoy paralizado. Superada la sorpresa inicial, recobro la serenidad, como una playa bañada por una ola poderosa. La muerte inesperada del tipo ha golpeado mis pies con un embate violento, borrando el imperceptible sendero que bordeaba el barranco, pero una vez retirada la marea ya no existe ningún elemento capaz de alterar mi calma interior. En resumidas cuentas, los honorarios que me asignaron se han reducido a los treinta mil yenes iniciales. Además, hay que contar con la posibilidad de que la mujer cambie de repente de actitud... y que hoy mismo me llame para declarar sin más la anulación del contrato... aunque estoy obligado a seguir con mi investigación durante cinco días más. El asunto me dejaría un mal sabor, y ciertamente una sensación de resentimiento y desazón, pero como saldo de mi trabajo resultaría de lo más favorable. Y mi jefe no tendría ninguna razón para quejarse.

Pero a lo mejor justamente es eso lo que le impide llamarme por teléfono... aunque se trata solo de una intuición... me invade una extraña sensación de culpa como si me encontrara delante de un espejo observándome a través de unos binoculares puestos al revés. ¿Será que he firmado sin querer —y sin darme cuenta— un recibo que me obligará a cancelar más de treinta mil yenes? Qué risa. Esta clase de tonterías es el hazmerreír entre los detectives privados. El jefe acostumbra decir: no

vean a los clientes como seres humanos, sino como el alimento para saciar vuestra hambre, pues para la sociedad ustedes no son más que perros callejeros, muertos de hambre.

De hecho, los binoculares pueden resultar tan útiles como los rayos X, dependiendo del uso que se les dé. De un solo retrato, por ejemplo, se puede sacar información más detallada acerca del rostro y carácter de una persona que la que se obtendría mirándola cara a cara: primero colocas el retrato en posición vertical y si es posible le cortas las orejas, luego lo haces resaltar contra un fondo negro ajustando la entrada de luz a fin de evitar los reflejos, te arrodillas... bueno, no tienes por qué arrodillarte si logras mantener tus ojos a la altura de la foto... a una distancia en diagonal de unos veinte o treinta centímetros... Es mejor que dispongas de binoculares con una ampliación de cincuenta equis y con el ángulo de visión más bien limitado, pues así tendrás más libertad para mejorar la visión del fondo con tu imaginación, a la vez que las vibraciones manuales te ayudarán a activar los gestos de la persona retratada. Al principio solo verás como flotando el corte ampliado a la distancia de un metro; debes esperar inmóvil al menos durante diez minutos, mientras tus globos oculares, afiebrados por la fatiga, comienzan a convertir una imagen sencilla en un objeto tridimensional con la piel color carne; no debes perder esta inmejorable oportunidad, fijando tu mirada hasta que sientas dolor y reduciendo al mínimo el parpadeo; el otro, incapaz de sostenerte la mirada, revelará su nerviosismo con leves crispaciones en el rabillo del ojo o en la comisura de los labios; y te observará inquieto de reojo si está de perfil y desviará la mirada o parpadeará sin cesar si está de frente; pronto comenzarán a brotar ramificaciones nerviosas desde los ojos, los labios y los músculos del rostro, no solo del otro que te observa sino también de los tuyos, hasta formar una maraña suspendida en el aire, que podrás descifrar como si fueran tus propios sentimientos. Lo más importante es detectar los vicios que practica el otro cuando se encuentra solo... chuparse con fuerza las muelas del lado derecho, adelantar el labio inferior, entornar los ojos, derivar la mirada inestable en torno a sus pies en un ángulo de unos treinta grados, hasta que el cabello engominado y peinado con pulcritud deje entrever su interior, nunca antes perturbado, y que ahora se altera como el lomo de un gato frente a un enemigo... Se trata de un instante exclusivo de "él"... un gesto de soledad que jamás hubiera mostrado en público... Lo ensayé en una sola ocasión, ayer por la mañana, antes de salir de casa, y estoy seguro de que ya no se me pasaría inadvertido aunque apenas me cruzara un instante con él mientras me desplazo en una escalera mecánica. Es un método peculiar de observación que inventé por mi propia cuenta, y creo que resulta pertinente ya que ha sido aprobado por mis compañeros, excepto por mi jefe que se mofa de toda pasión por el solo hecho de serlo.

Lo ideal sería probarlo de noche en una sesión de al menos dos horas, compartiendo una comida imaginaria, dándole instrucciones como jefe, escuchando

sus quejas como colega, poniéndose a sus órdenes como subalterno, acostándose con el sujeto si fuera mujer o saliendo con él como mujer si fuera hombre. Pero todavía no he logrado invertir tantos esfuerzos en “él”, debido a la desgana y extraña conducta de mi cliente, más que a mi propia negligencia. Me resultó mucho más intrigante y molesta la solicitud de investigación que el paradero mismo del desaparecido. Hasta ahora no he logrado disipar del todo la sospecha de que solicitaron la investigación con el propósito de ocultar aún más las pistas dejadas por “él”...

Pero ahora, muerto el cuñado del desaparecido, responsable de sembrar semillas de duda como el polen esparcido por el viento que me deja con la vista nublada... En el alto cielo, un tenue rayo de sol se abre paso entre las nubes desgarradas por el fuerte ventarrón... y observo de nuevo su retrato invertido...

Contemplo su foto invertida, con la cabeza apuntando en mi dirección... sobre el mostrador de la ventanilla de la caseta de vigilancia del estacionamiento... “Setenta yenes, por favor”, dice una voz lánguida, que interrumpo enseguida: “Quédate con el cambio”. Golpeo el mostrador con un billete de quinientos yenes y coloco encima la foto... Todavía no se le nota mucho la calva, anunciada por la amenaza de una franja irregular...

—Te tengo una pregunta...

Con un cómic sobre la manta que le cubre las piernas, el anciano, que mueve sin cesar los labios, coloca sus anteojos sobre la frente y alterna la mirada entre la foto y el billete, tratando de enfocar sus ojos sospechosamente enrojecidos.

—Oye, tienes un brasero bajo la manta, ¿verdad? Te hace daño. Los ojos se te ponen rojos a causa del gas.

—Fíjate que es un brasero eléctrico...

—Entonces debe ser por la sequedad.

—Tengo una tetera para contrarrestarla.

—Parece que mis cálculos han fallado —me río con un entusiasmo teatral, adelantando aún más el billete de quinientos yenes hacia el anciano—. ¿No recuerdas haber visto a este sujeto? Tal vez hace mucho tiempo...

—¿Por qué me lo preguntas?

—Estoy buscando un coche robado.

Apenas formulo esta mentira percibo un fuerte olor que brota de mi propio cuerpo, y de repente presiento que la idea de haberlo considerado a “él” como víctima comienza a desmoronarse. En realidad, no tengo ningún fundamento para creerlo víctima, al contrario, muy bien pudiera ser el victimario. En el caso más extremo, “él” podría haber sido el cabecilla secreto del complot para asesinar a su cuñado... No, eso sería una extravagancia, como sucede en las novelas policiales... En un juego limitado dentro de un espacio cerrado, el sospechoso debería estar sentado a nuestro lado, pero en el mundo real se oculta cubierto de pies a cabeza, más allá del

horizonte... En fin, debo reanudar esta misma noche las pruebas imaginarias a través de los binoculares, dedicándoles el tiempo suficiente. Aunque ya sea un poco tarde, “él” no deja de ser el protagonista...

—¿Un coche robado?

—A lo mejor se trataba de un coche accidentado en lugar de uno robado —decido renunciar a mi propósito inicial al notar en el rostro del anciano un gesto como de candado oxidado, y agrego tres monedas de cien yenes sobre el billete—. Dime una cosa, ¿cuál es la proporción en este estacionamiento entre los clientes fijos y los ocasionales?

—Déjame ver, las plazas destinadas a los ocasionales... —al alternar la mirada vacilante entre los tentadores ochocientos yenes y la ventana del Tsubaki, deja entrever sin querer su avaricia oculta— son solamente las cinco de la fila de este lado...

—Oye, pero qué poca rentabilidad, o sea que permaneces sentado todo el día solo por cinco plazas.

—Bueno, de todas maneras no tengo nada que hacer en casa, salvo estar frente al televisor todo el día, sorbiendo té verde...

—Puedes guardarlos sin ningún problema.

El anciano, simulando desgana, toma aquel ingreso inesperado, nada despreciable, con la mano que pareciera enguantada con la piel de un reptil.

—Hay ocho plazas de clientes fijos que siempre están desocupadas de día, y las alquilo a los ocasionales, dejando la otra mitad a los ocupantes permanentes... Un trabajo ideal para un jubilado como yo, sabes. Con las piernas paráliticas por el reumatismo, no me puedo quejar mientras tenga un ingreso extra para comprar cigarrillos.

—Pero me parece que hay demasiados clientes permanentes. Todos esos deben pertenecer a esa categoría, pues ayer cuando me asomé un rato vi los mismos coches.

—Las dos filas enteras del otro lado están ocupadas por los coches de clientes fijos.

—Qué extraño... ¿por qué habrá tantos coches permanentes en una zona donde hay poquísimas oficinas?...

Parece que he tocado un punto delicado. El anciano, lento de movimientos, endurece el rostro como caucho erosionado antes de balbucear:

—Será porque nuestro alquiler es muy barato.

—O porque muchos se dedican a negocios que les exigen sacar los vehículos por la noche.

—No sé, yo no me meto en los asuntos de los clientes.

—Bueno, así que no has visto al hombre de esta foto, ¿verdad?

Apenas la tomo entre mis dedos para meterla en mi libreta y guardarla en el bolsillo, el rostro del anciano recupera la calma. Aprovecho ese instante para agarrarlo por sorpresa.

—Oye, ¿por qué te infunde tanto miedo el dueño del Tsubaki? —Los párpados resecos y arrugados del anciano se alzan, dejando al descubierto los bordes enrojecidos, y me dan ganas de desviar la mirada—. No te preocupes tanto. Desde hace rato nos está espiando. Si acaso te pregunta por nuestra conversación, dile que insistí en averiguar acerca de un sujeto desconocido, que aparecía en una foto. A menos que en realidad lo conozcas...

—¡Te estoy diciendo que no lo conozco! —La ira repentina que le hace golpearse las rodillas con el lomo del cómic parece confirmar su respuesta. Al menos, dista mucho de la conducta del difunto aquel que se daba aires de perro viejo—. No tengo memoria para recordar cada una de las caras que he visto...

—Vamos, aquí tienes doscientos yenes más... para redondear la cifra... Son mil yenes justos, así que cerremos esta conversación de una buena vez... —Me apoyo sobre el mostrador con los codos buscando la mirada huidiza del anciano y lanzo las dos monedas de cien yenes sobre la manta que le cubre las rodillas—. Te juro que no le voy a decir a nadie que has recibido mil yenes... Esto queda entre tú y yo... Anda, dilo todo.

—¿Qué quieres que te diga?...

—¿Acaso me cobras mil yenes sin tener nada que decir?

—Nunca te los pedí.

—El señor del Tsubaki se está asomando a la ventana. ¿Se creará que has ganado mil yenes sin ningún motivo?

—Te los devuelvo. ¿Qué más quieres?

—No te impacientes. Dime, ¿qué clase de personas dejan sus coches en este estacionamiento? Por lo que me has contado, intuyo que no son residentes de esta zona...

—No inventes. No he dicho nada. De hecho, tú también has venido a dejar el coche en este sitio.

—Me refiero a los clientes fijos. No me extrañaría que los comerciantes de la región, que no poseen su propio garaje, dejaran aquí sus coches todo el día, pero tú, viejo, eres tan honesto que has vacilado en responder. Además, me acabas de decir que no tienes memoria para recordar las caras de los clientes, lo cual prueba que no son tantos los clientes fijos. De hecho, veo coches diferentes de los de ayer.

—Oye... —habla con voz jadeante, apenas audible, como si aguantara un ataque de tos—. ¿Me juras que no eres un policía?

—Qué va, qué clase de policía trataría de sobornar con efectivo a un desconocido. Mil yenes no es poco dinero, sabes.

—Lo sé... pero quiero que me entiendas, de vez en cuando puedo jugar al pachinko y apostar a los caballos gracias al señor del Tsubaki... No sabrás lo que es ser un anciano antes de que llegues a serlo... Hasta mis nietos, imitando a su madre, me insultan a la cara tratándome de sucio...

—Te prometo que no voy a sabotear tu trabajo.

—¿Qué quieres saber?

—Ando buscando al hombre de la foto.

—Ayer me preguntaron lo mismo... Claro, tú conoces al tipo que me lo preguntó... Pasa tanta gente por aquí que... Además, muchos prefieren no ser vistos o identificados... Ya he sufrido un par de derrames cerebrales, y quedé un poco trastornado, la boca no me cierra bien... Por lo tanto procuro no reconocer a la gente...

—Si no te animas a decirlo con tus propios labios, solo dime a quién le debo preguntar.

Acorralado, el anciano deja correr su inquieta mirada en un espacio triangular delimitado por la ventana del Tsubaki, una quemadura de la manta que sostiene sobre las rodillas y yo, como si fuera una rata que se desespera por hallar una salida, y, luego de soltar una tos seca y breve, saca las manos guardadas bajo la manta para cruzarlas sobre los muslos en ademán de resignación. Se limpia los mocos y las legañas con la misma mano y escupe la frase con un chasquido:

—Bueno, pásate por aquí hacia las siete de la mañana, por tu propia iniciativa. Te lo repito, por tu propia iniciativa.

—Como por casualidad, quieres decir.

—Sí, por casualidad...

**A las 12:09:** Visita al señor Toyama, la persona que le compró al señor Nemuro, dos días antes de su desaparición, el coche que había conducido siempre. Aunque no lo encuentro en su casa, decido esperarlo un rato pues me han dicho que acostumbra venir para el almuerzo, debido a que se somete a una dieta especial para aliviar sus dolencias estomacales. Como la dirección del señor Toyama que me había indicado mi cliente no era el número 24 sino el 42, me tomó bastante tiempo ubicar la casa, pero al fin no me resultó tan mal, pues así pude acortar el tiempo de espera, que habría sido mucho más largo.

El rincón de una zona urbanizada con grupos de casas apretujadas. Un Corona modelo 63 estacionado de frente en el estrecho jardín con un muro derribado. Podría ser el que le compraron al desaparecido. Mantenimiento impecable, con llantas casi nuevas.

La esposa del señor Toyama tendrá unos treinta años. Dos hijas de cuatro y dos años. La pequeña huerta, cubierta por una capa de vinilo, contribuye a crear un ambiente de hogar sano y alegre. Con el sol que se ha asomado después de varios días nublados, la temperatura tiende a subir con el resplandor de los rayos solares acumulado en el jardín, y prefiero sentarme en el borde del corredor externo en lugar de pasar al interior.

Según dice la señora Toyama... (Dos bocinazos cortos indican la llegada del señor Toyama).

**A las 12:19:** Llega el señor Toyama. Le hago algunas preguntas mientras almuerza, porque parece que está

muy ocupado. Su dieta consiste en un líquido espeso como de sopa y pan. Mientras se queja de lo duro que le resulta el trabajo de chofer, pues tiene que alimentarse muy bien y al mismo tiempo cuidar de su estómago, se preocupa con sinceridad por el desaparecido y se muestra dispuesto a colaborar en mi investigación.

A partir de este punto transcribo el diálogo que sostuve con el señor Toyama:

Yo: ¿Con qué motivo le compró el coche al señor Nemuro?

Toyama: Un amigo mío que le había comprado un coche al señor Nemuro me lo recomendó. Según mi amigo, el señor Nemuro ofrecía coches a buen precio, y además era un excelente mecánico. De hecho, estoy convencido de que la compra fue muy buena.

Yo: ¿Se encontró usted con el señor Nemuro en una cafetería llamada Tsubaki?

Toyama (un poco sorprendido): Sí. En esa época, yo acababa de abandonar la empresa anterior por una cuestión trivial y me dedicaba a hacer avances y trabajos provisionales.

Yo: ¿Qué significa avances?

Toyama: Quizá los llamen de ese modo porque uno solicita un trabajo temporal dirigiéndose directamente a alguna sucursal. En principio, las empresas grandes prohíben contratar avances, pero lo hacen en secreto para evitar las pérdidas idiotas que significaría dejar los vehículos estacionados todo el día por la ausencia de los choferes enfermos o negligentes. Además, esos choferes temporales en general son tan avaros que pueden trabajar hasta veinticuatro horas seguidas, haciendo caso omiso del reglamento. En general, uno consigue empleo luego de presentarse en dos o tres empresas.

Yo: ¿El Tsubaki tiene algo que ver con los avances?

Toyama (un poco desconcertado): Yo soy un empleado formal de una empresa y no tengo nada que ver con el Tsubaki... A ver, ¿cómo le digo?... Sabe, para cierta clase de gente sirve de trampolín eficiente y no me gustaría traicionar a mis colegas...

Yo: A mí solo me interesa encontrar alguna pista para averiguar el paradero del señor Nemuro. ¿Está insinuando que el Tsubaki funciona como intermediario en los empleos temporales para los choferes?

Toyama: Exacto. Como abren temprano y sirven un café muy cargado, muy pronto se convirtió en el punto de encuentro de los taxistas. Y supongo que de ahí se les ocurriría montar ese negocio.

Yo: Me ha dicho que los taxistas temporales trabajan sin límite de tiempo. ¿Ganan mucho más que los ordinarios?

Toyama: Los temporales no cuentan con salario fijo, ni seguro social ni indemnización alguna, pero en cambio se quedan con el cuarenta o cuarenta y dos por ciento de lo que cobran por sus servicios. Con diez días de trabajo al mes, cualquiera podría ganarse unos cincuenta mil yenes. Me han contado que los más expertos, cuando logran cubrir algún festival o las carreras de caballos o de bicicletas, ganan cien mil en tres días feriados.

Yo: Es un dineral...

Toyama: Sí, es un negocio ideal para los jóvenes solteros y un tanto presuntuosos. Se arruinarían si llegan a enfermarse o si les suspenden la licencia, pero aquellos que no piensan en el futuro podrán sacar el máximo provecho.

Yo: ¿Frecuentaban el Tsubaki muchos tipos de esa calaña?

Toyama: Bueno, hay cerca de ochenta mil taxistas solo en Tokio. Veinte o treinta entre ochenta mil no es nada. Además, más de la mitad de los asiduos del Tsubaki éramos miembros nominales. Me parece que el dinero fácil puede corromper a las personas. De hecho, los que se acostumbran al dinero fácil se convierten en individuos sombríos, a pesar de su aspecto de holgazanes. Visten trajes lujosos, calzan zapatos elegantes e incluso usan relojes de pulsera importados, se irritan con facilidad y provocan a menudo a sus compañeros. Yo sabría distinguir a simple vista a los que llevan más de cinco años dedicándose a trabajos temporales, porque adquieren unos rasgos muy característicos en su fisonomía.

Yo: ¿Usted cree que el señor Nemuro se había dado cuenta del negocio secreto del Tsubaki?

Toyama: Recuerdo haber conversado con él al respecto.

Yo: ¿Conoce más sitios parecidos al Tsubaki?

Toyama: Supongo que existen muchos más. Me han contado que casi el veinte por ciento de los taxistas son temporales. Leí en la prensa un artículo sobre las investigaciones que hicieron en torno a un mediador clandestino.

Yo: ¿Es estricta la policía?

Toyama: Ese negocio atenta contra la legislación laboral. Consideran a los intermediarios clandestinos como agentes de la mafia.

Yo: ¿Usted cree que el Tsubaki está vinculado con alguna organización clandestina?

Toyama: No sé. Nunca me he fijado ni me ha interesado averiguarlo.

Yo: ¿No le parece probable que el señor Nemuro se haya hecho cliente habitual de algún otro sitio de mediación?

Toyama (sorprendido, reflexiona con cara seria): Tengo entendido que el señor Nemuro era jefe de ventas de una empresa comercial en forma. Tal vez hubiera cometido algún error grave, no sé... Desde luego, no faltan los bichos raros entre los taxistas... Algunos habían sido maestros de escuela o vendedores de pescado, y otros monjes o pintores... Aunque físicamente es un trabajo duro, se pueden evitar las relaciones fastidiosas con los colegas. Es un oficio ideal para quienes prefieren estar a solas en medio del gentío, pero cuando te acostumbras a conducir un coche solo para servir a los demás, sin ningún futuro asegurado, a veces comenzamos a preocuparnos por nuestro incierto destino. Con razón, antes nos llamaban “nubes flotantes”. Claro, al parecer recorreremos cada rincón de la ciudad y suelen tomarnos por conocedores del mundo, pero a decir verdad estamos completamente desvinculados de la sociedad. Para nosotros, las calles, ya sean bulliciosas o solitarias, no son más que eso, calles, y los clientes, ya se trate de hombres o de mujeres, ricos o pobres, no son más que clientes, que, para colmo, representan más una carga que personas, aunque de vez en cuando digan cosas sin sentido. Al final de un dilatado periplo entre millares de personas, uno suele sentirse tan abandonado y solitario como si hubiera atravesado un desierto sin presencia humana alguna. A mí no me desagrade sentirme solo, y no cambiaría este oficio por ningún otro, por más fastidioso que me parezca, pero a los novatos les haría falta una voluntad férrea para iniciarse como taxistas. Quizá les resultaría más fácil si hubieran tenido la experiencia de conducir camiones ligeros, pero no me imagino al señor Nemuro trabajando como taxista.

Yo: Suponiendo que se hubiera involucrado de lleno en el mundo de los taxistas, ¿habría alguna manera de averiguar su paradero?

Toyama: Complicado. Las empresas conocidas habrían examinado las hojas de vida antes de emplearlo y le ayudarían en la investigación... Pero tratándose del Tsubaki...

Yo: ¿Complicado?

Toyama: Existe una regla implícita que consiste en no suministrar ninguna información sobre los clientes habituales, ni siquiera los nombres.

Yo: ¿Qué tal si les explico la situación antes de preguntar?

Toyama: Al enterarse, tratarían de ocultar aún más la información.

Yo: Si usted fuera todavía un visitante asiduo del Tsubaki, ¿se negaría a aportarme información sobre un desaparecido?

Toyama (reflexiona unos minutos): ¿Por qué se habría de creer que alguien tiene el derecho de perseguir a un desaparecido aun cuando no haya cometido ningún delito?... No me convence que una persona justifique su derecho a seguir las huellas de un sujeto que haya desaparecido por su propia voluntad.

Yo: Los parientes abandonados responderían con un argumento similar diciendo que una persona no tiene derecho a desaparecer.

Toyama: Desaparecer no es una cuestión de derecho sino de voluntad.

Yo: Perseguir a un desaparecido puede ser también cuestión de voluntad.

Toyama: En tal caso, preferiría permanecer neutral, sin enemistarme ni aliarme con ninguno de los dos bandos.

—Mira ¡qué azul! —grita sorprendido un estudiante de secundaria al levantar la mirada hacia el cielo. Como respuesta, otro estudiante abre embelesado la boca y suspira con los ojos ennegrecidos:

—¡Qué azul tan impresionante!

Sin embargo, a medida que el azul del cielo se intensifica arrecia el ventarrón, y los dos estudiantes tienen que aguardar inclinados delante de la barrera, sujetando los faldones del sobretodo con sus bolsos y agarrando el ala del sombrero con la otra mano. A la izquierda de la barrera está la estación del tren de cercanías. El portal de salida se encuentra en un plano alto, que se comunica con la calle a través una escalinata de concreto de cuatro peldaños. Al final de la escalinata se ve un kiosco con una mesa rústica donde se exhiben periódicos y revistas cubiertos por una capa

transparente de vinilo, ondulante bajo el viento, que una mujer de edad mediana se empeña en sujetar con las manos, los codos e incluso con el pecho. El cielo luce denso, como mezclado con polvo de aluminio, y sobre su rugosa superficie pasan a la carrera nubes con forma de algodón planchado. El sol se ubica en diagonal a la derecha y todas las sombras se cruzan en la calle en ángulo recto.

Mientras las nubes se desplazan en una sola dirección, en la calle vuelan trozos de papel en desorden total. Es increíble que se vean tantos papeles desparramados por la calle. Desde luego jamás me ha parecido que la ciudad sea limpia, pero por primera vez percibo a los papeles como protagonistas del paisaje. Aparte de algunos trozos blancos, la gran mayoría, tal vez desgastados luego de haber permanecido enterrados bajo el polvo, tienen el color de las hojas secas. Ahora, los papeles empiezan a bailar en medio de la calle y sobre los rieles. Cosa rara, jamás se levantan más allá de los dos metros, y trazan figuras complejas alrededor de coches y transeúntes, como si quisieran jugar. Se mueven de forma impredecible como peces migratorios, tomando por sorpresa a quienes los observan. De esta manera se confirma la hipótesis de que el aire también tiene vida propia. Un papel se desliza con suavidad sobre la superficie para luego ganar altura de repente, y enseguida vuela en línea horizontal hasta quedar pegado al costado de un coche, antes de aterrizar sereno sobre la tierra, cerca de las llantas de otro coche que se atraviesa. El coche pasa de largo y ya no alcanzamos a ver el papel, pues se enrolla como un perro en la rodilla de un peatón al otro lado de la calle.

Desde luego, la polvareda, junto con los pedazos de papel, produce corrientes y remolinos, poniendo de relieve la estructura del viento. Sin embargo, hace resaltar la suciedad de mi coche en lugar de volverla borrosa. Quizá en realidad no es la polvareda sino la luz con forma de tolvana que genera tales remolinos. Esto puede explicar el hecho de que suelo percibir la primavera en el sabor y el aroma del polvo de febrero. Me doy cuenta de que los rayos de hoy se ven amarillentos. A pesar de que he mantenido el coche sucio a propósito durante más de dos semanas, para que no luzca demasiado vistoso, creo que ya será mejor mandarlo a lavar la próxima vez que le ponga gasolina.

La sirena deja de sonar, se apaga la flecha que señala la dirección del tren y se levanta la barrera que permite el acceso a cuatro pares de rieles, dos para los trenes normales y dos para los expresos. El gentío invade el paso estrecho en forma de reloj de arena y los vehículos se abren paso despacio entre la multitud. De nuevo comienza a sonar la sirena antes siquiera de que termine de pasar el primer coche de la fila, y el mío resulta ser el último en cruzar, a duras penas.

Doblo a la izquierda en la segunda esquina. Por suerte encuentro un pequeño espacio libre detrás del primer poste de electricidad. No es suficiente para estacionar un coche, pero logro encajarlo en diagonal un poco a la fuerza, en retroceso. Al bajarme me doy cuenta de que alguien ha garabateado al costado del coche, vaya a saber cuándo, “

idiota

”en grandes caracteres. Seguro que lo hizo de prisa, pues la última letra se ve borrosa, conservando una huella como de un guante grueso.

Desando el mismo camino hasta la avenida principal y me fijo en la esquina derecha... Una vitrina extrañamente moderna, color púrpura... Un maniquí, con las extremidades sueltas, se mantiene en vilo colgado de un alambre delgado, luciendo diversas prendas de diseños distintos según las partes de su cuerpo: manos, brazos, torso, piernas. Sin otro adorno en particular, la vitrina, con un fondo de espejos combinados de forma intrincada, estimula la imaginación sensual de los observadores al producir la ilusión de que se trata de diez maniqués juntos.

Hasta hace tres años en esta zona no se habría tolerado semejante forma de presentación... A modo de contraste con la ciudad luminosa, este era un típico barrio marginal de una sola calle comercial, con una tienda miscelánea de baratijas, un salón de pachinko y un oscuro cine donde exhibían películas con tres meses de atraso en relación con el centro... Conforme aumenta la avidez urbana por las novedades, se han ido limando los contrastes entre la ciudad y sus suburbios, de tal manera que los reclamos de la modernidad encajan de forma natural en esta zona. De hecho, al otro lado de la avenida están construyendo un supermercado con estacionamiento subterráneo. No tiene sentido discutir si fue por una intuición afortunada o por una suerte inesperada. Al fin y al cabo el perdedor soy yo.

“Sastrería Piccolo”

Del brazo en forma de flauta cuelga una placa acrílica color leche con láminas de aluminio que dibujan ideogramas con formas de paja trenzada. Debo admitir que se trata de una técnica vistosa, con cierta elegancia. Me han dicho que a mi esposa la llamaban Piccolo cuando estudiante. No creo que aquel fuera un apodo malintencionado, pero tampoco se podría atribuir del todo a un sentimiento de afecto. De todas maneras, mi esposa prefirió ignorar los aspectos negativos y solía presentarse con todo gusto como Piccolo. Quizá por eso mismo la llamaban así. Hasta ahora estoy convencido de que me sentí atraído por esa sencillez tan suya, que es más una virtud que un defecto.

La puerta junto a la vitrina es de una sola lámina acrílica color negro, que refleja el edificio en construcción del otro lado de la avenida. Ahí aparece mi imagen y me enfrento a mí mismo. Con el cabello desgredado, sacudido por el viento, y los hombros inclinados, como escorados por una enfermedad, me veo como un hombre débil, más apropiado para ser perseguido que para representar el papel de perseguidor... Pero no debo arreglar mi cabello... Aunque la lámina desde este lado actúe como un espejo, del otro lado me estarán viendo con toda claridad.

Paso al interior de costado, empujando la puerta con el hombro, y estornudo sin querer a causa de un ligero hormigueo en la nariz producido por el calorillo del ambiente. Más que cierta agradable tibieza, se trata de un aire particular, creado por una mezcla del vapor de la plancha, perfume, tinta y el aroma a tela nueva, que viene

flotando desde la sala de costura. A mano izquierda, un estante decorado con muestras de tela, cuadernos de diseño y productos hechos por encargo. Una vitrina que contiene botones, trozos de cuero y adornos triviales. A la derecha, una mesa redonda de falso mármol, sostenida por delgadas patas de metal, con dos sillones color marfil y un sofá. La pared, el cielorraso y la cortina del fondo que oculta la sala del probador están cubiertos por idénticas telas rústicas de color ocre claro con espesas estampas de flores, llamativas pero tranquilizantes, que combinan muy bien con la sencilla lámpara enmarcada en cristales rectangulares.

Sentada con los codos apoyados en los brazos del sillón, de espaldas a la cortina del fondo, mi esposa levanta la mirada con un gesto gracioso al verme llegar. En momentos como este siento una tremenda envidia hacia las personas que usan anteojos, y que pueden matar el tiempo con naturalidad limpiando los lentes empañados. Hombre sin anteojos, me dejo caer en el otro extremo del sofá, del lado de la avenida, indiferente y silencioso. Enseguida me siento atrapado entre el chirriar de los resortes de aquel mueble.

—Tengo que mandarlo a reparar, pues algunos muelles se han roto —riendo, mi esposa permanece sentada en el sillón con las piernas cruzadas. Las rodillas asomadas bajo la falda un tanto corta parecen más robustas que la última vez que la vi. Al sentir mi mirada, se golpea las rodillas como si tratara de matar un mosquito, y dice con prisa y en un tono suave: Me conviene que las faldas tiendan a ser cada vez más cortas. Con el descenso de los precios de la tela, se me hace difícil cobrar mucho dinero por la costura. Con los cambios frecuentes de la moda, la gente tendrá que pedir ropa nueva con frecuencia...

—Dicen que las faldas cortas se han puesto de moda por causa de una guerra.

—Todo tiene su ciclo.

—No lo dudo.

—¿Qué es lo que quieres hoy?

—Deseo que me aclares una cosa... ¿No te molesto?...

En ese momento veo como se mueve la cortina del fondo, y distingo el rostro de la ayudante que se asoma. Hola, ¿qué le sirvo, señor, té normal o café? No es bonita, pero su rostro ingenuo posee cierta gracia... Como su figura menuda se presta para cualquier tipo de ropa, mi esposa, que siempre viste con modestia, le hace trajes ultramodernos. Desde luego, también calcula el efecto psicológico que este ardid produce en los clientes. La dueña de una sastrería vestida con una gala excesiva puede resultarles un tanto repulsiva, mientras que un traje demasiado modesto les infundiría desconfianza acerca de sus habilidades y sentido estético. Al respecto, la pareja de esta tienda funciona de lo mejor. La chica se queda observándome por encima de los hombros de mi esposa, apenas asomando su cara fuera de la cortina. La mirada cándida, ajena a la sensatez, como la de un pájaro a la espera de un silbido. Sin preocupación alguna porque se trata del marido de su jefa. Además, no siente necesidad de mostrar ninguna curiosidad por el hecho de que estemos separados. Se

me ocurre que está desnuda detrás de la cortina. Pero sé que no se atreve a mostrar sus atributos aunque me reconoce como hombre. Incluso, llegué a sospechar de una inclinación lesbiana en mi esposa cuando me presentó a esta chica, capaz de coquetear con su sensual mirada entre las mesas y la pared.

—¿Algún asunto complicado?

—Depende de cómo lo tomes.

—Me hubieras llamado de antemano.

—Es que quería ver tu reacción inmediata. Ya estoy harto de tus respuestas premeditadas.

La chica aprieta los labios dibujando una línea horizontal y, luego de sacudir la cabeza a uno y otro lado, se retira tras la cortina, dejando flotar en el aire una mirada indulgente.

—Esa chica es una carga un poco pesada... —mi esposa baja la voz, pero a la vez suelta una risita cómplice que se puede interpretar como que está consciente de ser escuchada—. ¿No te interesaría consentirla un poco? Es una chica muy hábil y coqueta.

—Se nota que has madurado. Pero ahora me pregunto cuál fue la razón determinante por la que nos separamos.

—¿Y para eso has venido, solo para hacerme una pregunta tan tonta? —me mira con desprecio—. Aquí en la tienda, a pleno día...

—Dime sin demora lo primero que se te ocurra, sin pensarlo demasiado.

—Accedí a la separación porque creí entender que eso era lo que pensabas. Y ahora vienes a hablarme como si yo hubiera sido la responsable...

—¿Dices que fui yo quien lo planteó primero?...

—Por supuesto.

—Claro, me opuse con terquedad a que abrieras esta tienda.

—¿No has cambiado de opinión?

—Admito que perdí.

—No es cuestión de perder o ganar...

—Mucha gente me ha preguntado por qué me hice detective privado. ¿Sabes cómo les contesto?

—Apuesto a que jamás dices la verdad.

—Contesto: mi esposa contrató un detective para averiguar mi vida, pero resulta que el detective la traicionó y me sugirió que le comprara su silencio. Es cierto que yo también tenía mis debilidades, pero por otro lado me di cuenta de lo absurdo que resultaba mantener mi perfil social cuando me enfrenté con el descaro de las personas que se divertían a cuenta de las confidencias...

—Me conviertes en una bandida incluso cuando inventas una ficción.

La risa se disuelve lentamente sobre el semblante de mi esposa, hasta esfumarse por completo, y una sensación de vacío, blanco como una playa en bajamar, se cierra sobre sí misma hacia la mar lejana.

—No es que te convierta en bandida sino que me burlo de los detectives.

—No deberías hablar así.

—¿Te llevas bien con ese arquitecto?

—Mi principal defecto consiste en herir tu orgullo sin querer, pero tú tampoco estás exento de maldades. Eres demasiado celoso.

—¿Celoso? Nunca se me había ocurrido.

—Lo siento, no debí habértelo dicho, pero la culpa es tuya por haberme incitado a hablar. Siempre seguimos el mismo círculo vicioso, sin saber dónde está el inicio... mientras tanto, la discusión perdura hasta la eternidad...

—¿Todavía no quieres que te firme el documento de divorcio?

—¿Acaso te lo pedí en algún momento?

—Es que me opuse con empeño a que abrieras esta tienda.

—Eso ya se acabó.

—Se acabó porque me ignoraste y llevaste a cabo tu proyecto a la fuerza. No quiero ser irónico, pues al fin y al cabo eras tú la que tenía razón, y es evidente que soy yo el que se equivocó... ¿Sería acaso por celos?... No, no creo... Es diferente aunque se le parezca... Solo quisiera saber por qué me equivoqué y tú no...

—Me molesta que siempre te hagas la víctima.

—¿Acaso no te parece evidente que lo soy al estar en esta tienda?

—Entonces... —mi esposa destraba las piernas y se inclina hacia adelante con las manos cruzadas sobre las rodillas—. ¿Qué tal si hubiera sucedido lo contrario? ¿Qué habrías hecho tú si hubieras tenido éxito en un negocio al que me opuse, y que por consiguiente yo te planteara la separación?...

—Me habría costado comprenderte, desde luego.

—¿Ves qué clase de egoísta eres?

—Me parecería bien que te costara comprenderme.

—De hecho, me cuesta.

—Me dijiste que habías creído entender lo que pensaba.

—Lo dije solo para vanagloriarme.

—Bueno... resulta que me atormentaba a solas por un asunto que ni yo mismo me explicaba...

De repente mi esposa se incorpora con una palmada. Sus ojos me miran con un brillo de satisfacción.

—Ya entiendo, te fugaste de casa, sí, te fugaste.

—¿Que me fugué?

Por supuesto que sí. Sabía lo que hacía, y no hay necesidad de que vengan ahora a recordármelo. Más bien me extraña que me lo diga así de sopetón, como si lo acabara de descubrir. Pero, a la vez, no dejo de sentir un extraño desconcierto ante una revelación tan evidente. Una afrenta humillante como si me hubieran arrojado un cenicero encima... ¿Por qué será?... Quizá porque por un instante me sentí identificado con el desaparecido, el objeto de mi investigación. Afuera, el sol

aumenta su brillo, tiñendo la puerta negra con toques verdosos, y mi sombra yace sobre el piso casi en paralelo al sofá, con el hombro recostado en el otro extremo. La cabeza degollada no se ve por ningún lado.

—Claro que sí, huiste.

Mi esposa asiente complacida y me observa, cautelosa, como si mi aprobación resolviera todo el problema.

—¿De qué? ¿De ti, quieres decir?

—Qué va —niega con movimientos vehementes de la cabeza—. De la vida... De esas carreras interminables con artimañas secretas, de la tensión de andar en la cuerda floja, de las agrias disputas por sobrevivir... ¿No te parece?... Al fin y al cabo, no fui más que un pretexto...

De repente, un dolor agudo se enciende como fuego blanco en el fondo de mi ojo izquierdo, como si me lo acabaran de perforar con un clavo oxidado. Desde luego, es por la muela rota. Debo curármela antes de que la infección se extienda hasta la mandíbula.

—¿Estás diciendo que un detective privado... tiene el poder de valerse de artimañas secretas o de someterse a carreras interminables?

—Bueno, la competencia desatada en el brillante campo de una empresa publicitaria no es la misma que sobrelleva un detective privado dedicado a espiar la vida ajena. Fíjate, dejaste el empleo anterior casi al mismo tiempo que te fuiste de casa... Esto es lo más importante... ¿No te parece que te habrías conformado con un solo empleo o que los hubieras atendido en dos etapas diferentes, de no haber sido por causa de la competencia?... Te opusiste al proyecto de esta tienda porque estabas convencido de que la vida asegurada no solucionaría nada en absoluto... La vida, la tuya, había llegado a un punto donde no te quedaba más remedio que ganar la carrera en tu empresa...

—¿Me crees tan ambicioso?

—¿Qué te duele?

—Una muela rota.

—Ten esto, tómate una —sostiene entre sus dedos una cajita con forma de broche colgada de su pecho y levanta la tapa mostrando una fila de tres pastillas blancas—. Siempre las llevo conmigo... Últimamente he vuelto a sufrir de dolor de cabeza.

Como si alguien estuviera al acecho, se sacude la cortina del fondo, y se asoman en primer lugar las nalgas de la muchacha. Falda corta color hoja seca, tan ceñida que deja entrever la hendidura del trasero... Medias largas tejidas con brillos color perla... El cuello cortado en rectángulo al estilo militar... Puños con dobleces, adornados por botones de perla, y ojos grandes que destellan traviesos... Y por añadidura, un par de tazas rebosantes de café, a punto de derramarse... Da una media vuelta pausada sobre los tacones de sus zapatos, también color hoja seca, y me lanza una mirada furtiva antes de acercarse con pasos tersos y livianos. Se puede sentir cada uno de los movimientos de sus músculos con tanta nitidez como si los realizara

sobre la palma de mi mano. Reconozco de nuevo, encantado, las habilidades de mi esposa para diseñar aquellas prendas tan provocativas.

—¿Quieres un poco de agua?

—No, gracias, ya no me duele.

Me doy cuenta de que el dolor se ha disipado sin dejar rastro. La chica se muerde el labio inferior y, un tanto confundida entre la sonrisa y la tensión, deposita con cautela la bandeja sobre la mesa, pero el café se derrama con una sacudida. Luego de lanzar una sonora carcajada, la chica se sienta con naturalidad frente a mí. La candidez de su actuación puede ser una forma muy refinada de arte. Mi esposa solicita la aprobación de la chica:

—El aposento de este señor está siempre listo para su regreso, ¿no es cierto, preciosa?...

La chica escudriña mis ojos con picardía y susurra en tono risueño:

—A mí me encantan los hombres...

Reitero mi convicción de que no debo volver.

Sobre el asfalto reseco, que puede parecer blanco o negro según cómo se lo mire... Noventa kilómetros por hora, diez más que la velocidad permitida... El motor resuena como un alambre insertado en la hélice de un ventilador y las llantas rechinan al igual que latas arrastradas sobre un piso de cemento... Aturdido por los ruidos que calan mis huesos, me siento aislado del mundo en medio del silencio... Solo veo la carretera de concreto que perfora en línea recta el cielo... No, no es una carretera sino una franja de tiempo... Siento el tiempo que fluye en lugar de verlo...

No puedo creer que haya un peaje más adelante... No es cuestión de creerlo o no, ni falta que hace... Para empezar, no me explico por qué estoy aquí a estas horas... Ya ha pasado la hora en la que iba a verme con mi jefe en la oficina... También dejé plantada a mi cliente sin siquiera llamarla... Sin explicarme la razón por la que estoy aquí, ¿cómo voy a saber para dónde voy?... Puro tiempo... Derroche de tiempo sin objeto alguno... ¡Qué lujo!... Piso el acelerador hasta donde me alcanzan las fuerzas... La velocidad sube hasta los noventa y seis kilómetros por hora... Siento el rechinar de las llantas en las curvas... La sensación de haber despertado en un sitio no registrado en ningún mapa, un día fuera del calendario... Si insisten en seguir llamando fuga a la sensación de plenitud que ahora me embarga, a quién diablos le importa... Experimento una emoción similar a la de un pirata que decide hacerse pirata para partir con las velas desplegadas hacia los mares desconocidos, o la de un bandido cuando se convierte en bandido para ocultarse en un desierto solitario, en los bosques o en algún suburbio de la gran ciudad... Que nadie se compadezca de una persona tan insignificante como yo... Hacerlo sería tan absurdo como si una persona que se encuentra a punto de morir de sed en el desierto llorara desconsolada por alguien que se está ahogando...

Sin embargo, la vigilia de este tiempo puro se interrumpe de pronto por la vuelta

del sueño. Peaje. El dilatado sueño que sigue a una breve vigilia artificial. Decido retornar, corro en dirección opuesta, pero ya no logro recuperar el humor, quién sabe por qué. ¿Será acaso por el coche deportivo color rojo que me ha sobrepasado dejando tras de sí un fuerte rugido, como el de un león? No, más bien será por la toma de conciencia de estar de vuelta y la consecuente sensación de vacío que ha desinflado mis fantasiosas expectativas. También tendrá que ver con mi posición de espaldas al sol. Esta vez, la perspectiva del cielo es mucho más amplia que la vista de la carretera. A pesar de la formación de algunas nubes, el azul cubre el cielo con aspereza como una tela de algodón almidonada. Quizá por una ilusión óptica, las nubes se aglutinan pardas delante de mis ojos. La ciudad se abre bajo el cielo ennegrecido. La misma ciudad que creía haber dejado hace media hora aguarda mi regreso con sus gigantescos brazos llenos de cicatrices. Pirata con su barco encallado, pirata arrepentido... ¿Será que solo estaba viendo un espejismo?... No puede ser... Nada demuestra que la ciudad que abandoné sea idéntica a la que me espera... Puede tratarse de un desfase en el tiempo, tan minúsculo como un micrón, que pasa desapercibido... Aunque sea un micrón, la diferencia es sustancial... Una vez a la semana salgo de espaldas a la ciudad por esta autopista, lo que suma cuatro micrones en un mes... cuarenta y ocho en un año... mil cuatrocientos cuarenta si llego a vivir treinta años más... o sea, un total de casi un milímetro y medio... cifra con la que es válido imaginarse un colapso, ya que el monte Fuji se está desmoronando a menor velocidad.

El cielo sucio se hincha y amplía paulatinamente, desplazando el azul. Otro pinchazo leve en mi muela... ¿Por qué tengo que estar excusándome a cada rato?... ¿Para justificarme delante de mi esposa?... ¿Para explicarle a mi cliente que la muerte de su hermano no tiene nada que ver conmigo?... ¿Para convencer a mi jefe de que no tengo ningún deseo de involucrarme en este asunto más de lo necesario?... Bueno, eso forma parte de mi trabajo... “Un buen cazador no persigue a la presa con demasiado empeño. Primero piensa, puesto en lugar de su presa, para ubicar las vías de fuga, y se persigue a sí mismo hasta darse alcance” (de *Memorias de un agente policial*)... Por supuesto, suena muy bien, pero ¿será cierto?... Contra lo que creía, quizá he estado compitiendo con “él” sin darme cuenta... ¿Competir con “él”?... Claro, delante de “él”, que se fugó para nunca más regresar, no me queda otra alternativa que justificar mi propia tibieza permaneciendo en el mismo sitio sin fugarme ni regresar...

Puede que así sea. Me inclino a aceptarlo al plantear el asunto de esa manera. Aun así, estoy en una mejor situación que cuando me olvidaba de “él”, mi objetivo principal, trastornado ahora por la muerte de su cuñado. Quizá he empezado a visualizarlo. Un agujero negro, abierto en algún apartado rincón del paisaje, en varias ciudades superpuestas... La sombra de un “él” inexistente... Vista de esta manera, la ciudad está llena de agujeros, casi a un nivel decepcionante... Por supuesto, si esta fuera su sombra, “él” no sería uno solo sino infinito... “Él” dentro de mí, “él” dentro

de ella, “él” dentro de “él”... Parece que algo está cambiando de forma radical en mi interior...

Detengo el coche en un refugio con teléfonos públicos. Apenas me bajo, el cielo se oscurece como si le hubiesen pasado un sucio brochazo. Todavía permanece cierto calorcillo en la cabina telefónica, cuyo fuerte olor a moho parece revelar la escasez de usuarios.

—Disculpe que haya tardado tanto en buscarla.

—Me viene bien, porque me he cansado de llorar. Ya casi no me quedan lágrimas.

Habla en el mismo tono oxidado de siempre, pero su extraña calma parece más bien un indicio de embriaguez que el alivio proporcionado por el paso del tiempo.

—Estarán en apuros por causa de su demora.

—Ni caso que me hacen. Desde luego, el funeral será costeadado por los miembros de su banda, que al fin y al cabo resultaron más parientes suyos que yo... Alquilé este traje de luto en una tienda...

—Le queda bien. Quizá le extrañe que se lo diga, pero le sienta muy bien el negro.

Una empinada pendiente que atraviesa el lado sur de la colina donde se ubica el conjunto residencial... Larga escalinata... Cuesta abajo... Matorrales de bambú a ambos lados... La mujer se adelanta mostrando las líneas profundas de su nuca...

—¿Todavía no le han contado cómo y con qué motivo lo liquidaron de una forma tan cruel?

—Ya ni lo veía como un hermano. Al decir verdad, no sabía nada de él.

—Parece que lo mataron justo después de que nos habíamos separado. De alguna manera, me siento responsable.

—Qué extraño, nadie me ha dicho que usted estuviera con él.

—Hace frío. Está nublado de nuevo...

Al final de la escalinata, los matorrales se convierten en un cementerio, y justo al lado derecho... un pequeño templo, antiguo, techado con tejas, que aparenta cierta solemnidad. Contando tan solo con los funerales como fuente de ingresos, luego de la radical disminución de feligreses conforme a los cambios fisonómicos de la ciudad, el templo se ha deteriorado a simple vista, los postes del portal carcomidos por las termitas, que apenas se sostienen sujetos a unas tablas atadas con sogas. Bueno, tampoco se puede negar la posibilidad de que esta decadencia tan notable se deba a la desidia de los monjes o a una estrategia para no pagar impuestos, pues el crecimiento de la población conlleva necesariamente el aumento de los funerales.

Al atravesar el portal, veo al frente un telón funerario blanco y negro. Desde la mesa de recepción, con una estufa portátil para calentarse las manos, hasta el telón del fondo se extiende un sendero entre dos filas ordenadas de jóvenes imberbes, apostados a distancias regulares como postes de electricidad, que uno tras otro nos dedican venias maquinales a medida que avanzamos. La fórmula estereotipada de

apoyar las manos sobre las rodillas con las piernas medio abiertas me parece más ridícula que grotesca. Desde luego, en la oficina hemos tenido contactos con mafiosos, pero nunca había observado un comportamiento tan arcaico.

Reina un silencio absoluto al otro lado del telón. El olor condensado del incienso me deprime aún más, haciendo resaltar el ambiente mortuorio. Un monje continúa recitando oraciones en voz baja y monótona. Cuatro coronas, con grandes letreros de “Servicio Yamato”, indican la clase de este funeral de penúltima categoría.

A ambos lados de la sala principal han habilitado espacios con cojines para que se puedan sentar los asistentes. La mayoría permanecen desocupados, y a la derecha, hacia el fondo, se deja ver un tipo gordo y retacón, de mediana edad —con certeza pertenece a un rango superior—, que dormita con los ojos cerrados junto a una estufa eléctrica. Hacia la izquierda se ubican cinco individuos ostentosos, incapaces de pasar inadvertidos, todos vestidos de negro, que se sientan incómodos con las rodillas dobladas.

Uno de ellos nos reconoce con agudeza y se acerca bajando la escalera a pasos ligeros. Piernas y brazos estirados, y la amplia barbilla con la punta partida. Lo sigue otro sujeto de anteojos negros, tan gordo que su cuello desaparece hundido en el tronco del cuerpo. Pasos inseguros y tambaleantes, a causa de las piernas entumecidas o quizá por la embriaguez avanzada. Recuerdo haber visto al tipo de anteojos. Sí, se parece a uno de los integrantes del trío que rodeaba la hoguera la otra noche en la ribera. Con las piernas abiertas, el rostro enmarcado por espesas patillas con las puntas rizadas. Una venda en la frente y una mancha de yodo sobre la nariz deben ser huellas de la trifulca.

—Lo lamento mucho, señora. —Hace una reverencia inclinando la barbilla pronunciada—. El jefe, el secretario y otros directivos tuvieron que ausentarse por ciertos compromisos, y me han encargado que le ofrezca de parte de ellos sus más sentidas condolencias. De lo demás —señalando con el rabillo del ojo al dormilón, al tiempo que vuelve la mirada para escudriñarme de pies a cabeza—, se hace cargo el administrador, así que no se preocupe.

La mujer me presenta al tipo de barbilla pronunciada:

—Es el señor del que le estuve hablando la otra vez... Me gustaría que conociera al encargado de la sociedad de mi hermano.

De pronto alguien me da una palmada en la espalda.

—Qué bueno que saliste sano y salvo... ¿Ves que te lo había advertido?... Sabía lo que iba a pasar...

¿Quién es ese cerdo gris? Una voz familiar... Claro, el individuo que me atendió en el micro la otra noche... No lo habría reconocido de no haber sido por su voz... Se afeitó la cara hinchada y abotargada, y para colmo se ha puesto una corbata, en nada se parece al tipo que cocinaba ramen en la ribera. Accedo a darle la mano y me esfuerzo por dibujar una sonrisa a manera de reconocimiento. En un instante hemos firmado un pacto implícito para hacer un frente común y defendernos en el caso de

que lleguen a sospechar de cualquiera de los dos como testigos.

Enseguida se nota el efecto del pacto. El tipo deja a un lado la cautela como si se desprendiera de una barba postiza pegada con saliva.

—El encargado debe estar afuera... Lo mando llamar de una vez.

Y desaparece con presteza hacia el otro lado del telón. Mientras tanto, el sujeto de anteojos, parado con las piernas abiertas como un bulto, no intenta disimular su odio desbordante tras los lentes oscuros. Tal vez me guarda rencor porque la otra noche cuando se acercó a mi coche en fuga me negué a prestarle ayuda. Bajo la nariz manchada con yodo, el temblor nervioso de sus labios pareciera indicar que está conteniendo su lenta furia. Apuro a la mujer, convencido de que ha llegado la hora de marcharnos.

—Vamos a rezar por el difunto.

—Ya lo hice —dice en un tono neutral, como si estuviera hablando de comida.

¿Cómo conviven en su interior esta serenidad cotidiana ante la muerte de su hermano y el vínculo afectivo con que siempre lo menciona? Desde luego, los funerales son ritos desagradables y deprimentes, aunque no tanto como las bodas, pero no dejan de ser ceremonias convencionales, útiles para que los sobrevivientes puedan seguir sus vidas con normalidad y cierto alivio, conservando la memoria del difunto. Me parece que las personas solo pueden permanecer indiferentes en un funeral cuando se trata de un difunto que les sea ajeno o, por el contrario, cuando le inspire un amor desenfrenado, más allá de la vida y la muerte... Tengo una corazonada siniestra.

El primer peldaño formado por una tabla ancha... Me quito los zapatos para ponerme las sandalias... Subo cinco peldaños hasta llegar al pie del altar... Un grueso cojín escarlata bordado con hilos de oro... Una mesa de madera blanca, rústica, donde han colocado el incienso... Al sentarme me doy cuenta de que llevo los guantes puestos y me apresuro a quitármelos. Consciente de que se me están arrugando los pantalones, termino de ofrendar el incienso según el ritual y, por primera vez, observo el retrato colocado al frente. Murmuro para mis adentros... Sí, es decir, así es, ahora, a ver, bien, bueno, entonces... Apenas me pongo de pie, el monje deja de recitar sus oraciones y se retira hacia el fondo como si hubiera estado aguardando mi señal, y acto seguido los tres mafiosos que se encuentran a mi lado aflojan sus rodillas, aliviados, y encienden sendos cigarrillos. El sujeto de edad mediana del ala derecha, identificado como el administrador, se despierta de repente y después de haberse sonado la nariz, se calienta las manos en la estufa eléctrica, dándoles sucesivas vueltas como si estuviera asando galletas de arroz.

El de la barbilla pronunciada se ha colocado, sin que me hubiera dado cuenta, al lado del pasillo por el que se acaba de retirar el monje, y me hace señas con insistencia. Bajo el parapeto del lado izquierdo, la mujer pareciera estar muy concentrada en la conversación que sostiene con el cocinero de ramen. En realidad es el cocinero el que habla, y la mujer no le presta mayor atención, distraída como está

con las mangas del traje de luto, dejándolas colgar hacia delante para luego enrollarlas o desplazarlas hacia su espalda. El cielo se oscurece de nuevo, invadido por nubes blanquecinas... Parece que el viento se ha calmado.

Me conducen a una habitación con piso de tatami y con un altar, que parece servir de antesala para el personal. Una estufa de gas con llamas azules hace que mis mejillas frías recuperen su color. Al lado de la entrada nos aguarda un joven sentado, su cabeza un tanto inclinada, las manos juntas sobre las rodillas. El de la barbilla pronunciada me mira a los ojos.

—¿Los dejo solos?

Asiento con una leve inclinación de cabeza mientras el otro se retira sacudiendo los hombros. La presencia de aquel sujeto me es ajena por completo y no se me ocurre qué preguntarle al muchacho, el supuesto encargado de la banda, pandilla, sociedad o como se llame, del difunto, luego de la inesperada presentación sin advertencia previa. Me siento delante del muchacho, separados por una desgastada mesita de dos colores, negro y dorado. Su nuca delgada e infantil no me parece muy apropiada para una persona —quizá se considera como el líder de los chicos que se agrupan en dos filas allá afuera— que ostenta el rango de encargado de una banda. El rostro que me muestra al enderezarse cuando me ve sentado se corresponde con el que me imaginé al fijarme en su nuca delgada. Piel de bebé, tersa y fina, como barnizada. La línea de la barbilla, sin relieve, podría ser la de una mujer. Labios femeninos, coronados con leves rastros de un ralo bigote recién rasurado. Nariz de cierta elegancia. Solo los ojos, extrañamente oscuros, despiden un brillo violento como de aceite quemado. Músculos demasiado débiles... No parece dotado de la fuerza suficiente para dominar a los demás chicos. Tal vez no sea más que un zorro con el respaldo de un tigre. Con la muerte del tipo se les habrá desmoronado su imperio, convirtiéndolos en el centro de los ataques de aquellos compañeros resentidos. Quizá estoy en una situación ideal para hacerle preguntas. Desde luego, existe la posibilidad de que sea un loco atrevido, experto en el manejo de las armas blancas para someter a los demás. Un combate a muerte exige habilidades muy diferentes de las que se requieren en los deportes o en las competencias de fuerza. Un perro callejero hambriento es capaz de vencer a un tigre.

Me pregunto ahora, ¿cuál sería el propósito de la mujer al querer presentarme a este muchacho? ¿Qué es lo que querría al ponernos frente a frente? Tenía suficiente tiempo para advertirme de antemano acerca este encuentro, que me ha resultado una sorpresa inesperada. La insignia en forma de rayo, idéntica a la que llevaba el tipo, seguro que corresponde al logo de la organización, llamada Servicio Yamato. Si este muchacho es el encargado, sus compañeros que afuera forman un par de filas deben haber sido los integrantes de la guardia personal del difunto... No, espera, la insignia del muchacho es la misma que portaba el tipo... pero la que carga el de la barbilla pronunciada es de un color diferente, aunque tiene la misma forma... la primera es

azul, mientras que la segunda es ocre... La diferencia de color no se corresponde con una clasificación según la edad, sino que atiende a la jerarquía de grupo, y en tal sentido la del tipo debe ser superior a la del individuo de la barbilla pronunciada. Quizá la banda del tipo sea una organización independiente dentro del Servicio Yamato.

¿Qué querría la mujer?

¿Se trataría quizá de una ocurrencia repentina o algo la inhibiría hasta el último momento? ¿O acaso pensaría que podría sacar algún provecho de un encuentro imprevisto para el cual yo no estaba preparado?

—¿“Encargado” quiere decir que está de turno?

—No.

Su tono burocrático, carente de emoción, es sin duda producto de un artificio. Se basa en la total indiferencia obtenida luego de haber cortado las líneas emocionales, para así lograr la sumisión absoluta, y una resistencia a toda prueba. Es casi imposible manipular a chicos de esta naturaleza desde el exterior de la jaula. Hay que meterse dentro de la misma jaula y jugarse el pellejo, exponiéndose a un combate donde puedes morder o resultar mordido. De momento, no estoy dispuesto...

—Me imagino lo difícil que ha resultado para ustedes la muerte tan súbita del jefe...

—Sí, tienes razón.

—¿Asumes el cargo de jefe tú mismo? ¿O lo compartirás con el jefe de otra banda?

—Creo que van a disolver nuestra sociedad.

—¿Por qué?

—La directiva de la organización tenía entre ceja y ceja a nuestro difunto jefe... Lo que sucede es que los menores de edad somos muy atractivos... Me refiero a los llamados chicos fugados de casa... que son explotados por la mafia... Una vez que nos descubren, estaremos bajo una vigilancia permanente... y no podemos obrar con libertad...

Chicos fugados de casa... Una idea se cruza por mi mente dejando una ola que rebota en el centro de mi corazón... Chicos fugados de casa... Si el tipo era el jefe de una organización dedicada a manipular a los chicos fugados de casa, debería tener un punto de vista totalmente distinto del nuestro acerca de la desaparición de “él”. ¿Lo sabría la mujer? ¿Se le ocurriría ponerme en contacto con este muchacho a sabiendas de todo esto?

—Leí el mensaje de condolencias en nombre de todos —de repente adopta una actitud desafiante, moviendo sin cesar el cuerpo, quizá en un intento por liberarse de aquel ambiente opresivo—. Y logré conmovérselos. Nuestro jefe era un hombre de buen corazón. Los conmoví. Aun cuando nos torturaran, ninguno se hubiera atrevido a delatarlo. Nadie querría regresar a casa. Esos tipos de la directiva no nos comprenden... Adorábamos a nuestro jefe... de todo corazón... Ya verán, esto no se

acabará así, sin más...

—Me han dicho que la policía detuvo al responsable.

—Tonterías. No es más que un chivo expiatorio. Al jefe lo mataron de un balazo. Ningún obrero de la construcción utiliza pistola.

—¿Se te ocurre alguien en particular?

—Más o menos...

—El jefe no está de acuerdo, ¿verdad?

—Por eso te digo que van a disolver nuestra sociedad.

—Y ¿los fondos, el dinero?...

—No hay problema, porque contamos con una clientela generosa. ¿No te has fijado allá afuera en la clase de chicos que somos?

Ya comienzo a entender a qué se dedican estos chicos. Ciertamente, me parecía extraño no haber visto a alguno de ellos alrededor de los micros de la ribera... Clientela... Clase de chicos... Ya lo veo... Un grupo dedicado a la prostitución masculina... El tipo era mantenido de un homosexual... Administrado con destreza, aquel negocio no sería ilegal... Bueno, cualquiera no sería capaz de lograrlo... Tendría que ser alguien dispuesto a meterse en la misma jaula para domesticar... Alguien capaz de combinar su gusto con el negocio. De ahí lo calamitoso de este funeral. Los de la directiva, que ya no sabían qué hacer con esta sociedad, se han marchado con su música a otra parte, dejando solo al administrador. El dinero en abundancia que producen estas bestias salvajes no es suficiente para mudarlas a otra jaula. Haría falta un hombre que los ame y que a la vez sea amado por ellos...

—¿Cada uno pertenece a un local determinado?

—Qué va —el muchacho entorna los ojos en un gesto de duda—. Trabajamos a otro nivel. Bueno, tú no lo comprenderás... no... No tienes cara de que te gusten esas cosas... ¿O me equivoco?... Los miembros de nuestro club son personas muy generosas. ¿Me encuentras algún encanto? ¿Te calientas al verme?

—Bueno, eres muy guapo.

—Entonces, ¿quieres que te golpee? ¿Quieres beber mi orina? ¿Quieres lamer la suela de mis zapatos?

De pronto siento un gran hastío delante de aquella mirada extrañamente inmóvil.

—No, gracias.

—¿Ves? Nuestros clientes son unos viejos asquerosos, podridos de dinero... Bueno, también entre la clientela figura uno que otro actor de la tele...

—Una pregunta... Supongo que sabrás contestarla... ¿No les hablé el jefe últimamente de una distribuidora de combustible?

—¿Distribuidora de combustible? ¿Clientes de nuestro club?

—No, si no sabes nada, no importa.

—No me gusta que me hagan preguntas. Me irrita.

—Bueno, una más, por favor, y no te sigo molestando... ¿Me puedes decir dónde se hospedaba con más frecuencia vuestro jefe en estos últimos días?

—Era una persona tan equilibrada que evitaba quedarse anclado en el mismo sitio.

—Y ¿qué hacía con el equipaje? ¿No llevaba siquiera un bolso para guardar sus pertenencias?...

—No cargaba más que una camisa y un cepillo de dientes. Qué tipo. Todo nos lo dejaba a mitad de precio después de que lo hubiera usado dos o tres veces.

—Algo debería llevar consigo. Una libreta, por ejemplo, o una cartera que solo usaba cuando tenía que guardar algo especial...

—No se me ocurre nada...

—No tengo la menor intención de meterme con sus propiedades, pero el caso es que me iba a prestar el diario de un amigo en común... un objeto que no tendría ningún valor para ustedes...

—Todo, absolutamente todo lo nuestro, incluyendo colchones y crema para el cabello, estaba a su disposición... Así que no tenía necesidad de cargar nada.

—Oye, ¿podemos hablar con calma en otra ocasión?

—No inventes.

—¿Y tu familia?

—Déjame en paz, la mayoría de nuestros clientes preguntan lo mismo.

—¿Qué hacía el jefe cuando algún chico deseaba volver a casa?

—Era infalible en su juicio, sabía distinguir a simple vista a un chico fugado. Jamás se equivocó. Además, era experto en educarlos. Los chicos no tardan en enamorarse del negocio.

—Pero tarde o temprano envejecen.

—No hay nada que hacer. Tarde o temprano todos envejecemos. No hay cómo evitarlo. Bueno, a mí me gustaría montar un bar o una gasolinera, por supuesto chantajeando a mis antiguos clientes.

—¿Sabías desde antes qué clase de chicos eran?

—Sí, pero nunca he hablado con ellos, porque huyen despavoridos apenas me ven acercarme.

La mujer deja escapar una risita burlona y se moja los labios con cerveza. La misma cortina color limón permite el paso de la luz que se cuela desde el exterior todavía luminoso. El negro de su traje de luto no concuerda con el ambiente, como si se tratara del recorte de un álbum diferente.

—Traté de averiguar acerca del diario, sin ningún resultado. Cerraba la boca con mayor firmeza cuando más me empeñaba en abrísela...

—¿El diario?

—El diario de su marido, el que me iba a entregar su hermano hoy...

—Ah, ya...

Indiferente, sigue relamiendo sin cesar la cerveza, a pequeños sorbos, como una gata, lo que me irrita sobremanera y me presiona el pecho a punto de asfixiarme.

—Estuve conduciendo en la autopista.

—¿Para qué?

—Me habría encantado seguir conduciendo hasta la eternidad y, de hecho, durante el trayecto creí que podría hacerlo. Pero ahora que lo recuerdo, parece que me encontraba en un estado psicológico bastante peligroso. Por supuesto, sería horrible que se cumpliera mi deseo y que nunca llegara a la meta final por más que siguiera avanzando...

La mujer levanta con energía la cabeza del vaso.

—No pasaría nada, pues en menos de medio día se acabaría la gasolina.

Nuestras miradas se enredan en el aire de un modo extraño. A pesar de que no prestaba atención a mis palabras, ni a las suyas, la mujer se desconcierta de repente al notar la rigidez de mi rostro.

—¿Qué extraño... Parece que mi marido también tomaba esa autopista con frecuencia... Bueno, en realidad lo hacía para probar los coches recién reparados... Decía que se extasiaba al estar dando vueltas cuando la cúspide de los rascacielos destellaba con sus luces rojas en la penumbra del atardecer...

—Creo que comparto la misma sensación...

—Después de dar cientos, miles de vueltas, comienzas a temer que las salidas se cierren una tras otra hasta que te quedes atrapado para siempre en la autopista...

—Mientras conduzco no siento ningún deseo de pensar en el final del trayecto, ni se me pasa por la mente la idea de que podría quedarme en aquel sitio girando para siempre, pero al llegar al final me horrorizo al imaginar lo que habría sucedido si de verdad me hubiera eternizado. Una cosa es conducir y otra imaginarme conduciendo.

Una sonrisa sutil se insinúa en la comisura de sus labios. En un momento en que cualquier sonrisa resultaría inoportuna, me desagrada ese gesto suyo de querer complacerme a la fuerza. De nuevo bajo la mirada y me siento tan desolado como un vendedor al ser rechazado con excesiva cortesía.

—De modo que —continúo por inercia— quizá no haya necesidad de poner tanto empeño en el diario, pues sería equivalente a imaginar que se conduce, cuando su marido condujo de verdad.

—Ah, está hablando del diario...

—¿De qué pensó que hablaba?

—De la relación entre hombre y mujer —dice con desánimo, como si arrojara cáscaras de mandarina, y baja la mirada distraída hacia el interior del vaso de cerveza.

—¿Sabe algo del contenido? —me animo sin querer—. Bueno, ¿cómo decirlo?, la veo muy poco interesada en el diario... Ya no sé por quién debo preocuparme.

—Mi hermano tampoco le daba mucha importancia, creo.

—¿Tenía tanta confianza en su hermano?... Más que en usted misma...

—Y ahora al fin me ha dejado sola.

Agita un poco sus senos, con los ojos cerrados, ignorando por completo mi

presencia. Aun así, ¿se estremecerán los vientos y las olas en algún lugar de su corazón?

—Bueno, no me importa lo que usted piense, y puede creer lo que quiera sobre su hermano. Pero ¿sabe con exactitud en qué circunstancias lo mataron?

—Ay, por poco se me olvida entregarle esto.

Agarra el bolso blanco, grande y rectangular, impropio para el traje de luto, colocado al lado de la silla. Lo deposita sobre sus rodillas, y extrae del interior un envoltorio de papel periódico que desliza sobre la mesa. Un envoltorio con forma extraña y desconcertante. Debe ser muy pesado, a juzgar por el ruido que produce sobre la mesa.

—¿Qué es?

—Ese hombre que me habló hace rato... El barbudo...

—El cocinero de ramen, que tenía un puesto ambulante en la ribera donde tuvo lugar el incidente...

—Dice que es una herencia de mi hermano.

Apenas lo palpo para abrirlo cuando el periódico se rompe dejando ver un tubo metálico, color negro, con un brillo opaco. ¡Una pistola! De inmediato se me ocurre que no debo dejar mis huellas digitales y me cubro la mano con el pedazo de periódico para levantar la pistola por la punta del cañón. Junto con la pistola sale rodando una pequeña lámina plateada con forma de botón y me doy cuenta de que es la misma insignia del club de mafiosos.

—Ah, era ese...

Su actitud impasible me deja perplejo. ¿Qué clase de mujer será? ¿Cuál es su mundo cotidiano?

—¿Sabe lo que es? Una Browning de seis balas.

—De juguete.

—¿Juguete?

—¿No ve que el cañón está obstruido hacia la mitad?

Tiene razón. Pero el color, la forma, el peso, todo lo demás es idéntico a la original. Sobre todo la textura fría e inorgánica de la curva aceitada alrededor del gatillo. Es más que suficiente para causar un impacto psicológico.

—Dijo que los agresores se alteraron aún más cuando mi hermano la mostró haciendo alarde de ella.

—Qué extraño... Ese hombre no puede haber visto esa escena, ya que se marchó antes que yo...

—Dice que volvió después de haber estacionado el micro en un lugar seguro.

Me quedo sin palabras con esta pronta respuesta. Yo también hubiera podido tomar otras medidas, como avisar a la oficina de la constructora o acudir a la policía. Pero no hice otra cosa que huir. A diferencia del cocinero, abandoné al tipo sin mostrar mi solidaridad.

—Y yo no volví...

—Parece que le aplastaron la cabeza a patadas.

—No puede ser. El encargado me dijo que lo mataron de un tiro.

—No se puede confiar en esos chicos, siempre confunden la verdad con la imaginación. La policía me aseguró que lo habían matado a golpes.

—Usted también se porta de esa manera.

—¿Le parece?

—¿La policía se refirió a su marido o a mí de alguna manera?

—Nada en particular...

—Esto no sirve para nada —un tanto indignado por el engaño dejó adrede mis huellas digitales sobre la superficie de la pistola—, pero me parece un error grave que juzgue la labor de su hermano en base a este aparato pueril.

—Lo sé. Originalmente era de mi marido.

—¿Su marido?... ¿Para qué lo...?

—Lo compró en algún sitio. Mientras se enorgullecía por haberlo adquirido, mi hermano se lo arrebató con furia.

—Otra historia extraña. ¿Acaso se invirtieron los papeles? Su hermano no estaría en condiciones de reprocharle a su marido por tener una pistola de juguete. ¿Usted sabe, por ejemplo, a qué clase de negocio se dedicaba su hermano allá en la ribera donde lo mataron anoche?

—Más o menos...

—Cobraba comisión por permitirles a los dueños de los puestos ambulantes, los micros, atender a los obreros... No solo eso, sino que les suministraba mujeres para que se prostituyeran... ¿Lo sabía?

—Sí, más o menos...

—¿Qué relación tenía su marido con su hermano? A mí no me parece que se sitúen en el mismo nivel... pero según dice... a su hermano le toleraba todo...

—Creo entenderlo... Seguro a mi hermano aquella broma de mi marido le resultó insoportable...

—¿Con qué derecho se atrevería a recriminarlo?... No entiendo...

—¿Con qué derecho? Ahora que me lo dice... —la mujer introduce el dedo en el vaso y se lo chupa lamiendo la espuma—. Qué extraña coincidencia... Por culpa de este juguete mataron a mi hermano... Es como si lo hubiera asesinado mi marido...

A lo mejor la indiferencia absoluta y la tensión desgarradora coexisten en un mismo gesto. De repente me hiere la angustia con la cual la mujer contiene desesperada un grito de dolor. Tal vez lo que me convenga ahora es hacerme el tonto.

—No exagere, ese no es más que un elemento entre tantos otros.

—Guárdelo enseguida, por favor. No lo quiero ver un minuto más...

—Bueno, me quedo con él. Y ¿esta insignia?

—También... la puede tirar...

—Me tengo que ir pasadas las seis...

—¿Quiere más cerveza?

—Prefiero ver fotos, si tiene.

—¿Fotos?

—Sí, fotografías familiares...

—Sí, hay algunas por ahí... pero tal vez le resulten aburridas.

La mujer gira el torso al tiempo que levanta las caderas y saca del estante de atrás un álbum guardado en una caja. En el lomo se puede leer una frase impresa que dice: “El significado de la memoria”. En realidad, no es un impreso propiamente dicho, sino palabras recortadas de revistas y pegadas con engrudo.

—“El significado de la memoria”, qué título tan extraño.

—Una muestra del típico esmero de mi marido.

O sea que “él” se esmeraba en estas cosas.

—El contenido también debe ser muy elaborado.

—No sabría decirle.

—¿En qué tipo de fotografías estaba interesado últimamente? —trato de sondearla simulando una conversación espontánea mientras ojeo la primera página.

—Quién sabe... Creo que le interesaban las fotos a color, y alquilaba un estudio de revelado... Estaba orgulloso de una con un círculo como el de un arcoíris reflejado en un charco.

Un arcoíris... Parece que no está enterada de las fotos de desnudos... Sería una indiscreción de mi parte revelarles la verdad sin que me lo esté preguntando... El desteñido retrato en sepia de una anciana en la primera página... A juzgar por el fondo marino con rocas como pintado con una brocha debe ser de la era Taisho...

—Es la madre de mi marido, que vive con mi cuñada en un pueblo de provincia —apunta la mujer, estirando el cuello, y se me atraviesa en la nariz un aroma a cabello secado al sol.

Es la única página que tiene que ver exclusivamente con “él”; a partir de la segunda salta directamente a sus días maritales. Una foto de la boda, con la pareja indiferente y afectada...

—¿No hay fotos de su marido antes del matrimonio?

—No, están todas guardadas en la casa de mi suegra.

—¿Por qué razón?

—No somos nostálgicos...

A medida que adelanto las páginas va cambiando la época, pero la gran mayoría de las fotos son retratos de la mujer. Los ángulos rebuscados de las llamadas fotos artísticas muestran la afición que tenía su marido por la fotografía. Pero lo que más me llama la atención es la actitud complaciente con la que se deja retratar la mujer. El rostro ensimismado, ajeno a cualquier timidez, como si se maquillara sola frente a un espejo. Pero enseguida se hace consciente de la presencia de su interlocutor, su flotante mirada en la lejanía, las pestañas inclinadas o sonriendo con los labios entornados. Y de repente me toma por sorpresa una fotografía tomada a contraluz, en la que posa en bata de dormir, dejando traslucir su silueta desnuda. Mujer misteriosa.

Para empezar, debo preguntarme si fue ella la que quiso que la fotografiaran así, o si acaso fue “él” quien se lo pidió.

Entre tantas fotos, hay unas pocas que suministran algún dato sobre la historia personal del desaparecido. Una foto colectiva en ocasión de una visita a la madre de “él”... Un pueblo de provincia... La fachada de una tienda de variedades, que vende cigarrillos y otros artículos... En pleno verano, alrededor de una mesa colocada al aire libre, la madre al centro, la pareja a la derecha y la hermana con su marido a la izquierda... Todos felices, sonrientes, con sendos helados en las manos. Sin querer me encuentro observando los gestos de la hermana y la madre. ¿Habría acaso un denominador común entre las tres mujeres? ¿Algún síntoma siniestro que presagie la futura desaparición de “él”?... ¿Alguna señal de locura, oculta en la sangre?... Ojalá tuviera a mano una lupa...

Otra foto en la que “él” cuida las plantas de un jardín.

—¿Esa era su residencia anterior?

—Sí, vivimos ahí cuando mi marido comenzó a trabajar como agente de la Comercial Dainen.

—¿Con qué motivo se inició en ese negocio?

—Después de que quebró la primera empresa donde trabajaba, se dedicó durante un tiempo a vender revistas. Por casualidad, un compañero de universidad de mi hermano montó un supermercado con el dinero adquirido por la venta de un terreno, y quiso ceder su participación como agente de la Comercial Dainen a alguien.

—¿Con qué dinero lo obtuvo?

—Lo adquirió a crédito, y lo terminó de pagar el verano pasado.

—O sea que ya no debe nada...

—Bueno, de la negociación se encargó mi hermano desde el comienzo.

—A lo mejor la participación estaba a nombre de su hermano...

—No lo sé... De todas maneras, mi marido fue ascendido de agente a jefe de la sede central. No veo nada extraño en eso.

—A menos que haya intervenido una comisión elevada...

—Ya veo lo que quiere decir... —la mujer muestra una sonrisa de cansancio y sirve cerveza en mi vaso y en el suyo—. Pero nosotros... es decir, mi hermano y yo... nos vimos obligados desde muy temprana edad a vivir a solas en medio de las más duras adversidades, a partir del momento en que murieron nuestros padres... Cuando a uno de nosotros lo agredían, el otro lo tomaba como una ofensa propia y se preparaba para la venganza. Creo que esa actitud no cambió ni siquiera después de mi matrimonio. A decir verdad, mi marido consiguió una plaza permanente en la sede central gracias al apoyo de mi hermano... De eso estoy segura... Nos habíamos prometido que no tendríamos un hijo hasta que nos garantizaran, además de los sesenta mil yenes mensuales de salario, el seguro social y las indemnizaciones del caso, pues queríamos evitarle a nuestro hijo una existencia dura... Ahora estaría en el octavo mes de embarazo.

—¿Ahora mismo?

—Si no hubiera abortado...

—¿Su marido estaba enterado de su embarazo?

—Por supuesto.

—¿A qué se dedicaba su hermano antes de ingresar a la organización?

—Lo expulsaron de la universidad debido a su participación en las revueltas estudiantiles... O a lo mejor se fue por su propia voluntad, ya no me acuerdo... En fin, no consiguió ningún empleo decente... aunque fue, durante una corta temporada, secretario de un concejal...

Hacia el final del álbum encuentro lo que estaba buscando: una foto en la que aparece el tipo, el hermano de mi cliente. El mismo jardín que he visto en otra foto. Un coche viejo, estacionado en diagonal, con el capó abierto. Un sujeto, que sin duda es “él”, metido bajo el coche, acostado sobre una estera. El rostro sonriente con la boca abierta de oreja a oreja del hermano, que parece estar hablándole a su cuñado, con el codo apoyado en el techo del coche. Solo los ojos, desconcertados, apuntan a la cámara. Calzado con sandalias de madera y vestido con una camisa de mangas cortas. Típico ambiente familiar.

Me siento un tanto defraudado. En lugar de alivio, experimento una especie de decepción, como si mis expectativas se hubieran frustrado. Por supuesto, carezco de pruebas. Según ella, son hermanos que no tienen familia alguna. Aunque el registro civil certifica la existencia de un hermano con ese mismo nombre, no había manera de obtener testimonios que lo probaran. Ahora, al ver esta foto tomada en un ambiente familiar, no me queda más alternativa que llegar a la conclusión, casi con seguridad, de que se trata de su verdadero hermano. Parece que se ha desmoronado por completo mi hipótesis perversa, casi novelesca, de que el tipo era el falso hermano que lo asesinó, aliado en secreto con su supuesta hermana.

—Parece que su marido se llevaba muy bien con su hermano.

—Sí, se la pasaban bromeando, y en los buenos momentos se peleaban como cachorros...

—¿Su hermano ya estaba en la organización cuando tomaron esta foto?

—Creo que sí...

—Y ¿qué decía su marido al respecto?

—Desde luego no estaba de acuerdo... pero en asuntos ajenos...

—A ver, supongamos... permítame hacerle una pregunta indiscreta... ¿Qué cree usted? ¿Su hermano los veía como una pareja unida o los apreciaba por separado, poniendo a su marido entre paréntesis, como un familiar más bien lejano?... Es decir, si en algún momento usted y su marido se hubieran peleado, ¿qué habría hecho su hermano? ¿Tratar de reconciliarlos o ponerse de parte suya sin pensarlo dos veces?...

—No lo sé... Jamás me he preguntado semejante cosa...

—Entonces, cambiemos de punto de vista. Si por alguna causa su marido y su hermano se odiaran a muerte, al extremo de llegar a un enfrentamiento armado...

¿qué haría usted?... Supongamos que ya no hay manera de reconciliarlos y que usted tiene que tomar partido... ¿Qué haría?

—No tengo respuesta...

—Pero tendría que escoger.

—Mi hermano ayudó a mi marido como nadie más lo hubiera podido hacer.

—Es posible que por esa circunstancia se convirtiera en una carga para su marido.

—¿Para qué quiere que le conteste una pregunta tan absurda?

—Mi primera obligación consiste en proteger a mi cliente.

—Pero si mi hermano ya está muerto —su grito repentino, grave y seco, me toma por sorpresa. Claro que tiene razón. ¿Por qué me empeño en acosarla?

—Me voy pasadas las seis... —el reloj de pulsera marca las cinco pasadas—. Tengo una cita con el joven Tashiro... que me puede suministrar alguna pista... Él es quien estaba más cerca de su marido en la empresa...

La mujer permanece en silencio. Seguro que se ha percatado de mis aviesas intenciones cuando reiteré preguntas capciosas que pretenden enemistar a su marido y su hermano, a pesar de que uno desapareció y el otro murió asesinado... Secretas intenciones que ni siquiera sería capaz de formular con palabras... La mujer lo sabe por intuición. No puedo negar la existencia de tales intenciones. De ahí la sensación desagradable de haber sido desenmascarado, que me deja un mal sabor.

No puedo decir que no tengo a la mano un tópico más adecuado a esta circunstancia, más apropiado a mi papel. El informe que hice en la mañana bien me pudiera servir. Lo que me contó ese chofer, por ejemplo, es bastante sugestivo en la medida en que traza una línea verosímil que permite vincular al Tsubaki con “él”. Además, es la línea más sencilla y a la vez más segura, de todas las que se me han ocurrido hasta ahora. Pero algo me inhibe. Tengo miedo de caer en el vacío, despojado de mi razón de ser, apenas se lo planteo con palabras. Me podría referir, por ejemplo, al Tsubaki con sutileza, pero...

—... Por cierto, a propósito de la cafetería de la que hablamos, hay un par de asuntos que se me olvidó mencionar en el informe... ¿Recuerda que hay un estacionamiento frente a esa cafetería? Justo en ese estacionamiento fue donde conocí a su hermano. Me parece demasiada coincidencia... pero, bueno... ¿sabe por qué su hermano andaba por allí?...

—Ni idea...

—Según él mismo me lo dijo, es posible que su marido utilizara ese sitio como cuartel general para vender coches usados.

—¿Y?

Por fin reacciona de forma espontánea, aunque no sé si es porque se trata de “él” o porque le he hablado de su hermano... Los dos acercamos casi al mismo tiempo el vaso de cerveza a nuestros labios, pero fingimos no darnos cuenta... A su vaso le queda la mitad y al mío apenas una pulgada...

—No tengo ninguna prueba, pero no me explico por qué su hermano se apareció

de repente en ese estacionamiento ayer por la mañana... Una persona que supuestamente llevaba medio año averiguando el paradero del desaparecido... como si hubiera estado al acecho... —De nuevo se le nubla el rostro. A pesar de que en un rincón de mi corazón siento que se ha activado una alarma, sé que no podré frenarme hasta terminar de subir la cuesta—. Me parece una coincidencia demasiado rebuscada. Hasta sospeché al instante que su hermano y su marido eran cómplices. Es decir, que su hermano conocía el paradero de su marido y que se lo ocultaba a usted y a los demás por algún motivo.

—¿Algún motivo como cuál?

—Todo se habría resuelto si lo supiéramos. Sin embargo, debo tener en cuenta todas las posibilidades. Sospecho de todos menos de usted.

—¿Por qué menos de mí?

—Porque usted es mi cliente.

—Pero mi hermano también estuvo de acuerdo en solicitar la investigación.

—No veo en ello ninguna contradicción. Al contratarme, dejaron la investigación en mis manos. Es como ponerle un cascabel al gato, pues podía estar al tanto de cada uno de mis movimientos.

—Pero ¿para qué...? ¿Con qué propósito?

—Pensemos en el caso inverso. Supongamos que su hermano conocía el paradero de su marido pero que, en lugar de haber sido su cómplice, lo somete a una forma de chantaje, ya sea físico o mental, o lo condena a la desaparición definitiva... ¿No le parece interesante? Con un leve cambio del punto de vista, se descubren aspectos diferentes de un mismo fenómeno...

—Sí, es interesante...

—No estoy diciendo disparates. —Me siento terriblemente molesto, con ella y conmigo, estoy perdiendo la calma... Con un mayor esfuerzo podría expresar mi estado de ánimo con palabras, pero la distancia que nos separa es abismal—. Una cosa es evidente: yo estaba siendo vigilado por su hermano... Cómo interpretar este hecho, es una cuestión aparte... Desde luego, es posible que solo deseara cerciorarse de que estaba cumpliendo a cabalidad con mis deberes... Eso no me molesta, para nada... es natural que aquellos que acostumbran traicionar a los demás teman ser traicionados... También es lógico suponer que los traidores sean capaces de traicionar a cualquiera en cualquier momento.

—Mi marido se llevaba bien con mi hermano.

—Hasta el punto de que su hermano se alteró y armó un escándalo por causa de una pistola de juguete...

La última página del álbum... Solo una cartulina color marrón sin ninguna foto, la he estado observando con más detenimiento que a cualquier otra página... Lo cierro despacio y aparece de nuevo la misma frase del lomo: “El significado de la memoria”.

—Mi hermano también estaba enterado de mi embarazo...

—De haber sido policía, sospecharía incluso del bebé abortado...

La mujer levanta la mirada que permanecía fija en las burbujas del vaso. La sombra de un trozo de hielo transparente brilla azul en un instante bajo sus párpados y se derrite enseguida tras un leve parpadeo. Hay que tener demasiado coraje para haberla dejado abandonada y desamparada: es lo único que sé a ciencia cierta del desaparecido. Y “él” tuvo ese valor, que no se sabe si significaba la vida o la muerte... La mujer mantiene la mirada clavada en mí... La textura de los pómulos, como la arena de una playa recién lavada por las olas, en la que se mezclan de forma delicada la ternura y la dureza, sobre el fondo de la cortina color limón... El color de la piel, como un mueble de madera blanca desgastado, donde se funden sin distinción alguna lo maduro y lo inmaduro... A medida que avanza el ocaso, las pecas se asimilan a la piel... No habla... Parece que se ha convertido en una planta, con los faldones del traje de luto abiertos y mezclados con el piso oscuro... Un vendedor de tofu grita desde un micrófono portátil hacia las ventanas...

—La segunda vez que vi a su hermano... —bajo la voz mientras sigo los movimientos de sus ocho dedos —los dos pulgares permanecen ocultos— que reptan al borde de la mesa como una ilusión óptica—. No, no fue en el escenario del crimen... Un poco antes... lo vi en la distribuidora de combustible M, del mismo pueblo F..., la que mencioné en el último informe de anoche... Fue otra coincidencia extraña... Me había trasladado hasta aquel lugar porque me enteré de que el día anterior a su desaparición su marido iba a enviar, por mediación del joven Tashiro, un documento destinado a esa distribuidora... Y ahí por pura casualidad... Cosa extraña... Estuve tentado de cambiar el objeto de mi investigación: su hermano en lugar de su marido... ¿Tiene alguna idea de lo que hacía su hermano en semejante sitio?

—Por supuesto, si se trata de M...

—Ah, ya lo sabía.

—Creo que le he dicho varias veces —habla en un tono neutro, ya sea porque contiene la emoción o porque desde el comienzo carece de cualquier tipo de emoción — que mi hermano ayudó muchas veces a mi marido en el trabajo...

—¿Quiere decir que su hermano le consiguió ese negocio a su marido?

—Me dijeron que era un negocio bastante importante.

—A ver... pero anoche no había ido precisamente por un negocio limpio... O a lo mejor sí... Al fin y al cabo, era por su propio interés, por el de ustedes, quiero decir... Puede ser... Dicen que el fin justifica los medios...

—¿A qué fue entonces?

—A chantajear.

—¿Chantajear? —dice en voz baja y frunce los labios como para sorber una fruta madura. En su boca hasta el chantaje se convierte en una fruta almibarada. Se me ocurre que la palabra chantaje suena como la frutilla de un arbolito.

—¿Usted también estaba dispuesta a continuar con esta investigación la próxima

semana?

—Sí, si es posible...

—Y ¿había hablado con su hermano de cómo harían para costearla?

—Sí... —Jadea de repente como si se hubiera atragantado con cerveza. Sin embargo, su vaso sigue reflejando con discreción el último destello del sol sobre la mesa. En realidad, está tosiendo. Por más que desee mantenerse a flote como un feto en un líquido color limón, hablando sola, la realidad no es otra que la muerte del guardián que la protegía de la irrupción del mundo real. Y jadea con la boca abierta como un pez en un estanque seco—. Todavía tengo algunos ahorros y el dinero de la indemnización de mi marido sigue intacto... También tengo un seguro de vida a nombre de mi hermano y mío, aunque no es mucho...

—Otra vez —me envalentono de nuevo, sin querer, y me precipito a decir todo de una vez—. ¿Todavía no ha entendido que es justamente a esa clase de datos que me refiero cuando le he pedido con insistencia información concreta?... Imagínese, si hubiera llegado a descubrir ese seguro de vida por mi cuenta, habría sospechado que la desaparición de su marido era una farsa y que se habían confabulado de antemano, usted y él, para cometer un crimen perfecto, cuya víctima sería su hermano.

Está demasiado oscuro para leer su rostro y no me queda otro remedio que deducir su reacción a partir de su silencio maleable y duro. Uno, dos, tres, cuatro segundos... el silencio va cambiando de profundidad y significado según el transcurrir del tiempo... De repente se escucha un gritito de complacencia, desviando mi furor.

—Ay, qué oscuro está.

Al encenderse la luz observo a la mujer de pie junto a la pared que separa la sala de la cocina. Los estantes de libros, la cortina color limón, el teléfono, el dibujo en perspectiva del coche de la Fórmula Uno, la réplica del Picasso, el equipo estereofónico, el mantel de falso encaje... La mujer alza un poco los codos y pasa a la cocina por debajo de los pliegues de la cortina. No estoy seguro de si ha levantado los codos para pedir permiso de retirarse o solo para revisar las mangas del traje de luto. Me sirvo más cerveza, la bebo de un solo trago y siento que floto sereno en una nube olvidando la congoja estancada en el fondo de mi corazón. Me doy cuenta de que vamos ya por la tercera botella de cerveza... Seguro que me he bebido dos... Un pretexto ideal para dejar el coche... y para regresar cuando me dé la gana... Sin ningún escrúpulo, sonrío con cinismo... ¿Por la ausencia de la mujer?... ¿o por la cerveza?... ¿o acaso por la luz que parece simbolizar el sosiego?... No, más que todo eso por la ausencia del traje de luto... del olor a muerte como una tenue neblina... Sí, debe ser porque ya se ha marchado ese traje de luto, que habiendo partido desde su lugar de origen, es decir de la tienda de alquiler de ropa, ha deambulado entre numerosos muertos, impregnándose del ligero aroma fúnebre que penetra cada una de sus fibras... Presiento que esta sensación de libertad no durará mucho... Con la vuelta de la mujer vestida de luto, la sala se impregnará de nuevo con aquel asfixiante

perfume gelatinoso...

Suena el teléfono. Desde el mundo exterior surge la amenaza de un agujero negro que vuelve trizas el ambiente de la sala color limón. La sombra ominosa de una traición... Me siento incómodo como si me estuvieran apuntando desde aquel agujero negro...

El timbre suena por tercera vez y, al ver que la mujer no ha regresado, la llamo instintivamente a través de la cortina.

—¿Quiere que conteste?

Una voz insospechada me responde desde un ángulo distinto al que aguardaba:

—Sí, por favor.

La voz no proviene de la cocina sino de la habitación contigua. Antes que nada, siento una especie de entusiasmo por la confianza que me ofrece la mujer al permitir sin vacilación que responda la llamada. No es que haya sospechado de ella, pues ya me he librado de la vergonzosa sensación de que luego de un simulacro de desaparición la mujer se haya mantenido en contacto, a través del teléfono, con su marido... El círculo brumoso alrededor de la mujer se ha despejado con meridiana claridad al saber que ya no espera ninguna llamada secreta... De manera que ya puedo asumir el cargo como su auténtico representante. Sin poder controlar mi agitada respiración, me apresuro hacia el teléfono para evitar que suene el quinto timbrazo.

Pero mi ilusión se ve defraudada. Un desenlace demasiado banal luego de que me había preparado para ocupar aquel cargo relevante. Era mi jefe. Otra extensa perorata: ¿cuántas veces te tengo que repetir el manual desde la primera lección? Un detective no es otra cosa que un limpiador de cloacas, que se arrastra en medio de las inmundicias que nunca reciben la luz. De ahí el deber de conservarse pulcro, más que cualquier otro, y de cuidar de su salud. Tiene toda la razón. Sin necesidad de que me lo diga, sé de sobra que mi jefe se molestó al ver que no cumplí con la sencilla rutina de reportarme en la oficina pasado el mediodía. A pesar de que se muestra sensible y compasivo con los demás siempre y cuando se respeten los códigos de convivencia y los índices de ganancias, se vuelve tan exigente como un monje de clausura una vez sobrepasados esos límites. Jamás me ha desagradado su conducta. Más bien admiro su profesionalismo, en medio de tantos colegas que derrochan palabras de consuelo para aliviar de momento el dolor, sabiendo que en el fondo actúan con jactancia e hipocresía. Oye, ten cuidado, pues al hermano de tu cliente lo acaban de matar, no es poca cosa, sabes, si acaso te metes en algún aprieto grave, sin que previamente te hubieras puesto de acuerdo con nosotros, la empresa se verá en la necesidad de cortar en el acto cualquier relación contigo; aunque te parezca cruel, siempre hemos procedido de esa manera para evitarnos problemas, no es política nuestra retener por la fuerza a los empleados que no respetan nuestros reglamentos. Nunca me ha disgustado el tono directo que utiliza el jefe cuando habla, pero hoy decididamente me suena a falso. En buena hora regresa la mujer para distraer mi atención. Además,

sin que me hubiera dado cuenta, cambió su traje de luto por un vestido corriente. Me parece que lo hizo con una rapidez inusual. Ya no me hostigaré aquel aroma de muerte. Traje de una sola pieza de crepé negro, holgado pero ceñido al talle. ¿Recordaría que le dije que le sentaba bien el color negro? Ladea la cabeza. Muevo mi cráneo de un lado para otro, con el índice de mi mano ociosa apoyado en la nariz. La mujer rodea la mesa y se sienta justo delante de mí... La distancia más corta entre los dos será de unos quince centímetros... Cabello largo y ondeado, peinado de una manera muy cuidada y particular, con una mezcla equilibrada de mechones espesos y delgados... Hombros redondos y exquisitos, que parecieran deseosos de ser acariciados con la palma de la mano a través de la tela... Me río sin querer, interrumpiendo a mi jefe, agradezco su lección estimulante, no me desagrada para nada que me anden persiguiendo luego de haber sido yo el perseguidor durante tanto tiempo... No es mentira... pero siento nostalgia al darme cuenta de que eran esas justamente las palabras que debía haberle dicho, no a mi jefe, sino a mi esposa... Por mi parte, busqué a mi esposa en varias oportunidades, visitándola y llamándola por teléfono, pero ella no me contactó ni siquiera una vez... Quizá ese fue mi error... Probablemente nuestra relación se ha deteriorado por mi falta de voluntad para esperarla en silencio hasta que acudiera a buscarme.

Dejo hablando solo a mi jefe al otro lado de la línea y regreso al asiento. Ya no veo la cerveza ni la sonrisa de la mujer como elementos impostados. Imitándola, coloco los dedos al borde de la mesa y retomo la conversación, que antes me irritaba, con espíritu animoso, como si disfrutáramos de una tranquila tarde de domingo luego de haber dormido muy bien por primera vez en muchos días.

—Bueno, de momento no hablemos de mis honorarios, pues todavía me quedan cuatro días de trabajo pendiente. Haré todo lo posible y luego veremos.

—En último caso conseguiré algún empleo. Mi hermano ya no me puede criticar más... Yo sé que la sociedad no es tan despiadada como él lo decía...

—Con seguridad se siente muy sola, pero la investigación sí está avanzando.

—Dijo que sería capaz de sospechar hasta de mi bebé abortado, ¿verdad? ¿Qué quería decir? —habla en un tono casual como si se refiriera al clima, pero no se puede confiar en su actitud. Ya estoy harto de este ambiente tenso.

—¿He dicho eso?

—Quiso insinuar que el bebé era de mi hermano, ¿no es cierto?

—Habla de asuntos temerarios con el rostro impasible. Solo quise decir que debo considerar varias hipótesis... En fin, ya estoy enterado de la naturaleza de su hermano y he visto fotos, así que...

—Qué extraño, yo sentí lo mismo y se lo dije a mi hermano, que se molestó al escucharlo... Le repugnaban los bebés, casi tanto como las mujeres...

—Qué disparate. No lo dije pensando en un caso tan extremo, sino que tal vez se trata de algo mucho más sencillo: es decir, de una relación triangular, totalmente normal, con un falso hermano para disimular... ¿No le parece posible?

—Un falso hermano...

—Hablando con franqueza, tenía suficientes datos para sospecharlo.

—Si lo hubiera sabido mi hermano...

—Desde luego, ya se han disipado mis dudas. —Procurando no ver la reacción de mi interlocutora, hojeo el álbum con rapidez para señalar la foto donde sale el hermano junto al coche—. Mire esta... Dice que esta foto la tomó usted. Su marido está debajo del coche, mientras su hermano lo observa de pie con aire de indiferencia. Mejor dicho, simula observarlo, mostrando una sonrisa cómplice hacia la fotógrafa... que es usted. Obviamente, su marido no está viendo el gesto de su hermano.

—Sería una razón de más para sospechar de nuestra complicidad.

—No, esto no es más que un registro, la foto que registra un instante. No es otra cosa que “el significado de la memoria”. Tanto la fotógrafa como el fotografiado debían estar conscientes de esto. Si ustedes hubieran sentido algún remordimiento, por mínimo que fuere, habrían evitado a conciencia tomar una foto semejante.

—Qué inteligente es usted. —La mujer ríe jubilosa mientras sirve cerveza en mi vaso, que permanecía vacío desde hacía unos minutos. No la rechazo. Solo quedan unos cinco centímetros en la botella—. Me encantan esos argumentos... Me gustaría escuchar más...

—¿A qué clase de argumentos se refiere?

—A esos en que se invierten el anverso y el reverso a medida que se desarrollan... Creo que le puedo contar uno... en relación con mi hermano... ¿Me permite?

—Solo tengo quince minutos...

—Durante un tiempo mi hermano tuvo una novia formal. Una mujer a la que había conocido un invierno cuando coincidieron en algún evento relacionado con los movimientos estudiantiles de la época. La pasaron muy felices durante todo el invierno, pero un día a comienzos de verano la novia le dijo de repente, oye, hueles a orines de gato, deberías someterte a un tratamiento.

—¿Sería acaso por la fetidez producida por la transpiración?

—Obediente, mi hermano comenzó a ir al médico, pero a mitad del tratamiento terminó con su novia y se le recrudeció la antigua fobia contra las mujeres, lo que lo impulsó a quererme aún más, a mí que era para él la única mujer en el mundo que no podía mirar como mujer. Nos quisimos tanto, yo diría que con pasión desenfrenada, a tal punto que ahora me extraña que no hubiéramos tenido hijos. Pero luego apareció mi marido, que me convirtió en su mujer.

—O sea que ambos eran rivales.

—Todo lo contrario, porque se cayeron bien de inmediato. Peor habría sido que yo hubiera salido con mujeres.

—Pero en el amor los hombres suelen exigir la exclusividad.

—En aquel tiempo mi hermano ya andaba con su amante favorito.

—Ya veo...

—Yo quería mucho a mi hermano...

—¿Está sugiriendo que no quería tanto a su marido?

—Es que mi marido no era un hombre de doble cara.

—Y fue él quien primero se fugó.

—Por eso estoy tan asustada.

Una traza de miedo relumbra en el fondo de sus ojos. Un miedo punzante como el zumbido de un cable cubierto de escarcha bajo el viento.

—Tiene miedo porque piensa que su marido no está aquí. Trate de pensar, en cambio, que su marido se encuentra en algún lado. Puede que le resulte angustioso, pero logrará superar el miedo.

—En realidad, me daría lo mismo.

—¿Aun cuando se lo imagine viviendo con otra mujer?

—Nada me importa hasta que llegue a saber la razón por la que no está aquí.

—¿No habrá salido la noticia de la muerte de su hermano en el periódico vespertino? Quizá se comunique con usted en cuanto la lea.

—¿Está insinuando que mi marido desapareció por causa de mi hermano?

—No sea tan terca. De nada sirve empeñarse en ideas prejuiciosas. A decir verdad, yo estaba convencido de que la caja de fósforos que usted me entregó era una prueba que tarde o temprano se podría convertir en evidencia definitiva. Ahí encontré fósforos con puntas de diferentes colores. El hecho de cargar una caja con fósforos distintos indica que el portador la conservaba con cuidado, sin necesidad de volver a la cafetería donde podría conseguir una nueva en cualquier momento. Al respecto, podemos plantear varias posibilidades: primera, que se trate de una persona que sale muy poco; segunda, que sea alguien interesado en el número impreso en la etiqueta; tercera, que estemos delante de una persona con la necesidad de hacer llamadas secretas.

—¿No hubiera podido anotarlo en una libreta, si tan solo estuviera interesado en el número telefónico?

—En caso de emergencia, la libreta sería lo primero que confiscarían, mientras que casi nadie prestaría atención a una caja de fósforos desgastada, proveniente de una cafetería. Pero mi sospecha ha perdido fundamento gracias a la observación del álbum de fotos. Y ahora me siento aliviado. La caja me atormentaba con su carga moral, pues un detective no tiene derecho a sospechar de su cliente. Es este el típico caso de una persona prejuiciosa. Creo que usted debería optar por un punto de vista más objetivo, que le permita evaluar la relación entre su marido y su hermano.

—Es usted quien continúa manteniendo prejuicios contra mi hermano.

—Bueno, dejemos de lado el tema de su hermano. Ya me tengo que ir. En metro llegaré a la estación S en diez minutos.

Cabizbaja, la mujer se muerde dos veces la uña del pulgar con impaciencia.

—Mire, encontré una noticia curiosa en un periódico del año pasado.

Apenas me reconoce a través de sus gruesos anteojos, el joven Tashiro me alcanza el recorte de periódico, casi sin darme tiempo de sentarme.

—Me ha costado mucho descifrar el mapa que dibujaste...

—Dice que en este país hay más de ochenta mil desaparecidos. Qué sorpresa, ¿no? Resulta que el señor Nemuro no es un caso excepcional.

—Tú mismo le indicaste este sitio como punto de encuentro, ¿verdad?

—Sí... ¿No le parece que tiene una vista interesante?... Observando de manera simultánea a las personas que suben la escalera y a las que bajan, siento como si me estuviera asomando a un agujero inexistente en medio del espacio, espiando en secreto a una rara sociedad de humanos sin que nadie se percate de mi presencia... Me agrada este sitio... Me entretengo al ver a tanta gente apresurada que ignora que alguien los pueda estar espiando.

—El mapa que hiciste ha resultado bastante inexacto. Estuve dando vueltas, creo que cuatro, equivocándome a cada rato y estoy llegando con casi veinte minutos de retraso.

—No importa. Aún más que mi mapa, el barrio entero es muy complejo.

—A mí sí que me importa —ordeno un café al camarero vestido de blanco que se acerca a atendernos—, pues con un mapa tan mal hecho puedo deducir que el señor Nemuro no fue capaz de localizar este sitio.

—Vamos, no exagere. Lo esperé una hora con diez minutos justos. Aunque el camino sea complicado, no se iba a quedar buscándome hasta la eternidad, menos aún si sabía el nombre de este lugar...

—¿Había tanta gente como hoy aquella mañana?

—Esto no se puede comparar con las horas pico de la mañana. Casi no se ve el piso, cubierto por el remolino de gente.

—Bueno, también ahora se observa un gentío.

Al recordar el silencio que reinaba en el apartamento de la mujer, me asalta la sensación de que han transcurrido tres o cuatro horas desde entonces. Piso y columnas de baldosas. Las líneas que comunican pasillos y escaleras forman un amplio espacio donde cada quien puede tomar su propia ruta con entera libertad, y no se notan señales que indiquen una dirección determinada.

—Me parece más interesante la gente que camina a estas horas. Puedes detectar una inmensa variedad de gestos y maneras de caminar...

—Antes que nada, muéstrame las fotos.

—¿Aquí?... Sabe, son bastante obscenas.

—Pero no las vamos a exhibir.

—Claro que no, pero...

Extrae de su cartera con suma precaución un sobre cuadrado. Lo abre y aparece un delgado paquete envuelto en papel y atado con una gomita, que contiene seis fotos, que caben en la palma de la mano, sujetas entre dos papeles más gruesos.

—Todas son a color —baja la voz, adelantando el cuerpo—. ¿Ve? Distintas

poses... Son más atrevidas que las fotos profesionales que aparecen en las revistas. Claro, la modelo no es tan bonita... Parece un insecto con las piernas delgadas y el tronco un poco rollizo. Fíjese bien, creo que despide cierta sensualidad... Ve cómo se le asoma un mechón de pelo por las nalgas... En las revistas jamás se muestran los vellos púbicos...

—Pero todas están tomadas de espaldas. ¿Las seleccionaste tú?

—No, ese es el estilo del señor Nemuro. Todas son así, no sé por qué.

—Parece que se trata de la misma modelo.

—Esos vellos me excitan. Parecen una cola de caballo.

Ciertamente, a diferencia de las fotos tomadas por profesionales, estas carecen de sugerencias narrativas capaces de insinuar sensualidad o provocación, y también le hacen falta elementos de estética que permitan calificarlas de artísticas. En general son francamente banales, tal vez a causa de la deficiente técnica de iluminación. Además, la modelo ocupa casi siempre, y en la misma proporción, la mayor parte del plano, lo que impide el uso estratégico de los márgenes. Desde luego, sería inútil criticarlo a “él”, pues su único interés consistía en fotografiar el objeto de su deseo. Sin embargo, estas seis fotos revelan determinada intención, la voluntad de perseguir algo. La que aparece en ellas no es una simple mujer desnuda sino una modelo. Además de que en todas las tomas la vemos de espaldas, se nota que el enfoque se centra en la zona delimitada entre la espalda y los muslos, pasando por las caderas y las nalgas. Y nunca se le ve la cara. La nuca, cubierta por el largo cabello, se sale del marco o se esconde detrás de la espalda inclinada. Al fijarme en estos detalles, se me ocurre que la comparación que ha hecho Tashiro con un insecto, debido a las extremidades delgadas y el tronco rollizo, se debe más bien al ángulo de las tomas que a las formas específicas de la modelo. Por ejemplo, en la foto que Tashiro equiparó con una cola de caballo, la mujer posa pronunciando las nalgas como si le hubieran aplicado un supositorio, y los dos extremos inferiores del cuadro están ocupados por las plantas blancas de los talones, ampliadas con minuciosidad, como si las viéramos con lupa, hasta el punto de que a pesar del enfoque defectuoso reconocemos los poros perlados de sudor. Y la mano colocada sobre una nalga, como tratando de estrujarla, parece demasiado fuerte como para ser la mano de la modelo —al punto de hacernos sospechar que se trata de una mano masculina—, aunque se adelgaza de repente entre la muñeca y el codo. Tal vez se deba al efecto creado por el uso de un gran angular. Aclarada la intención del fotógrafo, pienso que a una persona experta en mecánica como “él” no le resultaría nada complicado ingeniarse algunos trucos. Ahora, lo que no me queda claro es su verdadero propósito. ¿Qué se proponía con aquellas fotos? De momento, creo descubrir en “él” la intención de desarmar en pedazos a la mujer a fin de despojarla de su feminidad, pero no llego a convencerme del todo, a menos que se trate de fotos tomadas por el cuñado muerto. Mi cliente es una mujer ajena a la sensualidad manifiesta, distinta de la de aquellas mujeres capaces de infundir un odio profundo, revestido de frustración, entre ciertos hombres.

Más bien posee una especie de atractivo oculto y sutil, que irrita y desorienta a quien trate de abarcar por entero su personalidad. ¿Qué lo motivaría a “él” a elaborar una obra tan compleja?

—¿Cómo se llama la modelo?

—Saeko... Dice que tiene veintiún años, pero sospecho que pasa de los veinticinco —afirma Tashiro con agudeza mientras coloca sus gafas sobre la nariz—. Ahí viene el camarero.

Doy vuelta las fotos, levanto la mirada y distingo, allá detrás de una columna de la plaza contigua, a un hombre de mediana edad sentado en una silla, que se distrae observando el paisaje a su alrededor. Los faldones del sobretodo se le doblan al rozar las baldosas del piso y se deduce por los dobleces que la tela es de buena calidad. El bolso de cuero colocado a su lado indica que se trata de un empleado común y corriente. Hay una taza de café colocada sobre la mesa de cristal y la nota de la cuenta asoma bajo la pequeña jarra de la leche. El individuo, de mediana edad, sentado detrás de una columna, sigue el constante e irregular ir y venir de la multitud con mirada vaga y desenfocada, como si estuviera observando la naturaleza. No parece estar buscando a una persona en particular ni aguardando que lo busquen a él. Solo un vagabundo desesperado armonizaría con esa pose de abandono en un lugar como este, apropiado solo para los caminantes de paso: un lugar que se borra de la mente de los transeúntes apenas lo han dejado atrás para continuar con pasos firmes rumbo a sus destinos: un espacio falso que solo existe para los carteristas, policías y fotógrafos. Cuanto más lo observo, más raro e incomprensible me resulta aquel hombre, pero parece que a nadie le importa su presencia, ni siquiera a él mismo. ¿Será porque ya forma parte, al igual que las baldosas del piso, de ese paisaje que se va difuminando a cada paso de los caminantes?

De pronto en algún lugar de mi mente irrumpe la sospecha de que el hombre está agonizando: asfixiado, con la garganta obstruida por la lengua hinchada e incapaz de pedir auxilio, a duras penas manifiesta su angustia con la mirada desesperada. Que, de cualquier manera, no le servirá de nada en aquel lugar que solo existe en función de los paseantes. Por más que se esforzara nadie le prestaría la menor atención.

Sin embargo, el hombre de edad mediana se levanta de repente, así como si nada, y se pone en marcha con total indiferencia hasta mezclarse con la multitud.

—Mire esta última foto... Me parece demasiado fea... El fotógrafo y la modelo deben de estar perturbados, ¿no le parece?

Fea no es la palabra exacta, pues hay fotos más grotescas. En medio del fondo completamente negro, se distingue a la mujer agachada y con las rodillas abiertas, la pierna izquierda sosteniendo el peso del cuerpo y la cabeza a la altura de las caderas. Con la mano derecha toma el cabello que previamente ha pasado bajo la entrepierna, manteniéndolo cerca de las nalgas. Aquella postura tan artificial no resulta para nada excitante. Al contrario, el dolor físico de la modelo, reflejado en la foto, origina una repugnancia fisiológica en los espectadores. Solo el trozo plano de la cadera blanca se

muestra indiferente, como el caparazón de un cangrejo, ajeno a las extremidades de la mujer. Una mujer forzada a adoptar una pose imposible bajo el caparazón del cangrejo. Una foto incomprensible y artificial, sin obscenidad ni crueldad, que apenas deja una sensación de extrañeza, como una flor colocada con el tallo hacia arriba. Lo único que alcanzo a resaltar es la extraña sumisión con que colabora la modelo. Tal vez la explicación la encontraríamos en el carácter exhibicionista del fotógrafo, que se ufana del poder que ejerce sobre la mujer...

—¿Tú crees, Tashiro, que encontraremos alguna pista si seguimos a esta modelo?

...

—No se me ocurre nada concreto, pero me sentía obligado a ponerlo al tanto de un aspecto quizá desconocido del señor Nemuro...

—Pero tu jefe te tendría mucha confianza ya que te ha dejado en custodia fotos de esta índole.

—Sí, el señor Nemuro se mostraba más bien huraño en lo referente a las relaciones sociales. A pesar de que en la vida cotidiana manifestaba su amabilidad, creo que en realidad desconfiaba de la gente.

—Pronto te pediré que me enseñes tu habitación. Quizá logre hallar alguna pista importante entre las pertenencias del señor Nemuro que has guardado y que te pueden parecer insignificantes.

—A decir verdad... —Entorna los ojos detrás de las gafas, un tanto perplejo—. No es que haya guardado fotos en mi habitación. Sucede que en el estudio de revelado del que le hablé ayer hay un casillero exclusivo del señor Nemuro...

—¿Un casillero con llave?

—Por supuesto...

—¿Cómo lo abriste?

—Con la llave maestra... Como el dueño del estudio es amigo mío...

—Lo abriste sin permiso.

—El periódico lo encontré también en ese casillero. ¿No le parece sugerente? Es de finales de julio o principios de agosto. Coincide más o menos con la fecha de la desaparición del señor Nemuro. Puede que le haya servido de acicate. Quizá haya pensado que, con ochenta mil desaparecidos en este país, uno más no causaría ningún daño...

—De todos modos lo abriste sin permiso.

—Pero ha sido por el bien del señor Nemuro... Si alguien está a punto de suicidarse al otro lado de una puerta, no se estaría cometiendo ningún crimen si la abrimos a la fuerza.

—No te estoy reprochando nada, solo me estoy cerciorando del hecho.

—¿Para qué?

—Mira, ¿por qué no me dijiste ayer desde el principio cuando te referiste al pueblo F que se trataba de una distribuidora de combustible? Es imposible que no lo supieras. No me pareces honesto del todo. Sospecho que me ocultas más cosas.

Una mancha violeta se expande sobre su rostro descolorido. Con los labios pronunciados, habla jadeando un poco y en un tono de desafío:

—¿Cómo se atreve a cuestionar mi buena voluntad? ¿No ve que le mostré las fotos por mi propia iniciativa?... Sin exigirle nada a cambio... No se habría enterado de su existencia si me hubiera quedado callado... Qué cosas tan absurdas dice...

—Tú eres el que dice cosas absurdas. ¿No me dijiste que eras una de las pocas personas de confianza del señor Nemuro? Me parece totalmente lógico que colabores conmigo voluntariamente.

—A mí no me parece tan lógico. —Se muerde enfadado el borde del labio superior—. Aunque usted se dedica a buscar desaparecidos... uno no siempre se preocupa por hallarlos... Hay circunstancias en que más bien tendría que esconderlos.

—Pero no es seguro que el señor Nemuro haya desaparecido por su propia voluntad. Es posible que lo hayan matado o encerrado a la fuerza.

—Deje de decir necedades.

—¿Estás diciendo que lo has escondido?

—¿Con qué recursos lo escondería? Bueno, yo personalmente anhele el regreso del señor Nemuro, pero no me creo autorizado a opinar acerca de su desaparición. Si acaso llegara a verlo en algún sitio, no sé si me animaría a hablarle... no sé si le hablaría aun cuando me animara... Claro, me gustaría que conversáramos con la condición de que lo guardáramos en secreto... Me interesaría mucho... Es que lo admiro... Yo no sería capaz...

—Vamos, no es para tanto.

—¿Usted sería capaz?

—Lamento decirle que nunca he tenido un cargo de jefe.

—Yo no sería capaz... Esa empresa de mierda... Me dan ganas de darle fuego al pensar que estoy sacrificando parte de mi vida por su causa... pero no servirá de nada cambiar de empresa... Siendo como soy un mero empleado, no me quedará más remedio que buscar la forma de ascender, de subjefe a jefe, de jefe a gerente... Sin el estímulo generado por la ambición, la vida sería demasiado miserable... Madrugando a los colegas y halagando a los jefes... se arruinan entre sí en una confusa maraña, incluyendo a los que no tienen ninguna esperanza de ascender, hasta quedar como unas pelusas secas en el fondo del bolsillo...

—A lo mejor se mezcla entre ellos uno que otro desaparecido o fugado de algún otro mundo.

Tashiro me mira con cara de asombro. Al tratar de enfocar la mirada en el centro de sus lentes, mantiene el rostro un tanto levantado, mostrando algunos pelos de su barba mal afeitada, parados como espinas sobre su pronunciada nuez de Adán.

—Tiene razón —baja la voz, aliviado, como si confiara de pronto en una incierta esperanza—. Mire, toda esa gente que se desplaza sin cesar de un lado a otro... cada uno con su objetivo... Una cantidad enorme de objetivos... Por eso me gusta

sentarme a observar desde este sitio... Uno se queda varado rumiando estupideces, mientras todos los demás avanzan sin descanso. ¿Qué sucedería si perdemos nuestro objetivo y nos sumergimos en la inercia que solo nos permitirá quedarnos al igual que unos idiotas contemplando el discurrir de los caminantes?... Me lo pregunto y me tiemblan las piernas... Me siento desolado y triste... convencido de todo corazón de que la felicidad consiste en andar tras un objetivo, no importa lo insignificante que pudiera ser...

De repente me pregunto, sin preámbulo alguno, por qué la mujer después del funeral no quiso asistir a la cremación de su hermano. Aunque los mafiosos se encargaron de todos los trámites, ella era el único familiar entre los asistentes. Lo más lógico hubiera sido que lo acompañara hasta el último momento, aun cuando los jóvenes trataran de disuadirla. ¿Acaso no querría aceptar la muerte de su hermano? Esta pudiera ser una explicación, pero no deja de carecer de lógica. Y no me extrañé en lo más mínimo ante la forma natural con la que cumplió aquella acción al parecer irracional. Quizá desde antes ya consideraba a su idolatrado hermano como muerto o inexistente. Esa confianza absoluta se puede justificar también como una especie de ritual de despedida a su hermano muerto. Ahora se me hace ligeramente comprensible que a la misma hora en que partía el coche fúnebre desde el pie de la colina, la mujer permaneciera impasible, hablando reiteradamente de su hermano sin mostrar siquiera un asomo de llanto. Un muerto más no tenía por qué perturbar su calma en una sala repleta de visiones y discursos impostados. Claro, un desaparecido tampoco...

—Esto sucedió hace ya mucho tiempo cuando me vi envuelto en un episodio espantoso —continúa Tashiro, con aparente calma, alternando su mirada entre mi rostro y la ventana de cristal, con una frecuencia regular de unas tres veces por segundo—. Yo estaba sentado en el banco de un parque. Y en algún momento caí en la cuenta de que había un mendigo acostado en el banco más cercano, pero decidí ignorarlo mientras fumaba un cigarrillo, pues era un día caluroso y nos separaban más de tres metros de distancia. De pronto se armó una algarabía en algún lugar cercano, y enseguida vi cómo llegaba un grupo de manifestantes con banderas rojas y azules, unos cantando o gritando, auxiliados por altavoces, otros simulando corretear con los brazos cruzados. Era un desfile infinito, que se extendía sin interrupción hasta la eternidad. El mendigo se despertó y comenzó a observar con atención a los recién llegados, y de repente se deshizo en llanto, con los labios torcidos y los hombros temblorosos, aferrándose desesperado con ambas manos al pecho que le asomaba por la camisa desgastada... Nunca había visto una forma tan triste y deplorable de llorar... Lloraba y lloraba viendo el desfile... En un día caluroso, el mugroso mendigo como un trapo sucio destilaba lágrimas negras desde la punta de la barbilla... Me parece el colmo que un hombre se entristezca de tal manera al contemplar una manifestación...

—¿Qué tal si cambiamos de sitio para tomar unas copas? Vamos, te invito.

—¿De verdad? Me da pena.

—No te preocupes, quiero preguntarte un par de cositas más.

—¿Sobre el supuesto chantaje a esa tienda?

—¿Se te ocurre algún sitio bueno, que sea divertido y no muy caro?...

—¿Qué le parece si vamos al bar contiguo al estudio de Saeko? A los clientes se les recomienda aguardar en ese bar bebiéndose unos tragos hasta que la modelo de turno se desocupe. No es obligatorio, pero a los clientes en espera les hacen descuentos porque el bar y el estudio son del mismo dueño. Seguro que también querrá conocer a Saeko.

—¿Tú también eres cliente habitual?

—Qué va... ¿Cuánto cree que gano?

La temperatura no ha descendido mucho, tal vez gracias a las nubes que han comenzado a dispersarse desde el atardecer. Al calmarse el viento, el aire se ha vuelto neblinoso, como una capa de cristal humedecido que borrara las fronteras entre la luz de los faroles y el resplandor de los neones, que se ven como derretidos y mezclados al igual que dulces baratos salpicados con agua tibia. Mientras las tiendas sobre la avenida principal se están preparando para cerrar, doblamos en una esquina para tomar rumbo a un callejón que comienza a animarse en vista de la llegada de la hora pico. Cafeterías grandes y pequeñas, tiendas de pachinko, bares, fondas... una tienda de cámaras usadas, una librería de viejo, una tienda de telas, otra de discos con cierta pretensión... Pronto atravesamos un rincón de bares, cafeterías y farmacias y, después de haber cruzado hacia otra avenida, nos topamos con una calle en la que solo se ven bares, tabernas y cabarets. El túnel de neón se ha quedado atrás, convertido en el telón de fondo que alumbraba con su resplandor la cresta de los edificios, y ya nos encontramos bajo un cielo inexplicablemente oscuro que desdibuja los grupos de hombres que deambulan a todo lo ancho de la calle. Más adelante distinguimos otro rincón iluminado por vistosos neones donde se hallan los prostíbulos y las salas de baños con servicios sexuales. Antes de la entrada hacia aquel lugar luminoso y tentador, giramos a la izquierda y avanzamos a través de un silencioso callejón, ubicado justamente detrás de un viejo cine.

—Los apurados peatones de esta zona son también, de alguna manera, desaparecidos temporales. La única diferencia es la duración: un par de horas o toda la vida...

—Estoy de acuerdo. Le iba a decir algo similar cuando caminábamos delante del local de pachinko, que no es más que un asilo de desaparecidos, pero me contuve porque había demasiado ruido... Mire, más allá de ese poste de electricidad hay una tienda, un poco retirada de la acera, con una puerta sesgada... Yo no me atrevería a entrar solo... ¿Será por el remordimiento de estar juzgando al desaparecido?...

Puerta de madera con un aldabón... El gozne que produce un chirrido escandaloso... Un antiguo sistema de iluminación que hace resaltar las sombras...

Ambiente práctico con una barra y tres mesas, discordante, sin embargo, con el aspecto del barman malhumorado que atiende desde el otro lado. Después de que me dejara sentado en un incómodo taburete, Tashiro sale por la puerta trasera para reservar a Saeko. Un novato no podría estar tan enterado de este procedimiento. Whisky doble con agua... El barman, que permanece en silencio, moviendo su rodilla en leves oscilaciones, reacciona con presteza y habilidad... Solo dos clientes más en la mesa junto a la entrada... Los rostros muy juntos y el tono fervoroso con que negocian algún asunto me hace sospechar que uno de ellos es empleado del bar... El barman coloca un vaso sobre la barra y, apenas se da vuelta, enciende el equipo de sonido. Enseguida brota una música tan estridente y acelerada que sería capaz de levantar el piso, y me quedo atrapado en un círculo cerrado de un metro de diámetro.

—Tenemos suerte, dice que viene enseguida. Otro whisky para mí, por favor. — Tashiro sonrío mostrando los dientes, con las manos juntas, y trepa al taburete vecino al mío mientras se quita el sobretodo.

—Cuéntame entonces, antes de que venga... lo que sepas del chantaje... ¿Con qué motivo crees que se podría chantajear a esa distribuidora de combustible?...

—¿Tiene algún dato concreto? ¿Algo relacionado, por ejemplo, con el señor Nemuro?...

—No, te puedo asegurar que el señor Nemuro no tiene absolutamente nada que ver... Te estoy haciendo una pregunta hipotética... Sabes que todos ocultan su cara secreta, protegida desde el exterior, como esa puerta que acabas de atravesar... Algo que encubre la verdad... Necesito estar bien enterado para continuar con mi investigación... Un chantaje es algo parecido a unas cucarachas apiñadas en la puerta trasera... Motivo del chantaje... Es probable que desde allí me pueda aproximar a la verdad... Resulta de lo más frecuente entre nosotros.

—Lo he estado pensando desde que me llamó... pero no se me ocurre nada en particular... apenas una que otra posibilidad...

—Es suficiente.

—En nuestra industria, aparte de los intermediarios que trafican con las cuotas asignadas a las tiendas contratadas, existen mezcladores que se dedican a acrecentar la cantidad de aceite ligero con líquidos extraños e impropios. Como la tasa de impuesto varía bastante según el tipo de aceite, tratan de obtener ganancias ilegales con la mezcla. Puede haber distribuidoras, de cierta escala y con apropiadas condiciones de ubicación, donde se realizan las mezclas clandestinas, e incluso se puede dar el caso de que compren querosén o aceites usados para vender las sobras a los mezcladores.

—Por cierto, tú conoces al hermano de la esposa del señor Nemuro, ¿verdad?

—Al hermano?... No, aunque a la señora Nemuro la he visto un par de veces.

—Es un tipo con pinta de mafioso, esbelto, con hombros musculosos. ¿No lo viste alguna vez por la oficina visitando al señor Nemuro?

—A ver, no, no creo...

—Es que lo mataron ayer.

—¿Lo mataron?

—Solo a dos o tres kilómetros de la distribuidora de combustible del pueblo F.

—¿Cómo es posible que...? Cada quien tiene su propia vida... Soy demasiado ignorante...

Su mirada curiosa e indecisa se va ampliando detrás de sus lentes hasta que sus ojos se convierten en una suerte de vasijas llenas de asombro, a punto de desbordarse. Parece que no miente. El único motivo que tendría el hermano para chantajear al dueño de esa distribuidora sería su interés en el dinero. Y este empleado timorato y asustadizo no sería capaz de hablar de negocios clandestinos si estuviera enterado de algo relacionado con la Comercial Sainen, por insignificante que pudiera ser.

—Disculpen la demora.

De repente nos interrumpe una voz seca de tono formal. Una chica con el rostro demacrado, vestida con una larga bata color púrpura de bordes azules. Salvo el largo cabello, no tiene nada que recuerde a la mujer de las fotos. Tal vez la mujer desmontada en pedazos ya no tiene nada que ver con el modelo original. Aunque su nariz un tanto arqueada luce bonita, el resto de su rostro, con los gruesos y carnosos labios, el rastro descolorido de acné sobre sus mejillas y las ojeras abotargadas que parecen rezumar algún líquido, es demasiado deslucido y falto de gracia para una mujer que trabaja de modelo. Desde luego este rostro no justifica del todo el empeño que mostraba “él” en aquella espalda. Al dejar el rostro fuera del marco, quedan varios fragmentos del cuerpo que se pueden seleccionar para la toma de las fotos. Incluso, es posible que el rostro cambie de manera radical cuando se encuentra en estado de serenidad, y que en tales condiciones se preste gustoso a adoptar poses sensuales.

—Ya pueden pasar al salón.

—Espera, tómate antes un trago, vamos, que yo te invito —me desplazo al taburete contigo para sentarla entre Tashiro y yo—. ¿Cerveza o algo más fuerte?

—Igual no me pueden contratar por más tiempo, eh, ¿no importa?

—No te preocupes.

Con un bufido de burla se encarama en el taburete, dejando ver una pierna hasta el muslo bajo su bata abierta. Piernas bonitas, imposibles de imaginar al observar las fotos deformadas con toda intención. Piernas de estructura excelente, desarrolladas con amplitud, que pudieran ser las de una atleta si no fuera por su color tan blanco. Se puede imaginar el grado de obsesión que “él” manifestaba por la espalda de la chica al ver que no se interesó en estas piernas esbeltas como objetos del deseo. Quizá por los hábitos de su profesión, Saeko deja adrede su pierna descubierta, y comienza a dar golpecitos con la punta de su sandalia contra las tablas del mostrador, marcando el ritmo de la música.

—Entonces, barman, por favor, mantente atento a la hora. Ah, para beber quiero un gin tonic, no me lo cargues demasiado.

—Me ha recomendado el señor Nemuro que me ponga en contacto contigo.

—Ah, ¿sí? ¿Quién es él? ¿Cómo es?

—Lo debes conocer, pues en una ocasión me mostró unas fotos tuyas que examiné en todos sus detalles.

—Si fue alguien que me tomó algunas... Entonces, se trata de un trabajo extra... Sabes, no permito que me fotografíen en el estudio.

—Entonces, ¿qué haces ahí?

—Obvio, poso desnuda, pero solo ante la mirada de los espectadores.

—Pero en las fotos que vi posaste de forma muy provocativa, por poco no me da un infarto.

—No exageres. Y no me tomes como una principiante. Sabes, hace tiempo que no hago trabajos extras. Acabo de comprometerme y me daría pena por mi novio. Los servicios extras implican muchas cosas, tú sabes.

—Felicitaciones. Seguro que habrás decepcionado a muchos clientes.

El barman adelanta un vaso de gin tonic hacia la mujer con indiferencia profesional. Las chispeantes burbujas de la superficie sugieren la presencia de un profundo lago del que brotara una neblina lechosa. Frente a su vaso vacío, Tashiro se distrae con un pedazo de hielo en la boca, escuchando sin prestar atención a nuestra conversación, fijando su mirada en algún lugar del aire como si quisiera atrapar al espectro de un desconocido extraviado entre la multitud... De un solo trago vació el resto de mi whisky y ordeno dos vasos más... Tashiro me mira asustado, como si se aprestara a defenderse.

—En particular al señor Nemuro, imagino... —levanta la voz intentando hacerse escuchar por encima de la música, pero su fracaso indica que el volumen es mayor que el que creíamos.

—¿Le pedimos que baje un poco la música?

—No, gracias. En realidad, a mí me conviene en más de un sentido —la mujer sonríe con picardía al tiempo que apoya sus manos contra la barra y cruza las piernas de forma un tanto exagerada, dejando ver el interior de sus muslos. Tersos y abultados por la presión, colman el espacio formado entre la barra y el taburete. Con el vaso de gin tonic en una mano, posa el codo en la barra y empuja su busto generoso en mi dirección reduciendo la distancia entre nosotros a la mitad.

—¿Te refieres al hombre que está a tu lado?

—No, no me refiero a él, pero no creo que venga aquí por primera vez.

—¿No te acuerdas de él?

—No me acuerdo de cada uno de mis clientes. Encandilada por las luces y con las pupilas dilatadas, solo alcanzo a percibirlos como cuervos en una noche sin luna.

—Mira, no me canso de ponderar esas fotos tan sensuales que te tomó el señor Nemuro —rozo levemente el muslo de la mujer y, al darme cuenta de que no me rechaza, no vacilo en posar la palma de mi mano sobre aquella rotunda redondez. Acto seguido Tashiro desvía la mirada por encima del hombro y se apresura a

empuñar el vaso recién servido para acercarlo a sus labios como si quisiera morder el cristal—. No posarías de manera tan provocativa si no fuera con alguno de tus clientes habituales.

—¿A qué se dedica el tal señor Nemuro?

—Es el jefe de una sección de mi empresa.

—Mira, no sé... No creo que un empleado ordinario se pueda permitir un lujo semejante... Cobro lo suficiente por una cita... aunque considero que mis servicios valen lo suyo, soy muy buena, sabes... —acaba de un solo trago el resto del gin tonic que ha estado relamiendo a sorbos pequeños, y levanta el vaso para ordenar uno nuevo al barman sin habérmelo consultado—. Te conté que me voy a casar muy pronto, y al menos quisiera hacer una boda lujosa. Me niego a usar un vestido alquilado. Invitaré a todas mis compañeras al hotel más suntuoso y disfrutaremos de una rumba nocturna con todo tipo de licores, que consumiremos en abundancia...

—¿Compañeras tuyas en tu oficio de modelo, querrás decir? O sea que tu novio sabe a qué te dedicas.

—No seas entrometido. —Me quita la mano posada sobre su muslo, molesta por la insinuación que de seguro le ha tocado un punto débil—. No me sacrifico por capricho o diversión, sabes. Claro que cuando joven tuve mis aspiraciones, pero la suerte no estuvo de mi parte. Aun así, no pierdo nada, pues he ahorrado lo suficiente como para provocar la envidia de mis compañeras. Aunque algunas se hagan pasar como niñas bien, anunciando trajes de baño y otras prendas que los grandes almacenes ofrecen a crédito, andan siempre en la penuria. A este oficio solo te puedes dedicar a lo máximo hasta cumplir veinticinco años. Lo único que te queda después es tu cuenta bancaria.

—Así no tendrás que rebajarte delante de tu novio.

—Por supuesto. No le permitiré que pague ni un solo centavo. El costo de la boda, el depósito del apartamento, todo corre por mi cuenta. Jamás me humillaré delante de alguien para casarme.

—Si es así, esas fotos se han convertido en unas joyas muy valiosas.

—Deja de andar insinuando tonterías y dime de una vez de qué fotos estás hablando.

—No te acuerdas de aquellas en las que siempre sales de espaldas, mostrando las nalgas. Todas con el enfoque fijo en la espalda y las nalgas... El hoyuelo arriba de la ranura sonriendo con alegría... Mira esta...

Tomo con la punta de los dedos la foto que he escogido de antemano, la extraigo del bolsillo, y se la muestro casi pegada a la nariz. Su rostro se pone rígido y su voz suena áspera e irritada.

—¿Cómo sabes que soy yo?

—Claro que lo sé... —Coloco de nuevo la mano sobre el muslo de la mujer con la intención de apaciguarla—. El cabello, para empezar...

—¿Cabello? —De repente lanza una risotada histérica y frunce el ceño con

brusquedad—. Qué cosas tan extrañas dices. Por lo general, nos ponemos pelucas a petición de los clientes. Me acabo de presentar con una peluca de cabello negro para complacer a...

De repente, la mujer se vuelve hacia Tashiro y tomando la punta de su larga cabellera la sacude con fuerza como un látigo contra el rostro del joven, luego se escucha un gemido femenino que no alcanzo a descifrar, y veo entonces a Tashiro que oculta su rostro tras la cabeza de la mujer. Claro, puede tratarse de una peluca... Desde luego, esa no es una prueba suficiente para afirmar que la mujer de la foto no sea la misma que está a mi lado... No es del todo imposible hacer con una peluca esa figura extraña en la que se observa un mechón de cabello atravesado en la entrepierna... Se podría lograr una pose semejante sujetando el extremo de la peluca con los dientes...

—Te voy a decir una cosa —la voz iracunda me sorprende e interrumpe el extraño estado de embeleso en que me hallaba detallando el muslo de la mujer, con su red de venas azulinas que le otorgan una transparencia singular a su blancura, y mi propia mano posada sobre él como una araña roja—. Deja de chantajearme con evidencias dudosas. Desde el comienzo me parecía muy extraño que tuvieras unas fotos mías y, ya ves, qué engaño. ¿Crees que las modelos somos tan idiotas para dejarnos hacer fotos que luego nos puedan comprometer? Sabes, somos profesionales. Mírame bien.

De repente, con los dedos de ambas manos se agarra el cabello desde la raíz y se lo quita por entero como si pelara un durazno maduro. Sacudiendo los manojos del largo cabello, convertido en una especie de animal sin forma, golpea con fuerza mis brazos, y luego lo deja sobre sus muslos para rascarse con violencia la cabeza rojiza, casi rapada. El barman mueve apenas la cabeza inclinada sobre el fregadero, mostrando su perfil musculoso sorprendentemente ancho. Debajo de la patilla se le ve la sombra de una rasgadura, producida quizá por el juego de luces, que puede ser una cicatriz endurecida. No sabemos si la sombría expresión de su rostro se queda flotando sobre la superficie o si acaso penetra hasta llegar al fondo de su corazón convertida en una enfermedad incurable. De la manera que sea, parece que no vale la pena malgastar el tiempo en este lugar ignorando esa sutil e implícita advertencia. Retiro la mano del muslo de la mujer, que me clava una mirada llena de odio haciendo temblar la pierna en señal de rechazo, como si acabara de percatarse del contacto entre mi mano y su piel.

—Parece que no me invitarás a tu boda.

—¿Qué quieres hacer? Decídetes de una vez. Tienes que apurarte si quieres que pasemos al estudio.

De pronto ha cambiado la música dejando en el aire el momentáneo sonido del silencio que golpea los oídos con furor, al tiempo que la última frase de la mujer se queda flotando en el aire como la sombra de un ave gigantesca. Los dos sujetos sentados al lado de la entrada se vuelven asustados hacia nosotros. A continuación se

escucha un solo de guitarra que empalidece el ambiente con sus tristes tonadas. Me bajo del taburete mientras apuro el resto de whisky.

—Bueno, ahora sí me voy, tengo cosas que hacer —saco dos billetes de mil yenes, la suma estipulada, y los coloco sobre la barra, sujetándolos con una columna de monedas de cien yenes a modo de propina—. Lástima, porque lo mejor está a punto de comenzar. Pero Tashiro aprovechará lo que resta del tiempo contratado. Tú no tienes nada que hacer, ¿verdad?

La rojiza congestión producida por el alcohol le abarca el rostro y el cuello, dejando en blanco solo la punta de la nariz y la barbilla, como prensadas entre dos tablas de cristal. Con un gesto ambivalente, termina asintiendo de manera extraña.

—Eres soltero, ¿verdad? —la mujer se vuelve hacia Tashiro y le habla sin intentar disimular su tono socarrón—. Debes pegar el botón de tu camisa con hilo del mismo color si no quieres que te conviertan en objeto de burla.

Tashiro permanece de pie, petrificado, en silencio, mientras limpia sus lentes con las yemas de los dedos. El barman deja caer la nota de la cuenta delante de mí con suavidad, como un grueso copo de nieve, y me devuelve el cambio con celeridad profesional. Paso al lado de los dos tipos de la entrada, concentrados en un diálogo formal, y al llegar a la salida me sorprende al ver que la mujer me ha dado alcance sin producir ningún ruido, despidiendo un aroma polvoriento a cosméticos baratos que me hace evocar el lecho solitario de una mujer soltera.

—Serás un invitado de honor a mi boda —susurra en un tono natural al tiempo que abre por un instante la bata ligera para mostrar su cuerpo desnudo. Cuerpo fuerte y hermoso, sin ninguna duda, pero se nota un tanto endeble debido a su aspecto descuidado. La sombra tenue del vientre contraído es una señal evidente que la diferencia por completo de la mujer de las fotos.

—Cortesía de la casa —la mujer me ofrece su sonrisa afectada—. ¿Te das cuenta de lo generosa que soy? Desde luego, no me gustaría que mi novio se apareciera por aquí. Lo más importante del hogar es la estabilidad. Búscame otra vez antes de mi boda.

Tashiro permanece inmóvil en el mismo sitio, como un maniquí elaborado a la perfección. Luego de acariciar ligeramente los dedos de la mujer, empujo la puerta, que deja escapar un chirrido escandaloso, como de pájaro asustado. Un viento helado arremete contra las solapas y las mangas de mi sobretodo. A medida que avanzo, se va disolviendo la música del bar con sus susurros ilusorios, dando paso al rumor desdibujado de la urbe gris. Mis sentidos se dispersan como si se diluyeran en la oscuridad. Acelero el paso en dirección al cielo iluminado por las luces de neón, tratando de ajustarme cuanto antes al ritmo de los caminantes que derivan hacia sus inciertos destinos...

Me doy cuenta, sin embargo, de que a medida que acelero mis pasos... más se me acercan otros pasos en busca de sus destinos. Frente al cine se abre una avenida

bordeada de aceras donde se divisan unos cuantos peatones, y un flujo casi interminable de taxis... Continúo avanzando... Tal vez debido a que circulan pocos taxis libres, deseo que pronto me den alcance los pasos que me persiguen.

Enseguida los pasos jadeantes se emparejan con los míos. Me empeño en ignorarlos, sin cambiar de ritmo ni volverme hacia atrás, como si se tratara de mi propia sombra. Un tono débil y suplicante ronda alrededor de mis orejas heladas como un mosquito fastidioso.

—¿Qué le pasó? ¿Acaso no le agradó la mujer? Sus piernas me parecieron espléndidas... Seguro que son tan refrescantes como una fuente de aguas cristalinas en pleno verano... Bueno, creo que no compartimos los mismos gustos... ¿Por qué no dice algo?... Ya veo, está molesto conmigo... No había más remedio... No fue por mala intención, créame... Me esforcé para satisfacerlo de algún modo... A lo mejor soy un ser demasiado tímido... Me odio a mí mismo... Siempre me sucede algo similar, a sabiendas de que luego me voy a arrepentir hasta el grado de pensar en el suicidio... ¿Por qué soy así?... ¡Qué pena!... Me gustaría que olvidara lo que le conté acerca de los mezcladores y las alteraciones clandestinas de combustible... Me excedí sin querer, solo para complacerlo, pero a decir verdad, los socios de una distribuidora de combustible común y corriente, con un negocio estable, no se atreverían a inmiscuirse en un asunto tan arriesgado... Lo máximo a que se prestarían sería al doble registro para pagar menos impuestos... Aun cuando realizaran alteraciones clandestinas, jamás dejarían pistas comprometedoras... Se lo juro, por lo general inventan una empresa fantasma para curarse en salud, y así en el caso de alguna denuncia la empresa matriz no saldría perjudicada... Por eso es inútil... Es del todo inútil continuar husmeando...

Sigo sin responder. Mantengo el mismo ritmo de mis pasos, sin mostrar mi acuerdo con su discurso, y también sin objetarlo. Me encamino con la celeridad de un insecto nocturno hacia la zona donde pululan las luces artificiales, donde se escucha el creciente bullicio. Luego de permanecer callado por un breve espacio de tiempo, Tashiro, impaciente, continúa con su discurso:

—¿Por qué tuve que inventar esas historias?... Existen dos motivos... En primer lugar, por la sencilla razón de que sentí miedo... ¿Me comprende?... Ante la misteriosa desaparición del señor Nemuro me sentí abandonado... No, mejor dicho... experimenté rencor, celos, no sé... Como si hubiera sido excluido de los placeres de la vida por alguna causa ajena a mi voluntad... Y me desesperé por explicármelo a mí mismo, a como diera lugar, para tranquilizarme... Usted comprenderá este deplorable estado psíquico... Y en segundo lugar... Me cuesta decirlo... Mi angustia ha perdurado hasta ahora en soledad... pero antes, creo que debo ser más franco... Le contaré de una vez todo cuanto sé al respecto... Para empezar, la historia de las fotos fue un invento mío... Perdóneme... Todo fue mentira... En realidad, esas fotos las recogí en la calle por casualidad... Me gustaron tanto que las vi repetidas veces, extasiado, hasta sumergirme en un mundo de fantasía... Quizá la culpa es de la

señora Nemuro... Usted, ¿qué piensa de ella?... ¿No le parece una persona distraída o cínica que siempre se está burlando de uno?... Conmigo es peor, quizá porque me toma solo por uno de los subalternos de su marido... Claro, es cierto que soy su subalterno, pero me parece humillante esa conducta suya, despectiva... Bueno, al fin y al cabo no tengo por qué andar criticando a los demás... Pero esa señora no deja de inquietarme, no sé por qué...

Sigo ignorándolo. Una intervención inoportuna durante su confesión puede darle la suficiente tranquilidad para sentirse cómodo sentado sobre su trono de mentiras. Mejor será sacar un mayor provecho de la inercia de su caída. Mantengo mis pasos firmes, sin detenerme, mientras las calles se sumergen bajo el resplandor de las luces artificiales, y los recuerdos del día, clavados en el corazón de la noche, insisten en embelesar a los transeúntes con el ritmo de un tiempo trastocado.

—¡No! —Tashiro jadea con voz temblorosa en medio de su agitada respiración —, ya se habrá dado cuenta, le estoy mintiendo de nuevo... Las mentiras me salen contra mi voluntad... ¿Será que estoy enfermo?... ¿Seré un mitómano?... Esas fotos las tomé yo mismo, esa es la verdad... Sabía muy bien que de nada me serviría mantener las apariencias... Desde luego, la modelo no es esa mujer... La fotografié solo de espaldas porque desde ese ángulo lucía mucho más tierna... Le juro que esta ha sido la última mentira... aunque posiblemente ya nunca más confiaré en mis palabras... Créame, se lo suplico... He guardado secretos terribles... Tengo miedo... Digo mentiras sin ninguna necesidad solo para aligerar el peso de los secretos... con la esperanza de que las mentiras se conviertan en verdades cuando al fin alguien se las crea... Pero ya estoy cansado... Me dan ganas de desembuchar de una buena vez... Quiero que me devuelva las fotos... que no tienen nada que ver con el señor Nemuro y que solo sirven para avergonzarme aún más...

Permanezco en silencio. El cielo iluminado por los alegres neones, el vórtice de la multitud apremiada por objetivos intangibles, la oscura danza de los fugitivos impostados en la cual resulta imposible mantenerse separado de los demás por una distancia de tres metros, el simulacro de día feriado que se repite noche tras noche hasta la eternidad. Me detengo al borde de la acera para tomar un taxi. Tashiro se me adelanta, salpicando el lóbulo de mi oreja con su saliva amarillenta.

—Escúcheme, por lo que más quiera... Le voy a revelar un secreto crucial... Lo vi... Vi al señor Nemuro... Se lo juro... ¿Por qué no me hace caso?... ¿No le encargaron que lo encontrara a él, al señor Nemuro?... ¿No me cree? No importa que no me crea, pero al menos escúcheme... Lo vi con mis propios ojos... Lo vi caminando...

Levanto la mano al ver un taxi que se acerca con la señal roja de libre, sin prestarle a Tashiro la menor atención. Al frenar, el taxi produce un sonido agudo como el arrastrarse de una lata, y nomás detenerse abre la puerta como si se propusiera derribar a los transeúntes. No invito a Tashiro, que intenta abordar el taxi conmigo como si buscara auxilio, pero tampoco lo rechazo.

El taxista es un sujeto malhumorado y con aspecto de matón. No responde ni asiente siquiera al escuchar mis indicaciones, y hace sonar con una violencia inusitada la palanca de cambios al poner el viejo motor en una marcha forzada. Suponiendo que se haya fugado de verdad hacia otro mundo a través de la puerta trasera del Tsubaki, ¿será que “él” estará llevando una existencia de nervios crispados como si se alimentara con raciones de vidrio molido, al igual que este taxista?... ¿Qué cosas tan terribles habrá experimentado como para fugarse y soportar una existencia miserable, sin intención alguna de regresar?

—¡Lo vi!

Por causa de la excesiva calefacción, de pronto se le nublan las gafas a través de las cuales me observa de reojo con inquietud. A medida que mis mejillas, tensas por el frío, se van calentando, comienzo a sentir una deliciosa embriaguez. Dos botellas y media de cerveza, estimuladas por los tragos de whisky, sedimentadas en mi cuerpo, se precipitan a través de mis venas alegrando mi débil corazón.

—Antes quiero que me aclares por qué no me habías contado algo tan importante.

—Es que no estaba seguro de si tenía derecho a hacerlo...

—¿Derecho?

—Cuando vi al señor Nemuro caminando por la calle se había transformado en otra persona... Nada que ver con un ermitaño arruinado... Avanzaba a pasos firmes, como impulsado por una vitalidad interior...

—O sea que andaba en la calle.

—Me asombré y estuve a punto de desmayarme... Pensé en abordarlo y hablarle enseguida, pero me sofrené al ver su rostro... no sabía si tengo derecho a entrometerme en su vida...

—¿Era una calle estrecha o ancha?

—Una calle normal... Igual que cualquiera de esta zona...

—¿Estás seguro de que no era un gesto de preocupación o desesperación, que a simple vista se podía confundir con vitalidad?...

—Estoy ciento por ciento seguro, no puede haber ningún error. Ajeno a cualquier preocupación, se le veía disfrutando del paseo a sus anchas.

—Entonces, ¿por qué no se dio cuenta de tu presencia si, como dices, tuviste suficiente tiempo para observarlo bien? Qué extraño.

—Había mucha gente, usted sabe, a la hora pico, cuando miles de empleados regresan a sus casas...

—O sea que simplemente lo seguías a sus espaldas.

Tashiro termina de limpiar sus gafas con un pañuelo arrugado y se las pone a la fuerza en medio del rostro, empujándolas con dos dedos, mientras muestra sus enormes dientes, tan blancos como los de una dentadura postiza.

—No me haga trampa. Si ahora le respondo que sí, me preguntará enseguida cómo pude ver el rostro del señor Nemuro desde atrás. Sepa muy bien que estoy en posesión de la verdad, y la verdad no deja espacio para el engaño.

—Me parece muy bien. ¿Quieres decir entonces que lo perdiste de vista?

—Quién sabe...

—Insistes en seguir con tus enigmas.

—Es cuestión de derecho, como le dije al principio. Estamos convencidos, de manera arbitraria, de que cada quien tiene su residencia y que debemos devolver a aquellos que se fugan a su residencia original, aunque sea encadenados o esposados... Pero no sabemos a ciencia cierta en qué basamos semejante criterio, que pareciera estar sustentado en el sentido común... ¿Quiénes tendrían el derecho de intervenir contra la voluntad de los fugitivos?...

—Se fugan de su hogar y luego se establecen en otro sitio. Creo que estás exagerando en lo referente a los derechos de los fugitivos, que más bien deberían preocuparse por sus obligaciones hacia sus lugares de origen.

—La voluntad, o mejor, el libre albedrío, puede incluir la renuncia a esas obligaciones...

—¿Cuándo lo viste? ¿En dónde?

—Según el recorte de prensa que le mostré hace rato, el uno por mil de las personas han desaparecido en este país... Uno de cada mil, incluyendo bebés o inválidos que no se pueden mover por su propia voluntad, fíjese bien... Es una cifra enorme, alarmante, diría yo... Sin contar la cantidad de personas deseosas de fugarse e impedidas de hacerlo... Quizá resulta que los que no se pueden fugar son aún más numerosos que los fugitivos...

—¿Fue en verano? ¿O ya comenzaba el frío?

—Debemos aclarar antes la cuestión del derecho.

—¿Acaso no te importan los sentimientos de los abandonados? ¿Te acuerdas de que mataron al hermano de la esposa del señor Nemuro?

—¿Y eso qué tiene que ver con los sentimientos de los abandonados?

—¿Qué ropa vestía?

—A veces siento un miedo horrible cuando por las mañanas viajo apretujado como un pepino en salmuera en un vagón repleto de gente. En la vida cotidiana, uno se cree dueño de su propio destino dentro del círculo social donde se mueve relacionándose con una veintena, cuando mucho con un centenar de conocidos, pero resulta que todos los días andamos rodeados de miles de desconocidos que superan con creces el número casi insignificante de conocidos. Bueno, esto no es nada en comparación con el miedo que siento cuando el tren se acerca a su destino...

—Dime siquiera el color de la ropa que llevaba. ¿No te das cuenta de que me has hecho perder mucho tiempo con tus mentiras?

—Sí, lo siento... —se acobarda de repente y un par de veces traga en seco a punto de atragantarse—. El color de la ropa... A ver... Mejor dicho, llevaba puesto un impermeable...

—¿Estás seguro?

—Ese día... no llovía... pero a lo mejor las nubes presagiaban lluvia. El señor

Nemuro era siempre muy precavido... A veces nos burlábamos de su manía por las licencias... Además de la de conducir, tenía la de telegrafista y la de taquígrafo...

—Sí, ya lo sé.

—Todo eso debe tener algo que ver con su desaparición... para no sentirse segregado cuando se encuentre solo en medio de gente desconocida... ya sea en un vagón repleto o en el laberinto de una ciudad desconocida...

—¿De qué color era el impermeable?

—Era de una calidad ordinaria... Sabe, ¿cómo se diría?, ocre o té, el color típico de un impermeable.

—¿Era viejo o nuevo?

—Ni viejo ni nuevo. Más bien desgastado. Ahora que me lo pregunta... recuerdo que tenía unas manchas de aceite en las mangas y las solapas... Claro, era el que siempre llevaba... Como experto en mecánica automotriz, lo usaba como ropa de faena cuando tenía que trabajar debajo de un coche...

De repente le ordeno al taxista que se detenga. Los postes de electricidad han ido disminuyendo en número sin que me haya percatado, y nos encontramos ahora en una zona oscura con amplias avenidas... Las señales para indicar las obras nocturnas de reparación de tuberías destellan con las luces de los faroles, y algunos cascos fosforescentes repiten sus tediosos movimientos.

—Bájate aquí y refresca tu memoria. Tú sabes por qué te lo digo.

—Yo no sé más nada. —Sin ánimo de obedecer, se encoge dentro del asiento como un gusano—. Ya le conté todo lo que había que contar.

—Sigue reflexionando hasta que lo recuerdes todo. Anda, bájate enseguida.

—Se va a arrepentir.

—Basta. Ese impermeable está en mis manos como una pista de la investigación. Tómate una pastilla para que duermas bien, y avísame cuando se te ocurra alguna mentira más elaborada, difícil de desmentir.

Con un poco de violencia junto el índice y el dedo medio para golpearle la quinta costilla, y Tashiro, con un débil gemido, se retuerce a punto de caerse de bruces, pero alcanza a saltar con un pie para evitar la caída. Y comienza a vociferar a todo pulmón en dirección a la puerta que se cierra:

—¡Lo seguí! ¡Yo seguí al señor Nemuro!

Me bajo al llegar a la cima de la colina. Sin contar los cafés que consumí con Tashiro, despilfarré sin necesidad un montón de yenes en aquel antro de chicas nudistas y en el taxi que tomé por causa de mi embriaguez... ¿Hasta dónde podré justificar esos gastos como parte de mi trabajo?... Para cobrar hace falta un informe detallado... Desde luego, tengo la información suficiente... Siempre se puede sacar algún provecho del tiempo malgastado... Creo haber conseguido los datos para un excelente borrador en las horas que pasé con un desaparecido en potencia, eliminando, por supuesto, las pistas innecesarias...

Sin embargo, me parece casi imposible resumir esos testimonios indirectos en un informe objetivo que al salir de mis manos valga para los demás. Decir que un mentiroso ha aceptado una mentira como mentira equivale a no decir nada. Por más que intento esforzarme, lo único que recuerdo con nitidez es aquel par de muslos blancos entrevistados bajo la barra... y la sensación cautivadora que me quedó en la palma de la mano... Ese fragmento femenino, separado del cuerpo, no apunta hacia ninguna parte, y para completar el rompecabezas tendré que buscar el resto de las piezas tras esa cortina color limón. Enfilo mis pasos hacia esa ventana por el camino que atraviesa el conjunto residencial, al igual que un insecto atraído por la luz de un farol. Y lo hago sin ninguna razón en particular, sin siquiera extrañarme de que carezco de razones para hacerlo...

Bueno, sí tengo una razón: mi coche abandonado al lado del segundo poste con la lámpara de mercurio, justo al pie de la escalera que asciende hacia el apartamento donde vive la mujer... Sé que esta excusa no tiene ningún valor, ya que dejé el coche en este sitio con el pretexto de mi embriaguez y ahora estoy más borracho que antes. Continúo avanzando despacio sobre el césped marchito siguiendo una vereda que me permita acortar la distancia que me separa de la ventana color limón. Pronto llego a un punto situado a treinta y dos pasos normales de la esquina del edificio número tres... Al levantar la mirada contemplo la fila de lámparas de mercurio que invitan, con su mágico fulgor de ojos falsos incapaces de parpadear, a un rumboso desfile que nunca llegará, y se me ocurre que las tenues luces rectangulares de las ventanas le dan la espalda, sin esperanza alguna en su llegada... Me detengo y levanto el cuello de mi sobretodo al sentir el viento que me golpea las mejillas como un trapo mojado... Estoy justo en el sitio donde vieron por última vez al desaparecido...

¿Qué sucedería si “él” se encontrara aquí en mi lugar, aguardando con sigilo en la oscuridad?... ¿Qué pensaría al ver la ventana del hogar que abandonó? Intento ponerme en su lugar, pero no lo logro. En cambio, se me aparece con el mayor descaro la silueta del taxista que me acaba de traer: ese enano siniestro color agua mugrienta, que respira lamentos en lugar de aire, por cuyas venas circulan maldiciones en vez de sangre, y que despide a través de su piel un tufo inmundito... Imposible que ese sujeto se detenga aquí... No tendría siquiera el ánimo suficiente para comparar su destino con la ventana color limón... Pero no todos los taxistas son siempre así... De hecho hay personas mansas y hogareñas como el señor Toyama, que le compró el coche a “él”... “Él” tiene que seguir siendo “él” mismo y no se puede sustituir por ninguna otra persona. “Él”... que le dio la espalda a toda esperanza, fugándose con temeridad del casillero llamado vida... ¿Acaso quiso viajar hacia un eterno día festivo que jamás llegará?

Un buen día encuentra por casualidad un cartel pegado a un poste de electricidad —el anuncio de una fiesta grandiosa, descolorido por la lluvia y el viento, que ya no llama la atención de nadie—. A pesar de la ausencia de la fecha y el sitio, no pierde la esperanza y sale en busca del festejo anunciado sin dar marcha atrás... El eterno día

de fiesta que solo se acabará con la muerte, a diferencia del simulacro repetido noche tras noche, donde el maquillaje sirve para ocultar las múltiples falencias en la espesa oscuridad alumbrada por las luces de neón... Un mundo nocturno que no se acabaría nunca si las tinieblas fueran indispensables para el ritual... El círculo del vals eterno, ajeno al cansancio y la tristeza después de la fiesta, y los pedazos de papel que vuelan con el viento...

Ahora, “él” se encuentra aquí de pie... sopesando lo que ha perdido y la esperanza de lo que todavía no ha conseguido... ¿Qué hará?... Y yo ando a tientas en busca de su paradero... No, no sirve de nada... Esta oscuridad que tanteo no son más que mis propias entrañas... Mi propio mapa, proyectado en mi cerebro... No es “él” sino yo quien está de pie... A decir verdad, no debería encontrarme en este punto sino frente a esa cerca de tablonces desde donde se puede observar la ventana del apartamento de la mujer... Pero estoy aquí, temblando de frío, intentando acercarme a la ventana de una persona con la que no podré aspirar más que a una relación fortuita de detective y cliente... Quizá “él” se encuentre también bajo alguna ventana inesperada, en algún sitio que ni siquiera figura en su propio mapa... Un paraje al que nadie sino “él” sabría llegar. ¿Estará dormido o despierto, riendo o llorando, enojado o aburrido, desesperado o jubiloso, borracho o soportando un dolor de muelas, asustado o echando humo como una olla de presión, pellizcándose las espinillas o distraído, perdido en un páramo yerto o cayendo en picada, concentrado en contar su dinero o abstraído con los recuerdos, haciendo su itinerario para el día de mañana o atormentado por la soledad, rascándose el cabello con remordimiento o sangrando de una herida profunda hasta sentir que se desmaya?...

Sin embargo, el que se encuentra de pie, sin nada que hacer, soy yo, nada menos que yo mismo. He trazado mi propio mapa, creyendo trazar el suyo, y he seguido mis pistas, creyendo seguir las suyas, hasta quedar petrificado de frío, sin conciencia alguna... No, no es solo por el frío... ni por la embriaguez... ni por el remordimiento... El desconcierto se convierte en inquietud, que deriva en temor... Mi mirada recorre de arriba abajo las líneas de la esquina del edificio número tres, y luego me vuelvo para contar los edificios vecinos... Una vez más... Otra vez, otra... Sobre la misma esquina, de arriba abajo, de abajo arriba, como enloquecido... ¡No está!... ¡No está la ventana color limón!... En el lugar donde debería estar la ventana color limón se observa una cortina a rayas blanco y café, que nada tiene que ver... ¿Qué habrá sucedido?... Para enterarme, solo me faltaría avanzar treinta y dos pasos, subir la escalera y tocar el timbre del segundo piso a la izquierda... pero no me siento capaz de hacerlo... El cambio de cortina indica que me recibirá alguien tan ajeno a la mujer como lo sería un limón de una cebra... Tal vez no, a lo mejor esa cortina a rayas es la señal que anuncia el regreso de “él”... Quizá se haya dado la millonésima posibilidad de que “él” haya regresado al ver en el periódico vespertino la noticia acerca de la muerte de su cuñado, eventualidad de la que hice una alusión irónica ante la mujer sin pensar que fuera factible. Qué desenlace tan brusco... Qué final tan

decepcionante... Un mapa exacto y legible... Un diálogo confundido con un monólogo... En fin, qué bueno que todo haya resultado así de normal, sin nada que lamentar, sin desconcierto ni desazón. Ya me podré retirar con calma de este asunto, que por cierto no me ha dejado ninguna experiencia de la cual pueda sentirme orgulloso...

Claro, no tengo por qué sentirme molesto, a menos que hubiera deseado en secreto que el caso perdurara hasta la eternidad. Ya no habrá gran cosa que hacer durante los tres días y medio que quedan del contrato, ni sería lícito alargar la investigación sabiendo que no daría frutos, contando con los escasos ahorros de la mujer ahora que se le han agotado los fondos con la muerte del hermano... Saco el maletín del coche... sí, he dado este enorme rodeo solo para recoger el maletín... y comienzo a desandar el mismo trayecto. Un camino oscuro... demasiado oscuro... Me vuelvo por última vez hacia la cortina a rayas, fea y de mal gusto, y me cruzo con una pareja de mediana edad, acompañada por un chico con uniforme escolar que habla en voz muy alta; avanzan cautelosos encogiéndose de hombros y agachándose para sobrellevar el frío, antes de seguir cuesta abajo en dirección a la estación del metro. Recortada por un fuerte resplandor, la entrada del metro absorbe pequeños pedazos de papel que se arremolinan como en una competencia. Decido entrar a un restaurante popular, que queda al lado de la entrada, y ceno arroz con curry, acompañado de huevos cocidos. En pleno invierno, una mosca plateada insiste en trepar por la pantalla de la lámpara y resbala cada vez que lo intenta, dando vueltas alrededor con graves zumbidos. No hay nada de que preocuparse, ya que una mosca debe estar mucho más informada y enterada del cambio de estaciones que yo.

#### **Informe:**

**14 de febrero, a las 6:30 de la mañana:** Entre las seis y media y las siete hago algunas investigaciones secretas acerca de la cafetería Tsubaki, donde, según me han informado, se llevan a cabo las mediaciones clandestinas de los taxistas temporarios. En caso de que se compruebe la existencia de algún amaño o ilegalidad, nos resultará todavía más sugestiva la caja del Tsubaki, incluyendo su estado de deterioro y los fósforos de distintos colores. También habrá que hacer un análisis del anuncio de reclutamiento de choferes publicado en el periódico deportivo. La declaración del dueño del Tsubaki, que insiste en que se trataba de un anuncio para contratar un chofer privado, se deberá tomar como una evasiva para desviar la atención, y a lo mejor es posible detectar un código secreto, solo comprensible por los choferes temporarios. (No es del todo imposible ocultar en el texto mensajes cifrados sobre, digamos, la apertura de un nuevo local adecuado para los encuentros o el cambio del santo y seña de algún contacto, valiéndose, por ejemplo, de la distribución o el tamaño de las letras). Esto no significa que esté a punto de hallar alguna pista del desaparecido. En la actualidad trabajan, solo en la zona metropolitana, casi ochenta mil choferes, de los cuales quince mil, es decir el veinte por ciento, no tienen residencia fija, lo que permite suponer que hay muchos más mediadores clandestinos. Dadas las circunstancias, sin embargo, me parece casi seguro que el Tsubaki aporta alguna pista, y me mantendré atento a los movimientos internos. Por fortuna, el señor Toyama, un tipo simpático, con antecedentes como miembro del Tsubaki durante una temporada, me servirá de referencia o de carta de recomendación para continuar mis investigaciones secretas.

Pero esta no es la verdad. Faltan doce minutos para el día catorce y más de un cuarto de día para el amanecer. Sé que me estoy adelantando demasiado, pero no soy

un niño arrebatado ante la expectativa de una excursión campestre, ni intento tejer alguna trama maliciosa. No se modificará en lo más mínimo el contenido de este informe, aunque me resten seis o diez horas. Es muy poco probable que muera de repente en menos de seis horas, de manera tal que este informe, redactado con paciencia, se convertirá en el mejor salvoconducto para abordar a la mujer mañana en cuanto termine la investigación en el Tsubaki. No sé qué significa esa odiosa cortina a rayas, pero no tendré ningún problema para acceder al apartamento. No sentiré ningún remordimiento, pues lo que le pueda agregar in situ se resumirá a lo sumo a unos cuantos renglones. Todo resulta tan evidente, como el día que sucede a la noche...

Para colmo, tanto el amanecer como el anochecer tardan en aparecer en la pequeña habitación de este inhóspito apartamento de soltero, que solo me sirve como asilo provisorio para pernoctar. Pongo el despertador a unos minutos antes las cinco, y después de darle cuerda lo coloco sobre el alféizar de la ventana, fuera del alcance de mis manos, enciendo la radio para amortiguar el ruido escandaloso del juego de mah-jong que viene del piso superior, me meto en el lecho frío que huele a mí mismo con más intensidad que mi olor natural luego de haber ingerido una cantidad apreciable de licor de pésima calidad, selecciono de las fotos de la chica desnuda que me entregó Tashiro una que no ofrece ninguna particularidad, pero que a mi parecer es la que representa mejor el talante fisiológico de la mujer, la coloco en la cabecera al lado de la foto de "él", y trato de concentrarme en analizar la relación entre ambas fotos, mientras escancio con lentitud una botellita de whisky.

Sujeto de cara alargada, con un pequeño desajuste entre el lado derecho y el izquierdo, que parece revelar una tendencia hacia el fanatismo. La aparente aspereza del cutis se debe tal vez en mayor grado a la disparidad del color que a los desniveles de la superficie. Persona de constitución alérgica. El ojo derecho se aprecia vivaz, obstinado y fuerte mientras que el izquierdo, con el rabillo levemente rasgado hacia abajo y el párpado abotargado, revela cierta catadura como de perro afligido. La nariz larga y delgada se tuerce un tanto hacia la izquierda. Los labios apretados forman una línea recta como trazada con una regla, el superior descarnado y nervioso, el inferior carnoso y sereno. Resta una zona mal afeitada en la mejilla izquierda. A pesar de que lo había tomado como un hombre práctico, hoy creo percibir en él cierta inclinación hacia lo fantasioso. Aunque puede ser totalmente manso e inofensivo, no me veo en el futuro entablando un diálogo con esa persona encarnada en un ser de apariencia humana. Un ser destinado a permanecer atrapado en una foto, con un rostro que le sentaría mejor a su imagen en negativo. Rayos borrosos corren oblicuos en el fondo. Parecen carreteras elevadas o fragmentos de edificios relucientes bajo el sol poniente.

La otra foto muestra una cadera femenina, similar a una fruta gigantesca color piel, en medio de la negrura homogénea del fondo y del piso. Se aprecia inmensa porque ocupa todo el plano, pero en realidad se trata de una cadera más bien pequeña. La figura me recuerda algo. Claro, una fruta de níspero... Un níspero pálido y

deformado... como una mezcla entre níspero y pera occidental... El hemisferio inferior se observa semitransparente, con toques verdosos, quizá por contraste con el negro impuro de la estera sobre el piso... Vistas desde abajo, una serie de estrías profundas, divididas en dos tonos color café, húmedas como membranas mucosas, rodean las nalgas hasta acabar en los extremos abombados de la columna vertebral. El tono rojizo, bruñido, de la parte superior contiene una impureza producida quizá por los vellos... La blancura también puede resultar del reflejo irregular de los vellos, pues solo algunos puntitos de las protuberancias de la columna vertebral, alineados a modo de túmulos, se tiñen de color harina tostada como el de un terreno recién excavado, debido seguramente a la posición forzada que mantiene al inclinarse hacia adelante. Ese color peculiar se apodera de mis sentidos.

Vellos tan finos, casi invisibles, como de terciopelo de alta calidad... Piel tersa como de niño, con un tono color café... Desde luego, una foto a color, producto de la última tecnología, no es capaz de reproducir a la perfección los tonos de color. Ahora... no tengo la menor intención de cuestionar a priori la confesión de Tashiro... ya que no es del todo imposible que, al dudar de la mentira de la mentira, la primera mentira resulte ser verdadera... Además, la misma mujer admitió que “él” acostumbraba hacer fotos a color... No puedo negar todavía por completo la posibilidad de que las fotos en cuestión las haya tomado “él”. Será lícito pensar, no sin cierto cinismo, que Tashiro se empeñó en contradecirse porque las había adquirido de una manera ilegal. Al reflexionar de esta manera, me parece que el rostro de “él” está marcado por las arrugas típicas de un mirón y escrutador, habitante de un mundo alterno que no se convence de la existencia de un objeto hasta que logra asimilarlo por entero en su interior...

Es por eso que insisto. Me pregunto, para empezar, si Tashiro sería capaz de usar un teleobjetivo. Tenemos además el álbum titulado “El significado de la memoria”, donde la mujer actuaba con naturalidad, consciente de estar siendo fotografiada. La figura en una bata de dormir que transparentaba su silueta... (Sin preocupación alguna, la expuso ante mis ojos durante un largo rato. ¿Sería acaso por indiferencia o a propósito, tal vez por distracción o coquetería innata?)... Sí, es muy probable... que la modelo de esta foto no sea otra que la esposa de “él”, es decir, mi cliente...

Mi cuerpo se endurece. Volteo la foto de “él”, dejando solo al descubierto la de la modelo. Sin darme cuenta he vaciado la botellita de whisky, a pesar de que mañana debo levantarme temprano. La radio continúa emitiendo sin cesar canciones folklóricas de Estados Unidos. Con mi cuerpo que al fin se ha calentado embutido bajo la manta, soy incapaz de despegar los ojos del níspero, y en mi viciosa imaginación la modelo se convierte en una niña. La ranura del níspero resplandece como la película entre los dedos del sapo. A esta mujer le sentaría a la perfección un vestido rojo de una sola pieza, con una falda muy corta. Se funde y confunde, de manera intrincada como en la réplica del Picasso colgada en la pared de la sala, con la extraña chica que trabaja en la sastrería de mi esposa. Acrobacia peligrosa, rayana en

la temeridad, que se repite sin cansancio en la cuerda floja colocada sobre un terreno plano. ¿Qué tal si llevo a la mujer a la tienda de mi esposa para encargarme un vestido? Por cierto, me dijo que iba a buscar un empleo. ¿No la emplearía mi esposa? La película entre los dedos del sapo brilla con mayor intensidad hasta llegar a parecerse a un elástico morado... ¿Qué se rompe y qué permanece?... En el cielorraso de madera estampada con vetas de cedro aparece el rostro de siempre... La luna radiante... Por más que reflexione, nunca llego a entender por qué me resulta tan terrible el sueño que se repite un par de veces al año, en el cual me persigue la luna radiante...

A las cuatro cincuenta y seis de la mañana... El timbre ligero del despertador me molesta como si me limaran los nervios... En mi ardiente garganta se queda enredada una flema viscosa que incluso me quita las ganas de fumar... Más que una resaca, continúo con la misma borrachera de la noche anterior. Los ojos me arden como brasas, no experimento ningún alivio aun cuando me los lavo con agua fría, los mocos no cesan de salir de mi congestionada nariz.

Sin embargo, ya he anotado en el informe el itinerario de hoy. Debo seguirlo al pie de la letra, como si se tratara de hechos consumados. Esta habitación de seis tatamis, desprovista de utensilios, se me antoja demasiado amplia. Ha de ser a causa del frío. Coloco una cafetera sobre la estufa de gas y acerco mis manos para calentármelas. Saldré apenas me tome un café espeso. Partiendo a las cinco y media estaré llegando al vecindario de la colina antes de las seis y diez. Recuperaré el coche y, luego de dar dos o tres vueltas delante del Tsubaki, a manera de reconocimiento, entraré a la cafetería a las seis y media, tal como he puesto en el informe.

Afeitado y vestido, comienzo a hojear el vespertino de ayer con el café en una mano, cuando escucho de nuevo el sonido de un timbre que, desde luego, no es del despertador... Es el teléfono... El único aparato que posee algún valor en mi apartamento... Lo compré con un gran sacrificio, pensando en lo útil que resultaría para mi trabajo, pero hasta ahora no lo he usado nunca, salvo para avisar de mi demora a la oficina cuando me levanto tarde, pues pocas veces estoy en este apartamento. No recuerdo haber recibido una sola llamada en las últimas dos semanas... Estaba a punto de convencerme de que lo mejor sería venderlo de una vez... Tres timbres seguidos... Algo increíble... ¿Será una llamada equivocada?... ¿O acaso me estará llamando la mujer? ¿Le habrá sucedido algún imprevisto que la haya obligado a cambiar de nuevo la horrible cortina a rayas por la anterior color limón?... Puede ser mi esposa... A las cinco y media de la mañana... Si fuera ella, debería ser a causa de una apendicitis o de una pulmonía aguda... Levanto el auricular sin esperar el cuarto timbre.

—... ¿Quién habla?

—¿Estaba dormido?... —responde una voz débil, que para mi sorpresa reconozco como la de Tashiro.

—Qué te pasa, hombre, a estas horas —sin querer contesto en un tono brusco—. ¿Qué hora crees que es?

—Lo sé, iba a colgar si no contestaba al siguiente timbrado, pero quería contarle una cosa cuanto antes...

—¿No ves que todavía está oscuro? Deja de molestarme con tus impertinencias.

—Bueno, sí, ya está amaneciendo, puedo distinguir el color tétrico del cielo. Ya ha pasado el lechero y también los repartidores de periódicos. Incluso se oyen algunos ladridos. Además, ya partió el primer tren.

—Deja el fastidio, hombre. Hasta luego.

—¡No! No cuelgue, por favor. Se va a arrepentir si atiende de mala gana las últimas palabras de un ser humano. Sí, ahora mismo me voy a suicidar. Estoy harto, toda la noche lo estuve meditando. Oiga, ¡acaba de pasar un repartidor de periódicos! Periódicos... Publicarán una nota sobre mi suicidio en las ediciones vespertinas... Por causa de... ¿qué será?... Quizá por neurosis...

—Admiro tu vocación de actor, pero, discúlpame, estoy de prisa. Te atiende mañana, con todo gusto.

—No me cree. Usted es tan insensible que no sabe distinguir la verdad de la mentira. ¿No ve que cualquier mentira tiene un significado, dependiendo de quien la diga? Esta vez me va a creer, se lo aseguro, se arrepentirá toda la vida, ya verá, arrastrará como una pesada carga su insensibilidad.

—¿De dónde me estás llamando?

—Y eso qué le importa. Parece que está comenzando a preocuparse.

—En absoluto.

—¿No?

—Bueno, ya voy a colgar.

—¡Espere! No le voy a quitar más tiempo, pues ya muy pronto estaré muerto. Quiero que escuche las últimas palabras de un moribundo. Después de haberme tratado como a un insecto, no me vaya a decir que no quiere ser testigo de mi muerte. Seguro que se lo está tomando como un simulacro, y me parece bien. Continúe escuchándome tranquilo, con una taza de té en la mano.

—Me estoy tomando un café.

—Mejor todavía. Le sienta muy bien a esta situación. ¿Me oye? Acabo de subirme a un parapeto... a decir verdad, se trata de una maleta... Me ato el cuello con una soga... Mejor dicho, meto la cabeza en el lazo de la soga...

—¿Has redactado algún testamento?

—No. Lo había pensado, pero no lo hice, pues si lo comenzaba no tendría ánimo para terminarlo... y en realidad, si tuviera que resumir lo que siento, bastaría con decir adiós.

—¿No me quieres dejar algún mensaje relacionado con el señor Nemuro?

—Qué falta de sensibilidad. Usted es más un cerdo que un ser humano. ¿Cómo se atreve a decirle semejante estupidez a un hombre dispuesto a suicidarse? Qué

porquería, dizque señor Nemuro... No sabe cuánto desprecio a ese cobarde... Insensato y vil... ¿Para qué molestarse pensando en un ser tan miserable?... A mí qué me importa... Bueno, ya tengo la soga en el cuello. Posición perfecta. Pronto me apretará hasta que me falte el aliento. Llegaré mucho más lejos que cualquier desaparecido, mucho más allá.

—¿Dime, qué diferencia hay entre desaparición y suicidio? Además, un cadáver es de lo más asqueroso, mientras que un desaparecido resulta más transparente que el mismo aire, más limpio que el cristal...

—No me distraigas, alguien se acerca. Bueno, ya basta, llegó la hora de morir. Voy a patear la maleta. Ahora mismo. Dígale, por favor, a la esposa del señor Nemuro que contratar un detective para buscar a un desaparecido es un lujo...

—¿Para quién?... ¿Qué quieres decir con lujo?

No obtengo ninguna respuesta. Creo percibir un sonido como el de una bolsa plástica llena de agua al aplastarse, que enseguida es borrado por el golpe seco del auricular que rebota con violencia, y todo permanece en silencio. Un ruido delicado, como el de un cachorro que se rasca dentro de una caja de cartón... ¿Será una ilusión auditiva?... No es posible que se haya suicidado... ¿Qué haré?... Si de verdad se ha suicidado, me interrogarán en la comisaría hasta dejarme exhausto, ya que he sido testigo de su muerte. No me importaría ser interrogado, pero ¿qué explicación podría darles? Todo es tan absurdo. ¿Respondería que murió a causa de mi insensibilidad? El único argumento válido para la policía sería que lo chantajeé con tanto empeño y tenacidad como para inducirlo al suicidio. Esa sería la única relación causa y efecto que se permite dentro de la lógica policial. Ay, qué venganza tan eficaz y cruel acaba de realizar ese sujeto. Tan eficiente que ni siquiera se sabrá por qué y para qué la hizo... Bueno, no es posible que se haya suicidado... Es un loco... Siempre quiso destacarse mediante la relación de actos escandalosos para llamar la atención... al igual que las personas que exhiben sus condecoraciones... Pronto empezará a reír o sollozar... Ya se escucha algo... El chirrido de la bisagra de una puerta... Y el alarido como ahogado y pedregoso de un hombre... Un grito desesperado que se queda flotando en el espacio como una admonición...

¡Se ha suicidado de verdad! Cuelgo el auricular y confirmo el silencio a mi alrededor.

De nuevo, el camino oscuro... demasiado oscuro... Esa hora de dejadez, intermedia y suspendida en el tiempo, cuando las amas de casa, y los coches de los bebés y las bicicletas plateadas, son borrados como brochazos de la oscuridad, y la mayoría de los empleados se acomodan en sus respectivos casilleros, pero todavía es temprano para que regresen aquellos vagos que se hacen pasar por desaparecidos... Me detengo... justo en el punto donde “él” se esfumó sin dejar rastros.

Al igual que anoche, en la ventana de la mujer se observa la misma cortina a rayas café y blanco... Con el suicidio de Tashiro en primer lugar, tengo varios

asuntos que informarle, pero titubeo sin saber por qué. Si al menos hubiera terminado el informe sobre el Tsubaki, relacionándolo de alguna manera con la desaparición de su marido, se lo habría podido mostrar como avance de mi investigación, sin avergonzarme, reforzándolo quizá con algunos datos falsos. Pero la muerte de Tashiro lo desbarató todo. Me vi forzado a postergar las investigaciones del Tsubaki para mañana.

El viento corre presuroso entre los edificios. La corriente helada choca contra las esquinas angulosas y aúlla en un tono grave, inaudible. De repente se me entumece de puro frío la piel de todo el cuerpo y mi corazón se transforma en una bolsa de hielo al recibir el flujo de sangre congelada. Camino de asfalto pisoteado. La misma pelota blanca de goma, rota, en el césped. Mis zapatos polvorientos brillan como laqueados bajo la luz de la lámpara de mercurio. El cadáver de un camino lleno de grietas. La tapa de una alcantarilla cubierta por hierbas marchitas, tan abandonada como yo.

Hoy presenté mi carta de renuncia. Si por casualidad Tashiro hubiera dejado algún rastro que evidenciara el hecho de que fui la última persona que conversó con él, sin duda sería requerido por la policía. Y me interrogarían con obstinación al saber que no reporté la novedad a su debido tiempo. Sería un enredo, tal como me lo hizo saber mi jefe. Aunque no me sugirió que renunciara, tampoco se negó a aceptar mi carta de dimisión. Disimulando su gesto con su amable mirada, me dijo: sé que a veces un trabajo solitario da los mejores frutos, pero cualquiera se puede desbocar si un individuo tan odioso como yo no sujeta las riendas a tiempo, lo digo por experiencia propia, pues la mayoría acaba metida en un pantano sin fondo... yo te creía más prudente, pero ahora me vienes con ese embrollo tan tremendo... este oficio está lleno de trampas, vayas donde vayas... te aconsejo como amigo que tengas el suficiente valor para cambiar de profesión... el mundo es muy grande, y la vida te puede ofrecer muchas oportunidades... la próxima vez que me busques, ven como un cliente de lujo capaz de pagar la investigación con un fajo de billetes, y te asignaré el mejor detective que esté a mi disposición...

Luego me encerré en mi apartamento para esperar durante medio día. Nada me perjudicaría más que la sospecha de que tengo alguna intención de huir. La policía no se apareció. Parece que pude evitar lo peor, aunque todavía se mantiene la tensión. Menos mal que de mi relación con Tashiro solo estaban enterados la mujer, mi jefe y el mismo Tashiro.

Esperar es una tarea ingrata... Cuando se trata de un trabajo con alguna perspectiva segura todo depende de mí, pero los esfuerzos que implica la espera resultan estériles. Para colmo, tuve que vomitar tres veces y mi estómago quedó como estragado por causa de la resaca, que fue de mal en peor. Pero la mujer me espera detrás de esa ventana. Parece que la cortina a rayas no era ninguna señal para el regreso de "él". En caso positivo, ya lo habría reportado por teléfono a mi jefe, y este a su vez me lo habría comunicado en la oficina. Debe tener otro significado.

Seguro que me espera. Pero no me atrevo a tocar esa puerta. El cambio de cortina es un indicio de que algo ha sucedido en el interior, aunque “él” no haya vuelto. Además, mi posición ha cambiado: he renunciado a la agencia donde trabajaba como detective, y la mujer ya no es mi cliente. Como última tarea, mi jefe me ha encargado preguntarle si desea continuar la investigación con otro detective, pero prefiero hacerlo mañana en la mañana, después de cumplir con las averiguaciones en el Tsubaki. Resentimiento aparte, ya no me queda nada por hacer, ni destino alguno al cual encaminar mis pasos.

Desaparecido “él”, asesinado el hermano de mi cliente y suicidado Tashiro, el antiguo subalterno del fugitivo, y yo separado de mi esposa, el único asidero que me queda es la mujer en permanente espera. Todos se han ido, me han abandonado. Tal vez yo mismo no seré más que un desaparecido para mis compañeros de oficina. Y también lo será ella, la mujer que a duras penas se mantiene en vela, monologando con un vaso de cerveza en la mano, y que apenas contará con el cobrador de impuestos de la municipalidad cuando quiera verificar su existencia real. Un ridículo juego de escondidas en el cual dos seres inexistentes se buscan con desesperación...

No percibo más que la espesa oscuridad, aun cuando la lámpara de mercurio me esté alumbrando. Una que otra parada del autobús, escasos pasos sobre el asfalto, figuras humanas que no se alcanzan a ver... Lo único que persiste es la perspectiva oscura y borrosa... Sin embargo, permanezco a la espera... Camino despacio, me detengo y me doy vuelta antes de ponerme en marcha de nuevo... Seré capaz de seguir esperando hasta la eternidad... Me mantendré a la espera mientras la mujer aguarde por mí... A lo lejos resuena como un eco metálico, de un tubo a otro, el golpe de una puerta de hierro que se cierra con violencia, que hace vibrar mis tímpanos como un temblor de tierra. El gemido débil de un perro atraviesa el vacío. Pero ¿por qué se han ido todos, uno tras otro?...

No me quedaba más remedio que llegar a la conclusión de que alguien me estaba vigilando. Clareaba el día, con la suficiente luz para dar relieve al contorno de los objetos, pero no tanto como para extraerles sus colores. A esa hora, cuando los coches comienzan a apagar sus faros, el interior del Tsubaki se veía luminoso desde afuera y pude observarlo bien a través de la cortina a cuadros negros. La cafetería, que en general luce desierta y silenciosa como para intimidar a la clientela, se encontraba en un total desorden, plena de oscuras siluetas que parecían no dejar espacio siquiera para una persona de pie. A mi informe no tendría que hacerle ningún retoque, apenas cambiar la fecha, el quince por el catorce... Esto significa que desde el interior no se alcanzaba a ver bien hacia afuera y, de hecho, la mayoría de los presentes dirigían sus miradas en dirección al mostrador, atentos a algo que sucedía en aquel sitio, sin el mínimo asomo de estar pendientes o con la mirada alerta en lo que pudiera estar sucediendo en la calle. Lo único que se me ocurre como una eventual posibilidad es que el vigilante del estacionamiento se hubiera comunicado de forma secreta con

alguien del interior...

Además, por mi parte, yo no había tomado ninguna precaución. Solo quería averiguar, sin intención de insistir demasiado, algún detalle sobre la vida de “él” entre los asiduos de la cafetería, que desde luego no soltarían la lengua con facilidad, y, a pesar de mi reciente condición de desempleado, estaba lejos de pensar en obtener alguna información acerca de los taxistas ilegales con el fin de tramar algún chantaje. Por lo tanto empujé despreocupado la puerta de la cafetería, que ya me resultaba familiar, prestando atención a un anuncio de oferta de empleo —en realidad se trataba del mismo que había visto antes y en el cual se solicitaban los servicios de una camarera—. Adelanté el hombro izquierdo para deslizarme en línea oblicua hacia el bullicioso salón, cuando...

Ni siquiera tuve tiempo para observar el interior. Apenas creí distinguir las miradas llenas de odio de un par de sujetos que se abalanzaron contra mí, una mano se estira desde un lado de la puerta para sujetarme por el cuello y, aprovechando mi instantáneo tambaleo, otro brazo me acomete con brusquedad. A lo mejor no era un brazo sino un palo blando, elástico, como forrado en caucho. Siento que me estoy asfixiando. Voy cayendo a la manera de un cono invertido de cuyo extremo puntiagudo gotea un líquido con sabor a jugos gástricos. Aunque me golpearon el rostro, no sentí ningún dolor. Pero cuando me sacaron en vilo, quizá en estado de inconsciencia, y me patearon el cuello y las costillas al lado del coche que había dejado estacionado frente al café, el dolor adormecido despertó con manifiesta intensidad. Explotó como un petardo y me perforó el corazón con la contundencia de un relámpago. Quizá gracias al ímpetu del ramalazo fue que pude recuperar la conciencia. Alguien abrió la puerta del coche y otro me empujó hacia adentro, sosteniéndome por los costados. Acto seguido agarraron mis piernas que se habían quedado afuera, las doblaron a la fuerza hasta meterlas bajo el tablero de mandos y cerraron la puerta con violencia. Una maniobra de profesionales. Lástima que no pude identificar a los ejecutores.

El dolor me hace recuperar el ánimo. Muevo los hombros para confirmar que no me han roto los huesos. Tengo las manos ensangrentadas. Miro el retrovisor y me doy cuenta de que toda mi cara está recubierta de rojo, como si unos niños traviesos me la hubieran pintado. Se me hace difícil respirar con la nariz tapada. Debajo del asiento busco la vieja toalla que he utilizado para limpiar el parabrisas y me enjugo la cara, pero no alcanzo a quitarme la sangre adherida. Además, me sigue sangrando la nariz. Me recuesto en el asiento, sosteniendo la nariz con los dedos, y aguardo boca arriba durante unos minutos. Pero debo darme prisa. Aun cuando todavía no pasa casi nadie por la calle, la mañana avanza con rapidez, convirtiendo la ventana del Tsubaki en un espejo negro y coloreando el paisaje. La calle desierta y silenciosa, de un momento a otro se llenará de transeúntes. No debo exponer mi rostro a las miradas ajenas. Hago una bola de papel, a manera de pañuelo, y me tapo la nariz. Arranco despacio, consciente de las miradas que me estarán escudriñando desde el interior del Tsubaki.

La caseta del parqueadero permanece en la oscuridad y, por desgracia, no se encuentra el viejo vigilante.

Otra vez el cielo blanco... Y el camino blanco que parece conectarse directamente con el cielo... Las lámparas de mercurio han apagado sus ojos, ampliando el sendero hasta unos diez metros de ancho, según mis cálculos... El resto de la noche persiste solo en las entradas de los edificios, desde las cuales se extiende hacia arriba las escaleras. La bicicleta del último lechero se cruza con mi coche para luego alejarse cuesta abajo haciendo sonar la cesta repleta de botellas vacías.

Por fortuna, no distingo ninguna persona a mi alrededor y subo la escalera de dos en dos para enfrentarme al timbre de la puerta blanca de hierro con el marco verde oscuro... A pesar de que me ausenté apenas por un día, me siento como un marinero que vuelve a casa por primera vez en un mes... Aún no sé lo que pueda significar esa cortina a rayas, tendré libre acceso a este apartamento mientras persista mi cara ensangrentada.

Al segundo timbrado se levanta por fin la tela de la mirilla. Es inevitable la demora a estas horas tan inoportunas. Ruido estridente cuando se quita la cadena. El pomo gira y permite que la puerta se abra de par en par, y tal como esperaba me recibe un grito de sorpresa.

—¿Qué le ha sucedido, tan temprano... en la mañana...?

—Fue en el Tsubaki. Por favor, déjeme lavarme la cara.

Al parecer no hay zapatos masculinos en el zaguán. Con la cabeza tocada por un gorro, la mujer envuelta en un extraño pijama forrado de algodón parece aún más infantil, su imagen no coincide con la de la foto a colores que estuve durante dos noches seguidas escrutando minuciosamente.

—¿Tsubaki? ¿Se refiere a esa cafetería?

Me quito el sobretodo y el saco, y me doy cuenta de que las mangas y el cuello de la camisa están manchados de sangre. Remojo trozos de algodón en el agua tibia de una palangana y me limpio con cuidado la sangre, mientras le explico a la mujer de forma escueta lo que he venido averiguando hasta el presente: los datos inquietantes que me reveló el vigilante entre inútiles jadeos... la confirmación de los datos por parte del taxista Toyama... las mediaciones ilícitas y clandestinas para los taxistas informales...

—No debe tocarse las heridas. ¿Quiere que le cambie el agua?

—Es una hemorragia... Las heridas no revisten ninguna gravedad... Me arden, pero son leves.

—¿Por qué razón acudirían a la violencia?

—A juzgar por lo que me han hecho, debe tratarse de un asunto muy delicado.

—Los fugitivos desesperan por ocultarse.

—¿Sabía que Tashiro se suicidó?

—¿Se suicidó?

—No entiendo por qué todos quieren desaparecer.

—Pero ¿con qué motivo? ¿Por alguna razón particular?

—Motivo... Algún día se lo explicaré en detalle... Al fin y al cabo, perdió el rumbo... sin siquiera saber dónde estaba... sin saber que de verdad existía tal como se lo había imaginado... Eso solo se lo pudieron haber demostrado los demás, pero nunca nadie le prestó la menor atención...

—Si es así, yo debería ser la primera en morir —dice en un tono irónico, pero enseguida logra dominarse—. Ojalá le quede bien una camisa de mi marido... ¿Se la quiere probar?

—Perdí mi empleo debido al suicidio de Tashiro. Mi jefe tiene fobia a la policía, y en el contrato nos impone una cláusula según la cual nos puede destituir sin ninguna explicación en caso de que nos veamos envueltos en algún lío, por más trivial que pudiera ser. ¿Qué me dice usted? ¿Me permite seguir con la investigación durante los dos días que restan, aunque ya no formo parte de la nómina de la oficina?

—¿Sería acaso por mi culpa?...

—Ha cambiado la cortina de la ventana, ¿verdad?

—Sí, la anterior la manché con café. Creo que fue anteayer. Sí, el mismo día del funeral de mi hermano... justo después de que usted pasó por aquí... Las manchas de café no se pueden quitar con facilidad... y la mandé a la tintorería... Sabe, estuve conversando con una persona que se empeñó en tomar café... Lo preparé enseguida, pero cuando se lo traía me hizo cosquillas por la espalda y...

De repente me acomete una serie de arcadas. Un dolor agudo se expande en forma radial desde el fondo de mis ojos y repercute dentro de mi cráneo, reflejándose luego en lo profundo de mi garganta y en algún punto sensible de mi nuca.

—¿Otra vez ha estado soñando con su marido?

—Es probable, pues de nuevo me hizo cosquillas.

—Prefiero la cortina anterior, color limón.

—Me la devuelven dentro de dos o tres días.

—Restan solo cincuenta y ocho horas. Dos días con diez horas... para que venza el contrato de la investigación... Una semana significa seis días, sin incluir el domingo.

—Voy a empezar a trabajar muy pronto. No se preocupe por el...

Me acosan con más fuerza las arcadas. El estómago me pesa como arcilla mezclada con polvo y basura.

—Hay unos ochenta mil taxistas trabajando solo en Tokio. El número de empresas es de aproximadamente cuatrocientas, pero incluyendo los negocios independientes pueden llegar a más de mil. Aun cuando visite cinco al día, para recorrerlas todas necesitaría...

—¿Se siente bien?

—No, no muy bien...

—Debe descansar un rato...

Con el dolor de cabeza y las arcadas que me impiden la visión, mi conciencia toda se aferra sin ninguna vergüenza a la pequeña mano posada sobre mi brazo, como si ahí se hallara la esencia misma del universo. Doblado para soportar la náusea que está a punto de aflorar, traspaso por primera vez el umbral de esa puerta... Una cama blanca, todavía desordenada... con el hueco que conserva la forma del cuerpo femenino... A pesar de que mi nariz sigue tapada por los restos de sangre, alcanzo a percibir un aroma que flota en el aire... El hueco dejado por la mujer, que ha dormido un poco ladeada hacia la pared... Un recipiente propio para el reposo, hecho a mi medida... Membrana violeta entre los dedos de un sapo...

—Discúlpeme... Comparado con la ciudad real, el mapa que hemos esbozado resulta demasiado simple...

—Será mejor que no hable, si se siente mal... Nos quedan todavía treinta y cuatro horas...

La mujer se sienta al pie de la cama y me observa con detenimiento desde un ángulo muerto. ¿Será que me está observando de verdad? ¿Acaso me habré convertido para ella en uno de los fantasmas con los que monologa, al igual que aquel empeñado en tomar café?...

Mi henchido corazón sigue latiendo sin saber para quién... La ciudad... Cambio de posición intentando localizar a la mujer... pero ya no aparece por ningún lado... Entonces, ¿dónde demonios estoy bajo la mirada escrutadora de una mujer inexistente?...

—¿Qué hora será?

—Han pasado cinco minutos...

De repente se enciende la lámpara colocada en la cabecera de la cama, y veo a la mujer de pie delante de mí. El pijama forrado de algodón ha sido remplazado por un kimono liviano, color amarillo tenue, y el cabello largo, libre del gorro, le cae oblicuo sobre los hombros.

—¿Desde cuándo?

—El contrato venció hace cinco minutos.

—¿Cómo? —Sorprendido, me incorporo sobre la cama—. ¿Qué quiere decir?

—No se preocupe. —La mujer se vuelve y avanza dos o tres pasos hasta detenerse casi en el centro de la habitación—. Empiezo a trabajar a partir de mañana...

Justo antes de que se dé vuelta, una constelación de pecas pálidas se proyecta desde su rostro, dejando en mis labios un dulce y sutil sabor. La evocación de algo que no alcanzo a precisar me oprime el pecho. Sin que me lo pueda explicar, sé con certeza lo que hacía la mujer antes de encender la lámpara. Me fijo en la dirección de su mirada y detengo la mía sobre la ventana ubicada al lado del tocador adherido a la pared, junto a la cabecera... Una cortina color marrón, con un estampado de cristales...

—¿Qué estaba mirando?

—Las ventanas...

—No, le pregunto qué está mirando a través de la ventana.

—Ventanas, le dije, eso es lo que estaba mirando... Muchas ventanas... Se van apagando una tras otra... Solo en el instante cuando se apaga una, puedo saber a ciencia cierta que hay personas tras ella...

—O sea que ya es de noche...

—Han pasado cinco minutos...

—¿Tanto he dormido?

—Todavía no... Apenas vamos a dormir ahora...

La mujer arquea la nuca y cimbra el cuello, sacudiendo con exquisita lentitud su larga cabellera. A través del kimono se pueden ver con claridad las contorsiones de su cintura y del par de columnas que la sostienen a medida que se tuerce y retuerce. Desplazo con cautela mis piernas, colocando de primero el pie izquierdo sobre el piso y, apoyándome por entero en la planta, despego el cuerpo de la cama. Me adelanto un paso con los brazos abiertos y sostengo a la mujer por las axilas al tiempo que le hago cosquillas con cierta brusquedad. La mujer lanza un débil gemido y trata de escapar a mi acoso. En lugar de dirigirse a la ventana o a la puerta, avanza en línea recta hacia mí, chocamos de frente y caemos rodando encima de la cama. En mis pupilas el sonriente reflejo de unas pecas color café claro, y la lustrosa membrana violeta que se tensa entre los dedos... El hueco dejado por la mujer sobre la cama blanca... Un recipiente propio para el reposo, hecho a mi medida...

Al otro lado de la cama veo un ropero con grandes asas blancas de metal bruñido. La superficie parda del mueble, vetada de falsa teca, está tan barnizada que serviría de espejo a dos metros de distancia. Desde algún lugar, tal vez desde la cocina, la mujer tararea en voz baja una melodía. No puedo reconocer la canción, ya que apenas alcanzo a escuchar ciertos fragmentos inconexos. Me visto y me pongo a caminar... Doy vueltas por la habitación... La mujer también camina... Se pasea delante de la cortina color limón. De repente, el rostro se le oscurece, el cabello blanco, los labios también blancos, las pupilas se vuelven blancas y el blanco de los ojos se vuelve negro, y las pecas se convierten en manchas blancas como capas de polvo acumuladas sobre las mejillas de una estatua de piedra... Me pongo en marcha... Enfilo mis sigilosos pasos hacia la puerta.

Y me detengo con calma. Me detengo como si hubiera rebotado contra un muro de aire. El peso que iba a desplazar desde la punta del pie izquierdo hacia el talón del pie derecho rebota presionando con fuerza la rodilla izquierda. La cuesta es bastante empinada.

La vía no ha sido asfaltada sino pavimentada con concreto áspero, estriado a intervalos de diez centímetros, quizás como prevención de los deslizamientos. Este recurso no tendrá ninguna utilidad para los peatones, ya que la superficie lisa debido al polvo acumulado y a los desechos de neumáticos dificultará el paso de aquellos

que caminen con zapatos viejos de suela de goma en días lluviosos. Claro, se trata de un invento destinado a los coches. Las estrías con intervalos de diez centímetros pueden ser de alguna utilidad para los automóviles. Quizá se conviertan en conductos para llevar agua hacia las cunetas en los momentos cuando la carretera esté cubierta de nieve medio derretida.

Pese a estas consideraciones pensadas para favorecer a los conductores, son escasos los vehículos que pasan por aquí. La vía, desprovista de aceras, está ocupada a todo lo ancho por unas cinco mujeres que se disputan la palabra con sendas canastas de compra en sus manos. Por el centro de la cuesta desciende un niño que patina acurrucado sobre las ruedas, lanzando silbatazos como de policía. Al cederle el paso sin pérdida de tiempo me doy cuenta de que también yo he estado caminando por el centro de la cuesta.

Y me detengo con calma. Me detengo como si hubiera rebotado contra un muro de aire. El peso que iba a desplazar de la punta del pie izquierdo hacia el talón del pie derecho rebota presionando con fuerza la rodilla izquierda.

A la izquierda se yergue una muralla alta de cemento armado inclinada fuertemente, y a la derecha se deja ver un barranco casi vertical detrás de una barrera de seguridad inservible y una cuneta estrecha. Al frente la vista está tapada por una muralla parecida, pero el camino traza una curva grande hacia la izquierda, que desemboca muy pronto en una ladera de la colina. Cinco pasos más y se ampliará la perspectiva que me permitirá contemplar el barrio ubicado sobre la colina. No hay duda. Estoy tan acostumbrado a seguir la misma ruta que suelo atravesar este paisaje casi sin darme cuenta, a menos que lo observe a conciencia... Debo estar familiarizado con este camino después de haberlo recorrido centenares de veces... También ahora estoy de regreso a casa, cumpliendo el periplo de siempre.

Pero me detengo sin querer. Me detengo como si hubiera rebotado contra un muro de aire. Me detengo, intimidado sin querer ante un presentimiento reciente, una sensación nunca antes percibida, mientras observo el paisaje de esta cuesta. Quizá pudiera explicar a mi manera por qué me he detenido, pero yo mismo no me lo podría creer, y es que por mucho que me esfuerce no puedo acordarme del paisaje —tan familiar como este que estoy observando a mitad de la cuesta— que se abrirá más allá de la curva.

Quizá no sea como para angustiarme tanto. Creo haber experimentado extravíos de la memoria semejantes a lo largo de mi vida. Esperaré. Hay momentos en que perdemos el sentido de la distancia debido a un desajuste del enfoque, por ejemplo cuando miramos con demasiada intensidad y durante mucho tiempo una pared de pequeños azulejos. Tampoco es raro que una persona se olvide por algún motivo del nombre de sus amigos. Equilibrando el peso de mi cuerpo apoyándome sobre el talón del pie izquierdo, aguardaré hasta recuperar el enfoque normal, lo que tal vez sea cuestión de minutos. Es absolutamente seguro que más allá de la curva está el barrio de la colina donde tengo mi propio domicilio.

Como producto de un fenómeno meteorológico estacional, el cielo está cubierto por nubes grises, delgadas y regulares, con vetas azules, que oscurecen en el crepúsculo la hora señalada en mi reloj de pulsera: las cuatro y veintiocho. Todavía hay bastante luz como para distinguir sobre el camino las estrías a diez centímetros de intervalo, pero no la suficiente como para hacer sombra. Debido quizás al material del que está hecha, la muralla del costado izquierdo se ha convertido en un solo plano oscuro luego de haber absorbido la temprana penumbra valiéndose de los húmedos musgos que cubren a retazos su superficie. Al recorrer con la mirada, hacia arriba, la oscura muralla, una línea ambigua, erosionada, corta la vista en diagonal, haciendo que la región del cielo próxima a esa zona se vea más luminosa. Desde luego, es imposible ver más allá, pero recuerdo que a mitad de la colina hay un conjunto de tres pequeñas casas residenciales y un edificio como de apartamentos de alquiler rodeado de árboles, al que se llega por otro camino procedente de algún punto de la ladera. Solo conservo una imagen borrosa de aquel sitio, pero es inevitable que así sea, pues casi nunca he visitado esa zona. Más bien debería alegrarme por haber mantenido en mi memoria retazos del recuerdo, no importa que un tanto desdibujados. El hecho de que guardo estos recuerdos parece demostrar que el paisaje abierto delante de mis ojos esconde algún pasaje secreto que me habrá de conducir a un viaje hacia el pasado. El territorio que queda fuera de mi vista desaparecería por entero si tan solo me estuviera ilusionando con la imagen falsa de algún sitio que jamás he conocido. De momento, lo único que ha desaparecido es el barrio de la colina, ubicado al otro lado de la curva.

Del terreno bajo que se extiende hacia el norte... ¡Ojo!, sé dónde queda el norte sin siquiera corroborar la posición del sol... estoy ciento por ciento seguro. Las casas que se ven al nivel de mis ojos, los techos de teja o de latón que relumbran en el laberinto de los huertos, el bosque que absorbe las ondas eléctricas, la chimenea del baño público que compite con el muro de piedras del frente... Estoy seguro de poder trazar en mi mente un plano que me conduzca a través del laberinto hasta el baño público, ubicado en el fondo del barrio. La calle predilecta de los ancianos que se sientan, fumando, delante del edificio a la espera de la apertura del baño para tener el privilegio de ser los primeros clientes. La calle recorrida a toda prisa por las mujeres, con artículos de tocador bajo el brazo, pasadas las tres de la tarde. Un desvío al borde del barranco donde transitan los camiones ligeros cargados de combustible. Recuerdo haber visto marcos y mangos de pancartas amontonados a la orilla de ese mismo desvío.

Cambio la posición de mis pies al tiempo que intento detener la respiración. A medida que la detengo, me invade la inquietud. ¿O será que he detenido la respiración porque me ha invadido la inquietud? En lugar de hacerse más nítido y visible, el barrio sobre la colina, detrás de la curva, se ve aún más difuminado, como si lo hubieran frotado repetidas veces con una goma de borrar de muy buena calidad. Borrados sus colores, sus contornos y figuras, pareciera estar a punto de esfumarse

por completo. Se acercan pasos cuesta arriba. Un tipo con aspecto de empleado, que lleva una carpeta bajo el brazo izquierdo y un paraguas negro en la mano derecha, me sobrepasa. Ligeramente inclinado hacia adelante, levanta el paraguas cada vez que da un paso. Debido quizás al broche dañado, los pliegues del paraguas se abren y cierran como si respiraran. No me atrevo a hablarle, pero al instante se me ocurre seguirlo. Lo mejor será avanzar tras él, sin titubear. A unos cinco o seis pasos se abrirá el panorama detrás de la curva. Tengo la sensación de que todo se disolverá de una vez cuando me enfrente al paisaje real, al igual que una pastilla atragantada que se derrite con el agua. El tipo acaba de rodear la curva. Desaparece sin mostrar sorpresa alguna, lo que indica que el barrio de la colina sigue existiendo, tal como lo suponía. No hay ninguna razón para que yo no pueda hacer lo mismo. No perderé gran cosa en confirmarlo si solo es cuestión de cinco, seis pasos, que equivalen a menos de diez segundos.

Pero ¿de verdad no perderé gran cosa? ¿Qué haría si antes de recuperar la memoria me adelantara y me enfrentara a un paisaje completamente desconocido? A lo mejor este paraje a mitad de la cuesta, que me resulta tan familiar, sería arrastrado hacia un mundo desconocido. No se puede negar del todo esa posibilidad. Es posible que las casas estacionadas en la pendiente de la colina no sean más que fragmentos dispersos de mi fantasía y que el recuerdo del laberinto al borde del barranco resulte ser el producto de la asociación banal de una serie de imágenes a partir de la contemplación de una chimenea. El hecho de que se encuentre en el costado norte de la colina también se puede deducir con facilidad si nos fijamos en el mugroso estado del musgo que se extiende, como filtrándose, desde la muralla hasta el pavimento de concreto.

¿Qué pasaría si, al fin y al cabo, esta sensación de familiaridad no procediera de la verdadera memoria sino de una simulación elaborada por un falso *déjà-vu*?... Resultaría que la sensación de que estoy camino rumbo a casa no es más que un pretexto para justificar el mismo *déjà-vu*... Y tendría que dudar de mí mismo, sin siquiera saber quién soy.

Sin poderlo soportar más, recobro el aliento. Al mismo tiempo que desaparece el sujeto del paraguas negro que me ha sobrepasado, aparece saltando cuesta abajo una mujer vestida con una chaqueta, agitando su monedero y haciendo sonar las monedas que trae consigo. Como por arte de magia desaparecen uno a uno rumbo al barrio desaparecido y, en cambio, aparece alguien desde aquel mismo barrio. Como si necesitara de algún pretexto para permanecer apostado en este punto, busco un cigarrillo, lo coloco entre mis labios y tardo adrede en encenderlo simulando que fallo al intentar prender los fósforos. Ojalá, enhorabuena, pasara algún conocido. Pero si los conocidos se hubieran convertido en desconocidos al igual que el barrio de la colina...

De nuevo me acomete otra arcada. Quizá porque he forzado demasiado los ojos intentando ver lo que no se puede ver. Para colmo, siento que me estoy mareando. Al

parecer he estado titubeando por demasiado tiempo. Debo probar otro método si es que no me animo a sobrepasar la curva. Apenas intento volverme, suena la bocina burlona de un vehículo. Una maltratada camioneta avanza cuesta arriba, cargada de verduras, seguida por una ráfaga de humo blanco. Me recuesto en la muralla para dejarla pasar, pero en el mismo instante en que desvío la mirada, la camioneta desaparece como si se la hubiera tragado la tierra o como si se tratara de una ilusión óptica. No, no solo la camioneta sino toda presencia humana se ha esfumado sin dejar huella. A mi alrededor apenas se percibe el unánime desierto. Desando el mismo camino, cuesta abajo, a toda velocidad, atosigado por la insoportable soledad y convertido en una ruina, como si me hubieran empapado con un líquido borrador de tinta. Pero resulta mucho más difícil bajar que subir cuando se trata de una cuesta empinada. Con las estrías que de nada sirven a los peatones, el desgastado pavimento de concreto se vuelve tan resbaloso que para mantener el equilibrio tengo que apoyarme en el movimiento de las rodillas. La muralla, que ahora se ubica a mi derecha, va ganando altura, y justo cuando termino de bajar la cuesta se enciende un farol. En el poste respectivo veo una placa azul con letras blancas que indican el nombre del barrio. Aunque intuyo que se trata del nombre que esperaba, ya no puedo estar seguro como antes.

El camino se amplía de repente hasta desembocar en una amplia avenida bordeada de aceras, y recorrida por los autobuses. Aunque ya el farol al pie de la cuesta se ha encendido, todavía hay bastante luz en esta zona, que queda a menos de diez metros. De nuevo me carcome un miedo indescriptible, al caer en la cuenta de que estoy íngrimo y solo. Siento como si me hubieran encerrado en un paisaje dibujado por un negligente pintor que se olvidó de incluir aunque fuera un personaje. Como no se observan personas, tampoco circulan vehículos. No obstante, se percibe la presencia humana en las cercanías. Una colilla humeante, tirada a la orilla de la acera. La cantidad de ceniza revela que la arrojaron en aquel sitio hace apenas unos segundos.

Primero echo a correr hacia la derecha, pues al divisar la entrada del metro se me ocurre que por ahí puede haber alguna zona comercial. Ciertamente, al lado se distingue el cruce de los semáforos que parece ser el centro del barrio, con edificios de compañías de seguros, librerías y pequeños supermercados. A pesar de que todas las tiendas han abierto sus puertas de par en par, exhibiendo los artículos que ofrecen en venta, a la espera de los compradores, no se ve nadie por ningún lado, ni clientes ni dependientes. Los semáforos cambian de verde a amarillo, de amarillo a rojo, y de nuevo de rojo a verde, pero los coches no pasan ni se detienen. Sin embargo, se percibe un olor familiar al gas de los tubos de escape. La gente y los vehículos desaparecerían hace apenas unos minutos.

Me asomo a la entrada del metro. Reina un silencio espectral, ni siquiera se oye el zumbido del viento que debería rebotar con furia en aquel dilatado túnel. A poca

distancia encuentro un restaurante sencillo y me asomo a la puerta entornada. Solo alcanzo a distinguir sobre una mesa desierta un plato humeante de arroz con curry, y en aquel sombrío lugar no se divisa ni un alma. Me apresuro. Vuelvo corriendo hasta el pie de la cuesta. Me detengo un instante para mirar hacia arriba y constato que no se me viene a la mente el recuerdo del paisaje ubicado detrás de la curva. Y enseguida comienzo a hablar, primero en voz muy baja, luego a gritos. Mi voz es absorbida por aquel blanco y desierto paisaje, sin que me devuelva siquiera un eco fantasmal.

Dejo atrás la entrada de la cuesta y me precipito hacia el sector que se extiende al otro lado. Paso bajo el puente del ferrocarril y luego de bordear una tienda de tabaco, el local de un plomero y una tintorería, en la siguiente esquina doblo a la izquierda. Al divisar el estacionamiento en el cruce siguiente a la gasolinera, siento que al fin, a duras penas, he llegado al sitio que puede corresponder a mis confusos sentimientos. Si bien no es el destino anhelado, al menos puede ser un punto de referencia. Me sitúo a la entrada del estacionamiento para observar el otro lado de la calle y distingo en diagonal una cafetería delante de la alta chimenea de un baño público. Un paisaje que persiste en algún punto de mi memoria, similar a una tarjeta postal. Con el corazón palpitante de emoción, cruzo la calle y empujo la puerta de la cafetería. Qué alegría, al fin me veo entre seres humanos vivos. Una mujer de cuello delgado, con aspecto de niña, sentada en un taburete, con las rodillas cruzadas en lo alto. Al instante explota una avalancha de ruidos como si hubieran encendido la radio y, al volverme me doy cuenta, a través de la cortina a cuadros, de que hay gente en la calle y que las filas de coches fluyen sin parar. Aliviado, me olvido por un instante del barrio desaparecido detrás de la colina. Por supuesto, solo por un instante. Allá afuera el crepúsculo ha avanzado sin que me hubiera dado cuenta, y no tengo la menor idea de por qué los vehículos circulan con los faros encendidos cuando todavía el cielo luce más luminoso que la cumbre de los edificios. Recobrada la calma, comienzo a extrañar el hecho de no sentir la menor fatiga a pesar de lo mucho que he corrido.

Ahora estoy en la cafetería, sentado en el asiento del fondo, junto a la ventana. Palpando con la punta de los dedos de la mano derecha la cartera que guardo en el bolsillo izquierdo de mi saco, permanezco atento a los movimientos de la mujer sentada cerca de la puerta con las rodillas cruzadas en el taburete.

Para ser más preciso, estoy sentado en un lugar junto a la ventana, en la última de las cinco mesas de cuatro puestos alineadas entre la puerta y el fondo. El único empleado de la cafetería es la mujer sentada en el taburete, que se desempeña como camarera y cajera. Detrás del mostrador se ve una ventanilla con forma de boca de palomar, por donde se despachan los pedidos de los clientes. La ventanilla está rodeada por un mapa del tamaño de un periódico, de un color diferente al del resto de la pared. A través de la ventanilla se puede ver la mano que se asoma para entregar las bebidas; sin embargo, el rostro de la persona que realiza esta tarea permanece

oculto. La mano, blanca y fofa, sin sexo ni edad, parece demasiado femenina para ser de hombre y demasiado masculina para ser de mujer. Pero no puedo librarme de la idea irracional de que el dueño de esa mano tiene que ser un hombre, pero no un hombre cualquiera sino el mismo marido o algo parecido de la mujer del taburete. Y que el hombre ha decidido ocultarse detrás de la pared a causa de los celos: imaginándose las miradas libidinosas de los clientes posadas en el cuerpo de su esposa, se atormenta en vano y se retuerce como un gusano. Quizá la pared tenga algún resquicio a través del cual el marido pueda observar a escondidas a los clientes. De otra manera sería difícil justificar la presencia permanente de la mujer sentada con las rodillas cruzadas a una altura exagerada sobre aquel alto taburete. Luego de atender los pedidos de los clientes, la mujer vuelve al mismo sitio y se sienta con una coqueta sacudida de la larga cabellera que le cubre los hombros. Un mechón le cruza en diagonal la frente antes de desviarse hacia los ojos. Las pecas alrededor de las ojeras armonizan con el gesto melancólico de su rostro. Acto seguido, cruza las rodillas en un ángulo similar al de un anuncio comercial de lencería, y permanece en una posición extrañamente inestable. De repente el cuerpo menudo y grácil, como de niña, luce aún más femenino e indefenso, expuesto a las miradas ajenas. Esto no puede dejar de provocar celos. Hasta yo, que nada tengo que ver en este asunto, también siento celos.

Desde luego, todo se solucionaría si se eliminara la pared. Dicen que las cafeterías resultan más acogedoras cuando preparan el café a la vista de los clientes. En un ambiente más abierto, la actuación de la mujer se vería como falsa, e incluso como ridícula, dependiendo de la reacción del hombre. Por supuesto, semejante cambio significaría una pérdida considerable, pues el valor de la mujer se reduciría al menos a la mitad si aceptamos que provocar celos tiene algún mérito. No se sabe quién es el causante de la conducta de la mujer sentada en el taburete, pero igual, no parece probable que el susodicho esté dispuesto a renunciar a su posición actual. Incluso, debe obtener cierta compensación a su amargo encierro detrás de esa pared por causa de los malditos celos. Por mi parte, no puedo dejar de ser un cliente habitual por la misma razón, bueno, en el caso de que no se ponga en tela de juicio mi condición de cliente asiduo de esta cafetería...

Los dos individuos que han estado conversando con vehemencia, agitando las manos como si cerraran un trato, en la mesa situada al lado de la puerta, se levantan de repente. Enseguida la mujer se baja del taburete, sujetándose la falda. Los contornos de sus piernas resaltan como si estuvieran expuestas a una luz tenue. He creído ver un brillo peculiar como el producido por los vellos, pero enseguida pienso que es imposible que ande sin medias. Me doy cuenta de que su cabello suelto no combina para nada con la falda corta.

Al percatarme de que soy el único cliente de la cafetería, me atrevo a sacar del bolsillo interior de mi saco la cartera. Es un objeto cuadrado, forrado en cuero negro, con las esquinas desgastadas por el uso prolongado. Me disponía a extraer todas mis

pertenencias para colocarlas en fila sobre la superficie de esta mesa color rosa claro, pero desistí al pensar que llamaría demasiado la atención. Las revisaré una a una en orden, comenzando por el contenido de la billetera. Suelto el broche, que se abre sin ruido. En el reverso de la tapa hay un ganchito con dos llaves, una grande para una cerradura de cilindro y otra pequeña de forma ordinaria, que no tienen ninguna señal en particular, salvo unos números grabados en el metal. Por desgracia, no me acuerdo de sus usos.

En el interior se encuentra un pequeño compartimiento para guardar la tarjeta de abono del sistema de transporte. Desde el momento en que levanté la tapa me di cuenta de que estaba vacío, lo que no me sorprendió pues pocas personas llevan su tarjeta de abono en la billetera. Prosigo sin prestar mucha atención. Abro la cremallera para contar los billetes. Tres billetes nuevos de diez mil yenes y dos de mil. Y las monedas equivalentes a seiscientos cuarenta yenes. En total, treinta y dos mil seiscientos cuarenta yenes... Podré sobrevivir durante un buen tiempo, aun cuando de momento no encuentre mi casa. Tiene que haber alguna explicación para esta cantidad. Me parece demasiado dinero para los ingresos de un empleado común y corriente. Debo cargarlo con algún propósito concreto. Con treinta mil yenes en efectivo se pueden adquirir muchas cosas. No es una suma que se pueda justificar por un simple olvido. Desde luego, el propósito no tendría que ver necesariamente con la compra de bienes o servicios. Pudiera ser, por ejemplo, que haya guardado el dinero colectado en la oficina para los familiares de un colega recién muerto. Bueno, este argumento no es tan ajeno a la idea de “un simple descuido”. Basta de explicaciones forzadas. Para empezar, carezco de fundamentos que me hagan suponer que soy un empleado. Todo esto no dejaría de ser más que un autorretrato inventado. Los hechos no son necesariamente fuente de engaño, aun cuando me esté engañando a mí mismo... A propósito, ¡jojo!, todavía no he conseguido la menor pista que me permita recordar mi propio nombre.

De repente un dolor punzante surca mi cuello y asciende como un rayo hasta la frente. La arcada, que ya estaba a punto de olvidar, me acomete de nuevo desde el fondo de mi costado izquierdo. He olvidado mi nombre. Lo único que me queda es la conciencia de que yo soy yo.

La taza de café que estaba sobre la mesa rebota y cae al piso junto con el platito. Por fortuna, ya estaba vacía y no se rompe nada. La única explicación a este nimio suceso es que he golpeado la mesa con la rodilla: es decir, que he intentado levantarme. Apoyo los codos sobre la mesa y esta comienza a temblar y traquetear. Me apresuro a incorporarme. Inquieto, tanteo mis bolsillos con ambas manos. Si encontrara la tarjeta de abono podría reconocermé a mí mismo. La idea de saber primero mi nombre y la dirección donde vivo no es muy alentadora que digamos, pero de momento esa es la prioridad, y de ahí la urgencia. Voy colocando al azar sobre la mesa todo lo que encuentro en los bolsillos.

Pañuelo... Fósforos... Cigarrillos... Un botón despegado de la manga de un

traje... Anteojos de sol... Un distintivo pequeño de forma triangular... El recorte de un cuaderno con dibujos geométricos...

El cristal de la ventana del autobús iluminado por el reflejo de los potentes faros. El haz de luz alumbra las descarnadas ramas de los árboles, semejantes a mallas descosidas. Intento concentrarme con toda mi alma en el autobús y pronto comienzo a sentir con claridad que aquel vehículo es una extensión de mi propio cuerpo: hago un recuento que comienza con el estribo desgastado, la posición y el tacto del pasamanos, la escena que contemplo al entrar, mis ojos tensos en busca de un asiento libre, los anuncios comerciales colgados detrás del asiento del conductor, el olor peculiar a gasolina mezclado con el sudor de los humanos, los sacudones que difieren según el tipo de motor... Me aferro a este cúmulo de sensaciones cuando viajo en autobús. Observo en una amplia mirada de conjunto varias paradas principales, parajes típicos y edificios conocidos. Aun así, ¿debo dudar del vínculo estrecho que existe entre el autobús y yo? Con un poco de esfuerzo me podría explicar también la pérdida de la tarjeta de abono: puede que se haya caído en algún sitio o que me la hayan robado... O que ya esté vencida y en trámite de renovación... Quizá llevo los treinta mil yenes para costear la renovación...

Mejor no seguir devanándome los sesos sin necesidad, pues de nada sirve especular sin fundamento. Además, el autobús ha llegado a todos los sitios posibles menos a mi destino. La ventana se ilumina de nuevo, convirtiéndose en un espejo negro. Que refleja la figura de la mujer sentada en el taburete cerca del punto desde el cual vislumbré por primera vez los faros del autobús. No alcanzo a verle el rostro con nitidez, parcialmente velado por un fragmento de la lámpara de mercurio y por las ramas sarmentosas de los árboles, pero al parecer la mujer me está observando con atención. Deduzco que aquello es de lo más natural. Es totalmente previsible que le haya dado por observar a un individuo torpe y despistado que exhibe sobre la mesa todo cuanto va encontrando en sus bolsillos, al darse cuenta de que ha perdido algo muy importante. Quién sabe hasta qué punto está consciente de la gravedad de mi situación. Jamás se le ocurriría pensar que el objeto perdido soy yo mismo. Tal vez no me haya perdido a mí mismo sino que me abandonaron. Recuerdo haber sentido durante un breve instante un dolor muy extraño, como la sensación de ser abandonado, a medida que el autobús se iba alejando. En otras palabras, que no estoy perdido sino abandonado. Quizá el barrio de la colina detrás de la curva no ha desaparecido, sino que el mundo entero me ha abandonado, dejándome tan solo el espacio entre la curva y esta cafetería. Pensándolo con calma, tengo la impresión de que mi memoria en lugar de haberse esfumado a mitad de la cuesta, fue precisamente ahí donde se reinició. A lo mejor el problema no estriba en el hecho de que el barrio haya desaparecido, sino en la circunstancia de que el tramo en que ahora me encuentro haya permanecido intacto. Entonces, ¿esta cafetería tendría un significado más importante de lo que me pueda imaginar? Y la mujer que me ha llevado de nuevo a reconocer la existencia de lo cotidiano en esta calle...

No vacilo en devolverle la mirada. La observo de frente, pues el espejo de la ventana es demasiado oscuro y me molesta el reflejo de los faros de los coches que pasan sin cesar. La mujer se debe haber percatado de mi mirada, pero permanece inmutable, extrañamente tranquila, sin dejar de observarme a través del cristal. A lo mejor ella posee una clave mucho más importante que todos los objetos que he venido sacando de mis bolsillos y que ahora están alineados sobre la mesa.

Se abre la puerta y entra una pareja joven, el chico con aspecto de dependiente de alguna tienda cercana, y la chica que podría ser su novia, su hermana o su prima que ha venido de visita a la ciudad desde algún lugar de la provincia. Apenas se sientan a la mesa, el chico levanta dos dedos para pedir café en alta voz y enseguida comienza a susurrar a oídos de su pareja, con impaciencia y evidente excitación, como si estuviera consultando acerca de los gastos médicos necesarios para atender a sus padres moribundos. Aprovechando que la mujer se ha bajado del taburete, le pido otro café a modo de excusa, pues llevo ya casi cincuenta minutos en este sitio y, por otro lado, mi curiosidad por el hombre escondido detrás de la pared se ha incrementado. Aunque no deja de ser un invento de mi fantasía, me da la impresión de que, dadas las circunstancias, aquel hombre imaginario y yo compartimos el mismo destino. No se debe subestimar semejante fantasía. Si existe alguna explicación lógica para mi amnesia, este personaje imaginario podría estar relacionado al mismo nivel que la mujer con mi estado de confusión.

Miro a la mujer. Sigo mirándola. Insisto en atrapar su mirada, a la fuerza, a través de los mechones que le caen sobre la frente. En secreto intento sincronizar mi respiración con el leve temblor de sus corvas relucientes que se dilatan y contraen según los movimientos de las piernas bajo la falda demasiado corta. Al mismo tiempo, agudizo con ansiedad el oído hacia el otro lado de la pared, con la idea de saber si al hombre imaginario, aturdido por los celos, se le cae en cualquier momento una tetera con agua hirviente. Sin embargo, por más que espere y espere, no percibo ningún ruido, ni un vaso roto ni un chasquido. En cambio, desde la ventanilla sale siempre en silencio la misma mano blanca. No se observa siquiera un atisbo de temblor en la taza colocada sobre el plato. El que tiembla soy yo. Los pulgares que apoyo en el borde de la mesa intentando calmarme vibran como las muñecas del baterista que se esfuerza por amortiguar el sonido con el propósito de imprimirle a su ejecución un toque de melancolía. De la manera que sea, voy a provocar en serio a la mujer. Aunque me aleje de este sitio, mi mundo acabará en esa curva. El único lugar que me queda para estar tranquilo es esta cafetería. Ahora estoy más vinculado con ella, no solo como un cliente habitual que ha consumido varios cafés, sino a través de un lazo mucho más fuerte. No es del todo imposible que el significado secreto del enredo en que estoy metido se traduzca en la tarea de seducirla. Utilizo el cristal de la ventana como espejo y me aliso el cabello rebelde sobre las orejas. Adelanto la barbilla y me ajusto el nudo de la corbata, que no es para nada lujosa pero que tiene un diseño a la moda. Desde luego, no soy tan vanidoso como para considerarme un

seductor profesional, pero sé que estoy en una situación favorable. Es como aplicar una sencilla fórmula de química, ya que se trata de poseer a una mujer que solo desea ser amada hurtándosela a un hombre que solo sabe celarla. De cualquier manera, bastará con seducirla. La mujer reaccionará según la fórmula establecida. Le pagaré la cuenta en el momento apropiado, y le pediré que cierre la cafetería antes de tiempo pues deseo alojarme en este sitio. Su reacción aumentará de velocidad según la fórmula y muy pronto alcanzará la plenitud. El hombre explotará de ira, rompiendo la pared. Liberado de la tarea que me impuse, yo... con cierta melancolía... podré recuperar el mundo que queda detrás de la curva...

De nuevo surge la mano blanca desde la ventanilla, sosteniendo una taza de café, que con seguridad es la que ordené. Con una bandeja en la mano, la mujer avanza por el estrecho pasillo formado entre la pared y las mesas, apartando las sillas que le estorban el paso. Me apresuro a despejar la mesa, guardando mis pertenencias en los bolsillos, primero los objetos de menor importancia: el pañuelo (sin iniciales bordadas)... los fósforos (de esta cafetería)... los cigarrillos (quedan cuatro)... el botón de la manga... los anteojos de sol...

¿Los anteojos? ¿Soy miope acaso? Hasta donde me puedo ver reflejado en el cristal de la ventana, no estoy muy lejos del retrato que me hice como empleado. Vestido con un traje común y corriente, al calibrar la calidad de mi saco y mis pantalones no parezco pertenecer para nada a la clase de personas que andan por ahí paseándose con anteojos de sol. Puede ser que sea vendedor o un agente ambulante que sale con frecuencia de la oficina... No es de extrañar entonces que lleve los anteojos puestos, que desde luego me quitaría al atender a los clientes. La ausencia de la tarjeta de abono se podría explicar también si soy un vendedor con oficina en mi propio domicilio, que represento a una empresa de provincia. En tal caso, sin embargo, mis pertenencias resultarían demasiado escasas. ¿Por qué no cargo ni siquiera una tarjeta de presentación? ¿O acostumbro dejar el maletín con todos mis bártulos en el casillero de alguna estación para poder andar más liviano?

Cuando la mujer se acerca con la bandeja, coloco sobre la mesa el recorte del cuaderno y el distintivo, objetos sugerentes que dejan suficiente espacio para la taza de café. También quiero estar atento a la reacción de la mujer, que a lo mejor reconoce uno de esos objetos revelando alguna clase de emoción que me sirva de pista para recobrar la memoria. La mujer detiene su mirada al menos un par de veces sobre los objetos mientras pone el café, la azucarera y la jarrita de leche sobre la mesa, y sirve más agua en el vaso, pero se muestra por completo indiferente. Habría reaccionado de la misma manera delante de los cigarrillos, los fósforos y el botón. Un tanto frustrado, me fijo en las pecas que se van adensando hacia los párpados, e imbuido por su extraño encanto me olvido de formular el par de preguntas banales que he venido rumiando. Una de ellas relacionada con la fecha de hoy: ¿Podría decirme qué día es hoy? No tiene ninguna importancia en particular, pero la respuesta de la mujer podría haber sido un indicio para imaginar cómo me veo ante sus ojos y,

por otro lado, tal vez serviría como punto de partida para ampliar la conversación con más preguntas. De momento, ella es la única persona que conozco y me sería de gran ayuda si colaborara conmigo. Me gustaría que me contara todo cuanto sepa de mí. Y esto significa que debo avanzar con cautela para no crear algún malentendido...

La mujer vuelve al taburete y de nuevo cruza las rodillas. Uno de los zapatos resbala ligeramente dejando al descubierto la curva sinuosa del tobillo, que me resulta de una exquisitez absoluta. Bajo la mirada. Como un último intento, examinaré en detalle las dos pistas que han quedado sobre la mesa. El distintivo, bordeado en plata y esmaltado de azul, pese a una ligera curvatura hacia el centro tiene una forma decididamente triangular, con los ángulos redondeados. En todo el centro aparece la letra S plateada en relieve. Debido a la deformación producida por los trazos rectos que la conforman, a simple vista parece un rayo. Quizá no se trate de la letra S tal como la conocemos sino del rayo mismo, que se puede asociar con la electricidad, pero por el momento no se me ocurre ninguna relación. No sé qué hacer, pues en la guía telefónica debe haber millones de compañías o empresas que comiencen con la letra S. La elaboración del objeto indica que no se trata de un juguete sino de algo más serio. Al observarlo con detenimiento, se me ocurre que tal vez tenga que ver con alguna organización clandestina, ciertamente peligrosa, pero esta no deja de ser una intuición sin fundamento alguno. La única conclusión que puedo extraer es que su significado está fuera de mi alcance.

Por otro lado, el recorte del cuaderno no me dice más que el distintivo. Depende de cómo se lo mire, puede parecer un mapa, un diseño de tubería de gas o de agua, o el plano de una bomba. En un rincón se ve un número pequeño de siete cifras, que pudiera ser el teléfono de alguien. No recuerdo si lo anoté yo mismo o si me lo entregaron en algún momento. No me queda más alternativa que angustiarme sin saber qué hacer ante un problema que desde el comienzo no tiene solución. ¿Qué tal si marco este número en el teléfono?... Quizá me lleve a algún punto del pasado, a través del cual pueda hallar un sendero que me permita recuperar la memoria...

El teléfono está al lado de la caja registradora, justo detrás del taburete donde se sienta la mujer. No cambia de posición cuando paso delante de ella y tampoco revela el menor asomo de retirar las piernas a pesar de que sus rodillas están a punto de rozar mi codo. Frunce los labios hacia el interior de la boca y enseguida los distiende produciendo un ruido como de beso ligero. Aquel gesto se podría tomar como un saludo, pero me parece una osadía de su parte si esa fuera la intención. En fin, no sé qué significado podría tener.

Al tiempo que descuelgo el auricular me invade una preocupación, como si me hubieran encargado desmontar un proyectil cuyo mecanismo desconozco. Quizá me encamino a la trampa que me han tendido. Disco despacio, confirmando uno a uno los números. ¿Qué diré cuando me contesten? Todo depende de quién sea el que responda, pero de cualquier manera no debo infundir desconfianza. Procuraré alargar la conversación hasta donde pueda para saber de quién se trata y dónde se encuentra.

Línea ocupada. Marco de nuevo, ocupada. Marco siete veces en total, intercalando un cigarrillo de por medio en un lapso de veinte minutos, pero siempre escucho el mismo tono agudo de línea ocupada.

Desplazo la mirada y me doy cuenta de que la mujer se muerde una uña, totalmente concentrada en su tarea. La uña pintada de rojo parece una semilla de ciruela. Los labios, entre los que se inserta la punta de la uña prensada entre los dientes, palpitan como un diminuto corazón. La mujer, abstraída como está en la reiteración de las mordidas, seguro que ya no se acordará de mí. De repente me invade la desazón. Con su mente en blanco, la calle podría de nuevo convertirse en un desierto. Debo distraerla cuanto antes. Me apresuro a depositar el recibo con la cuenta sobre el mostrador a fin de sacarla de aquel estado de abstracción. Sorprendida, la mujer deja de morderse la uña y cierra el puño para esconder la punta maltratada del pulgar, manchada con restos de pintura.

Le entrego en silencio un billete de mil yenes y me devuelve el cambio. Sin decir una palabra, hace sonar los labios de la misma manera que antes. Ignoro si aquel gesto tiene algún significado. De todas maneras, aguardo unos segundos en espera de sus palabras. En cambio esboza una amplia sonrisa como si se estuviera excusando, actitud que me desconcierta al máximo. La sonrisa le sienta muy bien a las oscuras pecas dispersas en los pómulos. Pero no puedo hacer nada por más que esté sonriendo. La sonrisa debería estar precedida por palabras oportunas. Caigo en la cuenta de que mi decisión ha estado equivocada. Ahora que he guardado el cambio, ya no puedo permanecer más tiempo en esta cafetería.

Detengo un taxi. Uno de color índigo con el techo amarillo. La puerta automática se cierra con un chirrido agudo, como si estuviera a punto de desarmarse. El cenicero abierto deja escapar un hilo de humo proveniente de un cigarrillo mal apagado. Impaciente ante mi incapacidad para indicarle las señas de mi destino, el joven taxista se quita la gorra y la sacude contra el asiento del copiloto. Le entrego quinientos yenes y le digo que siga mis instrucciones, que no voy muy lejos. Enseguida se le pasa el malhumor, pero no vuelve a ponerse la gorra.

—¿Cómo es que se llama el barrio que queda al final de la cuesta?

—¿Se refiere a Daimachi?

—Daimachi, por supuesto, el barrio sobre la colina, ese es.

La calle desbordante de luces, animada por los últimos estertores del día, luce tal como me la imaginaba, pero, cosa extraña, no le encuentro ninguna diferencia esencial con el paisaje desierto que vislumbré hace poco. Y ya no sé por qué aquel paisaje me desconcertó de semejante manera. Siento que en similares circunstancias ya no me volvería a desconcertar. Quizá acepte todo cuanto me suceda como verdadero, y trate de entenderlo a como dé lugar, aunque me enfrente a una bandada de dragones o a un desfile de osos hormigueros que pasean con tranquilidad.

Al fin llegamos a mitad de la cuesta... El taxi no se detiene ni retrocede... La

variación del ruido del motor me sobresalta durante un segundo, pero se trata tan solo de un cambio de marcha. El coche bordea la curva sin vacilar. Me afirmo en los pies y pego la espalda al asiento esperando descubrir la verdadera fisonomía del barrio desaparecido...

No me lanzo al vacío. Un inmenso conjunto urbano se extiende hasta donde alcanza mi mirada. Una serie de edificios de cuatro plantas se sumerge en un valle oscuro, a pesar de su ubicación sobre la colina, iluminados tenuemente por rejillas regulares que le dan un aspecto monótono y gris. Jamás imaginé que aparecería semejante paisaje. El problema está justamente en el hecho de que jamás lo imaginé. El barrio existe en el espacio, pero no deja de ser un vacío en el tiempo. Me parece horrible esta existencia inexistente. Los cuatro cauchos se afincan con firmeza sobre el asfalto y sus espasmos repercuten a través de mi cuerpo. No obstante, mi barrio ha desaparecido. Tal vez no debí haber sobrepasado la curva. Se me acaba de cerrar para siempre la posibilidad de llegar más allá de la curva. Perspectiva creada por las lámparas de mercurio. El gentío que se apresura de regreso a casa, a cada paso se vuelve más transparente...

El taxista baja la velocidad en espera de mis instrucciones, y casi a gritos le ordeno que regrese enseguida por el mismo camino. ¡Regrese! ¡Tengo que irme cuanto antes de este maldito lugar! Debo refugiarme en un sitio donde al menos exista la garantía de respirar aire libre. Anclado en un barrio tan espantoso como este, estaría perdiendo no solo el tiempo sino también el espacio, y me quedaría encerrado para siempre detrás de una pared real, al igual que el marido aquel de manos blancas.

Por fortuna, el mundo exterior todavía se conserva intacto. Menos mal que escogí un taxi como medio anónimo de transporte. Al desembocar en la avenida donde circulan los autobuses distingo una cabina telefónica y decido bajarme. La única pista que me queda es el número telefónico que figura al pie del mapa. Desde luego, en el peor de los casos corro el riesgo de meterme en un lío similar al que acabo de experimentar al otro lado de la curva. Levanto el auricular y deposito una moneda de diez yenes. Termino de discar y escucho la señal de llamada en lugar del tono de línea ocupada. ¡Sorpresa! El timbre me ha tomado totalmente desprevenido, pues aguardaba con seguridad la posibilidad de enfrentarme de nuevo a la línea ocupada. ¿Colgaré el auricular? Aunque me respondieran, no seré capaz de sostener una conversación. Empiezo a contar el número de cortes del cristal quebrado de la cabina. Atenderé si me contestan mientras cuento un número par y colgaré si es impar. Pero me responden antes de que comience el conteo.

Voz femenina. La extraña nitidez de la voz parece indicar que proviene de un lugar cercano. Acto seguido se me escapa una mentira que improviso sin pensarlo:

—Disculpe, es que acabo de encontrar una cartera y en su interior hallé un pedazo de papel con este número telefónico. Estoy llamando por si...

La reacción me toma por sorpresa. La mujer me interrumpe con su risa cantarina y comienza a hablar en un tono ingenuo y desganado, con voz grave, como si las

palabras brotaran desde el fondo de su garganta:

—Ah, eres tú, oye, ¿qué te pasa?

—¿Me conoces?... ¿Sabes quién soy?...

—Deja de bromear, hombre...

—¡Ayúdame, por favor! —le ruego con toda mi alma—. Te estoy llamando desde la cabina telefónica, al pie de la cuesta de Daimachi. Ven a recogerme, por favor, te lo suplico.

—Qué cosas, ¿no?, ¿sabes qué hora es?... ¿Estás borracho?

—¡Por favor! No me siento bien. Ven, por lo que más quieras. Ayúdame, por favor...

—Pobrecito... Espérame ahí, no te muevas. Que ya voy para allá...

Cuelgo el auricular y me dejo caer extenuado en la cabina. Encuentro en un rincón un envoltorio de papel periódico que deja ver desde uno de sus bordes un pedazo de excremento negro y seco. Me doy cuenta que hacia un extremo se asoma una porción estrangulada, como atada con un cordón, una especie de haz de verduras secas parecido a un desgastado pincel. Me levanto instintivamente, aunque no percibo ningún olor. Me impresionan las grietas como de cáscara de huevo que cubren la superficie del zurullo. Debe haber sido el resultado de una severa resistencia. Un pobre tipo que tuvo que aguantar durante tanto tiempo las ganas de defecar, y que al final se vio en la necesidad de acudir a una cabina telefónica... Sí, tiene que haber sido un hombre... Claro, también pudo haber sido una mujer, pero seguro que fue un hombre... Un individuo solitario, atrapado en este interminable laberinto urbano, que ni siquiera tuvo acceso a uno de los innumerables baños públicos de la ciudad... Me horrorizo tan solo de imaginármelo agachado en esta cabina haciendo sus necesidades.

Desde luego, es posible que no se trate de un ser extraviado que carezca de un sitio al cual regresar. A lo mejor es un porfiado vagabundo que ni siquiera tiene conciencia de andar perdido. Pero eso no cambia nada. Los médicos insistirán en que aquello que queda más allá de la curva no se ha perdido de ninguna manera, sino que el extravío corresponde única y exclusivamente a mi propia memoria. No confío en ellos, para nada. Por más sano que uno sea, jamás conocerá más sitios que los que ya conoce. Al igual que yo, todos están encerrados en el estrecho mundo que conocen. Por supuesto, el triángulo formado entre la curva de la cuesta, la estación del metro y la cafetería es muy estrecho. Demasiado reducido, lo sé. Pero no cambiaría nada en esencia aunque se ampliara diez veces más. No habría ninguna diferencia entre un sitio con tres ángulos y otro con diez.

Si alguien llegara a tomar conciencia de que ese sitio con diez ángulos no constituye un mapa que lo conduzca hacia el infinito... Si el salvador que se acerca respondiendo a la llamada de auxilio fuera un mensajero enviado desde el exterior del territorio, que lo obligara a tomar conciencia de que su mapa no es más que una abreviatura llena de vacíos... Ese benefactor acabaría también asomándose al otro

lado de la curva, existente y a la vez inexistente. El cable telefónico se puede utilizar como una soga para ahorcarse.

La puerta de la cabina se cierra con violencia, pero la fuerza del amortiguador metálico impide que se cierre por completo, dejando un espacio abierto de unos tres centímetros. Pasa mucha gente, pero nadie me dirige la palabra. Parece que todavía no se ha presentado mi salvadora. Un hombre camina apresurado con una sonrisa solitaria congelada en sus labios. Una mujer vestida con una bata de maternidad se abre paso entre la multitud con su cuerpo ligeramente escorado, preocupada por las gotas que escurren del pescado congelado que guarda en una canasta. Solo un chico de unos dieciocho años con el rostro pálido me brinda una mirada fugaz. Al verme salir de la cabina, el chico me lanza un volante con destreza y enseguida se mezcla con la multitud. Creo que es la propaganda de un prostíbulo.

Se interrumpe por un segundo el flujo de coches. Aprovecho aquel instante para salir disparado hacia el otro lado de la vía. En la misma línea de la cabina telefónica se yergue un árbol de corteza rugosa, creo que se trata de un plátano, que a pesar de su edad avanzada no tiene el suficiente grosor que me permita esconderme tras él. A unos cinco pasos en dirección al metro encuentro un hueco negro, como la huella de una muela cariada, que resulta ser un callejón estrecho abierto entre una licorería-tabaquería y una pequeña zapatería. Me acerco con naturalidad y me escondo en aquel oscuro lugar. Desde mi improvisado mirador escudriño la cabina telefónica que aparece y desaparece según el flujo de los vehículos de varios tamaños que avanzan sin cesar hacia sus predecibles destinos. Pronto aparece una mujer. La reconozco enseguida porque nadie más que ella caminaría de aquella manera tan peculiar. Se asoma al interior de la cabina y se detiene para mirar a su alrededor. Es ella. La mujer de cabello largo de la cafetería que se sentaba en el alto taburete con las rodillas cruzadas... A medias sorprendido, comienzo a comprender que su presencia es de lo más natural. Retrocede unos pasos hacia el extintor de incendios y vuelve a la cabina para examinarla de nuevo. Inquieta, continúa indagando a su alrededor y luego se detiene al lado del extintor. Su mirada me roza una vez, pero parece que no me ha reconocido, oculto como estoy en aquel oscuro agujero. Permanezco al acecho con la mirada clavada en la mujer, que se nota en extremo insegura hasta el punto de que alza los ojos hacia el cielo en busca del objeto de su deseo. Con los dientes apretados contengo el grito que brota de mi garganta. De nada serviría que me encuentre. Lo único que necesito ahora es el mundo que yo mismo he escogido. Mi propio mundo, elegido por mi propia voluntad. Ella me busca. Yo me escondo. Al cabo de unos minutos, la mujer, visiblemente resignada, comienza a caminar despacio hasta desaparecer detrás de los coches. Salgo de la oscura oquedad y me pongo en marcha en dirección opuesta. Camino confiado a través de aquel mapa calcinado, quizá para llegar al lado de la mujer... Avanzo en dirección opuesta a la suya.

Ya no buscaré ninguna otra ruta que conduzca al pasado. Ya no quiero hacer más llamadas atendiendo los apuntes escritos al azar. Me llama la atención un curioso

remanso formado en medio del flujo de vehículos y, al observarlo con atención me doy cuenta de que los coches, incluyendo un camión grande, tratan de esquivar el cadáver de un gato atropellado, aplastado como un papel. Sin querer intento ponerle nombre al gato aplastado y por primera vez en mucho tiempo mi rostro se ilumina con una sonrisa encantadora que impregna de calor mis mejillas.

(1967)